



FUNDACIÓN  
CÉSAR  
MANRIQUE

Juan Marrero Portugués



César Manrique y  
Pepín Ramírez

Dos líderes canarios  
en su contexto histórico

Juan Marrero Portugués (Las Palmas de Gran Canaria, 1929) cursa estudios de Ciencias Económicas en la Universidad Complutense de Madrid, y de Peritaje Industrial Químico y de Magisterio en Las Palmas de Gran Canaria.

Fue director general de la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria (1959-1979) y consejero auditor de la Audiencia de Cuentas de Canarias (1996-2011). Asimismo, ejerció como primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Arrecife (1954-1957), segundo teniente de alcalde del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria (1962-1967) y como procurador de las Cortes españolas (1967-1977).

Ha publicado *El espíritu del Tirma*, la historia de un balandro contada por sí mismo; y *El Viera y Clavijo, un colegio irrepetible*, en torno al centro educativo en donde cursó sus estudios primarios y de bachillerato. Colabora en la prensa local con artículos sobre temas políticos, administrativos o de la historiografía insular.

Ha sido distinguido por el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, como Hijo Predilecto de la Ciudad (2009) y por el Cabildo de Gran Canaria como Hijo Predilecto de la Isla (2005).





# César Manrique y Pepín Ramírez

Dos líderes canarios en su contexto histórico



**TORCUSA**

Diseño de la colección: Alberto Corazón

Maquetación: Zita Moreno [wernerpuig.com](http://wernerpuig.com)

© del libro: Juan Marrero Portugués

© del prólogo: Fernando Gómez Aguilera

Reservados todos los derechos de esta edición

para la Fundación César Manrique.

Taro de Tahíche – c/ Jorge Luis Borges, 16. 35507 Tahíche. Lanzarote. Islas Canarias.

ISBN: 978-84-88550-85-9

Depósito legal: GC 497-2016

Imprime: Imprenta Roal, S.L.

Segunda edición: noviembre 2017

Impreso en España. Papel reciclado.

Juan Marrero Portugués

# César Manrique y Pepín Ramírez

Dos líderes canarios en su contexto histórico

Prólogo

Fernando Gómez Aguilera



FUNDACIÓN

CÉSAR

MANRIQUE



# Índice





Prólogo	
Memorias de carne y hueso .....	13
César Manrique y Pepín Ramírez. Dos líderes canarios en su contexto histórico	
Introducción .....	31
El viento, factor determinante .....	35
La antigua capital .....	38
La excepcional Haría .....	42
Las denostadas carreteras .....	45
Puerto Arrecife .....	49
Lanzarote vista desde Las Palmas .....	52
Los Moros Notables .....	58
Una sociedad culta .....	63
Las partidas de póquer .....	66
Los primeros vestigios del César real .....	70
Pepín, presidente del Casino .....	74
El caso de don Luis Ramírez .....	76
La superación de una clase hegemónica .....	83
El Casino, epicentro de las fiestas .....	85
Las penurias olvidadas .....	90
Los orígenes de la especulación masiva .....	102
Pepín Ramírez, alcalde de Arrecife .....	108
Pepín Ramírez, presidente del Cabildo de Lanzarote. Origen de los Centros Turísticos .....	121
La Cueva de los Verdes .....	128

En torno a Pepín Ramírez .....	135
En torno a César Manrique .....	147
En torno a Lanzarote .....	162
Algunos hitos en el desarrollo de Arrecife .....	168
Algunos hitos en el desarrollo de Lanzarote .....	180
A modo de epílogo	
Aclaraciones del autor .....	187
César Manrique y la Inquisición española (cuento) .....	188
Apéndice	
A propósito de don Luis Ramírez .....	201
Índice analítico .....	219

## **Prólogo**



# Memorias de carne y hueso

Fernando Gómez Aguilera

*Mas no hace falta conquista, ni la conquista purifica, porque,  
a su pesar y no por ella, se civilizan los pueblos.*

Miguel de Unamuno

La curiosidad cultural es una característica asentada en la personalidad de Juan Marrero Portugués. Su larga y fecunda dedicación profesional en torno a la gestión financiera y a las políticas económicas, tributarias o fiscalizadoras de cuentas siempre dejó libre un lugar para interesarse y cultivar el conocimiento. Durante su dilatada etapa como director general de la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria (1959-1979), se ocupó de promover la creación en las Islas del primer centro regional asociado de la Universidad Nacional a Distancia (UNED) e impulsó un aula de orientación pedagógica y otra de formación para profesores, síntomas de una expresa voluntad de favorecer las oportunidades de educación, mejora personal y progreso social desde su ámbito de influencia.

En ese espacio de relación con la cultura en su más amplio sentido, los aspectos ligados al Archipiélago han ocupado un lugar preferente, en particular, cuanto tiene que ver con la historia reciente. Buena prueba de ello son sus artículos en la prensa regional, los primeros publicados allá por los años cincuenta, en las páginas del semanario *Antena* (Arrecife). Han merecido su interés temas tan diversos como el proceso de aprobación por las Cortes Españolas de la Ley que regula el Régimen Económico y Fiscal de Canarias, la financiación de las obras de la Avenida Marítima de Las Palmas de Gran Canaria, asuntos de la tradición o hechos relacionados con su experiencia laboral. En dos publicaciones autoeditadas —*El espíritu del Tirma* y *El Viera y Clavijo, un colegio irrepentible*— se ha ocupado, respectivamente, de hilvanar

recuerdos e información sobre el histórico balandro *Tirma* —construido en los astilleros de San Telmo en 1910—, escuela de regatistas y referente de la navegación deportiva isleña, y de adentrarse en la glosa del colegio en el que cursó estudios en los primeros años cuarenta.

Además de una actitud abierta hacia el saber, que ha derivado en una enriquecedora formación, Juan Marrero es un conversador vitalista, entretenido y elocuente, con una natural predisposición a poner en juego la anécdota ilustradora, el sentido del humor y la ironía desprovista de intencionalidad hiriente. Son rasgos propios de quien se apoya en una vigorosa memoria, susceptible de retener con precisión contenidos sustantivos, pero también de reunir sensibilidad y matices que sorprenden al interlocutor.

## **El autor y Lanzarote. Desde entonces hasta hoy**

Los lazos directos de Juan Marrero Portugués con Lanzarote se iniciaron en 1952, cuando acababa de cumplir veintitrés años. En diciembre, se instaló en Arrecife, comisionado por la Caja Insular de Ahorros para abrir y gestionar su primera oficina en la isla y no sería hasta finales de 1957 cuando regresase a Las Palmas de Gran Canaria. Se alojó por entonces en la pensión La Vasca, ubicada en el mismo edificio en que se establecería la nueva sucursal de La Caja, en la Avenida Marítima, próxima al antiguo Casino de Arrecife.

Al atardecer del lunes 8 de diciembre de 1952, día de la Purísima en el calendario católico, y por lo tanto festivo en España, llegaba yo por primera vez a Arrecife procedente de Las Palmas, en un viejo barco de la Compañía Transmediterránea, los que eran conocidos popularmente como “correillos”, por ser el medio que utilizaba Correos para repartir la correspondencia entre las islas. Me esperaba en el Muelle Comercial, hoy en desuso, don Manuel Arencibia Suárez, comerciante importante, dueño del local donde se establecería la Caja Insular de Ahorros que yo iba a dirigir.

Como es natural, a su llegada ya disponía de referencias sobre el lugar. Había recabado información e impresiones de su entorno profesional y amistades. Pero la fuente más cercana fue su propia madre, Teresa Portugués Roncero, que, de joven, en 1925 había pasado una temporada en Arrecife, y

guardaba muy buenos recuerdos tanto de su estancia como de las gentes que había tratado. En poco más de veinticinco años, con la guerra y la desabrida postguerra de los cuarenta por medio, la áspera realidad insular apenas había cambiado. Lo recuerda en las páginas de este libro:

Como es natural, empecé a documentarme sobre el lugar en el que iba a trabajar. Mi propia madre fue mi mejor informante y los peores, mis amigos y conocidos, cuyos comentarios eran siempre negativos. Desde niño, sabía que mi madre, con diecisiete años —es decir, en 1925—, había estado unos días en Lanzarote acompañada de su hermana mayor, de veinte, pero sin retener, por mi parte, datos concretos. Los refresqué entonces. En efecto, los descendientes de la familia Aguiar, oriunda de la Península, eran vecinos de Arrecife. Paisanos y amigos de mis abuelos, habían invitado a las fiestas de San Ginés, fiestas patronales de la ciudad, a sus hijas, es decir, a mi madre y a su hermana.

Ya habían pasado muchos años, pero mi madre conservaba recuerdos de un viaje que debió de ser para ella toda una aventura, y que a mí me sirvieron para hacerme mi personal composición de lugar. El agua racionada en la propia casa en la que vivían; el mercado, al que llamaban recova; un laguito interior, el Charco de San Ginés, de agua salada; el camello, como animal extraño; la gente, que era muy divertida, con gran afición a los bailes... Todo esto subsistía cuando llegué a Arrecife veinticinco años después.

En 1950, Lanzarote sumaba una población de 30.751 habitantes y Arrecife, 8.929 vecinos. Juan Marrero se encontró con una isla sumida en la modorra y las penurias del día a día, castigada por la pobreza y fuertemente jerarquizada, desprovista de cohesión social. Las comunicaciones interiores eran deficientes, si no pésimas, con carreteras cuyos firmes de tierra no facilitaban los transportes. Apenas se disponía de unas horas de electricidad pública al día, proporcionada por la fábrica de la luz —desde el atardecer hasta las doce de la noche, cuando se cortaba el suministro—, mientras que velas, quinqués y, en menor medida, lámparas de petromax proporcionaban el recurso más corriente para alumbrarse. Las severas carencias seculares en el abastecimiento de agua potable condicionaban de raíz la vida y las expectativas de la isla. De este clima se deja testimonio preciso en las páginas de César Manrique y Pepín Ramírez. *Dos líderes canarios en su contexto histórico*, mientras su autor se desplaza por Haría, Yaiza, Teguisse o Guatiza, entra en contacto con



personajes arrecifeños de la burguesía capitalina de la época y contextualiza la relación y las aportaciones de José Ramírez Cerdá *Pepín Ramírez* y de César Manrique a la innovación moderna y el desarrollo de Lanzarote.

Durante el lustro que se prolongó su estancia en la isla, Marrero Portugués se integró en el círculo de las élites locales, con el que establece relaciones fluidas, una circunstancia que se vio favorecida por su dedicación al frente de la oficina de La Caja. Pronto, en 1954, participó de responsabilidades políticas en el Ayuntamiento de Arrecife, ejerciendo el cargo de tercer teniente de alcalde, con Federico Coll al frente de la institución municipal. Dos años más tarde, cuando José Ramírez Cerdá asumió la alcaldía, se integraría en el equipo municipal como primer teniente de alcalde —hasta su desplazamiento a Las Palmas en 1957—, después de haber formado parte de la directiva del Casino también encabezada por Pepín Ramírez. Inició, pues, en Lanzarote, su carrera en el desempeño de cargos públicos, que lo llevaría a cumplir distintas responsabilidades durante el régimen franquista y en la etapa democrática: segundo teniente de alcalde en el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria (1961-1967), procurador en Cortes (comisiones de Hacienda y Presupuestos, 1967-1977), presidente de la Comisión Regional de Financiación del II Plan de Desarrollo de Canarias (1967-1968) y consejero auditor de la Audiencia de Cuentas de Canarias (1997-2012).

Los lazos con Lanzarote y con sus gentes se establecieron con rapidez y se fueron fortaleciendo paulatinamente para ya no desaparecer a lo largo de su vida. En la isla de los volcanes, conoció a su esposa, Enriqueta Prats Cabrera *Kety*, y su hermana Concha Teresa Marrero contrajo matrimonio con José Ramírez. Una vez abandonó Arrecife para instalarse en Las Palmas de Gran Canaria, continuaría manteniendo una estrecha y sostenida relación con la isla tanto por obvios motivos familiares como por razones profesionales. Desde sus cargos de director general de La Caja y consejero delegado de Promociones Turísticas Canarias (PROTUCASA), promovió inversiones para la construcción del Arrecife Gran Hotel, el hotel Lancelot Playa, la urbanización de La Santa y el frustrado proyecto de César Manrique para el Islote de la Fermina.

Testigo, pues, y protagonista en primera línea, Juan Marrero aporta en este libro la visión privilegiada de un actor relevante en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, una época clave para la reconfiguración moderna de Lanzarote. Pero también para el propio autor, cuya vida, a partir de entonces daría un vuelco. Su testimonio, involucrado en los acontecimientos, se ve enriquecido

por los matices de observación propios de quien llega de fuera y, a la vez que participa, dispone de la ventaja de perspectiva que ofrece la incorporación desde el exterior. Por entonces conoció a los protagonistas de su relato, que se asentaron definitivamente en su biografía. Con José Ramírez se encontró al poco de llegar, pues compartían un amigo, el registrador de la Propiedad de Arrecife, y, por su mediación, conocería a César Manrique —que residía en Madrid— en el verano de 1953:

Cuando Pepín me anunció que su amigo César Manrique lo había llamado por teléfono para decirle que vendría ese verano a pasarse unos días en Lanzarote, no me sorprendió que me lo pusiera por las nubes, no ya como pintor sino como persona. Eran amigos desde niños y le tenía especial afecto. Lo consideraba sumamente inteligente y de una personalidad arrolladora. “Te va a gustar”, añadió. Mucho tenía que apreciarle cuando, con lo parco que era en alabanzas, se atrevía a calificarlo así. Obviamente, de los méritos pictóricos de César nunca opinaba, aunque, como era natural, sí de los éxitos que estaba obteniendo en el extranjero.

En aquel verano de 1953, fui con Pepín al aeropuerto a recibirlo. Desde allí, César fue directamente a ver a su madre, pero el resto de los pocos días que estuvo en Arrecife no paró de hablar con Pepín y acompañarlo a todas partes.

## **Entorno con figuras vivas**

*César Manrique y Pepín Ramírez. Dos líderes canarios en su contexto histórico* es un libro de memorias, un testimonio de microhistoria conducido con brío por el azaroso hilo del recuerdo. El autor procura encarrilar la energía de sus evocaciones en veinticuatro capítulos, tomando como referencia dos ejes centrales: las figuras de César Manrique y Pepín Ramírez y la isla de Lanzarote en la década de los cincuenta del pasado siglo, desde una perspectiva dinámica. A partir de ese marco, recupera fragmentos de una tradición viva que rememora con familiaridad cercana. Recala en la cotidianidad local, resucita con viveza innumerables personajes devorados por el olvido y bate los sedimentos de una época que prelude las drásticas transformaciones que sufrirá la isla en las dos décadas siguientes.

La óptica general deriva de las élites locales, donde se sitúa el cronista. No recompone la intrahistoria de las clases humildes, campesinos, pescadores,

peones, como encontramos, por ejemplo, en las crónicas populares de Leandro Perdomo. Se ofrece una óptica complementaria: los rasgos de un cosmos burgués reducido. Un pequeño universo también disuelto en la penumbra de la Historia, quizás eclipsado, en parte, por la extraordinaria dimensión de los protagonistas: Manrique y Ramírez, que sí han atesorado una paradójica visibilidad, sobre todo el primero, en relación con la veladura del entorno. En efecto, el contexto alude mayoritariamente a los espacios de poder local, pero asimismo pulverizados en términos de relato histórico, víctimas de una condición ultraperiférica y de una pereza académico-cultural que durante décadas ha marginado la posibilidad de elaborar en la isla una tradición del presente sistemática, ordenada, rigurosa y accesible.

En el libro se encadenan escenas plenas de singularidad humana cuya escala reducida y doméstica contribuye con eficacia a que emerja una “historia inconsciente”, un paisaje social y cultural apoyado en una geografía física que da paso a una geografía interior, un esbozo de las mentalidades, con mayor anclaje en el marco de los estratos más favorecidos, sin que falte información sobre el ambiente general. Naturalmente, en el conjunto del texto se pone el énfasis en los actores hegemónicos, sobre quienes recae el peso de la historia, construida desde arriba, pero no deja de aparecer todo un mosaico de individualidades —enmarcadas en sus dominios cotidianos— hoy anónimas que, en su momento, desempeñaron un papel para la comunidad.

La reducción en la escala de observación, la singularidad de la atmósfera insular reflejada y el carácter testimonial del documento que el lector tiene entre sus manos hacen de su lectura una experiencia provechosa y amena, en ocasiones más próxima a la temperatura literaria del relato o la crónica que a la severidad del documento histórico. No se trabaja con entidades abstractas, sino con seres de carne y hueso que rebosan vida en sus ámbitos inmediatos. Hacia esa dirección humana se desplaza con frecuencia el testimonio, de donde emergen peripecias impregnadas, por momentos, de un cierto aire de realismo mágico, que podrían localizarse sin estridencias en la Aracataca de García Márquez o la Comala de Juan Rulfo:

La falta de energía eléctrica durante el día era aceptada con toda resignación. Algunos talleres más avanzados la suplían con pequeños grupos electrógenos. Naturalmente, las factorías de pescado disponían de sus propias centrales eléctricas. En algunas ocasiones, la buena voluntad de la empresa suministradora de Antonio

Armas se ponía claramente de manifiesto. De pronto, inesperadamente, algún día el precario alumbrado público se encendió. Los que estábamos al tanto de la cuestión nos hacíamos significativas señas: debía de ocurrir que en el hospital estaban realizando alguna operación quirúrgica urgente y le habían pedido a Antonio Armas que les facilitara energía para el quirófano.

Marrero Portugués es un fino observador de la realidad, incluso cuando el tiempo se ha depositado largamente sobre los sucesos y los ha cubierto con una comprensible capa de palidez. El resultado arroja un dibujo humano, social, cultural e histórico rico, por veces minucioso. Naturalmente, contribuye a ello el hecho de que el autor haya vivido cerca de los acontecimientos y momentos clave que relata, sin dejar al margen la dimensión de su pujanza como memorialista.

## **César, Pepín y Lanzarote. El haz, el envés y viceversa**

Obviamente, el polo temático que aglutina el libro se despliega en torno a las figuras de César Manrique y Pepín Ramírez: su relación de amistad y cooperación y su aportación a los decisivos avances que sufre Lanzarote a partir de la década de los sesenta, de alguna manera gestados desde el decenio anterior. Con esas dos hebras se cosen las páginas del texto. Juan Marrero Portugués aporta una óptica documentada muy próxima a los protagonistas y a los episodios que relata, circunstancia que le permite informar con solvencia, pero también interpretar y valorar con luz propia:

El mérito de Pepín fue involucrar a César —disfrutaba entonces de su madurez artística y personal— en los problemas de su tierra natal cuando César era, en aquel momento, un ciudadano del mundo. Consiguió arrancarlo de lo universal para arrastrarlo de nuevo a lo particular, a sus orígenes; y curiosamente, no para volver al pasado, sino para que retomara lo universal y lo aplicara en la obra maravillosa realizada en su isla.

A lo largo de los capítulos que estructuran la publicación, se acredita la confianza que, desde el principio, depositó Pepín en su amigo César, cómo las ideas, el criterio y la sensibilidad del artista alimentaron las decisiones del responsable público en materia estética y paisajística. Sus ojos y su voluntad

a la hora de tomar determinaciones sobre el territorio y los equipamientos vinculados al turismo tuvieron siempre como referencia las orientaciones doctrinales de Manrique, sin que ese principio variara con el paso de los años:

Pepín ya estaba cumpliendo su compromiso con César, más allá de llevar a cabo simplemente el adecentamiento de los Jameos del Agua o del Castillo de San José. “No haré nada sin contar previamente con César”, me dijo Pepín ya como alcalde, a raíz del primer encargo que le hizo, un parque para Arrecife. Y lo cumplió a rajatabla. A veces extremaba su compromiso. Así se lo hice ver cuando, en una de mis frecuentes visitas a Lanzarote después de mi destino a Las Palmas, me quejé de la falta de señalizaciones en las ya mejoradas carreteras. “César está ahora en Nueva York —me contestó—. Cuando venga, ya veremos”. Al poco tiempo, se instaló uno de los “diablos” de César para señalar la entrada a los Jameos. Desde luego, era mucho más y mejor de lo que yo pedía en materia de señalizaciones.

Como es presumible, se da cuenta de la evolución política de Ramírez Cerdá desde la alcaldía de Arrecife (1956-1960) a la presidencia del Cabildo (1960-1974), hasta culminar su carrera como senador socialista (1982-1986), sin dejar de lado el antecedente de sus primeros pasos como gestor al frente del Casino de Arrecife (1953-1955). Mediante unos y otros trazos, dispersos a lo largo de las páginas que conforman la publicación, se esboza con sutileza su personalidad íntima. Asimismo, se subrayan sus virtudes públicas, sostenidas sobre la discreción, la rectitud, el sentido de la justicia por encima de los prejuicios sociales, la honestidad, la impermeabilización ante las críticas, el talento para rodearse de colaboradores eficaces en los que depositaba su confianza, las aptitudes para administrar adecuadamente los recursos públicos y la intuición para emprender iniciativas renovadoras. Juan Marrero insiste en la agudeza de José Ramírez para implicar a César y en su perspicacia a la hora de asumir el proyecto estético pionero del artista para Lanzarote como un programa público del Cabildo. Su retrato consolida la imagen de un tándem robusto, fortalecido por lazos de mutua confianza personal, sólida amistad y admiración profesional, en dos personalidades muy disímiles, pero complementarias:

El inesperado salto de Pepín Ramírez a la política, inicialmente como alcalde de Arrecife, cambió las cosas para Pepín y cambió las cosas para César. Para Pepín fue un cambio de actitud ante la vida, dispuesto a cumplir el compromiso de

servidor público que había adquirido, algo que contagió a César inmediatamente para comprometerlo con su proyecto. Fue el primer colaborador con el que contó. Y César respondió afirmativamente al amigo íntimo para irse comprometiendo paulatinamente —pues tampoco lo hizo de repente—, hasta que, de acuerdo con su carácter impulsivo, se desbordó de pronto en cuerpo y alma con su isla.

César Manrique encontró, de la mano del presidente del Cabildo, la cobertura institucional necesaria para encauzar y materializar la estrategia de profunda renovación cultural, comunitaria y económica de Lanzarote en torno a la industria del turismo, la naturaleza y el arte, según su ideario de fusión de las diferentes disciplinas creativas con el entorno. Una concepción singular, pionera, de raíz social, puesta al servicio del bienestar y la felicidad colectiva, que incorpora el respeto al territorio y la puesta en valor de los recursos naturales propios, la cultura de los límites y el sello de calidad, como referencias sustantivas de su doctrina estética Arte-Naturaleza/Naturaleza-Arte. La intervención de Manrique en Lanzarote, a través de sus obras de arte público y de sus respuestas paisajísticas directas o indirectas, tangibles e intangibles —aquellas disueltas en el inconsciente colectivo—, agrega una segunda naturaleza cultural a la isla, la impregna de una cierta *sensibilidad de estilo propia* y la resetea en términos contemporáneos:

En resumen, a Pepín Ramírez hay que adjudicarle el enorme mérito de haber captado la voluntad y el genio de César Manrique para revitalizar el paisaje inconmensurable de la isla, gesto que César devolvió con creces, pues no se limitó a plasmar su arte sobre una naturaleza que le era propicia, sino que añadió de su propia cosecha el modo en que se debía respetar y conservar esa misma naturaleza, como un procedimiento eficaz para atraer al turista, como elemento indispensable para el desarrollo económico de Lanzarote.

## **Un microcosmos entre la tradición y la renovación**

El autor conoce a la perfección el ecosistema insular, los entresijos del poder local de la época, de cuyo sistema formó parte activa. Sabe identificar las decisiones más relevantes que comenzaron a tomarse y no duda en

jerarquizarlas, atribuyéndoles el relieve y el alcance que tuvieron. Así, por ejemplo, el saneamiento económico del Cabildo:

El lanzamiento de Lanzarote hacia el progreso tuvo como punto de partida la firme decisión inicial de Pepín Ramírez de sanear económicamente la institución que le habían puesto en sus manos. Desde el punto de vista financiero, en el año 1960, era una ruina total y, en 1974, cuando la dejó, el Cabildo más rico, proporcionalmente, de todo el Archipiélago.

En un plano similar, sitúa la decisión clave del presidente del Cabildo de dotar a la isla de una red de conexiones internas y exteriores: adecuar la pista del aeropuerto con el firme mejorado y adecuar las carreteras —“su proyecto político prioritario”—, un campo de trabajo en el que destacó la labor desarrollada por el capataz general del Cabildo, Luis Morales, persona de confianza de José Ramírez. De este modo, se facilitaron las comunicaciones entre los municipios y se contribuyó a distribuir el incipiente turismo por los parajes y lugares simbólicos que pronto se convertirían, bajo el impulso y la tutela de César Manrique y Pepín Ramírez, con el concurso de un amplio equipo de colaboradores, en los Centros de Arte, Cultura y Turismo. La búsqueda de financiación para estos equipamientos públicos, en tiempos de penurias, ocupó al presidente de la primera institución, que debió recurrir a fórmulas básicas de creatividad administrativa:

Hay cuestiones que a las generaciones venideras les costará valorar, entre ellas, la gestión de Pepín durante su mandato para resolver el problema de las carreteras de Lanzarote. Fue tan trascendente que, si no hubiera existido César Manrique, solo este hecho habría sido suficiente para pasar a la historia de su tierra como el mejor presidente que ha tenido nunca el Cabildo de Lanzarote. Dicho esto, es importante subrayar que Pepín tuvo la enorme habilidad de compatibilizar su objetivo prioritario —las carreteras— con la atención a los proyectos de César, sin que a este le faltaran jamás medios para ejecutarlos. Ahí demostró ser un gran administrador pues —sobre todo durante los primeros años de su mandato—, con escasísimos medios económicos, supo siempre encontrar la forma de detraer, por darle un suave calificativo, algunas cantidades de su obra preferencial para destinarlas a los planes trazados por el gran César. Seguramente, es lo que hoy se llama ingeniería financiera, salvando las distancias.

A estos aspectos añade, como es lógico, el abastecimiento de agua, un extraordinario problema secular que comienza a resolverse a partir de mediados de los años sesenta, cuando los hermanos Díaz Rijo pusieron en marcha la primera potabilizadora en Arrecife y, poco más tarde, el Cabildo creó el Consorcio de Aguas y la empresa pública Inalsa. La innovadora iniciativa sirvió asimismo para mejorar el aporte de electricidad:

El procedimiento inicial que se empezó a utilizar entonces para obtener agua potable era el aprovechamiento del vapor de agua, que impulsaba las turbinas para mover los generadores que producían electricidad. Ese vapor condensado era el agua potable.

Pero estas páginas son también una obra estimable por la información y observaciones contextuales que aporta. Como preámbulo del cambio, ofrece la textura de una isla largamente anclada en el tiempo, que hoy parece un sueño de escritor; una ficción, tan peculiar y evocadora como áspera en términos de cotidianidad, supervivencia y desigualdades.

En su viaje por la memoria de la protohistoria y la historia de la Lanzarote turística y moderna, Juan Marrero despliega una copiosa panoplia de caracteres, etnografía, anécdotas y noticias, que colocan su testimonio en la órbita de las aportaciones memorialistas y costumbristas que han enriquecido el acervo de la isla. El repertorio de asuntos es variadísimo: el Casino, los correillos y las partidas de póquer, roferos y *sangineles*, los pueblos y el tejido comercial e industrial de Arrecife, la cultura del agua —maretas, aljibes, galerías, bombeos, aguadores...—, las salinas y los salineros, los préstamos y el cultivo y transporte de cebollas, el tabaco y las obras públicas, los primeros motoveleros de Antonio Armas, las playas y el viento, los enarenados y las aeronaves Fokker, malvasías y carnavales, los carreteros y los primeros coches y camiones de transporte, la vida social de la capital, las autoridades, la creación de los centros turísticos, los orígenes de la especulación masiva...

Un escenario sobre el que deambulan unos y otros personajes del mediosiglo con sus nombres e identidades. Todos ellos encuadran un exhaustivo retablo extraído del anonimato, de su extravío en los pliegues del olvido. Por momentos, regresan a la isla, resucita su presencia en estas páginas humanizando el paisaje y los episodios referidos: inversores y terratenientes, armadores y obispos, los Moros Notables, José María Gil —creador del reputado grupo folclórico Ajei—,



Mariano López Socas, Pepe Morales, Jaime Lleó, Juan Betancort López, Eduardo Coll, Juan Rosa, Francisco Sáenz Infante, Guillermo Topham *Guito*, Agustín de la Hoz, Pepi Gómez, Nievitas Ramírez, Guy van Dahl, Polo Díaz Suárez, Ginés Díaz, Chano Velázquez, Marcelino de Páiz, Pepe Rocha, Alfredo Matallana, Fernando Cerdeña, Adolfo Topham, Abraham Arencibia, Rafael Medina, Eugenio Rijo, Manolo González Bermúdez, Francisco Gómez, Pedro Hernández Cerdeña, Alfonso Zabaleta, Pepe Medina Voltes, José Molina Orosa, Paquita Arroyo... Y un sinfín de generosas redenciones personales que la memoria de Juan Marrero rescata y acerca hasta nuestros días.

En un ensamblaje dulce, fondo de circunstancias y despliegue de figuras componen un variado y curioso alicatado insular de mediados de la centuria pasada, transmitido con soltura y fruición, sobre el que se extiende un anecdotario pleno de paisanaje y sabor. Un panorama sostenido, asimismo, sobre una vigorosa memoria sensible que no desfallece a la hora de elogiar la dimensión estética del paisaje, síntoma del aprecio y fuerte vínculo afectivo del autor con la isla:

En ese mundo de contradicciones del campo lanzaroteño, nos quedará siempre la bella imagen del rofe negro salpicado de plantas de bajo porte, de intenso verde, con un fondo lejano de volcanes alineados y dos o tres campesinos o campesinas inclinados levemente sobre la tierra en sus labores cotidianas, como en una parcela cuidadosamente ajardinada.

En la exploración del marco temporal que abarca este viaje por la crónica reciente de Lanzarote, la curiosidad de Juan Marrero se cruza con una figura local singular, que fija su atención y le invita a investigar: el filántropo Luis Ramírez González, del que apenas tuvo noticia en su momento. Intrigado, espoleado por interrogantes a los que no encuentra respuesta inmediata, el memorialista se muda en investigador, dispuesto a adentrarse en los pliegues históricos del personaje para desvelar las huellas de su rastro y abocetar su personalidad. Los resultados se incorporan en un apéndice final que atestigua además una fascinación cultural.

Para cerrar el recorrido por el itinerario de sus prolijos recuerdos, el autor recurre a un artificio literario. Recupera un ingenioso cuento suyo publicado en *La Provincia* con el título “César Manrique y la Inquisición”, en el que, ironía y humor de por medio, rinde tributo al artista y a su entorno, y lo coloca como epílogo de su recorrido literario.

## Un libro de autor

En su *César Manrique y Pepín Ramírez. Dos líderes canarios en su contexto histórico*, Marrero Portugués entrega una valiosa aportación para la construcción del imaginario colectivo contemporáneo de Lanzarote. Sus páginas toman conciencia y subrayan el valor de un pasado reciente determinante en el devenir de la isla. Ordena su relato a partir de dos personalidades sobre las que recae buena parte del peso de esa historia inmediata insular, líderes y catalizadores de un proceso colectivo participado por centenares de colaboradores y observadores, en unos u otros ámbitos de la sociedad. De ese firmamento limitado, sabe exhumar un coro de compañías y circunstancias que contribuyen a darle profundidad a la escena y a hacer inteligible los procesos que estructuran las nuevas realidades, que despiden un mundo e inauguran otro tiempo.

La fuerza de la vivencia, la firmeza de la memoria y la agudeza hacen de estos apuntes un documento de indudable valor patrimonial para la cultura insular. Un libro personal, de autor, las memorias afables de un observador atento y un agente privilegiado, escritas con generosidad y humor, con bonhomía, desprovistas de cualquier atisbo de malestar. Más bien lo contrario, pues nos encontramos ante palabras que constituyen un declarado tributo a los protagonistas y a Lanzarote.

La producción de historia local tiene a su disposición una nueva fuente escrita, emanada de la perspectiva de los grupos rectores. Aporta una visión cercana a la cocina del poder y a los centros de decisión, sin duda una orientación privilegiada una vez desaparecidos sus actores. Y suministra materia prima para la interpretación histórica. En sus páginas se funde reporte de lo cotidiano y paisanaje, información y lectura de la realidad, tejido social burgués e impresiones personales, geografía física y mentalidades, intrahistoria y erudición local.

Decía Ortega y Gasset que el hombre no tiene naturaleza, tiene historia. Entre la historia y la circunstancia construimos el espacio relativo de nuestra libertad. En esa banda de oportunidad que es nuestra vida individual, nos elevamos o nos sumergimos; probablemente, ambas cosas, sin disyuntiva: volamos y nos ahogamos, según ley de la condición humana. Esa franja delimita el territorio de nuestra intrahistoria y de nuestra microhistoria personal, también de la común, la compartida. Recuperar parcelas del pasado

comunitario contribuye a entender y explicar dinámicas sociales. Los grupos humanos necesitan de la memoria colectiva para identificarse y entenderse, para sobrevivir a sus errores y enfrentar nuevos horizontes de futuro. También para sentirse en la obligación de ser generosos y reconocer que en su presente están comprendidos muchos otros presentes ya extinguidos, los pasos y las aportaciones de quienes les antecedieron, aunque su nombre y sus acciones se hayan desdibujado en la insaciable penumbra del olvido, de la que un día todos seremos pasto. Por eso recordar y arrojar luz sobre las sombras, reparar el olvido, nos hace más justos, más solidarios. En definitiva, nos hace humanos.

## **Agradecimientos**

Arminda Arteta, Chano Doreste Abreu, Miguel Ángel Ferrer Bermúdez,  
Pepe Ferrer Cabrera, Fundación César Manrique, Fernando Gómez Aguilera,  
Carlos Lahora Arán, Margarita Machín Rocío *Marita*,  
José María Marrero Portugués, Juan Antonio Martínez de la Fe,  
Rogelio Morales Morales, Domingo Ortega Cabrera, Gonzalo Prats Cabrera,  
Pepe Prats Cabrera, Bisi Quevedo, José Juan Ramírez Marrero,  
Manuel Ramírez Muñoz, María Dolores Rodríguez Armas *Maruchi*.



**César Manrique y Pepín Ramírez**  
**Dos líderes canarios en su contexto histórico**

Juan Marrero Portugués



A Kety, mi mujer, a mis hijos, a sus parejas y a mis nietos,  
que en tantas ocasiones han tenido que soportar mis “batallitas”

## Introducción

Desde una perspectiva universal, César Manrique es único, pero desde una perspectiva local, a mi juicio, César Manrique es inconcebible sin su entendimiento con Pepín Ramírez. Este punto de vista es el que me ha servido para redactar esta obra.

Me ha parecido que era sumamente interesante recordar las circunstancias históricas, en el más amplio sentido de la palabra, en las que nacieron, vivieron y murieron César y Pepín, circunstancias que tuve la suerte de compartir con ellos, desde una tribuna de mero observador. Conociendo cómo eran entonces las cosas y cómo lo son ahora, se podrá comprender mejor la impagable contribución que ambos hicieron a las actuales generaciones.

No cabe la menor duda de que, si no hubiera existido ese entendimiento, tarde o temprano, más bien tarde que temprano, Lanzarote también hubiera terminado incorporándose a la corriente turística como el resto del Archipiélago, pero su modelo hubiera sido otro, más vulgar y populachero, sin la originalidad y la elegancia que tiene en la actualidad y la distingue del resto de las islas.

En aquella sociedad primitiva, caciquil, empobrecida e invertebrada, tuvo la suerte de contar con un pequeño grupo de familias que, a pesar de tanta adversidad, había sabido conservar una forma positiva de entender la vida,



seguramente como herencia de un pasado más próspero, que les había permitido mantener un ambiente instruido y educado con innegables inquietudes culturales. Sin ese adecuado ambiente, no hubiera sido factible que aparecieran en Arrecife, a la vez, dos figuras tan excepcionales como fueron Pepín Ramírez y César Manrique.

En mi primer viaje de ida y vuelta a Las Palmas por motivos profesionales, tras dos meses escasos de estancia en Arrecife, mis amigos más íntimos me acosaron a preguntas para conocer mis primeras impresiones sobre una isla a la que consideraban como un lugar de destierro. La pregunta más frecuente que me hicieron fue cómo podía soportar un ambiente tan desfavorable y —lo daban por sentado— obviamente desculturizado. Siempre me dio la impresión de que no habían quedado muy convencidos con mis explicaciones, pero les fui absolutamente sincero.

Aunque entre los pros y contras que barajé en mi decisión de aceptar un trabajo en Lanzarote no figuraba como aspecto negativo la carencia cultural a la que hacían alusión mis amigos, lo cierto es que, al llegar a la isla y establecer mis primeros contactos, enseguida me percaté de que el ambiente con el que me encontré nada tenía que ver con el que se correspondería con un pueblo de ocho o nueve mil habitantes de la isla de Gran Canaria o del resto de España. Las conversaciones, las alusiones o las referencias incluso literarias, hechas sin la menor afectación, denotaban una inquietud o una sensibilidad impropias de un lugar tan pequeño y alejado. Vivir en Arrecife, en este sentido, era mejor que vivir en una pequeña capital de provincia de Castilla o de León, sin la ñoñería provinciana, además, de aquellos lugares, y con la tolerancia de ser un puerto de mar abierto a las Américas. Como he dicho, ese fue el ambiente y el entorno que propició la buena formación intelectual de César y de Pepín.

¿Cómo es posible que dos personas con caracteres tan diferentes —César extraordinariamente extrovertido, Pepín íntimamente introvertido— se entendieran tan bien durante toda una vida? Mientras César defendía con pasión y largas peroratas sus inquietudes artísticas, Pepín, de muy pocas palabras, se limitaba a escuchar desapasionadamente cualquier problema que le plantearan, por supuesto, incluido el propio César. Mientras César gesticulaba con brazos y manos en el aire, Pepín permanecía con los brazos cruzados, un gesto muy de él. César era relativamente bajo. Pepín era relativamente alto. Hasta físicamente se diferenciaban. Mientras César pregona reiteradamente

las excelencias arquitectónicas del Castillo de San José, en aquel entonces polvorín del ejército, Pepín, sin encomendarse a nadie, nos sorprendió un buen día comunicándonos que el Estado cedía gratuitamente el Castillo de San José al Cabildo de Lanzarote. ¡Asombroso en aquellos años de dura centralización! Por cierto, la inmensa mayoría de la gente de Lanzarote se tomó la noticia con total indiferencia.

Sin embargo, en aparente contradicción con lo que he dicho, en el ámbito privado Pepín, a pesar de ser tan parco en palabras y sentimientos, no se retraía en elogiar las iniciativas de César. No podemos decir lo mismo de César con Pepín, aunque esta otra actitud sea perfectamente comprensible, pues seguramente César evitaba que lo calificaran de adulón o cobista, cosa que por cierto nunca fue. Repito, con tantas diferencias en la personalidad de cada uno, cómo fue posible aquel perfecto entendimiento. Es que, en palabras de Fernando Gómez Aguilera, se trataba de dos seres complementarios.

Para mí, desde luego, el mérito de esta mutua fidelidad, fue de César. No era fácil soportar una personalidad tan distante como la de Pepín, que contaba a sus amigos con los dedos de la mano. Habrá quien maliciosamente aduzca que esa amistad le interesaba cultivarla a César, pues Pepín era su mecenas. Pero es que esa amistad se había cimentado desde niños. Pepín era el “jefe” de la pandilla, conservada como jóvenes y cultivada como adultos, y no fue hasta que ambos rondaban los cuarenta años cuando Pepín tuvo la genial ocurrencia de hacer realizables los sueños de César.

Obviamente, la correspondencia de Pepín con César resulta más fácil de comprender. Era sencillo hacerse amigo de César. El problema estaba en saber si él lo aceptaba, cuestión que ha sido aprovechada por mucha gente para presumir de amistad con el artista.

Con César ocurría como con Pepín. A pesar de su enorme popularidad, auténticos amigos tenía muy pocos: Pepi Gómez, Pepe Dámaso, Fachico Rojas y su mujer Chichita...

He calificado a Pepín y a César de inconformistas porque era quizás el rasgo que más compartían, cada uno a su estilo y en sus respectivos campos de acción. Eran inconformistas pero con una evidente voluntad positiva. No parece necesario gastar la menor energía en demostrar el inconformismo de César.

El inconformismo de Pepín podemos calificarlo de tardío, si tardío son los treinta y cinco años que tenía cuando, nombrado presidente del Casino de Arrecife, acabó con las famosas bolas negras que durante cien años habían

discriminado el ingreso de socios en la sociedad, en contra de la opinión de algunos directivos que él mismo había nombrado.

Ha sido mi propósito tratar de esbozar el entorno histórico en el que convivimos los tres, ellos como actores y yo como comparsa. Puedo presumir de que, en la valoración de los hechos que entonces se desarrollaron, cuando tuve que hacerlo, mi opinión fue siempre coincidente con la suya, aunque mi punto de partida, vamos a denominar de fundamento ideológico, fuera diametralmente distinto a sus propios fundamentos, seguramente porque avanzábamos en la misma dirección aunque por caminos diferentes. Reparo ahora en que esta coincidencia en el pensar quizás fuera más condescendencia por su parte con un joven muchachito al que llevaban diez años de edad y que además era de Las Palmas, ¡con lo ignorantes que eran los canariones! En todo caso, nunca me lo aclararon y sí me trataron siempre con exquisita corrección.

Creo que es importante explicar a las nuevas generaciones cómo se vivía en Lanzarote hace solo cincuenta o sesenta años por dos razones distintas. La primera, para recordarles, aunque no lo agradezcan, pues no lo van a agradecer, que, en gran parte gracias a estos dos personajes, pueden hoy disfrutar de la vida que se genera en Lanzarote como no pudieron hacerlo sus antepasados. Y segunda, para que, ante quienes tienen la sana curiosidad de interesarse por la historia de nuestra tierra, se reafirmen los méritos de César y Pepín, que, en lugar de plegarse cómodamente a los usos y costumbres del ambiente en el que se habían educado, rompieron aquellos moldes y asumieron los riesgos que esto suponía, intuyendo que lo que estaban haciendo era lo que convenía al futuro de Lanzarote. Por eso los califico de líderes naturales que se comprometieron en la acción. César como líder ecologista y Pepín como líder político excepcional.

Me he atrevido a citar y comentar expresamente algunos aspectos de la gestión política de Pepín y de su propia personalidad. Me aprovecho de que él ya no está, porque no me hubiera permitido que en su presencia lo calificara de político. Era un término que rechazaba, pero, a su pesar, él fue un verdadero político, en el único sentido honesto que tiene la palabra, es decir, el de ser un servidor de los demás. Con César he seguido el mismo criterio y, quizás, me he visto desbordado por su contagioso entusiasmo.

Debo aclarar que como este no es un trabajo biográfico sobre ambos personajes, sino sobre las circunstancias que les rodearon y, como he dicho,

de mis personales relaciones con ellos, no debe extrañar que falten muchas referencias generales.

Finalmente, he asumido el riesgo de referirme a una serie de personas, como es lógico también de Lanzarote —el riesgo está en que seguramente habrá más—, que aportaron su personal esfuerzo para que las cosas cambiaran; algunas por propia iniciativa y otras arrastradas por el ejemplo de César y de Pepín, aunque éstas no lo acepten. Un mérito, sin duda, que hay que reconocerles a ellos.

## **El viento, factor determinante**

Cuando por razones de edad, uno empieza a preparar el balance de su vida, antes de entrar en el mundo de los números concretos debe hacerse, asimismo, algunas reflexiones generales. Para empezar, como soy creyente, aunque espero que nadie me califique de intransigente —para mí, transigir es dialogar, no ceder porque sí—, creo a secas en la Divina Providencia, sin alardes ni presunciones. No hay otra explicación para mí que justifique que, después del trauma, como se dice ahora —antes era desilusión—, que supuso para mí tener que abandonar mis estudios universitarios de Económicas en Madrid, sencillamente por razones crematísticas, mi futuro transcurriera por vías tan aceptablemente favorables.

Pensaba entonces que quedaba condenado para el resto de mi vida a no poder ascender en la escala social, no como un fin en sí mismo, sino como un medio para alcanzar la felicidad, a la que todo ser humano tiene derecho. Sin embargo, he tenido la enorme suerte, sin la menor duda gracias a la citada Providencia, de ascender lo suficiente por dicha escala, por cierto, desde muy joven, aunque siempre en segundo plano, para poder estar cerca y disfrutar de quienes por méritos propios y, en algunas ocasiones, dignamente heredados, ocupan los lugares más privilegiados de la sociedad en sus diferentes estratos. Me he sentido cómodo en el lugar que me han asignado, sin asumir responsabilidades trascendentes, gozando del saber de los que han estado por encima de mí.

En esas circunstancias, llegué un buen día a Lanzarote, en 1952, cuando acababa de cumplir veintitrés años, lleno de ilusiones y sin saber que con este viaje mi vida iba a dar un vuelco, quedando también marcada el resto de la

ruta que, con algún que otro bache, me ha permitido llegar felizmente hasta el día de hoy.

Desembarcaba en Lanzarote medianamente pertrechado. Una formación académica corta e inacabada pero muy bien apuntalada por unos maestros excepcionales en el Bachillerato. Un aceptable hábito con el trabajo físico, inculcado por mi padre desde los catorce años. Acostumbrado a asumir responsabilidades, como mantenedor de mi familia y como modesto dirigente de las escasas juventudes universitarias existentes en Las Palmas a través del Sindicato Único. Arropado por el cargo de director para una sucursal de una Caja de Ahorros que nadie sabía para lo que servía. Todo esto me iba a servir para subsistir en Lanzarote, mejor dicho, en Arrecife, porque el resto de la isla era como si no existiera, tal era la penuria económica y humana que la embargaba entonces.

Hacia el sur, asoladas sus pobres y secas tierras por frecuentes tornados de polvo —que curiosamente en la actualidad han desaparecido—, una sola persona era capaz de mantener una conversación entendible: don Jaime LLeó, alcalde vitalicio de Yaiza, cacique a la vieja usanza de su territorio. Alto y fornido, imponía respeto.

El pueblito, semiencajado entre unas montañas cercanas y el malpaís de Timanfaya, disfrutaba en sus afueras de dos caserones decentes: el del propio don Jaime y el de los Armas, ya entonces prácticamente deshabitado, conocido por el bonito nombre de Muyay.

Aquel mismo año de mi llegada a Lanzarote —1952— don Jaime culminó su vieja aspiración de buen cacique absorbiendo el vecino municipio de Femés e incorporándolo al de Yaiza, de tal modo que todo quedaba bajo su solo mandato. Sin saberlo, dejaba a sus sucesores en la alcaldía, para treinta o cuarenta años después, la inmensa riqueza que ahora supone Playa Blanca, Pechiguera, Las Coloradas o las enormes llanuras de El Rubicón, que entonces todo era un páramo.

Don Jaime poco pudo disfrutar de sus nuevos territorios pues murió poco tiempo después. Le sustituyó en el cacicato su hijo Vicente —muy alto también, pero delgado—, querido amigo personal mío, que retornó desde Las Palmas, donde vivía, para hacerse cargo de la herencia de su padre, como hijo mayor, y que, naturalmente, durante los siguientes años, reemplazó a su padre como alcalde y único interlocutor de todo aquel inmenso sur estepario.

Por el norte, sin embargo, había un atisbo de vida en el pueblo de Haría, muy al norte, pero antes había que atravesar un paisaje triste y también

azotado por el temible viento. Se podía llegar a Haría partiendo desde Arrecife, obviamente como en la actualidad, escogiendo en Tahíche la ruta norte —a través de Guatiza y Mala, y bordear Arrieta— o la ruta centro, pasando por Teguisse.

Tahíche, como todos los pueblos de Lanzarote de entonces, parecía deshabitado, extrañamente solitario. La explicación que me daban era sencilla: la gente se esconde del viento. Me llamaron la atención en Tahíche los enormes muros de piedra en forma de túmulos, que deslindaban las fincas y que aún se perpetúan. No es normal, con tal volumen, verlos en el resto de la isla.

Las carreteras, todas de tierra, sin asfaltar, tenían unas extrañas rodaduras absolutamente inexplicables a simple vista porque, en lugar de seguir la dirección de las ruedas del coche, se cruzaban transversalmente en paralelo, cada 40 o 50 centímetros, con lo que viajar en coche era una pequeña tortura por los permanentes saltos que se daban, con resignada indignación de sus propietarios, que no daban avío en reparar las suspensiones.

Le pregunté a don Manuel Arencibia, *Moro Notable* de pro, de quien hablaré más adelante, y me contestó sin extrañarse: “Esas raras rodaduras que usted dice las hace el viento”. La verdad es que no entendí cómo era posible aquello, pero lo cierto es que todos me contestaban igual y nadie les daba importancia, salvo los cuatro taxistas que había en toda la isla, naturalmente ubicados en Arrecife, y los pocos propietarios de coches que existían, que se lamentaban con resignación de aquel extraño fenómeno.

Pasó un tiempo y por fin, Esteban Armas, el único perito agrícola que había en Lanzarote, todo un lujo, me dio una explicación plausible. Casi todas las carreteras que existían en Lanzarote, y hoy también, hacen el recorrido de naciente a poniente, mientras que los vientos dominantes son norte-sur, por lo que las atraviesan perpendicularmente ocasionando esos surcos que parecen rodaduras. Pero, ¿y su asombrosa uniformidad? Con una sonrisa en la cara y cogiéndome del brazo, Esteban me dijo: “Bueno, eso te lo contaré otro día”.

Guatiza, en aquellos años, fue para mí una referencia personal. Era el único lugar en toda la isla en donde existían algunos árboles, salvando las palmeras —que tampoco eran muchas, excepto en el valle de Haría— y los escasos frutales, generalmente achaparradas higueras. Se trataba de unos esmirriados eucaliptos plantados en los bordes de la única calle del pueblo, a su vez carretera de paso hacia Haría, que habían sobrevivido al viento, al soco de las casas y del cuidado de sus vecinos.

Desde luego, seguro que fueron plantados en las décadas de los años veinte y treinta del pasado siglo por don José Hidalgo, ingeniero jefe de carreteras de Las Palmas, obsesionado con reforestar las islas a base de plantar eucaliptos australianos de crecimiento rápido en los bordes de todas las carreteras que él proyectaba. En Gran Canaria subsisten muchos ejemplares hermosísimos, pero plantar eucaliptos en Lanzarote, grandes consumidores de agua, rayaba en el delito.

## La antigua capital

Teguise, en esa ruta del centro hacia Haría, era el lugar más deprimido de toda la isla. Unía a la soledad de todos los pueblos, el deterioro lamentable de sus principales edificaciones, restos de su pasado esplendoroso como capital de la isla; sin embargo, a mí me encantaba visitarla y enseñarla a los visitantes que me llegaban recomendados desde Las Palmas.

Por lo visto, la única reparación que se había hecho en los últimos cincuenta años era la de la torre de la iglesia, que se había caído como consecuencia de un terremoto. La reparación fue un pastiche horroroso que dañaba a la vista en aquel monumento histórico que era el resto del pueblo.

Entre la iglesia y la Casa de los Spínola había una plazuelita con unos pequeños leones de bronce ¿o eran canes?, para mi gusto, en uno u otro caso, una imitación bastante poco afortunada, de ahí mis dudas interpretativas. Comentando este hecho con un amigo de Arrecife, aspirante a ser en su día Moro Notable, me confirmó que, en efecto, eran leones y que habían sido objeto de alguna que otra mataperrería. Me contó entonces que, en su juventud, el deporte favorito de su pandilla era subir por la noche a Teguisé y arrancarles el rabo a los leones, hasta que el entonces alcalde de la Villa decidió soldar los rabos al suelo, que es como están ahora.

En aquellos años quedaban todavía algunos rescoldos de las heridas que se habían abierto entre Teguisé y Arrecife, cuando la Villa perdió la capitalidad de la isla hacía poco más de cien años. Los “trompeteros”, que así llamaba la gente de Arrecife a los vecinos de Teguisé, no perdonaban a los “analfabetos pescadores del Puerto” el expolio que habían cometido. El Puerto era como se referían entonces todos los habitantes del interior de la isla cuando se mencionaba Arrecife. La gente de Teguisé parecía haber olvidado el expolio, ya no lo comentaban, aunque, como es natural, mantendrían en su interior el desconsuelo por

lo perdido. Sin embargo, siempre había un sector joven en Arrecife que sentía cierto regocijo por recordar, periódicamente, no el éxito conseguido, que era obvio, sino la derrota de los “trompeteros”, con alguna que otra burla sobre ellos. Naturalmente, todo esto en el terreno de lo coloquial sin el menor viso de formalidad. Dentro de este contexto se entiende mejor la historia del rabo de los leones. Tegui se era y es un pueblo al pie de un castillo. Era la inesperada imagen de la esteparia Castilla en medio del Atlántico.

Donde se saboreaba esa bonita imagen era cruzando un callejón detrás de la iglesia, con lo que se llegaba rápidamente a un descampado desde el que, mirando hacia arriba, se vislumbraba el Castillo de Guanapay, el único de Canarias edificado en el interior de la isla, y de espaldas quedaba el pueblo “castellano”. Hasta la sequedad del lugar favorecía a la bonita imagen. La suave ladera desde lo alto del castillo hasta el borde del pueblo estuvo en su día acondicionada para recoger el agua de la lluvia, que era conducida a una charca o estanque que en su conjunto recibía el nombre de la Mareta de la Villa. Al cabo de siglos de explotación acuífera, la Mareta había terminado prestando un inesperado y nuevo servicio a su isla.

En aquella época estaban en auge los enarenados. La mejor tierra fértil para prepararlos, antes de ser cubiertos por la arena, era la tierra procedente de la Mareta. En efecto, durante siglos las lluvias había estado arrastrando y aireando las mejores tierras de la ladera, acumulándolas al final de la escorrentía, formando una gruesa capa que ahora era explotada como una mina al aire libre. Don Eduardo Martín, el más importante transportista de agua de entonces, me comentaba que de vez en cuando llevaba en sus camiones-cisterna agua de la Mareta de la Villa para algunos clientes exigentes de Arrecife y que era de muy buena calidad. Don Eduardo, que tenía entonces dos hijas casaderas, añadía: “Tenga usted cuidado con esa agua porque dicen los viejos que los forasteros que toman agua de la Mareta se casan en Lanzarote”. Yo era entonces soltero, pero debí de tomar agua de la Mareta sin saberlo, porque terminé casándome, afortunadamente, en Lanzarote.

Había una curiosidad del reino vegetal que también me encantaba visitar en Tegui. Una muestra definitiva de los efectos del sempiterno viento. Estaba situada calle abajo de la fachada izquierda de la Casa de los Spínola, en la acera de enfrente.

En la esquina de la fachada norte de una modesta casa terrera, alguien había plantado, muy pegado a la pared enfrentando al viento dominante, un



árbol de tronco ya curtido, que había crecido con una cierta inclinación lateral. Retorcido sobre sí mismo, seguía creciendo a la vuelta de la esquina al soco del viento, desarrollando una modesta copa con algunas ramas y hojas raquílicas. Asombroso cómo la vida vegetal continuaba adaptándose a la imposición de la naturaleza. Darwin hubiera disfrutado con este modelo vegetal que confirmaba su teoría de la evolución, aunque en este caso fuera adaptación. Y era, además, ¡el único árbol que existía entonces en la Villa de Teguise! Comenté este curioso hecho con algún Moro Notable, añadiendo mi extrañeza por el abandono general que tenía el pueblo. No me explicaba cómo el árbol podía subsistir sin que lo regaran. Me contestó rápidamente que no tenía nada de particular que sus raíces se nutrieran de algún pozo negro cercano, cosa muy frecuente en otros lugares de la isla.

Como he dicho, visitar Teguise me encantaba. Llevaba muy poco recorrerla y no me hacía apenas perder el tiempo. No había mucho que ver, y lo que había destilaba tristeza y decrepitud, pero me dejaba siempre un regusto agradable en mi conciencia, difícil de explicar quizás por aquello de que “donde hubo, siempre queda”. Sin embargo, la mayor riqueza de Teguise se mantenía bien oculta y a mí me costó algunos meses descubrirla.

Por mi actividad profesional tuve un contacto muy directo y personal con las diferentes capas sociales, muy bien definidas entonces, de la sociedad lanzaroteña. Las Cajas de Ahorro en aquella época eran pequeños confesionarios. Yo debí ser entonces, adaptado a las circunstancias, un director *sui generis* pues atendía a los impositores, que así llamábamos a los clientes, no detrás de una mesa sino directamente en el mostrador, utilizando el despacho privado solo cuando la discreción lo exigía. Esto me permitió un conocimiento variado y directo de mucha gente, información que seguramente mi subconsciente utilizó para elaborar una valoración de la calidad humana de los habitantes de Lanzarote que, desde luego, no difería en absoluto del concepto que ellos tenían de sí mismos. Por caminos distintos llegamos a la misma conclusión.

En este juego fue en donde me sorprendió la riqueza oculta de Teguise, es decir, la buena calidad humana de su gente más significativa. En aquel colectivo, obviamente desmoralizado, se conservaba un estilo personal, un cierto señoría, que los diferenciaba del resto de la isla. Esta especie de prepotencia, que no lo era, seguramente era el pretexto que se tomaban algunos para tratar de menospreciarlos.

Como he dicho, tardé algunos meses en confirmar mi “descubrimiento”. Lógicamente, fue un proceso lento. Primero, fue su alcalde don José Jiménez, con corbata y siempre bien vestido de negro, nada de cacique, acaso porque tenía poco que administrar, aunque el término municipal ocupaba más del 25% de toda la isla, incluido el Archipiélago Chinijo, doce veces mayor que el término de Arrecife. Terreno, mucho espacio, es lo único que había podido conservar cuando perdieron la capitalidad. Por cierto, a poco de conocerle cesó como alcalde. Fue sustituido por Pepe Morales, un joven vecino que tomó posesión con gran entusiasmo, hermano de don Antonio Morales, importante comerciante mayorista en Arrecife, líder en aquel sector. El nuevo alcalde, apoyado por el delegado del Gobierno, que lo había nombrado “para que, con su juventud, tratara de sacar el pueblo hacia adelante, cambiando la larga tradición de que los alcaldes fueran siempre mayores”, poco o nada pudo hacer durante su mandato.

Más tarde fui conociendo a otros vecinos, fundamentalmente agricultores, que no dejaron de sorprenderme por su buen talante y su buen decir, tan distintos a los del resto de la isla. ¿De dónde salía aquella buena gente, cuando Tegui se aparecía absolutamente abandonado? No puedo olvidarme, en particular, de dos de ellos, don Severino Bethencourt —al que terminé pidiéndole consejo sobre algunos temas que me preocupaban— y don Tomás Perdomo.

Conocí a don Tomás Perdomo en los últimos días de mi estancia fija en Lanzarote. No lo había visto nunca. Sumamente educado, cosa que no me sorprendió de entrada pues sabía que vivía en Tegui, me planteó inesperadamente en mi despacho su disconformidad con el procedimiento con el que el Banco de Crédito Agrícola, al que la Caja de Ahorros representaba, calculaba los intereses de un préstamo que iba a concederle. Traté de convencerle pero no lo conseguí. Era una cuestión técnica que, ante mi asombro, conocía perfectamente. Con absoluta dignidad me dijo que lo sentía mucho, pero que en esas condiciones no aceptaba el préstamo. Y se marchó. Antes y después de este gesto de don Tomás, el resto de agricultores había aceptado estas condiciones especiales que al poco tiempo fueron suprimidas, quizás porque las quejas de don Tomás llegaron a la sede del Banco en Madrid.

Como es natural, inmediatamente me puse a indagar qué tipo de formación tenía este empresario agricultor. “Tomás es ingeniero industrial”, me informó un Moro Notable ante mi reiterada sorpresa. Cómo era posible que

después de casi cinco años viviendo en Arrecife me viniera a enterar entonces de que existía un ingeniero industrial en Lanzarote, probablemente el primero oriundo de la isla. Desde luego, eso fue posible por la elegante discreción de la gente de Teguiise.

## La excepcional Haría

Para terminar con estas primeras impresiones de mi llegada a Lanzarote, la tierra en la que conviví con César y con Pepín, es indispensable referirme al pueblo de Haría.

Haría era entonces una excepción en el panorama desolador de Lanzarote. Dentro de las limitaciones generales de la isla, Haría tenía su propia personalidad debido a algunas familias arraigadas allí que no se habían dejado absorber por la pujanza del puerto de Arrecife. Aunque algunas emigraron a Las Palmas o a Tenerife o al propio Arrecife, mantuvieron su centro de acción en Haría. Eran solo cuatro o cinco familias bien avenidas. Los López Socas, Betancort, Barreto Feo; o los Curbelo y los Ramírez, antepasados de Pepín. Tenían en común el enorme mérito de haberse sacudido las barreras de la lejanía y del aislamiento, y haber formado a toda una generación en carreras universitarias o altos funcionarios de la Administración. Entre los López Socas, tres médicos —Isidro, Jesús y Amaro, este último vecindado en Santiago de Compostela—, un abogado —Rafael—, un farmacéutico —Vicente—, y Luis María, administrador de Correos y Telégrafos de Lanzarote. Entre los Barreto Feo, un médico —José María— y un interventor de Hacienda —don José Ramírez Ferrera—; entre los Betancort, un médico —Rafael—, un ingeniero —Juan—; y, entre los Curbelo, otro farmacéutico —Emilio—.

Por entonces, Haría, con solo 4.500 habitantes, debía de tener el mayor índice de universitarios en relación con el número de habitantes de toda Canarias, solo equiparable quizás con Santa Cruz de La Palma. Todo esto se tenía que notar en el pueblo, que era el único en la isla junto con Arrecife que disponía de energía eléctrica durante algunas horas por la noche, una placita muy acogedora, un buen establecimiento comercial —de Antonio López Socas—, y un alcalde excepcional, don Mariano.

Como es natural, don Mariano López Socas ejercía de alcalde y cacique del pueblo, pero con un estilo absolutamente inusual en aquella época. Era todo

un ejemplo de cortesía y buenas formas no exento de una inteligente ironía, cuando venía el caso.

Cuando lo visité, su casa particular, en la plaza de Haría, resultó ser una vivienda de ciudad y no de pueblo, con azulejos y mosaicos de evidente calidad, de las que no abundaban mucho en Arrecife. No me sorprendió que fuera coleccionista de conchas marinas exclusivas de Lanzarote, recogidas por él mismo en las playas y mariscos de la isla y exhibidas en mesas con vitrinas acristaladas. Por don Mariano descubrí la playa más original y bonita de Lanzarote, el Caletón Blanco, entonces absolutamente desconocida por la inmensa mayoría de los habitantes de la isla.

Al presumir de mi afición a las playas y decirle que ya las había recorrido todas y que me parecían magníficas, me advirtió de que seguramente me faltaba el Caletón Blanco. Efectivamente, así era. Por primera vez, oí ese nombre ahora sobradamente conocido, pues está bordeada por una carretera, pero que en aquellos años era de difícil acceso.

De Haría era natural el empresario al que mayor consideración se le tenía en Arrecife, don Juan Betancort López —aunque residía en Las Palmas—. Antes de mi llegada a Lanzarote, era titular de la Banca Betancort y Coll, junto a don Eduardo Coll, pomposo nombre muy propio del carácter de don Eduardo —que residía en Tenerife—, y que desapareció con el establecimiento en Arrecife del Banco Hispano Americano, del que fueron corresponsales. La asociación Betancort y Coll también había levantado unas salinas en las afueras de Arrecife, muy bien cuidadas, que le daba una pincelada pintoresca a la entrada de la ciudad desde el sur. Desaparecieron mucho después por el crecimiento urbano. La instalación de una fábrica de hielo y unos silos de harina fueron iniciativas posteriores de don Juan, recogidas por Guillermo Topham Guito, el inolvidable cronista, con gran regocijo, como una gran zancada de su pueblo hacia la modernidad. Don Juan era más bien de baja estatura, con gafas y una sonrisa permanente que no lograba ocultar un gran carácter.

En aquella Haría tan peculiar había otro personaje muy querido y respetado, a quien yo recuerdo haber saludado en los aledaños de la plaza mientras estaba sentado en la terraza de un modesto bar, algo absolutamente inusual en todo Lanzarote, salvo en la acera del Casino de Arrecife, espacio destinado a los Moros Notables. Se trataba de don Gabino Hernández Cruz, entonces ya mayor, de aspecto muy sencillo y natural. Era el dueño del molino de gofio movido por energía eléctrica que producía él mismo mediante un generador,

desde luego, pionero en Lanzarote de tal avance tecnológico. Hacía ya años que don Gabino, con gran visión empresarial, destinaba la energía que producía su motor durante el día a mover el molino de gofio y por la noche, para que no estuviera parado, a suministrar alumbrado a los vecinos del pueblo que podían pagarle.

Estaba claro que Haría había vivido un cierto período de prosperidad económica que entonces se había estancado. El valle de Haría, orientado al norte, se había beneficiado de la humedad arrastrada por los alisios, que favorecía unos cultivos de secano ahora abandonados. Por sus empinadas laderas se vislumbraban terrenos que estuvieron cultivados en terrazas hasta lugares inverosímiles, de acceso difícilísimo, y que debieron de exigir un trabajo inhumano.

Haría era el único lugar de la isla que había tenido varios manantiales de agua, en esa época todos secos, salvo el llamado El Chafariz en el bonito valle de Temisa, colindante en perpendicular con el de Haría, con un caudal insignificante que no daba para llenar una cuba de 8.000 litros al día. Más de un centenar de pozos existían en el valle, según me dijeron, prácticamente todos secos y los que tenían algún insignificante caudal eran de agua salobre.

No obstante, dicho con cierta ironía, Haría podía presumir de un importante récord que no puedo dejar de contar. En la parte más alta de Malpaso, nombre con el que se conoce el camino que por el centro de la isla conduce hasta Haría, antes de llegar al mirador y casi enfrente del camino que conduce a las Peñas del Chache —en donde Pepín, como presidente del Cabildo, hizo más tarde una forestación de pinos—, me extrañó ver un caserón solitario de una sola planta. En aquel paisaje desértico, apartado de la carretera, tenía más aspecto de almacén que de vivienda. Pregunté qué era aquello.

—Es la incubadora —me comentó Juan Machín, el taxista que me conducía.

—¡Ah, —dije— es una granja!

—No, es la casa del peón caminero que tiene veinte hijos.

Y así era. El peón caminero y su esposa fueron Premio Nacional de Natalidad, que recogieron de manos de Francisco Franco. ¡Bonito récord para un vecino de Haría!

El peón caminero tenía como cometido la conservación y mantenimiento del sector de la carretera que le encomendaran. La encomienda prioritaria que tenían por entonces en Lanzarote, dictada por los técnicos, era cubrir los extraños baches transversales de las carreteras con los lodos retirados de la

limpieza de los cocederos de las salinas. Se trataba de una especie de pasta muy densa que al secarse se endurecía, produciendo un material poco noble, pero de gran consistencia. Era el lógico resultante de la mezcla de los sedimentos de un polvo finísimo depositado por el viento que se unía a las moléculas de la sal disuelta en el agua del mar cuando éstas empezaban a cristalizar. Con esta pasta se rellenaban los baches. Al secarse rápidamente, por los efectos del sol y viento de Lanzarote, dejaba una superficie llana con apariencia de asfalto de color gris claro, con bastante buen aspecto, pero de duración escasa. Era la clásica chapuza para salir del paso. Estos trabajos se aceleraban, naturalmente, cuando visitaba la isla alguna autoridad de Las Palmas.

Los Moros Notables dictaminaron que era peor el remedio que la enfermedad. Cuando ese material se trituraba, por efectos del tráfico rodado y por el viento, el polvo que soltaba —que era sal pura— se metía en los chasis de los coches, picándolos inevitablemente, y lo que es peor aún, el viento se encargaba de regar de sal los enarenados, sumamente delicados, dañándolos irremediablemente. Respecto a este último efecto, nunca oí nada de boca de los agricultores aunque sí llegaron a mis oídos quejas por el deterioro de los coches.

## **Las denostadas carreteras**

Como he venido diciendo, el estado de las carreteras era lamentable a pesar del escaso tráfico que soportaban. Afortunadamente, en la resolución de este gravísimo problema fue determinante el nombramiento de Pepín, en el año 1960, como presidente del Cabildo de la isla. Fue su objetivo prioritario. Sin resolverlo, sacudiéndose la modorra en la que estaba sumida, el despegue de la isla no hubiera sido posible. Este propósito centró su gestión desde el primer día. Obviamente, afrontar tal desafío planteaba un problema económico, pues requería una cuantiosa inversión. Su trabajo inmediato fue tratar de encontrar esos recursos.

Su primera decisión —concretamente al día siguiente de tomar posesión— fue solicitar un informe sobre la situación económica del Cabildo al Servicio de Inspección y Asesoramiento de las Corporaciones Locales, órgano desgraciadamente suprimido con motivo de la reforma política estatal de 1978, en aras de respetar la independencia de las corporaciones locales. Este Servicio era prácticamente unipersonal. En nuestra provincia de Las Palmas

fue asumido entonces por el interventor del Cuerpo Nacional don Laureano Arroyo, que tenía como ayudante a un solo funcionario para asesorar a los tres Cabildos y treinta y pico Ayuntamientos. Sin embargo, don Laureano —a quién conocí—, con fama de competente y trabajador, llevaba su cometido con ejemplar eficacia.

Como consecuencia del informe del citado Servicio de Asesoramiento, Pepín tomó una serie de medidas drásticas en el Cabildo, que dejaron atónitos a los propios Moros Notables. Fue tal el coraje, seriedad y valentía demostrados, que dejó claramente definido, ante la opinión pública, cuál iba a ser su perfil como presidente para el resto de su mandato y, a título personal, para el resto de su vida. Esa actitud le granjeó el respeto y la admiración de la gente más sensata, no solo en Lanzarote sino de todas las primeras autoridades de la provincia. Como era de esperar, no todo fueron alabanzas. Yo también fui uno de los sorprendidos. Ya estaba destinado en Las Palmas cuando me llegaron estas noticias y fui testigo de las reacciones positivas que se produjeron. Naturalmente, estaba informado por el propio Pepín de sus gestiones iniciales, pero no de las medidas que había tomado posteriormente. Era otro Pepín.

En aquellos días, estuvo en Las Palmas para alguna gestión oficial y, como ocurría siempre, nos reunimos en mi casa después de la jornada de trabajo. Le pedí detalles sobre las medidas que había tomado. Como siempre, me contestó muy escuetamente, según su estilo. A continuación, me pidió que jugáramos nuestra habitual partida de ajedrez que, como era normal, volvió a ganar. Era un buen jugador intuitivo, con escasos conocimientos teóricos, pero que arrasaba con los muchos que yo presumía tener. En una ocasión, al terminar una partida me comentó: “Oye, tú eres muy raro. No te enfadas cuando pierdes”. Lo que no sabía Pepín era cómo me quedaba yo por dentro. Su gran rival ajedrecístico en Arrecife era don Rafael Fiestas, el recaudador de Hacienda en la isla. Era un magnífico jugador que periódicamente viajaba a Las Palmas a enfrentarse con los mejores jugadores locales. Y un tercer buen jugador lanzaroteño fue *Perico Fierro*, don Pedro Hernández Cerdeña, que, en el año 2014, cumplió los cien años.

Pero volviendo al hilo de este relato, el momento de asumir la presidencia del Cabildo —tenía entonces treinta y ocho años— marcó un antes y un después en la vida de Pepín Ramírez Cerdá. Del Pepín resignado y apático, incluso durante su mandato como alcalde de Arrecife —como lo eran entonces todos sus paisanos con el devenir de Lanzarote— al Pepín Ramírez presidente, ilusio-

nado con un porvenir más esperanzador para su tierra y convencido de que estaba en sus manos poder conseguirlo, mediaba un abismo. Naturalmente, esta fue mi percepción personal, que coincidía con la de algún Moro Notable.

En ese salto cualitativo en su forma de ser y su nueva visión de la isla, sin salirse del marco sobrio e introvertido que le caracterizaba, a mi juicio intervinieron dos factores más: su duro debut en los primeros días de su presidencia —del que salió claro vencedor— y su renovada amistad con César Manrique, que se había amortiguado durante los años de ausencia de éste en Madrid. Esta renovada amistad con César y sus frecuentes conversaciones ahora con él, repito, creo que fueron también determinantes en esa nueva forma de ser de Pepín. Fue fácil para César contagiarle su entusiasmo sobre las extraordinarias posibilidades turísticas de Lanzarote. César conocía de primera mano un mundo externo rico y ávido de novedades que para Pepín era desconocido.

Ahora, el nuevo Pepín Ramírez estaba ya pertrechado mentalmente para llevar a cabo su proyecto político prioritario: adecentar las horribles carreteras de Lanzarote y buscar los recursos económicos necesarios. De momento, no podía contar con el propio Cabildo porque las medidas que había tomado tardarían aún algunos meses en surtir efectos económicos. Tuvo que recurrir a instituciones externas a solicitar ayuda. La forma de solicitar la ayuda, me decía, era relativamente fácil de plantear porque dada la gravedad del estado de las carreteras su resolución no podía demorarse más. El problema técnico era muy sencillo pues se trataba solo de asfaltar. El trazado de todas las carreteras era correcto y el firme también estaba bien, dada la naturaleza rocosa volcánica del terreno.

Pepín recurrió a tres instituciones por separado: la Junta de Carreteras —dependiente del Ministerio de Obras Públicas—, la Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas —cuya razón de ser era precisamente ayudar a las islas menos favorecidas aunque, de hecho, la aportación económica la hacía el Cabildo de Gran Canaria—, y al Gobierno Civil —que le constaba, disponía de unos “fondos secretos” para casos de emergencia ciudadana—. En los tres sitios fue muy bien recibido y, rápidamente, empezaron a prestarle las ayudas que solicitaba, suficientes para iniciar su plan, aunque no en la cuantía que él pedía.

La buena acogida de Pepín estaba justificada. En muy poco tiempo, con sus primeras actuaciones, se había ganado un gran prestigio ante aquellas autoridades. Era, pues, persona de la que podían fiarse. Pensé entonces, y esto es de mi cosecha, que había una circunstancia que le había favorecido muchísimo.



Me refiero al hecho de que el acceso de Pepín a la presidencia del Cabildo se había producido por una vía inusual en aquella época: como persona neutral e independiente, y no como alguien “adherido al Movimiento”, que era lo habitual en aquellos años. Seguramente, imaginaban aquellas autoridades que dándole un buen trato se lo ganarían para su causa, cosa que, por cierto, no consiguieron. Con esas modestas primeras ayudas, rigurosamente bien administradas, Pepín inició su obra.

Pieza clave en aquella buena gestión fue Luis Morales, el nuevo y joven jefe de obras del Cabildo, pues el asfaltado de las carreteras se hizo por administración y no por contrata, con lo que resultaron más rápidas y baratas. El voluntarismo de Luis Morales y su equipo fue fundamental —un riesgo que asumió Pepín y que descansó, básicamente, en la confianza que había depositado en Luis—. Insospechadamente, Luis Morales fue la primera persona en la que pensó Pepín para formar su nuevo equipo humano en el Cabildo.

En Arrecife, cuando Pepín era alcalde y yo su primer teniente de alcalde, teníamos a Manuel Morales, maestro de obras, como el mejor funcionario de la corporación, opinión que compartíamos todos los concejales. Ejecutaba los modestos trabajos que le podíamos encomendar con gran rapidez y eficacia, pero nos sorprendía, además, cada día con alguna sugerencia para aprovechar o mejorar los escasos medios de los que disponíamos. Manuel Morales era bajito, con un buen cachorro puesto siempre, en mangas de camisa, más bien delgado y sumamente educado. En su pequeña cuadrilla trabajaba un hijo suyo muy joven que se llamaba Luis. En aquellos primeros días de su nombramiento como presidente y su cese como alcalde, Pepín me comentó que ya estaba pensando en el equipo que tenía que formar y que se iba a llevar a alguien del Ayuntamiento. “A Manuel Morales, naturalmente”, le dije. “No, a su hijo Luis”, me contestó. Al ver mi cara de sorpresa, me comentó que no me preocupara, que seguro que era tan bueno como el padre por aquello de que “de tal palo, tal astilla”. No fue la única vez que Pepín me sorprendería con su talento para valorar a una persona. En efecto, Luis Morales respondió a la confianza que había depositado en él. Fue un leal colaborador del presidente, y un intérprete y ejecutor único de las ideas de César.

Las mejoras de las carreteras se dejaron sentir enseguida y en ellas iban incluidos los consejos de César sobre la supresión de mojones o de vallas publicitarias. Pepín ya estaba cumpliendo su compromiso con César, más allá de llevar a cabo simplemente el adecentamiento de los Jameos del Agua o del

Castillo de San José. “No haré nada sin contar previamente con César”, me dijo Pepín ya como alcalde, a raíz del primer encargo que le hizo, un parque para Arrecife. Y lo cumplió a rajatabla. A veces extremaba su compromiso. Así se lo hice ver cuando, en una de mis frecuentes visitas a Lanzarote después de mi destino a Las Palmas, me quejé de la falta de señalizaciones en las ya mejoradas carreteras. “César está ahora en Nueva York —me contestó—. Cuando venga, ya veremos”. Al poco tiempo, se instaló uno de los “diablos” de César para señalar la entrada a los Jameos. Desde luego, era mucho más y mejor de lo que yo pedía en materia de señalizaciones.

Hay cuestiones que a las generaciones venideras les costará valorar, entre ellas, la gestión de Pepín durante su mandato para resolver el problema de las carreteras de Lanzarote. Fue tan trascendente que, si no hubiera existido César Manrique, solo este hecho habría sido suficiente para pasar a la historia de su tierra como el mejor presidente que ha tenido nunca el Cabildo de Lanzarote. Dicho esto, es importante subrayar que Pepín tuvo la enorme habilidad de compatibilizar su objetivo prioritario —las carreteras— con la atención a los proyectos de César, sin que a este le faltaran jamás medios para ejecutarlos. Ahí demostró ser un gran administrador pues —sobre todo durante los primeros años de su mandato—, con escasísimos medios económicos, supo siempre encontrar la forma de detraer, por darle un suave calificativo, algunas cantidades de su obra preferencial para destinarlas a los planes trazados por el gran César. Seguramente, es lo que hoy se llama ingeniería financiera, salvando las distancias.

Dentro de aquella pobreza generalizada que no invitaba a permanecer en la isla, Lanzarote tenía un misterio, un original y maravilloso encanto para el visitante que sus propios habitantes no sabían valorar entonces. El genio de César Manrique y el coraje político de Pepín Ramírez pusieron los medios para que a los nuevos visitantes les encantara quedarse en la isla y pusieron en manos de sus conciudadanos un nuevo tesoro, que no siempre han sabido administrar correctamente.

## **Puerto Arrecife**

Al atardecer del lunes 8 de diciembre de 1952, día de la Purísima en el calendario católico, y por lo tanto festivo en España, llegaba yo por primera vez a Arrecife procedente de Las Palmas, en un viejo barco de la Compañía

Transmediterránea, los que eran conocidos popularmente como “correillos”, por ser el medio que utilizaba Correos para repartir la correspondencia entre las islas. Me esperaba en el Muelle Comercial, hoy en desuso, don Manuel Aren-cibia Suárez, comerciante importante, dueño del local donde se establecería la Caja Insular de Ahorros que yo iba a dirigir. Era un caballero de la antigua escuela, de baja estatura, con sombrero permanente, a quien nunca agradeceré lo suficiente la ayuda que me prestó durante mi estancia en Lanzarote, ayuda que me permitió conseguir éxitos profesionales que me sirvieron después para regresar a Gran Canaria por “la puerta grande”.

Don Manuel era oriundo de Teror, en Gran Canaria, pero desde muy joven se había afincado en Lanzarote donde se labró, con su propio esfuerzo, un enorme prestigio personal. Estas condiciones, como era lógico, le convirtieron en uno de los Moros Notables de Lanzarote.

Los correillos llegaban los lunes, directamente desde Las Palmas, y los viernes, pasando previamente por Fuerteventura. Eran la vía habitual de comunicación con el exterior. Las dos llegadas y salidas semanales eran todo un acontecimiento social. Congregaban una numerosa concurrencia de gente, que asistía, por pura rutina, sencillamente como si se tratara de un paseo, pero que daba la oportunidad, además, de cotillear sanamente sobre los muchos o pocos viajeros, conocidos o no, que entraban o salían de la isla.

Viajar en los aviones de Iberia constituía todo un lujo reservado a unos pocos, pero, en todo caso, la frecuencia de vuelos era mínima: un viaje en días alternos, vía Fuerteventura, tanto a la ida como a la vuelta. Los aparatos eran Douglas DC-3 americanos, para veinte y pocos pasajeros aunque, en poco tiempo, estos servicios mejorarían sensiblemente, cambiando incluso los aparatos por unos Fokker holandeses de setenta plazas. Especial atención se prestaba a quienes se atrevían a viajar en avión —asombrosamente puntual— pese a las escasísimas personas que se acercaban a la modesta terminal del aeropuerto. Con la nueva moda de viajar en este medio, se hizo muy popular la ocurrencia que tuvo Eutimio, un conocido pintor de brocha gorda, al que todos llamábamos para las clásicas reparaciones hogareñas. Subido a una escalera mientras pintaba en la vivienda de una señora de la buena sociedad, ésta le comentó: “Eutimio, ¿sabe que mi amiga doña Fulanita —obviamente de su misma clase social— vino ayer en avión desde Las Palmas?”. El fulminante comentario del citado pintor, famoso por sus ocurrencias, fue: “¡Mire usted, cualquier arretranco viaja hoy en avión!”.

Otro personaje muy popular era Antoñito María, que hacía más honor —por sus ademanes— a su segundo nombre que al primero. Muy flaco, larguirucho, un poquito cabezudo, siempre en los lugares más concurridos, activo, amable y educado, era el mandadero de algunas familias y, desde luego, el preferido por el comercio de ultramarinos de los hermanos Guerra. Los lunes y viernes hacía de maletero en el puerto —fue el que me ayudó a bajar mi equipaje—.

Desde el muelle, don Manuel me llevó en su coche a La Vasca, la única pensión aceptable que existía entonces, ubicada en el mismo edificio en que se establecería La Caja, en la Avenida Marítima, enfrente del kiosco de la música, junto al entonces Casino de Arrecife. Pero don Manuel no me dejó descansar mucho porque, ante mi curiosidad, ya de noche cerrada, me condujo a La Democracia, nombre popular con que era conocida la sociedad Círculo Mercantil, situada en el centro mismo de la Calle Real, donde se celebraba un baile con una orquesta traída de Las Palmas. “Le llevo allí —me dijo— porque estará reunida mucha gente importante de Arrecife que le voy a presentar, cosa que a usted le conviene para su trabajo. Aunque la sociedad importante aquí es la del Casino —me aclaró—, esta sociedad le sigue en importancia”.

En unos pocos minutos, don Manuel Arencibia, seguramente sin darse cuenta, me había puesto al día de algunas singularidades del pueblo en el que iba a vivir permanentemente durante casi cinco años, pero al que me iba a vincular el resto de mi vida. Unas singularidades, por otra parte, que me iban a permitir deducir, por mi cuenta, algunas importantes conclusiones de su especial carácter colectivo. En primer lugar, una naturaleza independiente, defensora de sus tradiciones. Por ejemplo, el nombre de “La Democracia” que tenía la sociedad había sido prohibido en 1936 por el nuevo régimen político. Les había dado igual. Todo el mundo la seguía llamando La Democracia sin que las autoridades se hubieran atrevido a tomar medida alguna. Lo mismo había ocurrido con los “bailes de salón”, prohibidos a su vez por el obispo monseñor Pildáin, que había impuesto el “castigo” de no permitir sacar en procesión al patrono de Arrecife, San Ginés, mientras se siguieran celebrando esos bailes. Pero los bailes continuaban celebrándose y hacía ya muchos años que no había procesión. En este caso, sí debo decir que el grado de devoción religiosa de la gente de Lanzarote, en aquellos años de exaltación oficial de la religión, era más bien escasa y aunque hay una tendencia natural a interpretar esta actitud como un signo de progresismo, lo cierto es que la sociedad lanzaroteña era

entonces radicalmente conservadora. Era un conservadurismo decimonónico, con una clara división de clases, con un asombroso sometimiento de la clase tristemente llamada inferior sin el menor atisbo de queja. Aquel mismo día, en la propia Democracia lo comprobé. Los socios del Casino entraban gratuitamente en aquella sociedad, sin necesidad de ser socios, reciprocidad que no existía en el Casino.

“La Democracia es una sociedad muy popular y muy querida —me volvió a insistir don Manuel—, con más socios que el Casino y en mejor situación económica. Realiza muchos actos, culturales incluso, en su patio central”. En ese mismo patio central, cuando era la temporada, los domingos por la mañana se organizaban peleas de gallos ingleses. Esa dualidad de funciones me dejó un poco perplejo.

Aquel día de mi debut en Lanzarote no pudo ser más provechoso, aunque tuvo que interrumpirse a las doce de la noche, hora en la que la fábrica de electricidad cortaba la luz. Fue la primera noche que dormía en el Puerto, nombre con el que denominaban a Arrecife los habitantes del interior.

## Lanzarote vista desde Las Palmas

Conocí mi destino a Lanzarote unos tres meses antes de que realmente se produjera, por lo que dispuse de tiempo suficiente para recabar información sobre el lugar en el que iba a trabajar para mejorar sensiblemente mi situación personal. Mientras tanto, según se iba sabiendo, no recuerdo a nadie que se alegrara con mi nombramiento, cuando por mi parte me sentía contentísimo, obviamente, como he dicho, de momento solo por razones exclusivamente económicas, pues iba a algo más que duplicar mi sueldo, cosa que me venía muy bien como mantenedor de mi madre y dos hermanos.

En este sentido, me estaba ocurriendo algo raro. La gente me miraba con extrañeza. “¿Ir a trabajar a Lanzarote? Eso es como ir a trabajar a Ifni, la colonia africana española”, me decían en el mejor de los casos. “Nadie hace ese desplazamiento voluntariamente”, me repetía otro. “Es como ir a un destierro”, insistía un tercero. La situación llegó a un límite peligroso cuando un profesor, de la Escuela de Peritos Industriales —el catedrático de Análisis Químico don Jesús Agreda, con fama de introvertido—, en donde yo estudiaba el último curso de la carrera alternándolo con el trabajo, fue por su cuenta a ver a mi

madre, a quien no conocía, para decirle que me impidiera ir a Lanzarote pues mi porvenir estaba en Las Palmas. Cuando mi madre me lo contó, me preguntó, con lágrimas en los ojos, si no me equivocaba al aceptar este destino. No me costó tranquilizarla.

Ya fue sospechosa la manera en que fui designado. En la plantilla de La Caja, solo de treinta empleados, yo era el último del escalafón. Este destino se lo ofrecieron previamente a los veintinueve compañeros que me precedían. Nadie lo aceptó. Este hecho, unido a la opinión que me transmitían amigos y conocidos de otros ámbitos, demuestra el escaso atractivo que tenía entonces Lanzarote para los vecinos de Las Palmas. No puedo presumir, por lo tanto, de que mi designación fuera exclusivamente por los “méritos contraídos”, pues se debió a la renuncia de mis posibles competidores.

A pesar de este cariz claramente negativo, no me costó trabajo alguno mantener mi compromiso. Estaba realmente ilusionado, no solo por la mejora sustancial de mis ingresos sino por la oportunidad que se me brindaba de consolidar un ascenso en mi trabajo, si tenía éxito en el mismo. Poco me iban a afectar las condiciones medioambientales del lugar aunque tampoco había sido muy alentadora la forma en que había sido elegido.

Cuando llegó el momento, no recibí demasiados consejos y advertencias de mis superiores inmediatos —el entonces director general don Matías Álvarez y el interventor don Arturo Álvarez (de iguales apellidos, pero sin el menor parentesco entre sí)— sobre el trabajo que tenía que realizar ni sobre los objetivos a conseguir, salvo que me iría a recibir al muelle don Manuel Arencibia, casero del local que habían alquilado para la oficina y la vivienda. Eran dos bellísimas personas. Don Matías, un ejemplo de seriedad y rectitud. Don Arturo, un experto en contabilidad empresarial. Creo que daban por sentado que yo sabía lo que tenía que hacer, como efectivamente así era.

Más explícito fue don Matías Vega Guerra, presidente del Cabildo de Gran Canaria y del Consejo Directivo de La Caja, que le pidió al director general que me fuera a despedir de él antes de marcharme para Arrecife, como así hice. Don Matías tenía entonces, y siguió teniéndolas muchos años después, unas magníficas relaciones con el Gobierno y con la Administración Central. En su momento, sería gobernador civil de Barcelona y embajador de España en Venezuela.

Como era habitual, me recibió en su despacho particular de la calle de Triana, en el edificio colindante con la oficina de la propia Caja Insular de

Ahorros. Me manifestó inmediatamente su gran interés para que la apertura de la sucursal de La Caja en Lanzarote fuera un éxito, pues lo mismo esperaba de la que simultáneamente se iba a abrir en Fuerteventura. Me dio a entender claramente que la decisión de abrir estas nuevas oficinas había sido suya pues, como presidente de la Mancomunidad de Cabildos de la Provincia a su vez que era, trataba de acallar las quejas de ambas islas menores, que se sentían marginadas por Gran Canaria. Al mismo tiempo, me indicó que, para cualquier problema que pudiera surgir, recurriera al abogado de Arrecife don Bonifacio Villalobos Guerrero que era también el delegado de Gobierno en aquella isla y que para la contratación de personal contara con su consejo. Don Matías Vega era entonces el cacique de la política regional.

En relación con don Matías, por cierto, me vi salpicado en aquellos días, inesperadamente, por las rivalidades de la política local. Como responsable del Sindicato de Estudiantes Universitarios de Las Palmas di cuenta inmediatamente a mis superiores de mi traslado a Lanzarote, comunicando que, por lo tanto, renunciaba a mis responsabilidades en el Sindicato. Ante mi total sorpresa, la noticia fue mal recibida. Pregunté cuál era el motivo de tal enfado. “Porque te pasas al bando de don Matías”, escuché asombrado. La persona que me trasladaba este razonamiento gozaba de mi máxima consideración, incluso tenía cierta admiración por su comportamiento personal, pero aquel comentario me dejó perplejo. Me limité a sonreír, con un gesto de que aquello no era correcto, algo a lo que no le daba la menor importancia. Desde luego, eludí la discusión, que me parecía innecesaria.

Reflexionando más tarde sobre este hecho, llegué a la conclusión de que aquella reacción infantil, no justificada por su juventud pues era unos pocos años mayor que yo, obedecía al ambiente creado por el régimen político en el que vivíamos entonces y del que mi interlocutor era un ferviente seguidor. Para aquel sistema con visos maniqueos, en política solo había buenos y malos. Los buenos eran ellos y los malos los que no pensaban como ellos. Curiosamente, a don Matías lo habían incluido entre los malos, aunque ostentaba un alto cargo en la Administración. Lo consideraban un “arribista” que estaba allí para su provecho personal y no para servir a los altos intereses del Estado. Por lo visto, en el Sindicato Universitario habían interpretado que mi designación como director de una sucursal de La Caja había sido un gesto de proselitismo de don Matías para ganarme a su causa, es decir, a la causa de los malos.

No parece necesario aclarar que mis relaciones profesionales con don Matías hasta 1962 —cuando deja de ser presidente de La Caja al ser designado gobernador civil de Barcelona— y las posteriores hasta su fallecimiento en 1989 fueron muy intensas. Jamás hablamos de política y mucho menos de “adhesión a su causa”. Le profesé siempre un especial afecto y respeto pero no servilismo, a pesar de tener fama de haber sido, como he dicho, el gran cacique de Canarias y de ostentar la Presidencia del Consejo Directivo cuando este organismo me nombró director general de la Caja Insular de Ahorros.

Como es natural, empecé a documentarme sobre el lugar en el que iba a trabajar. Mi propia madre fue mi mejor informante y los peores, mis amigos y conocidos, cuyos comentarios eran siempre negativos. Desde niño, sabía que mi madre, con diecisiete años —es decir, en 1925—, había estado unos días en Lanzarote acompañada de su hermana mayor, de veinte, pero sin retener, por mi parte, datos concretos. Los refresqué entonces. En efecto, los descendientes de la familia Aguiar, oriunda de la Península, eran vecinos de Arrecife. Paisanos y amigos de mis abuelos, habían invitado a las fiestas de San Ginés, fiestas patronales de la ciudad, a sus hijas, es decir, a mi madre y a su hermana.

Ya habían pasado muchos años, pero mi madre conservaba recuerdos de un viaje que debió de ser para ella toda una aventura, y que a mí me sirvieron para hacerme mi personal composición de lugar. El agua racionada en la propia casa en la que vivían; el mercado, al que llamaban recova; un laguito interior, el Charco de San Ginés, de agua salada; el camello, como animal extraño; la gente, que era muy divertida, con gran afición a los bailes... Todo esto subsistía cuando llegué a Arrecife veinticinco años después. Y unas amigas del lugar, quienes por entonces eran ya la familia Cabrera Sastre, que, al retornar, acogieron cariñosamente a mi madre y, como es natural, a mí también. Fue mi madre también la que me habló, por primera vez, de la institución de los Moros Notables, que allí le habían señalado, con todo respeto, sus nuevas amigas. Poca más información pude conseguir, salvo la frecuencia de las comunicaciones marítimas y las escasas aéreas.

El periódico de Las Palmas que daba noticias de Lanzarote era *Falange*, el único que existía por la mañana. El de la tarde, *La Provincia*, no las dio hasta algunos años después, con Agustín de la Hoz. Con mucha frecuencia, aparecían en *Falange* noticias de Lanzarote firmadas por su corresponsal en aquella isla, un tal Guillermo Topham, que a veces también firmaba como Guito. Eran noticias bien elaboradas, acompañadas de cierto sensacionalismo, que terminaban



dando la impresión de que la única zona capaz de generar noticias interesantes en Canarias era Lanzarote. Por ejemplo, el cuervo de Tinguatón, que, cosa inaudita, articulaba algunas palabras. Muy poca gente lo creía. La noticia tuvo carácter nacional y Guito supo explotarla durante varias jornadas. Yo, ya en Lanzarote, tuve la oportunidad de comprobar que era cierto. Al menos creí escucharle decir “¡Franco! ¡Franco!”, según me explicaba el agricultor que lo había domesticado, cosa esta ya de por sí meritoria.

Otra noticia muy cultivada por Guito en aquella época fueron varios artículos que, desde Lanzarote, escribió el coronel Chamorro —¿o era capitán?— de la Guardia Civil, con una gran dosis de imaginación. De forma amena e instructiva, explicaba la enorme riqueza que, a su juicio, se podía generar en aquella isla, aprovechando la energía geotérmica de la Montaña del Fuego y utilizando como materia prima el agua del mar, que contiene, en forma de sales disueltas, un gran número de minerales. En aquel entonces, los pocos alumnos que estudiábamos Peritaje Industrial en el viejo y ruinoso edificio de la calle de Los Malteses, en Las Palmas, saboreábamos los artículos de Chamorro. En ellos veíamos reflejados los métodos de obtención industrial de oro, plata, titanio u otros minerales raros que nos estaban explicando nuestros buenos profesores. Ya se podrá suponer el lector el gran provecho que Guito le sacó a estos artículos, que iban a transformar la vida sosegada de Lanzarote en un emporio de riqueza y bienestar.

Seis o siete años después, otro militar, esta vez sí coronel de infantería, retirado, don Andrés González, en funciones entonces de delegado del Gobierno, con más buena voluntad que medios económicos y con la decidida colaboración de Pepín Ramírez —ya presidente del Cabildo—, demostró empleando un destartalado artilugio —caldera, turbina y alternador, rescata-dos de la chatarra— que se podían encender unas cuantas bombillas eléctricas con el calor existente en la tierra. ¡Las especulaciones del coronel Chamorro se habían confirmado!

Aquel mini complejo industrial que Pepín enseñaba con cierto orgullo a los pocos forasteros que llegaban a la isla tenía, sin embargo, un aspecto bastante lamentable y duró el tiempo que tardó César en llegar en uno de sus viajes a Nueva York. Fulminantemente pidió que lo desmontaran diciendo que “habiendo demostrado ya lo que se quería demostrar, aquel adefesio estaba deteriorando el paisaje natural de la Montaña del Fuego”. En efecto, en un cortísimo plazo desapareció. Como he dicho, Guito no perdió la oportunidad

airear esta *gran* noticia en la prensa local y en la nacional, a la que tenía acceso como corresponsal, a su vez, de la Agencia Nacional de Noticias Efe.

La llegada al Islote de Hilario —nombre ahora en desuso con que se conocía entonces el lugar en el que Hilario, un pastor de Yaiza, había detectado el intenso calor que salía de la tierra en un pequeño altozano dentro del ahora Parque Nacional de Timanfaya— era a través de un estrecho camino de tierra para que circulara un solo vehículo, espectacularmente recto, que había sido construido un par de años antes con motivo de la visita a Lanzarote del jefe del Estado Francisco Franco.

Como es natural, también a través de Guito y del periódico en el que escribía conocí la inauguración en aquellos días de un Parador Nacional en Arrecife, cuestión que algún sector numeroso de Las Palmas no comprendía pues se decía que en Lanzarote no había nada de lo que pudiera disfrutar un turista. Estos mismos “visionarios” añadían: “Seguramente el Gobierno ha construido el Parador para complacer a los lanzaroteños con motivo de la visita de Franco”. No iban muy descaminados. De hecho, el Parador durante su corta existencia, más o menos veinte años, sirvió de alojamiento exclusivo para quienes tenían que viajar a Lanzarote por motivos profesionales y, ocasionalmente, como lugar de encuentro de la alta sociedad isleña. No llegó a gozar del *boom* turístico.

Junto a la noticia de la inauguración, Guito destacaba de forma especial, según su estilo, que un pintor nacido en Lanzarote y que ahora triunfaba en Madrid, llamado César Manrique, había confeccionado unos bonitos murales para las instalaciones interiores del Parador. No dejaba de ser una noticia interesante, pues mucha gente no concebía cómo era posible que en una isla tan pobre y alejada pudiera surgir un artista con la suficiente calidad como para que mereciera un encargo del Gobierno de la nación. Sin embargo, a mí no me resultó un nombre desconocido. Los responsables culturales de la revista del Sindicato Universitario me habían hablado de un César Manrique, joven pintor de aquel lugar, que había merecido una beca del Mando Económico de Canarias, cosa entonces poco frecuente, por lo que algunos méritos importantes tenía que tener. Mi superior jerárquico en el sindicato, al que me he referido más arriba, había sido invitado a la inauguración. Por él tuve otra versión muy favorable de los murales de César. “No hace falta que visites la isla —me dijo—. Con ver los cuadros, ya tienes una visión general de la misma”.

Con estos antecedentes —el cuervo, Guito, Chamorro y César Manrique— me embarqué un buen día para Lanzarote.

## Los Moros Notables

Siguiendo el consejo de don Manuel Arencibia, al día siguiente de mi llegada a Arrecife solicité la admisión como socio del Casino, condición que me fue concedida a los muy pocos días. “Le conviene a usted hacerse socio del Casino, que yo le avalo y presento —me había dicho don Manuel el mismo día de mi llegada—, pues allí se hace toda la vida social de este lugar, con todo lo que con ello supone”. Ese día, por la tarde, me llevó y me presentó a la institución de Lanzarote por antonomasia, oficiosa por supuesto, los Moros Notables.

Yo había llegado convenientemente alertado sobre el significado e importancia de esta tertulia de personajes de la sociedad lanzaroteña. Se trataba de un pequeño grupo de personas mayores pertenecientes a las mejores familias, que se reunían a la hora del café y al atardecer, todos los días, sin formalidades de ninguna clase, en el Casino de Arrecife. El lugar que habían elegido para sus encuentros era el zaguán, una modesta superficie entre la puerta principal de dos hojas —siempre abiertas— y una cancela acristalada —siempre cerrada— que daba acceso al patio interior. Adosados a las paredes, había unos sencillos sillones de madera, cinco o seis a cada lado, con algunas pequeñas mesitas auxiliares a sus costados. Allí se sentaban a dialogar los Moros Notables que coincidían tomando un café o un refresco. En alguna ocasión, cuando el día estaba bueno, soleado y sin viento, sacaban un sillón y se sentaban en la acera. Esta costumbre se generalizó mucho entre varios de ellos en la etapa de Pepín Ramírez Cerdá como presidente del Casino. Por entonces, con ocasión de una renovación del mobiliario, se adquirieron unos sillones de tubos metálicos mucho más ligeros que los pesados de madera del zaguán —que quedaron relegados solo para dicho lugar—. Estos nuevos asientos, bautizados el mismo día de su llegada con el nombre de los *salesianos*, se utilizaron para la acera exterior. De los *salesianos* tendremos la oportunidad de hablar más adelante.

Como es normal en toda pequeña comunidad humana, cualquier noticia, acontecimiento o hecho que se producía tanto en público como en el ámbito familiar era conocida y compartida por todos los vecinos de lugar

prácticamente desde el mismo momento en que acontecía. El Arrecife de aquellos años no podía ser una excepción. Consecuentemente, los Moros Notables estaban perfectamente informados de todo lo que ocurría en su amplio entorno, sin otros límites que los de la propia isla. Y cuando procedía, emitían el juicio de valor que correspondiera, difundido luego a través de las mismas vías por las que habían conocido el hecho.

Es obvio aclarar que los Moros Notables no actuaban como un “consejo regulador”. Sencillamente estaban allí. Desde luego, tenían mucho más mérito por lo que no decían que por lo que opinaban. Eran un poder fáctico, tolerante y liberal. Los dogmatismos correspondían a otras instituciones del momento. La gente se cuidaba mucho de lo que hacía “por lo que pudieran decir los Moros Notables”. Eran una referencia moral.

En donde realmente pesaban más los Moros Notables era en la política local. Recuerdo al delegado de Gobierno de entonces, Bonifacio Villalobos Guerrero —con el que, al cabo de los años, llegué a tener una entrañable amistad—, en cuyas manos estaba el nombramiento de los diferentes cargos públicos de la isla, tales como el Cabildo, Ayuntamientos, delegaciones de los Ministerios, etc., que me comentaba que jamás hacía un nombramiento sin consultar previamente con alguno de ellos.

Según me explicó Guillermo Topham, el apelativo les venía desde que un oficial africanista del ejército en visita ocasional por Lanzarote, al pasear por delante del Casino y verlos sentados en el zaguán, le preguntó a su acompañante quiénes eran “esos señores mayores de aspecto tan respetable”. Y, sin esperar la contestación, dictaminó: “¡Parecen moros notables!”. La reacción resulta desde luego comprensible por analogía con los moros que ejercían el poder real en los poblados del antiguo Protectorado español de Marruecos, siempre muy mayores de edad, en donde no existía ningún otro tipo de jerarquía.

Como he repetido, su *sancta sanctorum* era el zaguán del Casino, reservado para su uso exclusivo, pues para acceder o salir de la sociedad ningún socio se atrevía a atravesarlo, aun vacío, para no molestarles en sus conversaciones, recurriéndose a una puerta lateral de la misma fachada que daba al bar. Claro que mucho más respetados eran sus sillones, pues a nadie se le ocurría sentarse en ellos. En los casi cinco años que viví en Arrecife, solo en una ocasión me invitaron a sentarme con ellos. Fue el mismo día que don Manuel Arencibia me acompañó para presentarme. Sin embargo, durante mi estancia,

mi contacto personal e individual fue relativamente frecuente con casi todos ellos, incluso con algunos prácticamente a diario. Fue curiosa esta circunstancia.

Todos los días, a las dos de la tarde, adquirí la costumbre de tomarme un café en el bar del Casino, colindante con la vivienda en donde vivía. Allí coincidía con algunos Moros Notables que tenían el mismo hábito que yo: don Isidro López Socas, uno de los pocos médicos que había en Arrecife; don Ginés Díaz, propietario de unas salinas, hoy desaparecidas, en las cercanías del Castillo de Las Coloradas; don Fernando Cerdeña, ex alcalde de Arrecife, casado con una señora emparentada con los Lezcano y Muxica de Las Palmas, quienes ante mi sorpresa —pues la diferencia de edad era notable— me invitaron a que tomara el café con ellos y a que nos jugáramos el importe en una partida de dominó. Esta costumbre duró años, hasta mi regreso a Las Palmas. El coste del café fue siempre de dos pesetas de la época, servido en cafeteras individuales con agua caliente que nos preparábamos los propios consumidores.

De los cuatro partícipes de la partida, don Fernando Cerdeña no tomaba café, pero, si ganaba, cobraba las dos pesetas, contabilidad que se encargaba de llevarle Gabriel, el barman del mostrador, quien con una memoria prodigiosa le rendía periódicamente cuentas a don Fernando.

Durante mi estancia en Arrecife, además de los que ya he mencionado, tuve la oportunidad de conocer a otros Moros Notables. Me referiré a ellos: don José Ramírez Ferrera, interventor de la Delegación de Hacienda en Lanzarote, padre de Pepín Ramírez, que, impecablemente vestido, armado con un bastón, era el primero en incorporarse a la tertulia, fiscalización que me fue fácil seguir dada mi cercana vecindad con el lugar; don Andrés Fajardo, hermano de don Luis, último alcalde republicano de Las Palmas, también asistía a la tertulia, aunque en escasas ocasiones —don Luis tenía fama de ser muy estudioso y gran abogado; de corta estatura y aspecto serio y reservado, por sus antecedentes políticos me causaba un gran respeto cuando lo observaba—; don Adolfo Topham, tío de Guillermo Topham, ex alcalde de Arrecife; don Abraham Arencibia, hermano de don Manuel, propietario de un enorme cortijo, al naciente de Arrecife, inhóspito y totalmente improductivo, territorio exclusivo de algunas cabras que se atrevían alimentarse con alguna raíz que desenterraban —es lo que hoy ocupa la próspera zona turística de Costa Tegui—; y don Polo Díaz Suárez, considerado por todos como un buen poeta en aquellos años. Recuerdo también a don Rafael Medina, el único

odontólogo en la isla, padre del catedrático y político socialista Manolo Medina Ortega. Hice una especial amistad con don Rafael, que me brindó su confianza y su sabiduría. Fue habitual colaborador de *Antena*, el semanario de Guillermo Topham, bajo el pseudónimo de *Fidel Roca*, y me honró acompañando un artículo mío con uno suyo en la misma página. Fueron los únicos en aquella página del primer número inaugural de la famosa *Antena*. Pero don Rafael llegó aún más lejos. Un buen día, pidiéndome la máxima reserva, me facilitó el texto original de una novela inédita que había escrito para que le diera mi opinión. Se trataba de la vida de un emigrante lanzaroteño que había vuelto a su tierra. No sé si al fin la publicó. Lo que sí ocurrió es que don Rafael, en un gesto de valentía, dejó su consulta de Arrecife y la trasladó a La Laguna, en Tenerife, para empezar de nuevo su profesión y facilitar que su numerosísima prole pudiera estudiar en aquella universidad.

No puedo olvidarme de otras personas como don Pedro Medina, farmacéutico, hermano de don Rafael, que, a los ochenta años, empezó a estudiar Derecho en La Laguna; o don Rogelio Tenorio, también farmacéutico, padre y abuelo de una interminable saga de la misma profesión. Guardo memoria de don Pepe Rocha y don Antonio Medina, los dos oficiales de la Marina Mercante, represaliados por el Gobierno de entonces, según se decía, por ser masones. Don Pepe, con una boina por sombrero, siempre muy sonriente, era un tertuliano habitual. Don Antonio lo era menos. Muy serio en su aspecto, era posiblemente la única persona que conocí en Lanzarote cuya conversación habitual giraba sobre los problemas de la isla y sus posibles soluciones. Me tenía un especial afecto y siempre le agradecí la valiosa información que compartía conmigo. Su esposa, una señora muy guapa, era profundamente religiosa, y no tenían hijos. Alguna vez sorprendí a don Antonio acompañándola a misa, cosa que, por sus antecedentes masonícos, me resultaba rara, aunque no me escandalizaba.

Algunos otros Moros Notables fueron don José Prats Hernández, bisabuelo de mis hijos, y don Eugenio Rijo, padre y tío de una saga de mujeres guapas, que conocí a mi abuelo materno cuando hizo el servicio militar mientras estudiaba Derecho en La Laguna. Quizás don Eugenio fuera el más activo de los Moros Notables, no por ser el más joven, que no lo era, sino acaso por su temperamento. En alguna ocasión, actuó como portavoz de los mismos como tendré oportunidad de explicar. Su aspecto contrastaba, sin embargo, con su buena disposición para todo. Alto, delgado pero fornido, siempre vestido íntegramente de negro, sombrero incluido, inspiraba seriedad y sosiego.

Don José de Páiz, también abogado, no creo que llegara a la categoría de Moro Notable, pues no tenía entonces edad suficiente para ello, pero, entre los socios mayores del Casino, era el que más alternaba en la tertulia, seguramente porque aparte de su rango social, hijo de don Nicolás de Páiz, uno de los terratenientes más conocidos de Lanzarote —a quien no llegué a conocer—, era abogado del Banco Hispano Americano y de Rocar, la factoría de pescado más importante de Lanzarote. Tengo la seguridad de que las opiniones de don José pesaban en las decisiones más significativas que tomaron los Moros Notables. Y por último, en la misma categoría que don José de Páiz, podríamos incluir a Paco Matallana Cabrera, el tercer farmacéutico de la isla, aunque éste acudía a la tertulia con menos frecuencia.

No tengo constancia de nada verdaderamente determinante que los Moros Notables decidieran respecto a César, al que querían y admiraban, pero sí respecto a Pepín Ramírez. Por ejemplo, durante aquellos primeros días en que iniciaba mi andadura como director de la sucursal de la Caja de Ahorros, circunstancia que algunos veían como una liberación del abusivo monopolio que ejercía el Banco Hispano por ser el único banco que existía en la isla, me comentaron la indignación que tenían los Moros Notables con el director de dicho banco porque le habían negado a Pepín Ramírez Cerdá —a quien yo todavía no conocía— un crédito de 15.000 pesetas que había solicitado para comprar un motor fuera borda para su pequeña embarcación de pesca deportiva, a la que era muy aficionado. Como es natural, de aquella noticia, más bien vulgar chisme, saqué una rápida conclusión: lo difícil que iba a ser guardar la intimidad en aquel pequeño pueblo.

Un par años después, cesaba como presidente del Casino don Pedro Schwartz. Un grupo de socios jóvenes —encabezados por Alfredo Matallana, Juan Prats y Pepe Arencibia— se atrevió a proponer para presidente a uno de su misma edad, a Pepín Ramírez Cerdá, cosa inaudita en aquellos tiempos, puesto que era un cargo reservado tradicionalmente para socios de mucha mayor edad. Los Moros Notables se vieron en la necesidad de intervenir advirtiéndole de la inexperiencia de Pepín y del peligro de que no se ocupara del cargo, pues tampoco frecuentaba mucho el Casino. Finalmente accedieron, aval suficiente para que fuera elegido por unanimidad, ante la expectativa de todos.

Cuando en 1956, para sorpresa general, Pepín es propuesto como alcalde de Arrecife —pues cierto sector de la sociedad seguía pensando que tenía preparación para serlo, pero que no se iba a ocupar—, los Moros Notables

vuelven a apoyarle. Y lo hacen en esta ocasión sin objeción alguna, dando comienzo así su brillante carrera política que terminaría como senador por Lanzarote, elegido por una amplia mayoría en las primeras elecciones democráticas del año 1982.

Me tocó vivir los últimos días de la última generación de la tan singular “oficiosa” institución de los Moros Notables. Con la edificación del nuevo edificio del Casino, junto al Muelle de La Pescadería, que pasó a llamarse Casino Club Náutico —hoy Real Club Náutico de Arrecife— hacia finales de la década de los cincuenta del pasado siglo, el zaguán y todo el viejo edificio del Casino tuvo que clausurarse. Con el mayor de los respetos se trató de ubicar la Tertulia de los Moros Notables en un lugar preferente de las nuevas instalaciones. No se acostumbraron. Poco a poco fueron desapareciendo sin que una nueva generación los reemplazara. Si no hubiera sido por esta causa, cualquiera otra habría acabado con ellos. La “institución” había cumplido ya su ciclo vital.

## Una sociedad culta

Dentro de las muchas carencias que tenía la isla —tocada por una endogamia lógica y secular—, acrecentadas por las limitaciones generales que afectaban a toda España, Lanzarote era una sociedad culta y hospitalaria, alegre y divertida, absolutamente laica pero no combativa —de su clase dirigente, sólo don Rafael Fiestas era un cristiano practicante ¡y era catalán!—, absolutamente clasista, aunque en aquellos años se fue moderando ostensiblemente. Apolítica, indiferente, sin adhesiones al Régimen, pero sin críticas al mismo. Seguro que durante la II República se había comportado igual.

Como he venido diciendo, y como me habían advertido, el Casino era el centro sobre el que giraba toda la vida social, cultural y de relaciones de Arrecife —que era tanto como decir de toda la isla—. Consecuentemente, allí se veía reflejada, en cada momento, esa sociedad culta, hospitalaria, divertida y clasista que he dicho antes.

Fui gratamente bien recibido, seguramente para corresponder a la visita que había hecho mi madre veinte años antes, cuando era una jovencita soltera de diecisiete años, de la que había dejado buenos recuerdos. Algo también debí de poner de mi parte pues, pasadas algunas semanas, don Manuel Arencibia me sorprendió diciéndome suavemente: “Ya puede estar tranquilo. Le ha caído



usted bien a los Moros Notables”. Este juicio, para el que se habían tomado el tiempo necesario, era importantísimo para cualquier forastero que quisiera hacer algo en Lanzarote.

Hice amistad con Pepín Ramírez muy pronto, pues teníamos un amigo común, el registrador de la Propiedad de Arrecife Alfonso Zabaleta Arias. Yo conocía a los hermanos Zabaleta —Alfonso, Ana Teresa, Antonio, Alejandro y Jesús— de Las Palmas, huérfanos de padre y madre. Alfonso era, en particular, muy admirado en el ambiente universitario por buen estudiante y por haber ganado las difíciles oposiciones a registrador, a pesar de las difíciles condiciones familiares en las que vivía. En el transcurso de los años, todos sus hermanos se vincularon a Lanzarote de una u otra forma, incluso por la vía del matrimonio en el caso de Ana Teresa y Alejandro. De hecho, la única amistad que cultivaba Pepín en Lanzarote era la de Alfonso Zabaleta y, obviamente, la de César. Pero César estaba en Madrid.

Pasados algunos meses, cuando Pepín ya era novio de mi hermana y habíamos adquirido cierto grado de confianza, adiviné quiénes eran sus otros poquísimos amigos. Eduardo Coll Cerdá, su primo hermano con residencia en Tenerife, y dos más, abogados ambos, que vivían en Barcelona aunque eran de Las Palmas: Paco Mestres Díaz, emparentado en Lanzarote, a donde venía de vez en cuando —el bisabuelo de mis hijos lo llamaba, dicho todo seguido, *pacomestresdías*—; y Óscar Pérez —que también estuvo unos días en Arrecife invitado por Pepín—, hermano de Germán Pérez, el famoso dirigente comunista de Gran Canaria. A los tres los conocí y traté. A Germán, magnífico ajedrecista, durante mi etapa como presidente de la Federación de Ajedrez. Extraordinario ajedrecista y extraordinario ser humano con independencia de sus creencias políticas, tan distintas de las mías.

A simple vista, Pepín Ramírez no se correspondía con el modelo humano de sus paisanos de aquella época. Aunque era encantador, cuando quería serlo, prefería mantenerse al margen de todo debate o discusión. Esto le granjeó la fama de que se desentendía de las necesidades de la isla. Siempre correctamente vestido, herencia evidente de su padre, era comedido en todo... hasta que llegaban las fechas de finales de año. Entonces, desaparecía de la isla con su amigo íntimo Alfonso Zabaleta y, durante un largo mes —pasando previamente unos días en Las Palmas— recorrían la Península en el coche Citroën, modelo Pato, muy popular en aquellos años, propiedad de Alfonso. Nunca pregonaba en donde había estado ni a mí se me ocurrió preguntarle ni a él ni a su amigo.

Durante los primeros meses de mi estancia en la isla, lo veía pasar muchos días por la mañana por delante de mi oficina caminando por en medio de la calle, cosa que se podía permitir porque no había circulación rodada alguna. No utilizaba la acera. Terminé interpretando aquella extraña forma de conducirse como un rasgo de timidez con la gente, pues así no se tropezaba con la poca que iba por la acera y, sobre todo, se alejaba de la fachada del Casino. Cuando lo fui conociendo mejor, me reafirmé en mi hipótesis.

Las escasas veces que iba por el Casino era para jugar alguna partida de ajedrez con don Rafael Fiestas, cosa que terminó haciendo también conmigo. Había un tercer jugador, ya lo he dicho más arriba, don Pedro Hernández Cerdeña —conocido por *Perico Fierro*—, padre del conocido político socialista Francisco Hernández Spínola. Don Pedro, profesor de un par de generaciones, fue maestro muy querido y respetado por su carácter y su forma de ser, muy del estilo de Pepín Ramírez, aunque don Pedro era mucho más habitual visitante de aquella sociedad.

Hice entonces una entrañable amistad con José Manuel de León, de profesión practicante —ATS, para entendernos ahora—, que había dejado de ejercer, atendiendo solo casos puntuales entre los que me incluyo. Algunos decían que era porque había logrado unos buenos ahorros en los años que estuvo en Venezuela como joven emigrante, y que de eso vivía. Otros, mucho más reservados, porque era un temible jugador de póquer profesional. Esto último a mí, por pura intuición, no me parecía descabellado, aunque nunca se lo comenté. Alto, de constitución atlética, fornido, de aspecto rudo, serio y de pocas palabras, podría haber sido un buen lanzador de pesas, pero había escogido la pesca submarina como su deporte favorito.

En su momento, Guillermo Topham se encargó de airear en la prensa nacional que José Manuel había quedado campeón de España, noticia que yo había conocido en Las Palmas antes de viajar a Lanzarote, un título que volvió a reiterar algún año después. Tendría como una docena de años más que yo. Nos conocimos, naturalmente, en el Casino, a donde él acudía también a primeras horas de la tarde aunque no era tertuliano y prefería estar solo, salvo cuando lo invitaban a jugar a las cartas o al dominó, juegos en los que era un ganador nato. De ahí mi sospecha de que también fuera un buen jugador de póquer.

Como he dicho, allí iniciamos una buenísima amistad, que se interrumpió dolorosamente, muy poco después de mi destino a Las Palmas, por un ataque al corazón, seguramente producido por el sobreesfuerzo del submarinismo

que practicaba. Él fue quien me descubrió la playa de El Reducto en Arrecife y la pequeña caleta del Castillo de San José cuando me lamenté de la lejanía de Playa Honda y de Guacimeta. Aunque parezca mentira, entonces eran playitas desconocidas para la inmensa mayoría de los vecinos. En El Reducto adquirimos un hábito que mantuvimos durante mucho tiempo. A las siete de la mañana nos reuníamos los dos solos a jugar una partida de tenis playero con unas palas de madera que me había traído de Las Palmas; y a continuación nos dábamos un baño, antes de ponernos a trabajar a las ocho. A las dos de la tarde hacíamos de nuevo ejercicio, pues íbamos y regresábamos caminando desde la puerta del Casino a la punta del Muelle Comercial. Ambos estábamos obsesionados con el exceso de peso.

Aquel hombre aparentemente toscó, con éxitos en su vida, sin embargo no era nada presuntuoso, más bien modesto y con una exquisita sensibilidad. Un día me dijo que no se lo contara a nadie pero que había escrito unos versos, inspirado en las emociones que había tenido en sus experiencias submarinas. Cuando iba a regresar a Las Palmas, me los dedicó. Desgraciadamente, en los vericuetos de una mudanza precipitada los perdí y, pocas semanas después, también perdí a la persona que los había escrito.

Pepín, que tenía un magnífico concepto de José Manuel de León como persona seria y responsable, fue quien me confirmó que era un buen jugador de póquer y el único capaz de hacerle frente con éxito al gran animador de aquel juego en Arrecife que era Bienvenido de Páiz, un joven médico, hermano de don José de Páiz, el abogado casi Moro Notable, al que he me he referido más arriba.

## **Las partidas de póquer**

Menciono el póquer, que aparentemente puede parecer un tema baladí, porque, en aquella sociedad llena de contrastes que era el Arrecife de los años cincuenta del pasado siglo, fue un auténtico fenómeno social, inconcebible desde la capital de la provincia. ¿Cómo era posible que, en un pequeño pueblo de una isla desértica y miserable, se practicara un juego de azar prohibido entonces por las leyes del Estado y con importes que parecían desorbitados? Para mí, desde luego, fue un encuentro inesperado del que, sin embargo, se hablaba en Arrecife con la mayor naturalidad, obviamente dentro de un

círculo reducido integrado por los que no participaban, pero, como ocurría con cualquier noticia en la isla, quedaban al instante perfectamente enterados de los resultados del juego.

Mi postura personal era incómoda, pero terminé comprendiendo lo que era inevitable. Me limité a escuchar y a sacar mis propias conclusiones. Tampoco duró mucho tiempo al nivel crematístico al que había llegado, que coincidió con el auge y caída de la pesca de la corvina, una natural coincidencia. Cuando acabó, pronto volvió a su rutina natural. Me sentía incómodo entonces porque mi formación básica, estricta y reglada, de la que aún no me había sacudido para dejarla definitivamente en su lugar justo —solo tenía veintitrés años—, no me permitía admitir un juego de azar que pudiera tener consecuencias funestas.

Las personas que participaban en el juego eran pocas, quizás cinco o seis, que podían no coincidir, por supuesto, con las mejores familias, todos espléndidos profesionales. El lugar, la habitación de la planta alta, última de la izquierda de la fachada del edificio del Casino de Arrecife, mirando de frente. La hora, y esto es muy importante para lo que estoy contando, a partir de las doce de la noche, cuando la luz eléctrica se cortaba. Vicente, el conserje mayor del Casino, se encargaba de preparar el garito: una amplia mesa redonda, sillas, barajas, fichero, quinqués suficientes para garantizar la iluminación por la falta de luz eléctrica, ceniceros, vasos, botellas de agua de Fargas y muy poco alcohol. Quizás se reunieran una vez al mes, coincidiendo con las noticias que llegaban de “las mareas” de la costa del Sahara Español, en donde se efectuaba la pesca de la corvina.

Hay que reconocer que la convocatoria tenía su encanto para los participantes, y también para los no participantes, que esperaban al día siguiente conocer el resultado del “encuentro”, en una sociedad atenazada por el tedio y la rutina.

Creo que el motivo fundamental que animaba a los participantes era el “dinero fácil” que estaba entrando en Lanzarote en aquellos momentos, por el alto precio de la corvina, al margen —por supuesto, como valor añadido— del “atractivo” que siempre tiene para la naturaleza humana transgredir la ley, en casos en los que no se hace daño a terceros.

La causa de este alza del precio de la corvina estuvo originada por la compra masiva de pescado salado seco por parte de la vecina Nigeria, para alimentar a su ingente población. Cuando la conservación del pescado dejó de hacerse con sal y fue sustituida por la congelación, se acabó el negocio de

la sal y de la corvina, pescado ideal para ser salado. Esta especie, por su tamaño y enorme abundancia en la costa entonces española del Sahara, era capturada con facilidad por los buenos y experimentados pescadores lanzaroteños y vendida en fresco, a muy buenos precios, a las industrias establecidas en la isla, fundamentalmente a la firma Rocar, que estaba en el Islote del Francés.

El proceso industrial no podía ser más sencillo. Abierto el pescado en dos tapas, se ponía a secar al sol bien espolvoreado de sal, extendido sencillamente sobre el terreno rocoso que rodeaba al islote. El terreno volcánico y los vientos alisios venían muy bien para todo este proceso. Si el viento apretaba, que era casi siempre, los olores a podredumbre invadían toda la ciudad. Cuando se consideraba que estaba suficientemente seco, se apilaba y se prensaba mediante la correspondiente máquina, formando fardos rectangulares y homogéneos, debidamente atados, que permitían un fácil apilamiento —creo recordar que con un peso de 40 kilos cada uno—, preparados para ser embarcados hacia Nigeria, vía Puerto de Las Palmas. Nunca llegué a comprender cómo este producto podía tener éxito en África. Un experto en aquella exportación me lo aclaró enseguida: “O comen esto, o se mueren de hambre”.

El valor de la pesca propiamente dicha era la parte del negocio que se quedaba en Lanzarote. La demanda de las industrias era tan enorme, que los pescadores profesionales se vieron desbordados, lo que provocó la aparición de armadores no profesionales que, como simples capitalistas, adquirirían embarcaciones que explotaban en sociedad con los patronos-pescadores, que eran los que concurrían a los caladeros de pesca. Así te encontrabas, por ejemplo, que don Pedro Medina, farmacéutico, o don Luis María López Socas, jefe de Correos y Telégrafos, fueran armadores de barcos pesqueros. Y así, muchos más. Esto trajo consigo que, dada la transparencia informativa general que sobre cualquier cosa existía en Arrecife —pura novelería como reiterativamente vengo diciendo—, la gente estuviera pendiente del volumen de pesca que cada armador conseguía a una fecha determinada, que venía marcada por “las mareas”, y que los patronos de los barcos comunicaban por radio. Si a don Fulano de Tal le había ido bien, mal o regular en “una marea”, siempre en comparación con otros armadores, estos datos se comentaban inmediatamente en los diferentes corrillos del Casino, añadiendo, los más entendidos, que el éxito o el fracaso que tuvieran estaba en relación directa con la pericia de los patronos de pesca que cada armador tenía. Por lo visto, la llegada de la corvina a los caladeros se producía por oleadas periódicas, a las que los patronos llamaban “mareas”.

Como he dicho, ese dinero que se ganó relativamente fácil gracias a la corvina, y que tenía sus oscilaciones coincidiendo con las buenas o malas “mareas”, era el que reanimaba las partidas de póquer “clandestinas” del Casino. Todos coincidían que el gran organizador de las partidas, y responsable de que éstas funcionaran perfectamente bien, era Bienvenido de Páiz, que a su vez utilizaba como secretario a Vicente, el conserje mayor del Casino, al que compensaba con unas propinas muy generosas.

Fue jocosamente comentada en todo Arrecife la decisión que tuvo que tomar el bueno de Vicente, ya entrado en años, cuando una noche se alargó la partida de póquer y los quinqués se quedaron sin combustible. Con todo el carácter que le era propio, Bienvenido requirió imperativo al pobre Vicente que consiguiera petróleo para los quinqués —“¡en donde fuera!”—, le dijo— y así poder terminar una partida que se había quedado a medias. Vicente le contestó la imposibilidad de hacerlo pues ya lo había intentado y no era factible conseguir algo a esa hora. “¡Pues lo pintas!”—, le increpó violentamente Bienvenido. La partida continuó con los asistentes colocando sus mecheros para cigarrillos encendidos en equilibrio sobre la mesa, consiguiendo una iluminación precaria pero, con gran dosis de buena voluntad, suficiente.

El apesadumbrado Vicente se ausentó para tratar de resolverle un imposible a su generoso benefactor. Cuando la partida estaba en el proceso de las apuestas y Bienvenido, entre postura y postura, seguía maldiciendo la imprevisión del conserje, mientras algún colega trataba de calmarlo, de repente se abrió la puerta. Apareció entonces Vicente con un enorme artefacto que daba una espléndida luz y que fue colocado estratégicamente en un rincón del salóncito, entre el aplauso de todos los presentes. “De dónde sacaste este trasto”, le preguntó entusiasmado el líder de la partida. “No me pregunte, por favor, don Bienvenido. No pregunte que me estoy jugando la cárcel”.

Se trataba —¡nada menos!— del faro o señal de seguridad marítima que estaba en la esquina del Muelle de Las Cebollas, exactamente a cuarenta o cincuenta metros enfrente de la fachada del Casino. Vicente lo había descolgado del pequeño mástil que lo sostenía y, renqueando y con el natural esfuerzo que tenía que hacer, consecuencia de sus años y de sus pies —que por la forma de arrastrarlos debían de estar repletos de callos—, lo llevó aquella madrugada hasta la habitación alta del póquer.

Naturalmente, la buena ocurrencia corrió por todo Arrecife. Vicente recibió innumerable felicitaciones a la par que una propina generosa de los

contendientes en la partida. Y, como también era natural, el señor Pallarés, responsable de todas las señales marítimas de Lanzarote, no quiso enterarse de lo ocurrido. Vicente, por si acaso, repuso rápidamente el faro en su sitio cuando acabó la partida.

La señal de seguridad marítima del Muelle de Las Cebollas desapareció oficialmente muy poco tiempo después. Seguramente, la ocurrencia de Vicente sirvió para que los responsables de la misma cayeran en la cuenta de su inutilidad, ya que era un viejo residuo de antes de que se construyera el espigón del Muelle Comercial, en el que quedó instalado un magnífico faro en un lugar mucho más apropiado.

## Los primeros vestigios del César real

Las primeras noticias de que César Manrique realmente existía y que era un joven de Lanzarote y no una noticia de prensa que había leído en Las Palmas, las tuve en una conversación generalizada con socios en el bar del Casino, en los primeros días de mi estancia en Arrecife, al preguntar por el autor de aquellos bonitos dibujos de palmeras y camellos que decoraban las paredes del local. Debí de habérmelo imaginado pero mi precipitación en la pregunta o mi insuficiente capacidad perceptiva me impidió caer en la cuenta de que así era, pues un par de días antes había estado conociendo y admirando los murales de César que figuraban en el comedor del Parador de Turismo —de cuya existencia me habían informado desde Las Palmas— y los trazos de los dibujos de ambos murales eran idénticos.

Mi visita al Parador para conocer los murales fue impactante. A partir de aquel momento, forastero que me llegaba recomendado desde Las Palmas —antes de trasladarlo a la obligada visita a la Montaña del Fuego— lo llevaba a que los conociera si no se hospedaba en el Parador y, si lo estaba, me aseguraba de que comprendiera el simbolismo y la belleza que entrañaban. Para mí, aquel lugar era la “Capilla Sixtina de César Manrique”. Es obvio que toda obra artística merece el entorno adecuado que la sitúe en su justo valor. Y ese entorno lo tenían aquellos magníficos murales a la hora que a mí me gustaba visitarlos: a media mañana.

En aquel momento, el salón-comedor donde estaban, que no era demasiado grande, lo ocupaban unas pocas mesas impecablemente servidas para la

hora del almuerzo. Se respiraba una limpieza inmaculada, con olor a marisco del mar cercano y un silencio impresionante que obligaba a comentar los cuadros en voz baja. Siempre estábamos solos, sin que nadie nos acompañara. La fuerte luz del sol lanzaroteño era atenuada por unos visillos que dejaban entrever la terraza y el bajo muro que los separaba del litoral. Los muebles, del más riguroso estilo castellano, ayudaban a la austeridad y seriedad del momento. Los tres murales parecían hechos en relieve, como si quisieran salirse de la pared en la que estaban incrustados. Sorprendía que en una isla tan alejada, desértica y tan poco valorada entonces, pudieran existir unas joyas como estas. Por eso me apena la situación actual de estos soberbios murales.

Quiero imaginarme con ilusión que, algún día, una Administración pública tome conciencia del valor de esta “Capilla Sixtina de César Manrique” abandonada y restablezca el orden perdido, no como el salón-comedor de entonces, sino como una sala adecuada al valor de las pinturas que contiene, con un entorno urbano mimado, como remate del Parque Municipal dedicado a Pepín Ramírez y como un lugar de visita obligada para todo turista que tenga un mínimo de sensibilidad artística.

Como es natural, César era conocido y muy apreciado por todos y no tardaron en ilustrarme sobre quiénes eran sus padres y hermanos y la relación de parentesco que tenía con alguno de los presentes. Aquella gran familiaridad que por lo visto tenían con César —quien por su edad ya no era un niño— significaba, sin la menor duda, que pertenecía al estatus de la sociedad clasista de Arrecife afincada en el Casino. De este hecho enseguida saqué una clara conclusión sobre la personalidad del artista que el tiempo me confirmaría. No se trataba, desde luego, de una persona exclusivamente dedicada a cultivar el arte, sino que tenía que tener otras inquietudes derivadas de una educación adquirida a través de una buena familia de Arrecife.

Alguien me puntualizó más sobre su carrera artística. Había cursado en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, con muy buenas notas, y ya empezaba a tener encargos muy importantes en la capital de España. Pero sería Pepín Ramírez, un par de meses más tarde, cuando inició relaciones serias de noviazgo con mi hermana Conchita y empecé a intimar con él, quien me hablaría con mayor precisión de aquel pintor afincado en Madrid.

Cuando Pepín me anunció que su amigo César Manrique lo había llamado por teléfono para decirle que vendría ese verano a pasarse unos días en Lanzarote, no me sorprendió que me lo pusiera por las nubes, no ya como



pintor sino como persona. Eran amigos desde niños y le tenía especial afecto. Lo consideraba sumamente inteligente y de una personalidad arrolladora. “Te va a gustar”, añadió. Mucho tenía que apreciarle cuando, con lo parco que era en alabanzas, se atrevía a calificarlo así. Obviamente, de los méritos pictóricos de César nunca opinaba, aunque, como era natural, sí de los éxitos que estaba obteniendo en el extranjero.

En aquel verano de 1953, fui con Pepín al aeropuerto a recibirlo. Desde allí, César fue directamente a ver a su madre, pero el resto de los pocos días que estuvo en Arrecife no paró de hablar con Pepín y acompañarlo a todas partes. Anunció que la próxima vez que viniera a Lanzarote le acompañaría Pepi Gómez, la compañera con la que convivía en Madrid, y que le importaban muy poco las críticas que iba a recibir en Arrecife por tener como pareja a una señora casada y separada de su marido. Lo único que le preocupaba era lo que diría su madre, pero eso ya lo arreglaría. En efecto, Pepi estuvo en Lanzarote unos pocos días en el verano de 1955 cumpliéndose el pronóstico de César. Todo ese tiempo solo estuvo acompañada por mi hermana. Cosas de la época.

Pepi era cristiana practicante. Ya le habían diagnosticado una grave enfermedad cancerosa y, en la intimidad, manifestó a mi hermana Concha Teresa su ilusión de regularizar su matrimonio ante la Iglesia antes de morir, y que César se lo había prometido. En aquellos días tristes para todos los allegados, mi querida hermana me comentó que César había cumplido su palabra para complacer a Pepi en sus últimos momentos mediante el excepcional “matrimonio *in articulo mortis*”. Fue un gesto que enalteció a César, según me repitió Concha Teresa orgullosa de su amistad. Obviamente, conociendo los principios de César, jamás le oí hablar de este hecho. Lo que sí tengo la certeza es que, si esto ocurrió como lo he entendido, no tuvo más trascendencia, pues debió de ocurrir en el lecho de muerte de Pepi, con la sola presencia del sacerdote que la auxiliaba, quien seguramente accedió por pura caridad cristiana. Me contaba Pepín que César estaba sumamente agradecido a Pepi pues le había prestado una inconmensurable ayuda mientras vivieron juntos, que le había permitido dedicarse de lleno a su vida artística.

En diciembre de 2008 tuve la oportunidad de conocer a Paloma Gómez Borrero, conocida periodista de Televisión Española destacada en El Vaticano y en Roma, que me brindó la oportunidad de hablar de Pepi Gómez, su prima, como ella natural de la provincia de Toledo.

En el año 1954 llegan noticias a Lanzarote de una exposición que César está realizando en Madrid, en la Sala Clan, con gran éxito, y que algunos críticos de la Corte califican de abstracta. Esta noticia alarma a sus paisanos, que admiraban en él su realismo figurativo de la primera etapa —los murales del Parador de Turismo de Arrecife y el mural que acababa de inaugurar en la terminal del aeropuerto de Guacimeta, con unas formas más avanzadas, pero manteniendo la esencia figurativa—. Los amigos de la infancia no comprendían un cambio tan sustancial en su estilo según las noticias que llegaban de Madrid. Hablar en el año 1954 de las excelencias del arte no figurativo en la isla de Lanzarote era todo un atrevimiento.

Por mi parte, cometí la osadía —con el beneplácito de Guillermo Topham Guito como director-propietario de *Antena*— de tratar explicar en aquel modesto pero valiente semanario lo que yo entendía por arte abstracto, en un articulito que se publicó el 28 de septiembre de aquel año y que titulaba “Estética y Arte”. Seguramente no convencí a nadie y menos a Agustín de la Hoz, buen escritor e historiador de la isla, que en aquella ocasión, en su papel de periodista, yo entendía que se había hecho portavoz de los que temían un cambio en el querido artista.

De todas formas, a todos los que estábamos afincados en estas islas —tan alejadas de la modernidad que se estaba empezando a acercar—, César nos estaba empezando a educar en las nuevas formas de entender la pintura sin que nosotros lo supiéramos. Obviamente, de una modernidad que en Europa ya era vieja y que en Canarias era una recién llegada.

El mural de Guacimeta, inaugurado como he dicho en 1954, fue ejecutado por César de un tirón en 1953 durante su estancia en Arrecife con motivo de la exposición que hizo en el Cabildo de Lanzarote. Lo concluyó en un tiempo récord que me llamó poderosamente la atención. Así se lo comenté a Pepín, que me ilustró, una vez más, sobre la personalidad de César. “Es una máquina cuando se pone a trabajar en lo suyo”, me dijo.

Para muchos admiradores locales del trabajo de César, este mural fue un alivio y, naturalmente, para Agustín de la Hoz. En él predominaban las maneras figurativas sobre los elementos abstractos que estaban empezando a ocupar la imaginación del artista y que asomaron por entonces, a criterio de alguno de sus seguidores, en su exposición de monotipos en el Cabildo, aunque, con buen criterio, Fernando Gómez Aguilera no los ha calificado de abstractos, sino de “una expresión figurativa no convencional”.

Y es que era inevitable que los que habíamos disfrutado del primerísimo César estuviéramos más cautivados por el exquisito dibujante que por el extraordinario pintor que ya era. Como era lógico de esperar, en el transcurso del tiempo, terminó imponiéndose el pintor universal al dibujante.

## **Pepín, presidente del Casino**

Ya he explicado que, en el año 1953, Pepín Ramírez fue promovido para presidente del Casino, cargo que en aquellos años era sumamente representativo en la isla, antesala obligada para otros cargos políticos de mayor entidad. Junto con Alfredo Matallana —cuñado de César Manrique—, que actuaría de vicepresidente, entraron como vocales Pepe Arencibia —hijo de mi mentor don Manuel Arencibia— y Juan Prats Armas —tío de Kety, la que sería mi mujer más adelante—; Rafael Cabrera Cullen —otro tío de Kety—, como secretario; Pepe Rodríguez Marichal, como presidente de Recreo —esposo de Paquita Arroyo, de la Casa de los Arroyo de Arrecife, que resultó ser un activísimo y competente directivo, *Pepito el Terrible*, según su esposa—; y quien esto escribe, como tesorero. Pepín Ramírez completó una Junta Directiva para regir los destinos del Casino durante los siguientes tres años, que ni él ni yo llegamos a completar pues, en 1955, lo nombraron alcalde de Arrecife y a mí, un año antes, concejal del Ayuntamiento. Ambos dimitimos por la evidente incompatibilidad que existía entre las dos funciones.

El grave problema con el que se encontró Pepín al tomar posesión como presidente del Casino era la precariedad del edificio en el que estaba instalado. Había sido donado a la Congregación Religiosa Salesiana por su propietario don Luis Ramírez González —vecino de San Bartolomé de Lanzarote, fallecido en Barcelona en 1950— con el mandato de que fuera vendido y su importe destinado a crear becas para muchachos pobres oriundos de Lanzarote que quisieran adquirir una carrera profesional en los talleres de la Congregación Salesiana en Las Palmas, que gozaban entonces de gran popularidad como centro de formación profesional.

El bonito edificio estaba ocupado en su totalidad por el Casino, salvo una pequeña dependencia de la planta baja —en la esquina con la calle Artillero Tresguerras— destinada a oficina de don Chano Velázquez, un Moro Notable itinerante. Residía habitualmente en Las Palmas, pero volvía con frecuencia a

su isla, portando las últimas noticias de la capital, que se apresuraba a difundir dado su carácter extrovertido. Tenía como responsable de su oficina a un joven Juan Cabrera, que la regentaba con una extraordinaria eficacia, seguramente porque tenía un buen maestro en don Chano.

Los Salesianos, a través de su abogado don Antonio Limiñana López, que lo era a su vez del Obispado, hicieron saber a la Junta Directiva “la discreta advertencia” de que debían abandonar el edificio para proceder inmediatamente a su venta y cumplir el mandato testamentario del donante de dotar económicamente las becas que habían de crearse. He subrayado lo de “discreta advertencia” porque ese era el estilo de don Antonio, fundador por cierto de la Caja Insular de Ahorros y Monte de Piedad de Gran Canaria, en el año 1939, cuando era presidente del Cabildo de Gran Canaria. La advertencia era discreta pero inapelable. La situación, alarmante.

Pepín optó por dar largas al asunto utilizando argumentos más o menos razonables: que el anuncio del desahucio les había cogido desprevenidos, que era una sociedad sin recursos, que tendría que hacerse una derrama, etc. Alguien sugirió recurrir al amparo del obispo monseñor Pildáin, que tenía fama de ser buena persona; pero otra advirtió que ni se les ocurriera, pues el obispo en materia de moral era intransigente y consideraba el Casino un antro del pecado porque organizaba “bailes modernos y agarrados”.

Como sea, la situación de interinidad se prolongó unos años más, hasta 1960, pero siempre viviendo en vilo, pues se esperaba con temor que en cualquier momento aparecieran los Salesianos, acompañados de algún agente judicial, para desalojarnos del edificio.

Esta expectativa, dio lugar a una divertida anécdota. Entre las muchas buenas iniciativas que tomó Pepín durante su mandato, hay que destacar la renovación del mobiliario —que estaba en penoso estado de uso—, comprando unos prácticos sillones de tubos metálicos con asientos de listones de madera. Constituían una gran novedad en aquellos años en los que irrumpía la “modernidad”. Todos estábamos impacientes con la llegada del nuevo mobiliario. Un domingo al mediodía, después de asistir a la misa de las doce, rito obligado en aquellos tiempos, con el bar del Casino abarrotado de socios, alguien llegó y en voz alta dio la noticia: “¡Ya llegaron!”. Alguno de los presentes preguntó alarmado: “¿Quiénes, los Salesianos?”. Y el mensajero contestó: “No, hombre, no, ¡los nuevos sillones de tubos!”. El peculiar ingenio de los conejeros hizo el resto. A partir de aquel momento, los nuevos sillones

quedaron bautizados con el nombre de “salesianos”. El veterano Vicente, el conserje mayor, o el más joven Marcial, su segundo de a bordo, obedecían ciegamente acercando uno de los nuevos sillones, cuando eran requeridos para ello, desde la acera de la fachada: “¡Vicente o Marcial, el que esté más cerca, tráigame un ‘salesiano’!”.

La acera de la avenida frente a la fachada se animó a partir de entonces con la presencia de los populares “salesianos” en los que nos sentábamos los socios de tertulia, para leer el periódico, para disfrutar de la vista de la bahía o, los días festivos, para ver pasear por en medio de la calle a los muchos vecinos y vecinas que no eran socios. Naturalmente, se transformó en lugar obligado para las parejas de novios. Yo mismo, acompañado de mi futura esposa Kety, formé parte de los jóvenes que por allí paseaban. Y como he dicho más atrás, hasta los Moros Notables utilizaban los “salesianos” cuando el tiempo estaba más calentito, pues abandonaban temporalmente el zaguán, con sus viejos sillones de madera, “residencia oficial de la señora institución”.

## **El caso de don Luis Ramírez**

Cuando Pepín Ramírez dimitió como presidente del Casino para hacerse cargo de la alcaldía de Arrecife, le sustituyó Marcelino de Páiz García, médico otorrino, hermano del también médico Bienvenido, el popular organizador de las partidas de póquer. Marcelino continuó con la misma táctica que Pepín pero, en el verano de 1957, le llegó un ultimátum definitivo del abogado de los Salesianos. El Casino tenía que abandonar inmediatamente el edificio.

Aunque yo ya no era directivo, Marcelino había adoptado la costumbre de visitarme prácticamente todas las mañanas en mi trabajo. Aparte del mutuo afecto que nos teníamos —en lo que a mí concierne, porque admiraba su tesón y coraje indomable—, seguramente lo hacía también porque a esa hora de la mañana no había nadie en la sociedad y mi oficina lindaba directamente con el Casino a través del estrecho callejón de la calle Artillero Tresguerras, con lo que, con mucha facilidad para él, podía desahogar conmigo sus cuitas como presidente.

Ante la admiración y sorpresa de todos nosotros, con modestísimos medios, Marcelino acababa de inaugurar en aquellos días una pequeña clínica médica en el barrio de La Vega, en la calle García Escámez —hoy, Juan

Negrín—, la primera de carácter privado que se abría en la isla. Era un magnífico administrador, ideal para aquellos momentos difíciles del Casino. Para que yo pudiera entender mejor sus “cualidades financieras”, sus amigos de juventud me ilustraron contándome que, durante su estancia en Madrid con su hermano Bienvenido como estudiantes de Medicina, su padre, don Nicolás de Páiz, les enviaba a principio de mes veinticinco pesetas a cada uno para sus gastos menores. A los siete días, Bienvenido estaba reclamando a su padre que le enviara más dinero. Sin embargo, Marcelino, cuando volvía después de siete meses de ausencia, se ufana del mucho dinero que había ahorrado.

Como era de esperar, Marcelino se apresuró a comentarme la mala noticia del desalojo inminente. Había llegado a la conclusión —por otra parte, compartida por todos— de que no quedaba más remedio que comprarle el edificio a los Salesianos por razones históricas, pero también porque era un magnífico inmueble estratégicamente situado, aunque en un estado de conservación lamentable. En este sentido, Pepín Ramírez había hecho algunas reparaciones importantes. La forma de pagar, con un dinero que no se tenía, era otra cuestión. De momento, Marcelino le comunicó al abogado de la congregación el propósito de la compra, pidiéndole un plazo determinado para el desembolso del dinero, plazo que acabó siendo de diez años. Entre la habilidad de Marcelino y la natural comprensión de los Salesianos, se había llegado a un buen acuerdo. Ahora se trataba de conseguir el dinero.

Pasaron algunas semanas y el pobre Marcelino estaba apesadumbrado. Polo Díaz, otro personaje clave en la vida lanzaroteña, hijo del poeta del mismo nombre y a la sazón director del Banco Hispano Americano —el único banco que existía en Lanzarote—, le había comunicado con tristeza que sus superiores habían desechado la solicitud de préstamo para la compra del edificio del Casino y, claro, con la Caja Insular de Ahorros no se podía contar porque en aquellos años no tenía capacidad para esa clase de operaciones. Además, los socios más pudientes consultados se habían encogido de hombros.

Un día se me ocurrió hacer algunos números y se los enseñé a mi querido amigo. No podían ser más simples, pero ante mi sorpresa fueron recibidos por el presidente y toda la Junta Directiva con todo entusiasmo, como la fórmula mágica que resolvía el problema. Se trataba sencillamente de dividir el importe necesario por los socios existentes —que yo conocía como antiguo tesorero—, y este resultado dividirlo a su vez por los ciento veinte meses que daban los Salesianos para pagar la compra. Este sería el importe o derrama

que habría que añadir a la cuota mensual. Acompañé este sencillo cálculo con un cuadro numérico demostrativo del procedimiento. Se posibilitaba a los socios anticipar esta derrama incluso retribuyéndola con un pequeño interés.

Poco me imaginaba que, tres años más tarde, esta misma escena se me repetiría en Las Palmas cuando los socios del Real Club Náutico de Gran Canaria demandaban con urgencia la construcción de un nuevo edificio social, por encontrarse en ruinas su sede primitiva. La misma “fórmula financiera”, por llamarla de alguna forma, sirvió después allí para resolver aquel problema.

Marcelino convocó inmediatamente una Junta General Extraordinaria. Me invitaron a que expusiera el proyecto sobre una pizarra prestada por una escuela cercana, pues entonces no existían proyectores ni nada parecido. La propuesta fue aprobada por unanimidad. Sin embargo, los socios más veteranos advirtieron del peligro de que la Junta Directiva se gastara la derrama en otros fines que no fuera el de la compra del edificio, como había ocurrido históricamente en otras muchas ocasiones. Marcelino propuso entonces, y se le aceptó, la designación de una comisión de control del fondo que se fuera acumulando —que se depositaría en una cuenta bancaria independiente—, con la finalidad de vigilar su correcta aplicación. Los socios elegidos por unanimidad fueron don Eugenio Rijo —el Moro Notable más activo de la tertulia— y Paco Matallana —el farmacéutico más joven, ex presidente del Cabildo, abocado a ser en su momento también Moro Notable—, dos entrañables personas de aquella época, ejemplo de rectitud y seriedad. El tercero que completó la comisión fue quien esto escribe, seguramente porque como “padre de la criatura” me correspondía vigilarla. Acababa de cumplir veintiocho años y todavía no hacía cinco años que había llegado a Arrecife.

Entonces no lo sabía pero, solo dos meses después me llamarían de la oficina central de Las Palmas para hacerme cargo de la subdirección general de la misma. Mi ausencia no ha sido nunca definitiva; la mitad de mi espíritu ha continuado siempre en Lanzarote y se ha debido notar porque, de vez en cuando, aunque hayan transcurrido casi sesenta años, algún despistado me comenta o me pregunta por mis orígenes lanzaroteños. Realmente fueron pocos años pero vividos con gran intensidad, sin descuidar mis obligaciones profesionales, donde debí conseguir algunos éxitos que me catapultaron a un rápido ascenso. Sin que nadie me lo dijera, en Arrecife me sentí querido y hasta mimado. Sin más, habían confiado en mí. En corto espacio de tiempo había sido tesorero del Casino; tercer teniente de alcalde —con Federico Coll como alcalde—;

primer teniente de alcalde con Pepín Ramírez; vocal de la Federación Insular de Fútbol —con Narciso Fábregas como presidente, cargo que me dio la oportunidad de presentar en el cine Atlántida, habilitado como salón de conferencias, al famoso periodista madrileño Eduardo Teus—; colaborador frecuente de la *Antena* del irrepetible Guillermo Topham —ya desde el primer número como colaborador, a veces anónimo, con el pseudónimo de Juan Martel, o echándole un mano a Guito con comentarios de redacción, de actividades culturales o deportivas—; y pregonero de las Fiestas de San Ginés en 1954, aunque luego lo volví a ser en 1968 y 1973. El Círculo Mercantil, es decir, La Democracia, de la que era un simple socio y a la que prácticamente no iba nunca, me pidió en una ocasión que presentara a un conferenciante de Las Palmas al que habían invitado. Se trataba del poeta Pedro Lezcano, al que yo entonces no conocía personalmente. A mi vuelta a Las Palmas, iniciamos una amistad que, en el transcurso de los años, hasta su fallecimiento, se hizo entrañable. Pedro no solo era un buen poeta y escritor, sino que tenía una exquisita calidad humana y una honestidad política excepcional. Su izquierdismo claramente reivindicativo y mi derechismo utópico no fueron nunca motivo para que nos separáramos sino para que nos entendiéramos cada vez mejor. A estas vivencias inolvidables hay que añadir los vínculos de sangre que me han facilitado continuar tan unido a la isla y que son sobradamente conocidos. Fuimos una familia de Gran Canaria integrada por tres hermanos, los tres casados en Lanzarote.

Como he dicho, solo un par de meses después de la reunión de la Junta General del Casino, en la que se adoptó el acuerdo de establecer una derrama para la compra del edificio, fui destinado a Las Palmas por lo que mis frecuentes encuentros con Marcelino se interrumpieron. En los primeros meses de 1958, en una visita a Lanzarote de un fin de semana —mi madre y mi hermano pequeño siguieron viviendo en Arrecife y, obviamente, mi hermana Concha Teresa— volví a encontrarme con Marcelino, que me puso al día de los avatares del Casino. Había cambiado diametralmente su plan de comprar el edificio. Ante mi sorpresa, me anunció que dejaría el local, que ya se lo había comunicado a los Salesianos y que construiría un edificio nuevo para el Casino y que contaba para ello con el beneplácito de Pepín Ramírez, como alcalde y antiguo presidente. “¿Y en qué solar se hará el nuevo edificio y cuál es su valor?”, pregunté intrigado. “Ya está resuelto —me contestó—. El Ayuntamiento nos permite construirlo en la orilla del mar, al lado del Muelle de La Pescadería. Solo tenemos que hacer el relleno y un muro de contención para



el mar —añadió— y, como va a estar junto al mar, podrá funcionar también como un club náutico por lo que su nombre, a partir de ahora, será Casino Club Náutico de Arrecife”. “Por cierto —continuó—, don Eugenio Rijo y Paco Matallana ya me han autorizado para que pueda disponer del fondo que hemos constituido para la compra y destinarlo a la nueva construcción. Supongo que tú, como miembro de la comisión de control, también lo autorizarás”. “Por supuesto”, me apresuré a decirle.

Nunca tuve dudas de que la obra se llevaría a cabo, como tampoco la tuvo el resto de los socios, conociendo el tesón, el coraje y la buena administración de Marcelino, que ya había dado un buen ejemplo con su clínica. “Utilizaré al mismo maestro de obras que me construyó la clínica y ya he hablado con la ferretería de Ginés Ramírez para que me dé unos buenos precios para los materiales que vaya a utilizar, sobre todo para el cemento y el hierro”, terminó explicándome. ¡Toda una figura! Le faltó confirmar que estaría a pie de obra para vigilar el trabajo de los obreros, cosa que no dudaba que haría.

Enseguida comenté este acontecimiento —pues como tal había que calificarlo— con Pepín, que me confirmó todo lo dicho por Marcelino. El delicado problema de la ubicación del nuevo edificio lo resolvió Pepín con un gran sentido práctico, como se hacían las cosas en aquella época, amparado en la enorme distancia de los centros oficiales y en la buena fe de los intervinientes. “Lo he autorizado con el visto bueno del gobernador civil, todo de palabra, porque si hay que esperar a los papeles oficiales, el nuevo edificio no se hará nunca”, me dijo claramente. En efecto, pasaron muchos años, quizás cuarenta, para que el Casino Club Náutico de Arrecife regularizara su situación. Algo parecido, pero aun más complicado, fue el caso del Real Club Náutico de Gran Canaria, que llegó a tener, con las obras empezadas, dos emplazamientos distintos, aunque allí “solo” tardaron veinte años en regularizarse definitivamente.

La verdad es que Marcelino recibió toda clase de facilidades para ejecutar la obra. Y como es lógico, César, con su contagioso entusiasmo, se involucró también. Recomendó a Manolo de la Peña, un joven arquitecto madrileño afincado en Las Palmas, asegurando que era la persona indicada por su estilo modernista y no “los viejos carcamales” de arquitectos que había en Las Palmas o en Tenerife. La designación de Manolo para la obra de Arrecife le valió que también le encargaran el proyecto del Real Club Náutico de Gran Canaria. La opinión de César ya empezaba a pesar. Sin embargo, el estilo de ambos edificios fue en aquellos años duramente criticado por un amplio sector de

Las Palmas. “Parecen almacenes de tomates”, era el comentario habitual. Resulta razonable que entonces muchos pensáramos así, si comparamos los nuevos proyectos con el romántico palacete que había sido el primer edificio del Club Náutico de Gran Canaria o el sobrio y clásico del viejo Casino de Arrecife. En ambos casos, los socios terminamos resignados con la nueva situación pues era preferible disponer de un local en donde empezar de nuevo que no tener nada, aunque hubiera daños colaterales importantes. En Arrecife, la triste desaparición de la Tertulia de los Moros Notables y, en Las Palmas, la de otra tertulia, mucho menos trascendente, la Peña Zacarías, pero que curiosamente había tenido su origen en Lanzarote. El descontento sobre el estilo del edificio fue más duradero en Las Palmas. Los únicos signos de distinción que se le reconocía eran los murales que habían confeccionado César Manrique en el vestíbulo y Pepe Dámaso en el salón principal.

Tuvieron que pasar algunos años para que los méritos de la obra de Manolo de la Peña fueran reconocidos en Las Palmas. Hoy está catalogado por el Ayuntamiento como edificio protegido. La recomendación de César fue primordial para la carrera profesional de Manolo —que inició con mucho éxito en Gran Canaria y concluyó en Madrid, en donde finalmente falleció—. Coincidimos por última vez en marzo de 2005, en un acto oficial del Cabildo en el que le nombraban Hijo Adoptivo de Gran Canaria. Las relaciones personales entre César y Manolo de la Peña, sin embargo, a mi entender, no continuaron muy fluidas. De la Peña tenía un carácter fuerte que contrastaba con el natural de César.

A pesar de mi curiosidad, no logré conocer a don Luis Ramírez, el generoso benefactor de los Salesianos, pues había fallecido un par de años antes de mi llegada a Lanzarote. Tampoco conseguí detalle alguno sobre sus circunstancias personales. Algún Moro Notable se limitó a informarme de que se trataba de un agricultor muy rico de San Bartolomé, sin más explicaciones. Tuve la sensación de que existía un “pacto de silencio” sobre su persona. Al mismo tiempo, supuse que la actitud de los socios del Casino, que eran mis interlocutores, se debía a la antipatía que le tenían a don Luis como causante del desalojo del edificio.

Aparte de que sentir curiosidad por conocer lo que se sale de lo común es consustancial a mi manera de ser, mi interés en las circunstancias de este señor se derivaba del hecho de que, siendo muy niño, mi madre me señalaba discretamente en Las Palmas a un señor muy grueso, relativamente bajo, muy serio y muy bien vestido. Se trataba de don Augusto Bordes Claverie, quien,

con su hermano Félix —los consignatarios más importantes de buques del Puerto de La Luz—, había financiado y pagado un hermoso altar para la imagen de San Antonio María Claret —que también habían costeado—, en la iglesia del Corazón de María. En mi niñez, aquel señor era para mí una especie de santo viviente, al que observaba en silencio con todo respeto.

Algo debió de quedar en mi espíritu cuando, ya en Lanzarote, traté de saber quién era don Luis Ramírez, como para comprobar si era una réplica de don Augusto Bordes.

Visto mi fracaso, terminé imaginando la figura de don Luis y de su esposa —de la que no había tenido hijos, como en el caso de don Augusto—, sentados devotamente en una misa de la iglesia de San Bartolomé, ataviando la gordura de ambos con la vestimenta propia de un agricultor rico, con un terno negro de la misma tela, pantalones, chaleco y americana, camisa blanca impoluta, corbata y cachorro también negros y zapatos del mismo color con gruesos cordones.

Me olvidé de ellos hasta que, pocos meses después, de visita en el pueblito pesquero de la Caleta de la Villa, en Famara —donde César de niño, y también de mayor, pasaba sus vacaciones—, me tropecé con algo sorprendente en medio de unas pocas casas modestas, propias de pescadores, cerca de la ermita, única edificación que parecía ofrecer cierta solidez: una vivienda inaudita, pequeña, la única de dos plantas en aquel lugar, pero con una fachada modernista que parecía una réplica de algo de Gaudí, diferente a lo que había construido en toda la isla. Alucinado, pregunté por el propietario de aquella extrañeza que nada tenía que ver con su entorno. “Es de don Luis Ramírez, el mismo dueño del edificio del Casino de Arrecife”, me dijeron.

Todo el esquema que yo me había imaginado de un don Luis simple agricultor si bien rico, con todas las limitaciones culturales que ello entrañaba aunque sobrado de otras buenas virtudes que escasean en las grandes ciudades, se me vino abajo. No entraba en mi cabeza cómo era posible que una persona que necesariamente tenía que tener una modesta formación, aislada en un pequeño pueblecito de la isla, había sido capaz de hacer un encargo tan atípico y atrevido. Todo esto aumentó mi curiosidad. Mi inmediata investigación con los Moros Notables sobre esta aparente contradicción recibió la misma lacónica contestación: “Sí, sí, conocemos esa casa”, sin más comentarios. Definitivamente desistí de más averiguaciones.

Nota del editor: En un apéndice al final del libro, se incluye una amplia investigación del autor sobre la figura de Luis Ramírez.

## La superación de una clase hegemónica

He señalado en varias ocasiones el carácter clasista de la sociedad lanzaroteña de aquellos años, que se manifestaba de forma natural, sin traumatismo alguno. La clase dirigente estaba en donde estaba, sin alardes de ningún tipo. El resto conocía sus limitaciones y las respetaba, sencillamente. Pero las cosas estaban cambiando. Por ejemplo, ya había noviazgos e incluso bodas con algunas niñas del barrio de los pescadores de El Lomo, por cierto, guapísimas.

Nunca fue un tema que mereciera un comentario expreso con César o Pepín porque ambos lo tenían sobradamente superado. En eso, como en otras muchas cosas, fueron unos avanzados en su tiempo y pronto tuve la oportunidad de comprobarlo con Pepín.

Cierto día, Leandro Sanginés, el más acaudalado armador de la flota pesquera artesanal de Lanzarote —entonces muy importante gracias a la pesca de la corvina—, me pidió una entrevista con ciertos formalismos de día y hora, que yo nunca exigía. Era un hombre que había empezado como un simple marinerero de una embarcación de pesca, llegando a ser el más famoso patrón de pesca y armador de sus propios barcos. Le dije a su intermediario que no se anduviera con rodeos y que le dijera a don Leandro que lo recibiría inmediatamente, tan pronto como llegara. Yo no lo conocía entonces, aunque en alguna ocasión me lo habían señalado de lejos. Más bien bajo, fornido, lo había visto pasear del brazo de su esposa alguna tarde de domingo por en medio de la calle, como era habitual, debido a la inexistente circulación de vehículos, delante del Casino, vestidos ambos con mucha sencillez.

Con la natural ilusión esperé la visita, pues seguro que venía a solicitarme la apertura de alguna cuenta y tratándose de quien era esperaba que fuera cuantiosa. A los pocos minutos de mi respuesta —como si estuviera esperando detrás de la esquina—, estaba en mi despacho. Me extrañó tanta rapidez y aún me extrañó más cuando me dijo que no venía a verme como director de La Caja —con gran desencanto por mi parte—, sino como directivo del Casino. Pronto salí de dudas. Se explicó con gran sencillez.

Tenía un hijo de unos catorce años que estudiaba en Las Palmas y, como era de esperar, todos los amigos que allí estudiaban con él eran de Lanzarote. Se estaban acercando las vacaciones y estaba preocupado porque, cuando todos estos chicos volvieran a Arrecife a gozarlas, su hijo no podría seguir acompañándoles, puesto que todos eran hijos de socios del Casino y su hijo

no lo era, por lo que no podría acceder al mismo para disfrutar de sus instalaciones. Naturalmente, la solución era hacerse socio, pero temía que no lo admitieran. “Yo soy de El Lomo, y ya sabe cómo son estas cosas aquí”, me dijo con la mayor naturalidad. “Le prometo que ni mi mujer ni yo pisaremos jamás el Casino, pero mi hijo sí lo necesita. Vengo para que interceda ante don José Ramírez, el presidente, para que me admitan”, terminó diciéndome.

Me quedé de una pieza, no tanto por la petición en sí —que tenía su miga en aquellos tiempos—, sino por el gesto de humildad y modestia con que me había hecho su planteamiento, un individuo que con su posición económica se podía permitir el lujo de mirarnos de arriba abajo a todos y cada uno de los directivos.

No me atreví a preguntarle por qué se había dirigido a mí y no a cualquier otro directivo —a los que debía conocer por ser todos vecinos suyos, incluso al propio Pepín— siendo yo el único forastero, pero la respuesta, obviamente, la intuía dentro del contexto de aquella época. Como es natural, le prometí enseguida ocuparme de su petición. Pepín me escuchó y, como siempre, no me prometió nada.

Llegó el día de la Junta y sobre la mesa de reuniones, Vicente, el conserje mayor, había colocado en el centro la urna especial que se utilizaba para las votaciones de admisión de socios, con sus correspondientes bolas blancas y negras. Un compañero directivo me explicó la ingeniosa forma de utilizarla para que no se conociera quién votaba con bola blanca o con bola negra. La verdad es que no presté demasiada atención. Pocos años más tarde, vería repetida la misma escena en el Real Club Náutico de Gran Canaria. También allí bastaba una sola bola negra para que una solicitud no fuera admitida. La salita en donde se reunía la Junta del Casino de Arrecife estaba en la segunda planta, en una habitación interior, contigua a la sala en la que se organizaban las partidas de póquer, enfrente de la sala de billar, con el patio central por en medio. Las pocas solicitudes que había fueron votadas favorablemente, por unanimidad, con bolas blancas salvo la última, la de don Leandro Sanginés, que apareció con tres bolas negras. Visto el resultado, Pepín ni se inmutó. Se limitó a decir que en la votación de Leandro se había producido un fallo mecánico (¿?) en la urna, por lo que la votación quedaba anulada. Añadió que había que repetir la votación y que ya no se haría con bolas, sino a mano alzada por mayoría simple, y que así se haría en lo sucesivo mientras él fuera presidente. Como era habitual en él, no utilizó muchas palabras. Alguien intentó tímidamente aludir

al reglamento pero Pepín le cortó diciéndole que se modificaría el reglamento. Realmente, no defendió expresamente la solicitud de don Leandro, sino que puso de manifiesto el disparate que suponía el uso secreto de las bolas negras para discriminar a las personas y que todo eso pertenecía a una época que ya había pasado. Se volvió a votar. Don Leandro fue admitido por unanimidad.

No he olvidado nunca este hecho que me tocó vivir en sus dos vertientes: la apertura del Casino para todas las clases sociales de la isla gracias a Pepín —con todo lo que representaba el Casino en aquel momento— y, sobre todo, el hermoso gesto de don Leandro Sanginés con su hijo. Nunca más volví a hablar con este señor que sí continuó con sus paseos domingueros y sin entrar en el Casino. Su hijo seguro que empezaría a disfrutar de sus instalaciones a partir de aquel mismo verano. Bueno, eso de “disfrutar de la instalaciones” es un eufemismo porque poco se podía disfrutar de un lugar que carecía de cualquier elemento atractivo para la juventud. Pero, para ellos que empezaban a ser unos hombrecitos, sí tenía el encanto de poder pavonearse ante sus otros compañeros y compañeras de que tenían acceso al sanctasanctorum de los señores del lugar. Recuerdo verlos entrar en grupo, con frecuencia muy ligeros, a través del bar y volver a salir por el mismo lugar con la misma prisa a los pocos minutos, por supuesto, respetando el zaguán de los Moros Notables. Era como una especie de rito, seguramente inconsciente por su parte.

## **El Casino, epicentro de las fiestas**

La gente de Lanzarote, de por sí alegre y divertida en aquellos años inolvidables, giraba alrededor de tres grandes fiestas: la del 31 de diciembre, los carnavales y las fiestas de San Ginés, patrono de Arrecife.

Por supuesto, el Casino de Arrecife era el vector que marcaba el ritmo de estas fiestas, en particular las de fin de año y las de San Ginés. La contratación de una orquesta de Las Palmas, generalmente la popular Orquesta Mejías de la ciudad de Gáldar con su correspondiente vocalista femenina, corría a su cargo. Era la gran animadora de las mismas. En la organización de los carnavales —prohibidos en toda España por el Gobierno de entonces— la sociedad La Democracia empezaba a tener gran protagonismo, pero el Casino, con sus excepcionales “fin de fiestas”, cuando empezaba a amanecer, sacando la orquesta para que siguiera tocando en la calle, seguía marcando la pauta.

La prohibición gubernamental de los carnavales poco o nada importaba en Arrecife. Las autoridades provinciales y locales, conscientes de la inutilidad de la misma, hacían la vista gorda.

De todas formas, los Moros Notables echaban de menos los antiguos carnavales, mucho más íntimos y familiares, pero, como todo evoluciona, el cambio estaba propiciando una nueva forma de entender la fiesta. Sin embargo, la tradición se resistía a desaparecer. Hacia finales de los años cincuenta, Vicente Guerra, un joven empresario de un próspero comercio de ultramarinos —Hermanos Guerra—, que introdujo en Lanzarote el autoservicio de los supermercados, rescató la parranda de Los Buches —agrupación cuyo origen sitúan algunos estudiosos a mediados del siglo XIX—, que desde hacía más de veinte años había desaparecido de la fiesta. César Manrique, que era un carnavalero contumaz, se entusiasmó con esta iniciativa. Para él, representaban la simbiosis campesino-pescador, concepto que le apasionaba y que, por supuesto, plasmó años más tarde en el Monumento al Campesino, en San Bartolomé. La genial ocurrencia de César de utilizar los depósitos o tanques de agua desguazados de las pequeñas embarcaciones artesanales de pesca —que se encontraban abandonados en el vertedero de basuras de Puerto Naos, elementos netamente marineros típicos en aquel momento— en aquel lugar para armonizar el monumento propiamente dicho viene a recordar al fugaz visitante el peculiar carácter del campesino lanzaroteño, que fue, a su vez, marinero-pescador. Viene a tener el mismo simbolismo identificador que la vejiga curtida o buche de la parranda carnalera.

Desde luego, la presencia de Los Buches lanzaroteños es una aportación “cultura” y original a los carnavales de todas las islas, solo equiparable a los “indianos” de Santa Cruz de La Palma. La vestimenta es toda una alegoría. El traje de campesino pudiente afirma la idea de que el pescador es fundamentalmente un campesino que interrumpe momentáneamente su trabajo durante el invierno, período en el que solo cabe esperar las lluvias en el campo, para acudir a la zafra de la pesca de la corvina en la costa africana. Y porta en sus manos el testigo de su trabajo marineramente: una vejiga curtida o “buche”, en términos populares, hinchada, que toma la forma de un globo irregular con la que da golpes a los espectadores o viandantes, por supuesto inocuos, indicándoles con alegría que ya están de vuelta de la costa africana. Todo ello acompañándose con timples y guitarras. Los otros pescadores, los auténticos profesionales —armadores, patronos de pesca, pilotos o mecánicos— vivían preferente-

mente en el barrio de El Lomo, la mayor parte procedentes de familias de campesinos que abandonaron el campo.

La fiesta del 31 de diciembre revestía otro cariz. Era, por decirlo de otra forma, “una fiesta seria”, el gran acontecimiento social del año. Cena de gala. Los caballeros de esmoquin y las damas de traje largo. No era normal que en los pueblos de nueve mil habitantes de aquella España se hiciera esta ostentación soberana, pero Arrecife tenía una clase social exigente. Con cierta expectación, se esperaba siempre la llegada de las familias, todas juntas, en forma de ocho o diez parejas, que venían desde Haría, como no podía ser de otra forma. Algunas, según me ilustraron, solo se acercaban a Arrecife ese día del año.

Pero la fiesta por antonomasia era la de San Ginés, ya de fama regional desde siempre. Como he dicho, mi madre, de soltera, ya la disfrutó allá por los años veinte del pasado siglo. Se celebra en torno al 25 de agosto de cada año. Eran los *sangineles*, como nos referíamos a ellas cuando había que nombrarlas.

La metamorfosis que sufría Arrecife con la llegada de los *sangineles* era asombrosa. No puedo por menos que reproducir unas notas redactadas por mi hermano José María, que recuerda cómo entonces, con solo siete años, desde el balcón de nuestra vivienda situada en un lugar privilegiado, observaba alucinado el cambio del paisaje urbano y, al mismo tiempo, ya empezaba a disfrutarlo: “Con los *sangineles* la vida tranquila de Arrecife sufría una ‘metamorfosis de colorido’. La llegada de los canariones y chicharreros que vivían las fiestas como propias y la instalación de la feria en el Muelle Chico o de Las Cebollas y en la explanada ganada al mar donde iría el parque José Ramírez Cerdá, transformaban la ciudad. Tenía una magia especial el inicio de las fiestas con el anuncio mañanero de las dianas floreadas, los tambores, cornetas y papahuevos, todo ello acompañado por Pepe Cañadulce y el celador Basilio que, a la vez de poner orden a instancias de su autoridad, tiraba voladores que producían un enorme ruido. Poco a poco, según llegaban en los barcos de Armas, los feriantes empezaban a instalar el vaivén y los cochitos eléctricos, el circo Toty, la casa del miedo y la de los espejos que deformaban a los que se miraban, la ola marina, las tómbolas donde estaban las mismas muñecas durante todas las fiestas ya que nadie se las sacaba en las rifas —los chinijos de aquella época cantábamos ‘siempre toca, si no es un pito es una pelota, o si no, una muñeca rota’, lo que motivaba el correspondiente enfado del tombolero que no paraba de gritar por sus altavoces que siempre tocaban premios—, las ruletas con su especial ruido cuando se hacían girar, los ‘caballitos’, las casetas



de tiro de escopeta de balines, que tenían la curiosidad de que a pesar de darles a los patitos no eran derribados y por lo tanto no había premio. También empezaban a montarse los ventorrillos con su olor a comida, cubiertos con ramas de palmeras. Acuña pasaba con su carrito de helados ofreciendo los ‘moldes de helados’. El quiosco, que se llamaba Teide, y su granizada —creo recordar que en el quiosco de la música instalado cerca del Muelle Chico existía un bar en su parte baja—. Los puestos de potas y de pulpos con su especial olor, y las actividades deportivas como las regatas de ‘jolateros’, la cucaña, la gymkana, las pruebas de natación —de hombres y mujeres por separado—, la carrera de cintas para bicicletas, los partidos de fútbol con equipos de Las Palmas que se celebraban en el campo de Torrelavega, a las cuatro de la tarde, con un calor asfixiante. Cuando llegaba la noche, los petromax desprendían un especial aroma y su característico ‘silbido’. Aquella metamorfosis de colorido desaparecía el día después de San Ginés, cuando se desmontaba la feria y los foráneos volvían a sus islas de origen. Arrecife recuperaba su tranquilidad y ya esperaba los próximos *sangineles*”.

Desde 1947, se había incluido dentro de estas fiestas el recibimiento de los tripulantes que participaban en la ya famosa regata de balandros que, partiendo de Las Palmas, tenían como meta el Puerto de Arrecife. La recepción oficial, como no podía ser de otra forma, tenía lugar en el Casino con una llamada “copa de bienvenida”. Pepín Ramírez, que era el presidente, personalmente poco dado a los festejos, sin embargo se encontraba entonces cómodo con estos visitantes, entre los que estaban amigos suyos de estudios, de profesión o conocidos de sus estancias en la capital, todos los fines de año. Otro tanto me pasaba a mí, quizás con más razón. Pepín tenía en aquellas ocasiones un motivo más de complacencia pues eran “gente de la mar”, por la que sentía especial devoción en su calidad de gran aficionado a la pesca desde su pequeña embarcación a motor, *El Boheme*. El momento culminante de la corta estancia de estos navegantes era el Gran Baile —que se denominaba “Baile de los balandristas”—, celebrado en su honor. Por contraposición irónica —“si ellos, los señoritos de Las Palmas, tienen balandros, nosotros, más humildes, tenemos chalanas, la más modesta de las embarcaciones”—, esta fiesta inspiró otra nueva fiesta anual que se instauró en el propio Casino, y que aún hoy continúa celebrándose anualmente en el mes de julio, el “Baile de los chalanistas”.

Fue en el verano de 1955 cuando la Junta Directiva del Casino se vio sorprendida con la protesta de los socios más jóvenes, casi todos estudiantes

“de afuera”, porque lo hacían en Las Palmas o en Tenerife, y que volvían a pasar sus vacaciones en casa. Reclamaban que la Directiva también se ocupara de ellos, pues solo había bailes para “los viejos” o para los forasteros, entre los que estaban naturalmente los balandristas citados y los oficiales de milicias universitarias que se incorporaban periódicamente al Batallón de Infantería, que también recibían una fiesta especial de bienvenida. En aquella época, era sencillamente inaudito que los jóvenes se atrevieran a protestar. Pepín, como presidente, resolvió con rapidez. Accedió a que se celebrara la fiesta cediendo el local, pero la tal fiesta tenía que ser organizada por la propia juventud provocadora. La Directiva se desatendía de todo. ¡Sabia decisión! Si fracasaba la fiesta, no sería culpa suya. Ocurrió todo lo contrario, pues tuvo el más rotundo de los éxitos. Resultó que aquellos “niños inexpertos”, como los calificábamos los mayores, suplieron su falta de experiencia con una gran imaginación.

Un grupo de jóvenes muchachitos que se denominaban a sí mismos “Los siete machos” —hoy todos abuelos y alguno ya fallecido— fueron animadores permanentes de esta fiesta y, a su vez, de la cambiante vida juvenil de Arrecife durante aquellos primeros años. Recuerdo sus nombres y sus caras de entonces: Alfredo Morales, Andrés Martinón, José Antonio Morales, Tito Sáenz, Rafael Ramírez, Segundo Manchado y Pepe Medina Voltes.

También hay que consignar la tragedia del *Halcón*, emblemático balandro del Real Club Náutico de Tenerife, que embarrancó en la regata de San Ginés del año 1954 en las bajas del Tostón, en las cercanías de Corralejo, Fuerteventura, a las dos de la madrugada. Este accidente tuvo entonces un gran impacto en la sociedad lanzaroteña, esencialmente marinera, muy hermanada con los tripulantes chicharreros de la embarcación que, desde luego, como siempre fue tradición, gozaban de más simpatía que los canariones. Fue tema de conversación durante mucho tiempo. Nadie se explicaba el accidente ya que esas bajas del norte de Fuerteventura eran sobradamente conocidas por toda la gente de la mar. Con gran rapidez fue rescatado y, con muy buen juicio por parte del Real Club Náutico de Tenerife, trasladado al Puerto Naos de Arrecife para ser reparado. Los mejores carpinteros de ribera de todo el Archipiélago estaban allí. Pepín Ramírez recomendó a los directivos del Club de Tenerife la persona que a su juicio era la más indicada para tan delicado trabajo. Pepín, como he dicho más arriba, tenía una especial cualidad para saber seleccionar a las personas. Unos meses antes nos había sorprendido contratando precisamente a un carpintero de ribera muy joven, un tal Cipriano, para que reparara los

pasamos de caoba de la bonita escalera central del Casino que exigía reponer una talla en madera en su terminación, trabajo que nos parecía imposible de ejecutar en Arrecife pero que aquel joven artesano realizó espléndidamente.

Fui con Pepín a ver cómo había quedado el *Halcón* ya varado en tierra. Tenía destrozada toda la banda de estribor, con todo el costillaje de madera a la vista. Daba verdadera pena verlo. “Navegando, ya no será el mismo —nos aventuró el maestro— aunque para repararlo utilicemos la misma clase de madera de la banda de babor, pero el estado de curado de una y otra, inevitablemente, será distinto y el barco perderá su equilibrio inicial”. Y así fue. Siguió siendo un buen barco vencedor, rival indiscutible del emblemático balandro *Tirma* de Las Palmas, pero ya no tan contundente.

El *Halcón* fue construido en madera de Uruguay. Atravesó el océano Atlántico desde Montevideo a Santa Cruz de Tenerife en los años cuarenta del pasado siglo. Contaban que en plena II Guerra Mundial, tripulado por unos oficiales del acorazado de bolsillo alemán *Graf Spee*, que deseaban incorporarse a su país de origen. Este barco de la Marina de Guerra alemana fue hundido por sus propios tripulantes en el mar de La Plata al verse acosado por varios barcos de guerra ingleses, con más de mil marineros y oficiales a bordo que se refugiaron en Argentina y en Uruguay. El *Halcón* lo compró entonces el Real Club Náutico de Tenerife. Muchos años después fue vendido y hoy se encuentra en la marina del Real Club Náutico de La Coruña.

## Las penurias olvidadas

Las penurias olvidadas para los pocos que vamos quedando y que las conocimos o las penurias desconocidas por las nuevas generaciones que no las vivieron. Esta puede ser la síntesis del contenido de este capítulo.

El posible lector que haya sido capaz de leer las páginas anteriores, con las referencias que he hecho a los buenos momentos que se disfrutaban con las distintas fiestas, e incluso a la aludida vida de don Luis Ramírez que parecía desenvolverse en un ambiente que propiciaba su generosidad, podría llegar a la conclusión de que la vida en Arrecife discurría “por un campo de rosas”. Nada más ajeno a la realidad. El contraste, en aquellos años, entre la diversión y los entretenimientos descritos y las penurias y dificultades diarias tenía la lectura positiva de un pueblo que no se resignaba a ser perdedor.

Las dificultades se derivaban fundamentalmente de la situación geográfica de la isla; pero, otras muchas, del momento histórico que estaba viviendo toda España después de la Guerra Civil y de la II Guerra Mundial. Subsistían todavía las cartillas de racionamiento. Sin embargo, durante la década de los cincuenta, coincidiendo con mi estancia en Arrecife, las cosas fueron mejorando paulatinamente aunque, a estos efectos, mis primeras impresiones de recién llegado no pudieron ser más deprimentes. Desde luego, no influyeron lo más mínimo en mi ánimo pues mi ilusión por el trabajo que iba a desarrollar compensaba cualquier contrariedad, pero siempre comprendí las quejas y lamentaciones de algunos forasteros poco complacientes. Como es natural, en aquella época, la gente de Lanzarote, conocedora de las limitaciones que la naturaleza le había impuesto, vivía resignada, con gran dignidad, a todos los niveles.

Al cambio espectacular que se ha producido desde entonces hasta ahora ha contribuido, obviamente, el natural proceso evolutivo y positivo que ha afectado a toda España, pero, como ya he dicho más atrás, en el caso de Lanzarote, impulsado y primado para más, por la herencia generosamente dejada por César y Pepín. Es lógico que, con el transcurso de los años, esta herencia se vaya diluyendo. Acaso está ocurriendo ya. Pero el impulso inicial de esta herencia fue fundamental para colocar a la isla en una órbita preferente en el entorno turístico de todo el Archipiélago.

La más palpable de las penurias era la escasez de agua potable, resuelta durante siglos mediante la construcción de aljibes que recogían las aguas pluviales, situación que se agravaba por las frecuentes sequías que se producían en la isla. El Gobierno trataba de paliar este grave problema con el envío periódico, desde Gran Canaria, de un barco-aljibe de la Marina con agua que se depositaba en unos grandes aljibes que existían junto a los cuarteles, en la carretera de San Bartolomé —construidos por el Estado en los primeros años del siglo XX—, para su posterior distribución a la población en bidones transportados en carros tirados por mulas, aunque ya en la década de los cincuenta empezaron a simultanear camiones-cisternas que terminaron imponiéndose a los carros. Por supuesto, al no existir conducciones de agua corriente, cada casa tenía su propio aljibe. Era una pequeña proeza aprender a “guindar” el balde con la correspondiente sogá o cuerda para sacar agua del fondo. Ya en aquella misma década, empezaron a proliferar las bombas manuales para extraer el agua —e incluso elevarla hasta la azotea— para que la vivienda dispusiera de agua corriente. Por mi parte, llegué pronto a la

conclusión de que con sesenta y cuatro golpes de bomba se conseguía llenar con agua suficiente el depósito. Lo tomaba como una especie de gimnasia personal. No obstante, normalmente, este trabajo lo desempeñaba “el hombre del agua”, una buena persona que por una propina insignificante se ofrecía periódicamente para hacerlo.

Había grandes y hermosos aljibes o depósitos en toda la isla —se han contabilizado unos 6.000—, pero el más famoso era el de la Mareta de la Villa, que ya he mencionado, y que fue construido en tiempos de la Conquista, cuando se erigió Teguise capital. Creo que en el léxico canario, y en particular en el de Lanzarote, con el nombre de “mareta” se designaba un aljibe aunque, por extensión, también podía ser la superficie de terreno que en el entorno lindante de una casa de campo se cubría con un mortero de cal ligero para impermeabilizarlo de modo que permitiera recoger las aguas de la lluvia y conducir las al aljibe. A veces, esa superficie —que también llaman “alcogida”— era el techo del mismo aljibe, que también podía utilizarse como una era. Siempre me llamó la atención la cuidadosa limpieza de estas maretas, obviamente por razones higiénicas, periódicamente albeadas de color blanco, que encandilaban los ojos los días de sol fuerte. Esa limpieza del blanco era la obsesión de César en su lucha por la conservación de la arquitectura tradicional de la isla, con sus asombrosas chimeneas bizantinas. Algunos agricultores conseguían mejorar sus ingresos con la venta del agua de esos aljibes tan bien cuidados.

En aquellos primeros meses de 1953 se inauguró en Arrecife, con particular solemnidad, la primera fuente que tenía la ciudad, construida con piedra de Arucas, sin grandes pretensiones. “Lo importante era ver el agua, no la fuente”, me dijo Paco Matallana, entonces presidente del Cabildo, que presidió su puesta en funcionamiento. La noticia fue particularmente difundida por Guito en el ámbito nacional. El momento, desde luego, podía considerarse histórico porque el agua procedía del Macizo de Famara y era conducida por una tubería de casi 30 kilómetros. Se había puesto una gran esperanza en la galería de captación de aguas abierta en aquellas montañas, aunque tenía muy poco caudal y el agua era de escasa calidad. Las optimistas previsiones de algunos técnicos de la Universidad de La Laguna nunca se cumplieron, a pesar de que insistieron durante algunos años más. Incluso durante el mandato de Pepin en el Cabildo se intensificaron las explotaciones, con escasos resultados. Nunca fue Famara la solución al problema del agua. De toda formas, en aquellos días de 1953 se vivieron unos momentos de esperanza y de ilusión.

Paco Matallana dio por cumplida su misión —que era traer el agua hasta Arrecife— y dimitió como presidente del Cabildo. Le sustituyó Esteban Armas que debía continuar su labor.

Curiosamente, Lanzarote es, junto con la isla de El Hierro, la más carente de agua subterránea natural. Incluso Fuerteventura, de características geológicas análogas, tiene más. “Es por su carácter volcánico”, me dijo algún Moro Notable. Pero no es así porque todo el Archipiélago canario tiene el mismo origen. Sea cual fuere la razón de esta carencia, a la que hay que añadir la permeabilidad de sus escasos barrancos que no permiten la construcción de presas —la única de Mala era entonces un coladero, aunque con los años las grietas del terreno se han colmatado con el aporte de arcilla de su propia cuenca—, estas vías de obtención de agua se le han cerrado. La cultura popular del agua era ejemplar en aquellos años en Lanzarote.

El primer efecto público de la llegada del agua a la capital de la isla fue el de los árboles que se plantaron en la entonces llamada avenida del General Franco. Fueron “pinos marinos” trasplantados, pues ya tenían cierto porte. Como era de esperar, surgieron discrepancias sobre la especie elegida habida cuenta de que mayoritariamente se consideraba que, por su ralo y escaso follaje, poco iban a hermohear el paisaje urbano en lo que era, además, la fachada de la ciudad. Las críticas no duraron mucho porque Guillermo Topham Guito razonó públicamente, defendiendo la decisión que se había tomado, que era preferible tener aquellos modestos arbustos que no tener nada, añadiendo que eran los más adecuados por su resistencia al viento y a la marisma, por su escaso consumo de agua, y por no afectarles la mala calidad de ésta. A partir de entonces, se acabaron las protestas. No se equivocó Guito, ya que estos arbolitos subsistieron muchos años.

Tan grave como la escasez de agua para el consumo humano era la falta de agua para la agricultura, que, consecuentemente, era en su totalidad de secano pero mejorada con ese extraordinario invento de los campesinos lanzaroteños que fueron los enarenados artificiales en la tierras de cultivo —a imitación de los enarenados naturales, cuyo exponente máximo está en el cultivo de la viña en La Geria—. Seguramente, fue en aquella década de los cincuenta cuando alcanzaron mayor difusión los enarenados, impulsados por las subvenciones generosas del Gobierno a través del Instituto Nacional de Colonización. Fue muy popular en aquellos años la figura del ingeniero agrónomo de Las Palmas don José Bethencourt Massieu, delegado provincial de

este Instituto, cuya visitas periódicas eran esperadas impacientemente por los agricultores. Venía a comprobar personalmente si los enarenados se habían ejecutado correctamente para entonces hacerles efectiva la subvención. Su visita significaba insuflar dinero en la isla. Estas visitas daban lugar de vez en cuando a un divertido equívoco, pues Manolo Armas Panasco —profesor del Instituto y también popular y querido personaje en la isla—, a quien no le unía el menor parentesco, tenía un enorme parecido físico con don José Bethencourt. Algunos campesinos que desconocían este hecho veían a Manolo Armas en alguna visita esporádica a Arrecife y, confundiéndolo con don José —conocido también como “el ingeniero de las arenas”—, anunciaban apresuradamente a sus vecinos la buena nueva de la llegada del ingeniero de Colonización, produciéndose el consiguiente cabreo con el inductor al error, cuando veían sus esperanzas frustradas.

La ventaja económica de los enarenados estaba fuera de toda duda, pero a ella hay que añadir lo que a la larga ha sido quizás más importante: su contribución a la enorme mejoría estética del paisaje, tan positiva para la riqueza turística de Lanzarote.

La extracción de la arena de los roferos, que se había estado haciendo “sin orden ni concierto” empezó a preocupar a César pues, en algunos casos, descarnaban las laderas de hermosas montañas. Sugirió una regulación de estas explotaciones, que Pepín aceptó inmediatamente. Es conveniente recordar en este caso cómo la genialidad de César, al igual que en otras ocasiones, lograba “invertir una desgracia en una suerte”. De un rofero agotado en Guatiza, prácticamente un vertedero de basuras, surgió el Jardín de Cactus.

Había otro rofero agotado en las cercanías del coqueto pueblo de Tesequite, unos muñones que surgían del terreno y que a César le recordaban la Ciudad Encantada de Cuenca. Le oí decir en una ocasión que tendría que ocuparse de ellos, pues seguro que se les podría sacar un gran provecho paisajístico. No sé si alguna vez volvió a ocuparse de este sitio que, aunque céntrico, está algo apartado de las rutas habituales.

En aquellos años cincuenta, se había añadido al tradicional cultivo de cebollas el cultivo del tabaco, más estable y seguro, especialmente en Tinajo y algo menos en Guatiza y Mala, cuya calidad se decía que era peor. Prácticamente la totalidad de la cosecha de tabaco era comprada por Eufemiano Fuentes, dueño de la más importante industria tabaquera de Canarias, que pagaba puntualmente. Fue, durante aquella época, un buen ingreso para los agricultores de

Lanzarote. Un tiempo después, a finales de los sesenta, Eufemiano Fuentes me abordó en el hotel Palace de Madrid, donde nos alojábamos ambos.

Mi estancia en la capital era para asistir a la primera reunión de una comisión creada por el Ministerio de Hacienda para comenzar a estudiar la actualización del tradicional Régimen Fiscal de Puertos Francos, proyecto que tres años después terminó concretándose en el Régimen Económico Fiscal de Canarias, el famoso REF. Su interés en hablar conmigo se concretaba en pedirme que, si en esa reunión se planteaban los problemas de la industria tabaquera de las Islas —gran competidora del monopolio ejercido entonces por la compañía Tabacalera S.A. en toda la Península—, defendiera la postura de las empresas canarias. No me costó ningún trabajo asegurarle que así lo haría, como era obvio por mi condición de canario, pero le comenté de paso que mi preocupación estaba más centrada en defender a los agricultores que cultivaban tabaco que a los industriales, pues eran los más débiles y necesitados. “Y yo también lo comparto”, me dijo, recordándome que todos los años compraba la totalidad de la cosecha.

Aproveché aquella conversación, que ya empezaba a ser larga, para ilustrarme sobre los pormenores de una actividad tan importante entonces en la economía de las Islas. Sus conocimientos y su experiencia podían serme muy útiles en el cometido oficial con el que estaba comprometido. Cuando me explicaba la procedencia de las diversas materias primas que él importaba de Cuba y de otras islas del Caribe, le pregunté por la calidad del tabaco producido en Lanzarote, cuyas tierras siempre han tenido fama de producir poco, aunque de gran calidad. Ante mi sorpresa, me contestó con rotundidad que era de la peor clase. “Y entonces, ¿por qué lo compra usted?”, le pregunté con cierto asombro. “Pues porque el Gobierno, por cada kilo de tabaco de Lanzarote que compro, me concede un permiso para importar de Cuba otro kilo de la mejor calidad. Mientras tanto, como no puedo utilizar el producto de Lanzarote, sencillamente lo quemo en un horno que tengo preparado para ello. Así y todo, obtengo una buena compensación”. Esas eran las consecuencias de una economía regulada por la Administración central. Con los años, cuando el comercio en España se fue liberalizando, el cultivo de tabaco en Lanzarote desapareció.

El cultivo de cebollas tempraneras fue la otra riqueza tradicional del campo lanzaroteño, hasta el punto de tener su propio muelle —el Muelle de Las Cebollas— en el Puerto de Arrecife, con enormes altibajos en sus precios de origen, que al final terminaron con su extinción.



Sin embargo, en aquellos años la zafra de la cebolla era todo un acontecimiento en el propio Arrecife. La llegada desde el campo de los camiones abarrotados de sacas de mallas conteniendo unas hermosas cebollas para ser apiladas en el muelle, en espera de los barcos de Antonio Armas para ser trasladadas a Las Palmas camino del continente europeo, arrancaba siempre el mismo comentario de admiración por el milagro de los enarenados, que permitían obtener aquellas abundantes cosechas con tan escasas lluvias. Más hermosas debieron de ser las imágenes, que yo no conocí pero que me contaban los Moros Notables, de la llegada desde el campo de caravanas de camellos portando los “sacos de papas” llenos de cebollas.

Eran también días de ilusión y de esperanza, pendientes de las noticias del mercado inglés sobre los buenos precios que se esperaban obtener, pero que nunca se materializaban. Pronto las caras se tornaban tristes y alargadas. Inexplicablemente, todos los años se repetía la misma escena de esperanza y frustración inmediata en los sufridos campesinos lanzaroteños, que seguían empeñados en obtener magníficas cosechas de cebollas.

Guillermo Topham *Guito*, que plasmaba en sus crónicas esos pocos momentos de euforia, reconocía en privado que era una batalla perdida de antemano pues habían aparecido en el mercado inglés cebollas tempranas procedentes de Egipto, con las que, por razones distintas, era imposible competir.

En ese mundo de contradicciones del campo lanzaroteño, nos quedará siempre la bella imagen del rofe negro salpicado de plantas de bajo porte, de intenso verde, con un fondo lejano de volcanes alineados y dos o tres campesinos o campesinas inclinados levemente sobre la tierra en sus labores cotidianas, como en una parcela cuidadosamente ajardinada. Ellos, con su cachorro negro encajado en la cabeza; ellas, si eran casadas, con un pañuelo que les recogía el pelo y sobre éste una sombrero de paja de amplias alas, y si eran solteras, con una sombrero de tela blanca cuyas alas se bajaban en torno a la cara para protegerla del duro sol de siempre. César ha inmortalizado todo esto, de forma sublime, con su obra y su palabra.

En la década de los sesenta, vivió durante unos pocos meses en Lanzarote un pintor figurativo portugués que firmaba con el pseudónimo de Rakar. Algo mayor de edad y muy buena persona, explotó este paisaje para unos cuadros al óleo de mediano tamaño. Alcanzó alguna popularidad en ciertos ambientes de Arrecife, logrando vender algunas de sus obras sin demasiadas pretensiones.

Había un sector, sin embargo, en el Arrecife de entonces que no soportaba la “zafra de la cebolla” pues el fuerte olor que despedían, unido al del podrido del pescado salado que se extendía para secarse al sol, hacía intolerable la vida. Era, desde luego, un colectivo poco numeroso. “Los incordios de siempre”, decía la mayoría. “¡Ojalá estos olores duren mucho tiempo! —advertían los Moros Notables— pues es el medio de vida de nuestra isla”. Afortunadamente, aquella situación surrealista, de una mayoría resignada a soportar aquellos olores que obedecían a la imposición de las circunstancias, fue superada pocos años después.

Otro problema acuciante era la mediocridad de la energía eléctrica pública, inexistente durante el día y sólo duradera unas pocas horas, desde el atardecer hasta las doce de la noche, cuando se anunciaba su corte mediante tres bajadas previas de la tensión. El concesionario de la “fábrica de la luz” era Antonio Armas —fundador de la actual Naviera Armas—, armador de una modesta empresa de motoveleros de madera para el transporte de mercancías, fundamentalmente la sal a granel que se producía en Lanzarote. El tráfico regular era entre Arrecife y Las Palmas, aunque ocasionalmente se hacía también con Tenerife, Sidi-Ifni y El Aaiún, en el Sahara entonces español. La llegada y salida de estos barcos eran los miércoles de cada semana, mientras el correílo —el vapor de pasajeros y de mercancías más delicadas— lo hacía lunes y viernes.

Antonio Armas tenía entonces cuatro motoveleros que se alternaban en el tráfico con Arrecife. Eran muy populares en la capital, pues sus patrones y marineros eran todos de Lanzarote. El mayor y más querido era el *Diana*, con un elegante casco y dos altos mástiles. Parecido, pero menos esbelto, era el *Capitán Pérez*; después el *Astelena*, francamente feo de estampa, con fama de ser lento y pesado; y uno más pequeño, el *Rápido*. Se comentaba entonces que alguno de estos motoveleros había suministrado combustible a los submarinos que navegaban en esta zona del Atlántico durante la II Guerra Mundial, cosa absolutamente verosímil.

Hacia mediados de los años cincuenta, Antonio Armas comenzó a sustituir sus barcos de madera por los de casco de hierro. La noticia se conoció en Arrecife con suficiente anticipación como para crear expectación en espera de la arribada de este primer barco, adquirido en Valencia, con el nombre de *Concepción Aparisi*, al que poco después se añadió otro nuevo de la misma procedencia, el *Rosita Soler*. Actualmente, Naviera Armas es la más importante

naviera canaria, con una flota numerosa y muy moderna de carga y de pasajeros. Más de cincuenta barcos han sido adquiridos a lo largo de su historia, a partir de cuatro viejos motoveleros de madera.

La primera arribada del *Concepción Aparisi* al Puerto de Arrecife fue todo un acontecimiento, como era de esperar. Guillermo Topham se encargó de divulgar la noticia de la “espectacular modernización” de la flota lanzaroteña. En efecto, se había ganado en modernidad y en eficacia, pero se había perdido para siempre la bella estampa marinera del motovelero *Diana*.

La empresa de Antonio Armas cumplió muy bien su cometido como suministradora de energía eléctrica en aquellos años. No hubo nunca cortes de luz inesperados, cosa harto frecuente en el mercado de las islas mayores. La falta de luz eléctrica se suplía con las clásicas velas y quinqués así como con las lámparas de petromax, que eran un signo de avance y modernidad, empleadas en los lugares públicos o por los particulares más pudientes.

La falta de energía eléctrica durante el día era aceptada con toda resignación. Algunos talleres más avanzados la suplían con pequeños grupos electrógenos. Naturalmente, las factorías de pescado disponían de sus propias centrales eléctricas. En algunas ocasiones, la buena voluntad de la empresa suministradora de Antonio Armas se ponía claramente de manifiesto. De pronto, inesperadamente, algún día el precario alumbrado público se encendía. Los que estábamos al tanto de la cuestión nos hacíamos significativas señas: debía de ocurrir que en el hospital estaban realizando alguna operación quirúrgica urgente y le habían pedido a Antonio Armas que les facilitara energía para el quirófano.

En este proceso de recapitulación de mis recuerdos del Lanzarote de los años cincuenta del pasado siglo, no puedo por menos que admitir que no eché de menos al llegar a la isla, estrangulada como he dicho por tantas carencias, lo que es hoy sustancial en la vida cotidiana, es decir, los medios de transportes. Nunca sentí limitada mis acciones por la falta de éstos. Contribuí a ello, por supuesto, que llegaba desde Las Palmas con la misma percepción del asunto. El vehículo o coche particular no era una necesidad sino un capricho de quien podía permitírselo.

De todas formas ahora mismo me pregunto cómo era posible que la vida corriera plácidamente, con los escasísimos medios mecánicos que entonces existían. Ahora recuerdo, por ejemplo, el múltiple uso que se hacía de los pocos camiones que existían y que a nadie le llamaba la atención. Por la mañana, se los

veía cargados de sal a granel con destino a los barcos de Antonio Armas; y por la tarde, transformados en camiones-cisterna para transportar agua. O el carro de varas de Juan y Anselmo Rosa, de solo dos ruedas, tirado por uno o dos mulos, habitualmente transportando bidones de agua, pero especializado en cargas difíciles gracias a un curioso artilugio manual que permitía transformar la plataforma de carga en una rampa de acceso a la carga. Hacía más de diez años que había visto funcionar este sistema en un almacén comercial de mi padre. Entonces lo volvería a disfrutar de nuevo.

Quince días antes de mi llegada a Arrecife, el barco-correillo de turno había desembarcado en el Muelle Comercial, mediante la grúa de a bordo, una enorme caja fuerte con dos puertas, de dos metros de altura y un peso de 3.000 kilos, que permanecía en el muelle, pues nadie se había atrevido trasladarla a la oficina de La Caja, que era su destino. Fue mi primera actividad laboral en Lanzarote. Nadie sabía cómo hacer aquel traslado y se había decidido que a mi llegada asumiera la responsabilidad de resolverlo. Pero yo tampoco sabía cómo moverla de allí, hasta que alguien sugirió el carro de varas de Juan y Anselmo Rosa, procedimiento que acepté inmediatamente pues ya había visto uno semejante en Las Palmas.

Acompañado del natural grupo de noveleros, se efectuó con éxito la operación de carga, traslado y descarga hasta la puerta de la oficina. El movimiento dentro del local se ejecutó arrastrándola sobre unos rodillos utilizados en Puerto Naos para mover las embarcaciones en tierra. La tarea concluyó pero el piso, recién puesto, se hundió al paso de la caja, cuya bonita pintura se dañó considerablemente. La reparación de la pintura fue otra odisea, pues no se encontraba a nadie que pudiera hacerlo. Fue don Manuel Arencibia, mi mentor y Moro Notable, quien me sugirió que hablara con un taxista llamado Juan Machín, que tenía como taxi un enorme coche americano —cosa inusual tanto en Las Palmas como en Tenerife— que conservaba impecablemente. En efecto, Machín, no sin cierta resistencia, pues no se consideraba un experto en estas pinturas —conocimiento al que había tenido que acceder para reparar su propio vehículo—, se comprometió con el encargo. Por cierto, su forma de vestir hacía juego con la categoría del coche. Por lo visto, había estado unos años en Venezuela como emigrante con cierto éxito, lo que le había permitido volver a su isla con un espléndido coche. A partir de aquel trabajo y hasta mi traslado a Las Palmas, usé de sus servicios y, gracias a él, conocí buena parte de la isla.

A los cuatro taxis que existían en 1953 habría que añadir el servicio público de guaguas a los diferentes pueblos del interior que llevaba a cabo Gildez —una empresa de Las Palmas que gozaba allí de gran prestigio, aunque no eran transportistas de viajeros—. Pero en Lanzarote sí lo fue, con una escasez de medios horrorosa. Los servicios que prestaban eran malísimos. Lo único positivo que trajo Gildez a Lanzarote, dicho con cierta ironía positiva, fue a su primer gerente —que vino a establecerla en Arrecife—, Santiago Alemán Lorenzo, a finales de los años cuarenta, quien estuvo muy poco tiempo al frente de ella pero que quedó vinculado familiarmente con la isla el resto de su vida. Su labor, esencialmente política, fue muy eficaz a favor de Lanzarote ya que estaba muy bien considerado en la capital de la provincia por este sector. Fue el responsable de las organizaciones sindicales de aquella época, gerente de la Unión de Salineros y delegado del Gobierno. Naturalmente se relacionaba con César, pero fue especialmente amigo de Pepín Ramírez, en el ámbito político que compartieron en un momento determinado de sus vidas.

Un colectivo muy importante en aquellos años en la vida económica y social de Lanzarote era el Batallón de Infantería establecido en las afueras de Arrecife. El teniente-coronel jefe del mismo era don Román León Villaverde, que, de acuerdo con el signo de la época, tenía de hecho un considerable poder político. Era *vox populi* que el delegado de Gobierno en la isla, Bonifacio Villalobos Guerrero, abogado en ejercicio, había sido designado por él, al que conocía por haber hecho el servicio militar obligatorio en su Batallón. Ciertamente, no se equivocó. Bonifacio Villalobos, que tenía un talante de ejecutivo eficaz más que de político puro, revitalizó considerablemente las diferentes administraciones públicas de la isla, hasta entonces abúlicas y desmotivadas. Fue él quien, ante una cierta sorpresa general, designó a Pepín Ramírez alcalde de Arrecife y, posteriormente, como era de esperar por su excelente trayectoria municipal, presidente del Cabildo.

Los numerosos oficiales de aquel Batallón, especialmente los alféreces y sargentos de las milicias universitarias, licenciados de diversas universidades españolas que se renovaban cada seis meses, eran los grandes animadores de la vida social de Arrecife. Muchos contrajeron matrimonio con chicas de Lanzarote y algunos volvieron a la isla como notarios, registradores de la Propiedad o jueces.

La visita de estos oficiales al casco urbano, desde las afueras en donde estaba situado el cuartel, estaba perfectamente cronometrada. A las cuatro de

la tarde en punto, una guagua exclusiva para ellos —pequeña, de madera y de aspecto lamentable— los dejaba en la plazoleta de Calvo Sotelo, en la espalda del Casino, y, a las ocho en punto, los recogía para trasladarlos de nuevo al cuartel. A esas horas, algunas jovencitas casaderas pasaban “casualmente” por allí. Naturalmente este horario se modificaba para adaptarse a las fiestas tradicionales o nos servía para trasladarnos a los civiles invitados a la fiesta anual que, para corresponder al Casino, se celebraba en la Residencia de Oficiales del cuartel. Esta guagua merece estar en los manuales del transporte de Lanzarote.

En el verano de 1953 o 1954, causó sensación entre los que éramos más jóvenes la llegada a Arrecife por unos días de una moto Vespa, propiedad de Jesús García Panasco, hermano de la cuñada de Pepín, que durante muchos años fue el histórico secretario general de la Unión Deportiva Las Palmas. Causó sensación por su sencillez y manejabilidad, aparcada delante de la puerta del Casino, cuando en Lanzarote solo debía existir media docena de veteranas motos clásicas. A los pocos meses, Rafael Ramírez Curbelo —conocido cariñosamente como *Cartucho*, sobrenombre heredado de su padre—, primo hermano de Pepín, importó lo que era otra novedad. Esa sí, para quedarse definitivamente: una moto de baja cilindrada con licencia municipal que tuve el honor de probar en un viaje de ida y vuelta del Casino al Muelle Comercial.

Los coches particulares eran pocos más de los doce que existían en 1939 y de los mismos propietarios y de la misma época. Recuerdo los de don Manuel Arencibia, don Miguel Cabrera Matallana y otro de su hermano Rafael, don Rafael Fiestas Contreras, don Andrés Hernández Santana, don José de Páiz Pereira, don José Prats Hernández, don Francisco Sáenz Infante, don Fermín Rodríguez, don Fernando Cerdeña, don José Molina Orosa, don Rafael Ramírez Ferrera, don Isidro López Socas, don Pepe Rocha..., y el jeep que tenía a su servicio el delegado en Arrecife de la compañía Iberia, Tomás Lamamié de Clairac, prácticamente el único vehículo particular que se veía circular todos los días por alguna calle de la ciudad.

Cuidadosamente guardados, existían otros dos vehículos que solo eran utilizados por sus propietarios, como ocurría con los demás, en caso de pura necesidad. Un pequeño Fiat de cuatro puertas de Emilio Cabrera Cullen, que tenía fama de ser sumamente meticuloso en todas sus acciones. Lo cuidaba “como oro en paño”. Por ejemplo, cuando lo iba a usar lo ponía en marcha una hora antes “para que se fuera calentado el motor”. El otro, al que su dueño llamaba “La Pepa” —tal era la potencia de su motor—, era el de Domingo

Ortega González, que lo utilizaba cuando veraneaba con su familia en Las Caletas. Contaban entonces en el Casino, con el natural “cachondeo”, que en una ocasión, cuando estaba en las Cuatro Esquinas para subir la cuesta de El Lomo camino de Las Caletas, invitó a un conocido a llevarlo a su casa, a lo que éste le contestó rápidamente: “Gracias, don Domingo, pero tengo mucha prisa”.

En este repaso de los medios de transporte, no puedo dejar de mencionar un lugar en Arrecife, todo un símbolo de una época pretérita que en aquellos momentos estaba desapareciendo: el Echadero de Camellos, ubicado en un discreto espacio, pero muy céntrico, prácticamente al lado de la Calle Real, en la llamada calle Colegio, que solo conduce a las viviendas de aquel lugar. En los primeros años de mi estancia en Arrecife, todavía algún campesino de San Bartolomé “aparcaba” allí su camello cargado de batatas para la recova o de uvas, en especial la moscatel, auténtico manjar propio de aquella tierra. Los vinos que se producían en la isla, gracias a sus buenos viñedos, no necesitaban ser trasladados en camello, los comerciantes locales los “importaban directamente de la Península”. Con esto está dicho todo. La confección de buenos vinos, vendría mucho después. Había, sin embargo, un moscatel bien trabajado, conocido también como mistela, que tenía cierta popularidad.

Hablando de bebidas populares importadas, la ginebra era la preferida, seguida por el “coñac estilo güisqui” (de la marca Mackenzie) con agua de Firgas, ambas de origen nacional. Hacia 1955, con la natural expectación, empezó a llegar la Coca-Cola, algo más tarde la Pepsi-Cola y los auténticos güisquis escoceses.

## **Los orígenes de la especulación masiva**

Durante mis primeros años de estancia en Lanzarote, como consecuencia de mi actividad profesional, tuve la oportunidad de comprobar la precariedad de los títulos de propiedad urbana, sobre todo de las fincas rústicas, documentadas casi exclusivamente en documentos privados que se repetían y en las populares “hijuelas”, nuevos documentos privados que recogían las sucesivas particiones que tenían que realizarse como consecuencia de las correspondientes herencias.

Seguramente, para asegurar su autenticidad, la descripción de las fincas rústicas era muy minuciosa —haciendo constar si estaban o no enarenadas;

los árboles o arbustos que contenían, siempre muy pocos: una palmera, dos higueras o, excepcionalmente, uno o dos naranjeros...; si tenían algún cultivo permanente, viñas o “higos chumbos”; el número de plantas existentes, etc.—. Con esta misma terminología, cuando era posible, tenían acceso al Registro de la Propiedad.

El valor de la propiedad rústica, si era necesario hacerlo constar, era puramente simbólico. No se comentaba nunca la existencia de operaciones de compraventa de terrenos. No había absolutamente ningún interés en comprar. Por otra parte, las fincas susceptibles de cultivar estaban muy parceladas como consecuencia de las sucesivas particiones hereditarias, con frecuencia, en largas tiras de escasa anchura, características del paisaje lanzaroteño de las medianías.

Hacia 1956, empezó a comentarse en el Casino que un extranjero, por lo visto belga, estaba comprando fincas rústicas en la costa de Tías, “a real el metro cuadrado” (veinticinco céntimos de la antigua peseta), valor inapreciable con el euro actual. Además no le importaba que los títulos no estuvieran inscritos en el Registro de la Propiedad ni que estuvieran en documentos privados, ni tampoco que estuvieran enarenadas, ni si estaban o no cultivadas. La única condición que ponía era efectuar la compra ante notario, corriendo él con todos los gastos. La noticia fue comentada con extrañeza, dudando incluso alguno que fuera verdad, hasta que un tercero aseguró que muchos propietarios de aquellas tierras estaban haciendo cola en la notaría de don Marcelino de la Muela —la única entonces existente—, para vender sus tierras antes de que el extranjero se arrepintiera. La conclusión fue unánime: “¡Bendito extranjero que con sus compras estaba ayudando a unos pobres agricultores propietarios de unas miserables tierras ahora improductivas!”. Hace siglos lo fueron de barrilla y sesenta años antes de algo de cochinilla, pero ahora, nada de nada. “Debe de ser algún loco millonario, benefactor de los pobres”, comentó en mi presencia un Moro Notable.

Muy poco tiempo después se estableció en Arrecife un buen amigo mío de las Palmas, Manolo González, como apoderado de este extranjero. Su cometido no era otro que seguir comprando propiedades en la forma descrita. Manolo se hizo muy popular en la isla, donde inmediatamente pasaron a conocerlo por el apelativo de Manolo *El Belga*, y en Lanzarote terminó afincándose para el resto de su vida.

Por el propio Manolo pude averiguar quién era este señor, llamado Guy van Dhal, un judío de nacionalidad belga. A comienzos de los años sesenta,



me lo presentó en Las Palmas quien era su abogado, Manuel Padrón Quevedo. Como Manolo *El Belga*, tampoco supo explicarme la razón de la compra masiva de tantos terrenos. En Lanzarote, adquirió toda la costa desde Playa Honda hasta La Tiñosa —salvo las salinas de Matagorda, que eran de Lloret y Llinares, industrial de conservas de pescado en Arrecife—, “curiosamente” lindando con las mejores playas de la isla, que, según comentaba con sarcasmo un experto traficante de fincas de Tinajo, incluía grandes espacios de arena todavía más improductivos agrícolamente que las tierras ordinarias del lugar. ¡Otro disparate que cometía el belga! En Fuerteventura ocurrió otro tanto. Adquirió todas las inmensas dunas de Corralejo y, por la costa, prácticamente todas las fincas hasta Puerto del Rosario. Por el norte, desde Corralejo a El Cotillo.

El aspecto físico de Guy van Dhal era normal y, desde luego, no tenía la pinta del millonario tradicional. Alto, fornido, de edad algo más que madura, un poco cabezudo, cara triangular, pelo ensortijado y vestimenta barata e informal, con evidente personalidad. A mí me parecía “un capataz de obra cualificado”.

Alguien apuntó en el Casino que le habían dicho que estas compras tenían que ver con el turismo, hipótesis que ciertamente ninguno admitimos, pues en Lanzarote no había turismo alguno y mucho menos en Fuerteventura. Eso era una quimera que aquí nunca llegaría. Así era el escepticismo total que existía en la isla respecto a su potencial turístico y a los efectos que podría provocar.

Nadie se lo imaginaba entonces, pero se estaba sembrando la semilla de la especulación masiva que luego estalló. Todo comenzó a mediados de la década de los sesenta. Personalmente, ya no vivía en Lanzarote pero mi vinculación con la isla seguía siendo firme y seguramente de mejor calidad que en mi primera etapa, lo que mejoraba mis fuentes de información, pues ahora mi estatus profesional como director general de la Caja Insular de Ahorros me lo permitía.

Pronto se supo en Arrecife la noticia de que Virgilio Suárez Almeida, ya distinguido empresario industrial de Las Palmas, encabezando a otro grupo empresarial de Tenerife e incluyendo al mítico Vicente Calderón —famoso promotor turístico a nivel nacional concretamente en Gandía (Valencia) y en Madrid, con negocios inmobiliarios, entre ellos el Estadio de Fútbol en Madrid, que posteriormente llevó su nombre—, habían comprado al belga Guy van Dhal una importante extensión de terreno en La Tiñosa, ya Puerto del Carmen. El suelo, entre la Playa Grande y la Chica que incluía también una

pequeña caleta, un lugar muy ventoso y famoso por sus enjambres de moscas, de inexplicable origen pues no había ningún vertedero cercano, lo habían pagado al fabuloso precio de 300 pesetas el metro cuadrado para construir un hotel. Se trataba de lo que es hoy el famoso hotel Los Fariones, nombre escogido expresamente por Virgilio en consideración a la espectacular punta geográfica norteña de la isla vista desde el mar, que él conocía perfectamente como experto navegante que era.

De pronto, todos comprendimos lo que llamábamos la “estupidez” de aquel extranjero loco dedicado a comprar terrenos baldíos. Ahora, solo cincuenta años después, cuesta creer en la ingenuidad de quienes vivimos pasivamente aquella operación. ¡Tal era el desconocimiento que teníamos de lo que podía significar el turismo!

En una escala de valores éticos de lo que fue la prehistoria del turismo en Lanzarote, sin la menor duda, César Manrique tendría el honor de ocupar el primer lugar, por su visión futurista del porvenir turístico de la isla y por su generosidad y altruismo. Y en el vergonzoso último lugar, el judío belga Guy van Dhal, no porque amasara una inmensa fortuna con su gigantesca operación inmobiliaria, fruto legítimo de una inversión inteligente y acertada, sino por el egoísmo desproporcionado de no haber reinvertido, como un gesto de agradecimiento, en Lanzarote o en Fuerteventura, en algún proyecto importante que hubiera supuesto la creación de puestos de trabajo.

El viejo Van Dhal, que se dejaba ver muy poco, fue sustituido a finales de los años sesenta por su hijo, de igual nombre, que era su réplica física a menor escala y que fijó su residencia inicial en Corralejo. Hacia mediados de los setenta parece que cambió su residencia al Caribe. Tuve la oportunidad de tratarlo con relativa frecuencia. Por cierto, mi último encuentro con él fue en el hotel Palace de Madrid, en donde me habló con entusiasmo y cierto detalle de la última novedad especulativa en el turismo internacional: el *time sharing*, que yo oía por primera vez.

Naturalmente, la lección dada por Van Dhal fue rápidamente asimilada por algunos inteligentes emprendedores lanzaroteños que de inmediato empezaron a comprar los retazos de fincas que no había adquirido el belga y algunas más en sus cercanías. Fueron entonces famosos en estos menesteres, entre otros, Manolo González Bermúdez, Juan Rosa y, sorprendentemente, Nievitas Ramírez Curbelo —hoy viuda de Jesús López Socas—, por ser mujer y porque demostró una especial habilidad en estas operaciones. Pero el más

importante inversor en aquellos momentos, que dio un espaldarazo definitivo al futuro desarrollo turístico de Lanzarote, fue la firma multinacional Río Tinto. Adquirió una inmensa finca al naciente de Arrecife, en el término municipal de Teguiise, a la que me he referido al comienzo de este escrito, y promovió el emblemático hotel Las Salinas, en el que César puso su genio diseñando los jardines.

Como no podía ser de otra forma, también Virgilio Suárez recurrió a César, quien le recomendó a Manolo de la Peña —entonces su buen amigo—, como arquitecto del hotel Los Fariones.

Fuera de todo este tráfico inmobiliario, promovido por empresas y personas particulares, quedó la gran llanura del entorno de Playa Blanca por tratarse de bienes comunales propiedad del desaparecido Ayuntamiento de Femés —administrada y promovida posteriormente por el Ayuntamiento de Yaiza como municipio que absorbió, en su día, al de Femés—.

Y para cerrar este capítulo de grandes proyectos turísticos en aquellos años, debo mencionar dos iniciativas en las que tuve una participación personal en razón de mi cargo como director general de la Caja Insular de Ahorros: La Santa Sport y su islote colindante, y otra que afortunadamente se abortó en sus inicios, llamada a urbanizar La Graciosa con un gran complejo hotelero. Este último caso, merece una especial explicación.

Todavía siento remordimiento por haber participado en la preparación de lo que hubiera sido un monumental disparate, pero, como tantas otras cosas parecidas, tienen una inicial justificación. A comienzos de los años setenta del pasado siglo, el Gobierno de España anunció con gran apoyo mediático que, para animar la alicaída economía del Archipiélago canario —lo de alicaída economía era, desde luego, absolutamente cierto; el REF, se promulgó en aquellos años—, se convocaba un concurso nacional para conceder, en régimen de concesión administrativa por cien años, 300.000 metros cuadrados de terrenos en la isla de La Graciosa destinados a la edificación de una gran centro turístico hotelero, sin limitación de alturas. Esto significaba crear miles de puestos de trabajo y atraer inversiones de todo el mundo.

Nadie valoró entonces lo que se perdía, salvo las escasísimas personas que conocían La Graciosa, que además lo hacían tímidamente ante lo inevitable. Las autoridades locales de Las Palmas estaban entusiasmadas con este proyecto y establecieron como principio que no se podía permitir que la adjudicación de esta concesión cayera en manos de una empresa peninsular que se

llevara fuera los beneficios. Como es natural, enseguida recurrieron a la Caja Insular de Ahorros en busca de alguna sugerencia financiera para evitarla. En el Consejo Directivo de La Caja compartíamos el mismo objetivo, pero les advertimos que La Caja no tenía capacidad suficiente para tan importante inversión y que se tendría que buscar algún socio que compartiera el riesgo. Y si ese socio tenía que ser canario, desgraciadamente, no conocíamos ninguno, pues la descapitalización de las empresas canarias era general.

No viene a cuento ahora entrar en detalles, pero finalmente los responsables grancanarios aceptaron que la Caja Insular de Ahorros se asociara con Huarte y Cía.—empresa peninsular originaria de Navarra, famosa constructora inmobiliaria en aquellos años— para presentarse conjuntamente al concurso convocado por el Gobierno. El proceso siguió un largo trámite que incluyó la aceptación del concurso por parte del Ayuntamiento de Teguiise y nada menos que la autorización del proyecto del Gobierno por las Cortes. Se nombró en las Cortes una comisión especial y fui designado ponente del proyecto, conjuntamente con don José García Hernández, antiguo gobernador civil de Las Palmas, en mi condición, entonces, de procurador en Cortes. Don José, que era un gran orador, hizo una brillante defensa del proyecto. Por mi parte, me limité a ratificar todo lo que había dicho. Fue aprobado por unanimidad.

Llegado el momento, la solicitud de la concesión fue presentada oficialmente sin oposición de ningún otro concursante, con gran alegría por nuestra parte. El proyecto fue informado favorablemente desde el punto de vista técnico y financiero, pero el Consejo de Ministros lo declaró desierto ante nuestra sorpresa y desencanto. No se nos dio ninguna explicación. Habíamos perdido un gran desafío profesional.

A título personal, me consolé con el dicho de que “no hay mal que por bien no venga”. Se había frustrado “un buen negocio”, pero se había salvado La Graciosa de un atentado monumental. Mi propia percepción del problema también estaba cambiando. Ante el llamado desarrollo, no cabe todo. Era obvio que, en el Consejo de Ministros de aquel día, algunos de sus miembros, desde luego mayoritarios, tuvieron la sensibilidad suficiente para evitar un disparate.

Muy pocos meses después, cuando empezaba a esbozarse la transición política de los años setenta, fui convocado en Madrid a una reunión política privada, muy minoritaria, en la que estaban personalidades que luego fueron determinantes en aquel proceso. Por lo visto, alguien había dicho: “tenemos que tener un representante de Canarias para lo que estamos proyectando”.

Y me tocó a mí, por sugerencia y afinidad ideológica, seguramente, con alguno de los presentes.

Había dos ex ministros que lo eran cuando el Consejo declaró desierto el concurso de La Graciosa. En un momento dado, durante el informal diálogo previo a la reunión, oí que uno de ellos le decía al otro, en una conversación que yo no estaba siguiendo: “¿Te acuerdas, fulano, cuando nos cargamos la propuesta de mengano en el Consejo de Ministros sobre la isla de La Graciosa?”. Era entonces *vox populi* la rivalidad política entre dos facciones en aquel Consejo de Ministros. No dije nada pero me quedé de piedra. ¿De manera que el proyecto de La Graciosa no se había rechazado por razones ecológicas sino por unas miserables discrepancias políticas? “Bueno —me dije, sin alterarme lo más mínimo— lo realmente importante es que se haya salvado La Graciosa, no importa el procedimiento”.

No puedo presumir de haber sido, a lo largo de mi dilatada vida, un defensor a ultranza de la conservación de la naturaleza ni de la defensa del patrimonio material de nuestros antepasados, salvando lo histórico fundamental: es decir, por ejemplo, preservando los restos de un templo de la Grecia clásica y no la vivienda de un esclavo de la misma época, cuando ambas tienen valor. Con independencia de la sensibilidad personal de cada uno, a mí me ha costado muchos años mejorarla. Pienso que fui educado en la búsqueda permanente de la superación colectiva y personal, obviamente con resultados mediocres, lo que en cierta forma obstaculizó en mi edad temprana una mejor comprensión de los valores de la naturaleza, período que espero haber ya superado y que tuvo su punto de inflexión en los momentos que me estaba ocupando de la urbanización de La Graciosa.

En todo caso, ese respeto por la naturaleza preconizado por los grupos ecologistas más radicales parece que debe tener unas limitaciones, por otra parte, siempre muy difíciles de definir y que, a veces, impiden soluciones razonables y, otras, permiten ejecuciones lamentables. Esta será siempre una disyuntiva permanente, difícil de resolver a gusto de todos.

## **Pepín Ramírez, alcalde de Arrecife**

En 1954, debió de ser en el mes de mayo, un domingo por la tarde como era habitual en mí todos los domingos del año, estaba como espectador en la pequeña grada del campo de fútbol que había en La Vega —hoy desaparecido por la urbanización de la zona— cuando Antonio Romero Mellado —que regentaba una

escuela de enseñanza primaria del Estado en Arrecife, con el que había trabado una buena amistad pues compartíamos muchas inquietudes comunes, entre ellas, ser un buen aficionado al fútbol— llegó precipitadamente al campo, a mitad del partido, para comunicarme que había sido elegido “democráticamente” concejal del Ayuntamiento de Arrecife, al igual que él mismo. Mi sorpresa fue enorme. Ni sabía que había elecciones ni yo había autorizado que utilizaran mi nombre, pero ese era el procedimiento del sistema político que imperaba entonces. Le dije que le agradecía su información pero que no podía aceptar, pues dudaba que mis superiores en el trabajo me autorizaran, añadiendo además que no tenía ni la menor idea de cómo se administraba un Ayuntamiento.

La cosa debió de haberse estado cociendo a mis espaldas porque, inmediatamente, tuve la autorización en mi trabajo. Bonifacio Villalobos, el delegado del Gobierno, que era quien “decidía las elecciones” de acuerdo con el gobernador civil, me explicó que se trataba de revitalizar el Ayuntamiento —que estaba totalmente paralizado— con un nuevo equipo de personas, por lo que me rogaba que aceptara, como un servicio al pueblo que tan bien me había acogido. Terminé accediendo, decisión de la que nunca me he arrepentido porque fue una de las ocupaciones —que entonces no era retribuida— más enriquecedoras que he desempeñado en mi vida.

Desde hacía algún tiempo, era alcalde Federico Coll Díaz —hermano menor de don Eduardo, importante empresario lanzaroteño afincado en Tenerife—, tío político de Pepín Ramírez. En la toma de posesión, Antonio Romero fue designado primer teniente de alcalde; Benjamín Madero —capitán médico del Batallón de Infantería—, segundo teniente de alcalde, con un perfil humano inteligente y entrañable; y yo, tercero. A partir de ese momento los tres formamos un sólido conjunto de colaboración mutua que duró tres años consecutivos, hasta mi traslado a Las Palmas. Antonio Manchado, del Cuerpo Nacional de Secretarios, era el secretario general, y su hermano Segundo, el depositario. Juntos nos encerramos todas las tardes durante un par de semanas, para conocer los fundamentos legales de la Administración local. Cuando terminamos con estos antecedentes, empezamos a trabajar con la mejor buena voluntad.

Arrecife, con poco más de 9.000 habitantes, tenía su centro urbano en la Calle Real —desde las Dos Esquinas, junto al mar, hasta las Cuatro Esquinas del interior— y tres barrios periféricos —el más cercano, El Lomo, aldeaño al Charco de San Ginés; La Vega, hacia donde se estaba expandiendo la ciudad con un cierto caos urbanístico que el alcalde Federico Coll logró al fin ordenar; y

La Destila, en la “periferia” sur, dejada de la mano de Dios, un lugar inhóspito en donde vivían algunos pescadores batidos por el mar, lo que hoy es el Parque Islas Canarias—.

Un cuarto barrio podría haber sido Las Caletas, en el litoral naciente. La totalidad de sus pocos habitantes eran vecinos de Arrecife, pero, ante mi sorpresa, a pesar de su cercanía, pertenecía al municipio de Teguiise, “un claro ejemplo —me explicaba Guito— de la gorronería de las autoridades de la Villa cuando perdieron la capitalidad de la isla a favor de Arrecife y se efectuó el reparto territorial”.

Las Caletas era el lugar donde veraneaba la “gente bien” de Arrecife. Pocas familias, bien avenidas, pero las suficientes para propiciar una nueva generación de jóvenes —una especie de poder fáctico— que de alguna forma iba a influir en la vida política local e insular del Lanzarote de los años venideros. Pepín Ramírez, Ginés de la Hoz, Nicolás de Páiz, Rogelio Tenorio, Domingo Ortega, Vicente Guerra, los hermanos Negrín Armas —Pepe, Aureliano y Domingo—, Pepe Tenorio de Páiz... Alcaldes, presidentes del Cabildo, consejeros, diputados o, simplemente, influyentes formadores de la opinión pública... Todos convivían allí a la vez en los idílicos meses de verano.

La zona —absolutamente desatendida por el Ayuntamiento de Arrecife por no corresponderle, y por el Ayuntamiento de Teguiise, porque sus habitantes no eran sus vecinos— estaba ocupada por unas pocas casas dispersas; algunas, apenas alineadas con los senderos de tierra que hacían de calle; y casi todas, de humilde construcción.

La convivencia de aquellas familias entre sí en los meses en verano, según me contaban —alguna vez también pude disfrutarla—, era de absoluta felicidad. Para ellos era como pasar un buen día de playa permanente..., sin tener playas ni arena, solo unos charcones, eso sí, de aguas sumamente tranquilas y transparentes, rodeados de piedras, marisco y abundante pesca. Y los alisios allí soplaban siempre frescos pues venían de alta mar y no de tierra adentro. Cuando años más tarde las playas empezaron a ponerse de moda —hasta entonces les tenían auténtica alergia—, los caleteros seguían defendiendo las excelencias de su territorio sobre las novedosas playas de arena.

Tiempo después, el Ayuntamiento de Teguiise comenzó a ocuparse de Las Caletas, aunque sus vecinos seguían siendo de Arrecife, e incluso se ocupó de la cercana Playa Bastián, un preciosa caletita de arena desconocida prácticamente por la inmensa mayoría de la gente de Lanzarote.

A los pocos meses de nuestro debut, nos vimos desconcertados por la dimisión del alcalde, Federico Coll, y el no menos inesperado nombramiento de Pepín Ramírez como sustituto, noticia que me sorprendió, pues a pesar de nuestra gran amistad no me la había anticipado, muy propio por otra parte de su peculiar carácter personal. Dejaba la alcaldía un hombre enormemente popular y lo sustituía otro alérgico por completo al populismo convencional, pero totalmente convencido de lo que tenía que hacer por su isla.

Desde luego, la obra estrella inmediata de su mandato fue el parque municipal de Arrecife, pero el acierto espectacular de su gestión política fue involucrar al genio universal de César Manrique en la problemática general de su querida isla de Lanzarote, para llevar a la realidad lo que solo estaba en la imaginación del gran artista.

Tengo la seguridad de que la inmensa mayoría de los que conocen ese paralelismo entre las vidas de César y Pepín, incluidos sus propios paisanos, atribuyen a Pepín, en el mejor de los casos, el papel de mero mecenas, benefactor o, las más de las veces, de obligado financiador de las obras ejecutadas por César en el paisaje isleño. Y ahí se acaban, por lo visto, sus escasos méritos. Sin embargo, están rotundamente equivocados. Como he dicho, el mérito de Pepín fue involucrar a César —disfrutaba entonces de su madurez artística y personal— en los problemas de su tierra natal cuando César era, en aquel momento, un ciudadano del mundo. Consiguió arrancarlo de lo universal para arrastrarlo de nuevo a lo particular, a sus orígenes; y, curiosamente, no para volver al pasado, sino para que retomara lo universal y lo aplicara en la obra maravillosa realizada en su isla.

César ya tenía prácticamente cuarenta años cuando Pepín le consulta sobre el proyecto del parque municipal y es a partir de ese momento cuando se encadenan los acontecimientos llevados de la mano de Pepín. Hasta entonces, César no se había manifestado nunca públicamente sobre el cambio que había que realizar en la isla. Es a partir de entonces cuando se empieza a comprometer con ella. Hasta ese momento, sus visitas esporádicas —de las que fui testigo, para más coincidencia con mi tesis— las hacía en las vacaciones del verano peninsular para pasar unos días con su madre y con sus hermanos, a los que quería entrañablemente. Los temas de su conversación eran los proyectos de sus exposiciones en Madrid o sus viajes.

El inesperado salto de Pepín Ramírez a la política, inicialmente como alcalde de Arrecife, cambió las cosas para Pepín y cambió las cosas para César. Para



Pepín fue un cambio de actitud ante la vida, dispuesto a cumplir el compromiso de servidor público que había adquirido, algo que contagió a César inmediatamente para comprometerlo con su proyecto. Fue el primer colaborador con el que contó. Y César respondió afirmativamente al amigo íntimo para irse comprometiendo paulatinamente —pues tampoco lo hizo de repente—, hasta que, de acuerdo con su carácter impulsivo, se desbordó de pronto en cuerpo y alma con su isla. Conseguir esto de César fue el gran mérito de Pepín.

César, en su madurez física y artística, como he dicho, estimulado por Pepín, redescubre la isla en la que había nacido. César retorna con un bagaje de conocimientos y de experiencias que le van permitir poner en valor estéticamente el territorio que Pepín le pone a su alcance. Incluso va a descubrir lugares que no conocía, rebosantes de belleza, que le animan a seguir pateando la isla en busca de nuevos rincones excepcionales, como había hecho en su juventud. Si en aquellos momentos, el acceso a lugares más o menos cercanos era aún muy difícil por la precariedad de las carreteras y la escasez de vehículos, veinte o veinticinco años antes lo había sido mucho más. Dentro de esta clase de “descubrimientos” —y me consta personalmente que así fue— habría que catalogar, por ejemplo, la Cueva de los Verdes o El Bufadero.

El propio Pepín se vio después desbordado por el entusiasmo y el coraje de César. Primero, era dar su parecer sobre un determinado tema para, a continuación, siguiendo todos los pasos intermedios, ser el ejecutor material de sus propios proyectos.

Como he venido diciendo de alguna forma, la involucración total de César con su isla habría que fecharla hacia finales de los años cincuenta, poco después de la toma de posesión de Pepín como alcalde de Arrecife. Compromiso que sobrepasó, como es notoriamente reconocido, lo meramente artístico, estético o incluso folclórico, y que alcanzó una dimensión ética y moral no solo relativa a la naturaleza y al paisaje sino a la propia condición humana. Esa fue la herencia dejada por César a sus conciudadanos. Del uso que se ha hecho de esa herencia tendrán que responder cada uno de ellos.

César subrayó y puso en primer término un mensaje en el que pocos creían y que oíamos entonces con indiferencia, cuando no con escepticismo: el potencial turístico de Lanzarote. En buena medida, estaba predicando solo en el desierto. Y así estuvo insistiendo y machacando año tras año. Tendrían que venir desde fuera quienes le hicieran caso porque dentro, obviamente, habría que añadir al citado escepticismo la incapacidad económica de hacerlo. Fue a

mediados de los años sesenta cuando se inició el despegue turístico de la isla, por dos vías diferentes pero simultáneas: la oficial, a través de Federico Díaz Bertrana, presidente de la Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas y del Cabildo de Gran Canaria, y la particular, mediante el empresario de Las Palmas Virgilio Suárez Almeida. Sobre este hecho ya he comentado algo pero trataré de dar algunos detalles más adelante.

En resumen, a Pepín Ramírez hay que adjudicarle el enorme mérito de haber captado la voluntad y el genio de César Manrique para revitalizar el paisaje inconmensurable de la isla, gesto que César devolvió con creces, pues no se limitó a plasmar su arte sobre una naturaleza que le era propicia, sino que añadió de su propia cosecha el modo en que se debía respetar y conservar esa misma naturaleza, como un procedimiento eficaz para atraer al turista, como elemento indispensable para el desarrollo económico de Lanzarote.

Pero, como he comentado más arriba, fue la ejecución del parque municipal la obra inmediata de Pepín en su debut como alcalde. En época muy reciente he escuchado la versión inexacta que atribuye a Federico Coll la iniciativa y construcción de este parque que ahora lleva el nombre de José Ramírez Cerdá. Creo haber tenido la suerte de haber vivido todo aquel proceso, por lo que soy un testigo de excepción de este hecho. Como he dicho, llegué a Lanzarote en diciembre del año 1952 y regresé a Las Palmas a finales de 1957. En 1954, fui designado concejal del Ayuntamiento de Arrecife, en calidad de tercer teniente de alcalde. El primero era Antonio Romero Mellado y el segundo Benjamín Madero, capitán médico del Batallón de Infantería, siendo alcalde, precisamente, Federico Coll. En 1956, cesa Federico de alcalde y entra Pepín Ramírez Cerdá, que me nombra primer teniente de alcalde, hasta mi marcha en 1957. Este cargo político, junto a mi actividad profesional como director de la sucursal de la Caja Insular de Ahorros, en las fechas claves en que se gestó el parque, me ha permitido disponer de una información suficiente como para poder opinar sobre este tema.

Creo que, éticamente, ningún político se puede adjudicar la “idea previa” de hacer un parque en el lugar de referencia. Surgió, de forma natural entre los vecinos de Arrecife. En el Arrecife de los años cuarenta, la “costa urbanizada” ganada al mar acababa en el Muelle de Las Cebollas. La siguiente y última obra costera era el Muelle de La Pescadería, un pequeño espigón cuyos restos subsisten hoy entre la cara poniente del antiguo Parador de Turismo y el naciente del Real Club Náutico de Arrecife. Entre el Muelle de Las Cebollas

y el muellito del pescado, toda la costa era puro marisco. Al construirse el Parador a comienzos de los cincuenta, en un espacio ganado al mar, “surgió” un territorio rectangular entre el Muelle de Las Cebollas y el nuevo Parador, que lo enmarcaba, respectivamente, por el naciente y el poniente mientras que al norte lo hacía un muro-terraplén que sostenía la entonces llamada avenida del General Franco y al sur las olas del mar. Ese espacio “pedía a gritos”, para cualquier vecino que pasara por allí, que se rellenara de tierra. En aquel “inesperado” nuevo solar es en donde los vecinos, en general, comenzaron a comentar que debería ir el parque municipal del que carecía la ciudad, opinión refrendada por los Moros Notables en mi presencia, en más de una ocasión.

Cuando llegué a Lanzarote, se estaba terminando el muro que aislaba este nuevo solar del mar mediante una ayuda económica de 100.000 pesetas que había concedido al Ayuntamiento el gobernador civil de la provincia, don José García Hernández. Terminado el cierre, que yo recuerde, con carácter oficial no se volvió a hablar del parque. Sí se trataba el asunto en tertulias ocasionales, como tema recurrente y siempre como una utopía lejana, puesto que el coste económico que supondría estaba fuera del alcance no solo del Ayuntamiento sino también del Cabildo en aquellos años miserables.

Durante el tiempo que fui concejal con el alcalde Federico Coll, nunca la Corporación trató el tema del parque, de manera que adjudicarle la paternidad del mismo me parece desacertada. A Federico, enormemente popular y querido por toda la gente, habría que valorarle otros méritos importantes que las generaciones posteriores, tan parcas, particularmente en Arrecife, no han sabido reconocerle. Por ejemplo, durante su mandato, dentro de la precaria situación económica del Ayuntamiento, Federico Coll trató de conseguir nuevos ingresos que sanearan la situación y consiguió que, por primera vez en su historia, se aprobaran unas ordenanzas fiscales que le permitieron tomar la iniciativa en algunas actuaciones urbanísticas en Arrecife —en particular en La Vega, lugar por donde de forma natural se estaba expandiendo la ciudad—, actividad municipal inconcebible hasta entonces.

Lo que sí es rigurosamente cierto es que, cuando Pepín Ramírez tomó posesión, lo primero que nos comentó fue que su objetivo inicial como alcalde era construir el parque municipal y que la objeción existente hasta entonces —la falta de recursos económicos— esperaba resolverla, pues la única condición que les había puesto al gobernador civil y al delegado de Gobierno, cuando le pidieron que aceptara el cargo, era que le facilita-

ran medios económicos para resolver los muchos problemas que tenía el Ayuntamiento y que si no se los daban, sencillamente dimitiría y se marcharía a su casa. Como le habían prometido que sí le ayudarían, algunos recursos podría destinar al parque. Lo importante era empezar e ir haciéndolo poco a poco. La realidad fue que después se hizo de un tirón, hecho al que contribuyó, sin la menor duda, la noticia de que César supervisaría la obra, con lo que se creó una expectativa de curiosidad por verla terminada cuanto antes. Concluyó Pepín su intervención para decirnos que el primer dinero del que dispusiera se destinaría a pagar los honorarios del arquitecto o ingeniero que debía confeccionar los planos del futuro parque.

Meses antes, seguramente el verano anterior, pues era la época en la que Gregorio Prats Armas —ingeniero técnico y tío de mi entonces novia Kety Prats— venía a Lanzarote a pasar sus vacaciones desde Las Palmas —en donde trabajaba en la Jefatura de Montes—, me había comentado que estaba pensando en redactar un proyecto para un futuro parque municipal en Arrecife, en el espacio que va desde el Puente de Las Bolas al Parador. Que, naturalmente, lo hacía para entretenerse, de forma gratuita. No me extrañó su comentario. Gregorio era un magnífico dibujante a mano alzada. Me había sorprendido gratamente con un retrato a lápiz de su padre, don José Prats Hernández, notorio Moro Notable de Arrecife, y con el dibujo de un escudo para el Casino de Arrecife, escudo que hoy es el del Real Club Náutico de la ciudad. Por otra parte, un amigo mío de Las Palmas me había comentado que Gregorio era un extraordinario topógrafo y, otro, que había redactado y ejecutado una pequeña urbanización residencial de la familia de su mujer en El Madroñal de Santa Brígida, cerca del restaurante Mano de Hierro. Por otra parte, Gregorio era de un carácter generoso y desprendido.

Como era su costumbre, en aquel verano de 1957, Gregorio regresó a Lanzarote de vacaciones y me dijo que había traído consigo los planos terminados del parque municipal. Inmediatamente llamé a Pepín para comunicarle que Gregorio Prats, recién llegado de Las Palmas, había confeccionado, por su cuenta y sin que nadie se lo hubiera encargado, un proyecto técnico para hacer un parque en Arrecife, con la ventaja añadida de que no cobraría honorario alguno, pues era un regalo que quería hacerle al pueblo donde él había nacido. Era la ocasión que estaba esperando Pepín: tener un proyecto, y además gratuito, para iniciar la obra que se había marcado. Con la natural expectativa, enseguida nos reunimos en el Ayuntamiento todos los concejales

—presididos por Pepín— para conocer los planos y escuchar las explicaciones de Gregorio Prats.

El proyecto nos pareció a todos espléndido y maravilloso. Felicitamos efusivamente a Gregorio y le agradecemos, con toda sinceridad, su generosidad con el Ayuntamiento. Allí mismo, sin más protocolo, empezamos a hacer planes para la ejecución del proyecto: si con un contratista o por administración, compra de materiales, adquisición de árboles y de plantas, etc. Cuando estábamos más entusiasmados en este debate, Pepín nos interrumpió para decirnos que no le gustaría aprobar el proyecto sin que César Manrique le diera su opinión. Se trataba de aplazar la decisión solo unos pocos días, pues César llegaría de Madrid en una semana. Como es natural, todos aceptamos.

Unos días después, era una tarde de aquel verano de 1957, nos volvimos a reunir en el Ayuntamiento para escuchar el dictamen de César que, después de atender las explicaciones de Gregorio Prats, no se hizo esperar. Con su característica firmeza dijo: “¡Este proyecto es una mierda!”. Añadiendo con el mismo énfasis: “¡Este proyecto está muy bien para Versalles, con su rosaleda, buganvillas y enredaderas, pero es un contrasentido con el paisaje real de Lanzarote!”. Nos quedamos todos de piedra, sin saber qué decir, menos Pepín, que le inquirió: “¿Y tú eres capaz de hacerlo?”. A lo que César contestó instantáneamente: “Naturalmente que sí”. “Pues hazlo”, remató Pepín. Y así nació el Parque Municipal José Ramírez Cerdá.

En septiembre de aquel mismo año, después de dimitir como concejal, regresé a Las Palmas. La ejecución de todo el proyecto, bajo la dirección de César, ya no la seguí de cerca, pero sí fui siguiendo la marcha de las obras, a través de mis frecuentes viajes a Lanzarote —en donde residía Kety, mi novia entonces— y de mis muchas conversaciones telefónicas con Pepín, cuando ya era mi cuñado.

César respetó íntegramente la distribución de parcelas y paseos diseñada por Gregorio, pero cambió radicalmente los materiales, empleando los volcánicos de la isla. Enarenó las parcelas como hacían los campesinos con sus fincas de cultivo —con tierras buenas de la Mareta de la Villa de Teguisse, con una capa intermedia de estiércol, cubiertas por rofe negro o rojo, según conviniera—. Sustituyó los elementos de cemento o de hormigón por piedras volcánicas entrelazadas, formando, en realidad, un complicado puzzle, que luego se ha generalizado por todo el paisaje de Lanzarote. Y cambió también, por supuesto, toda la jardinería propuesta por Gregorio, sustituyéndola por plantas autóctonas

de la isla. Al proyecto de Gregorio, César hizo un añadido novedoso, que fue el original parque infantil, presidido por un singular monolito volcánico. Esta sí que fue una obra absolutamente de César, al igual que el “pirulí” también de piedra volcánica ubicado en el otro extremo del parque, lindando con el Parador Nacional.

El tratamiento de la piedra volcánica como elemento de utilización práctica y a su vez decorativa (el paisaje de La Geria es un ejemplo definitivo) fue una larga tradición del agricultor lanzaroteño que recogió César y elevó a la categoría suprema.

Es indiscutible que “la mano” que puso César sobre el proyecto de Gregorio permitió que el parque se ejecutara rápidamente y que, durante aquellos primeros años de promoción turística de Lanzarote, fuera la tarjeta de presentación de la isla a sus visitantes. Y desde luego, el parque tiene el mérito, asimismo indiscutible, de ser una de las primeras obras que realizó César como artista sobre el paisaje de Lanzarote. En realidad, la primera obra, si hacemos la salvedad de la plaza existente delante de la iglesia de San Ginés, en Arrecife, a mi juicio de menor envergadura. El parque fue un intento temprano, muy celebrado, de empezar a mejorar el lamentable aspecto urbano del Arrecife de entonces. Allí se siguió el modelo que Néstor Martín Fernández de la Torre había estado intentando establecer en Las Palmas: colores blancos, muros artesanos, grandes esferas decorativas, plantas autóctonas. En algún lugar debería existir una placa que resumiera su historia diciendo: “Este parque fue obra del alcalde don José Ramírez Cerdá, ejecutada por César Manrique sobre un anteproyecto de Gregorio Prats Armas”.

Como era de esperar, Pepín trató inmediatamente de reorganizar la hacienda municipal aportando su experiencia como funcionario que era del Ministerio de Hacienda. Reorganización que no era otra cosa que cobrar a los vecinos impuestos que jamás habían pagado. La reacción no se hizo esperar. Como Pepín no era fácil de abordar por su carácter, recayó en mí, como “segundo de a bordo”, la protesta ciudadana. Los Moros Notables se hicieron eco de esta queja y debieron de encomendar a don Eugenio Rijo para que me la planteara. Y así fue. Una tarde de aquellas, don Eugenio me abordó en el Casino y con suma cortesía, pero con toda firmeza, me transmitió el descontento existente.

No voy a describir los pormenores de este encuentro, que a los efectos de esta narración son intrascendentes, pero la mediación de don Eugenio y

de los Moros Notables —que es lo que interesa reseñar en el contexto de aquella época— fue fundamental para llegar a un acuerdo y que los ánimos se tranquilizaran. Menos “pacífica” fue la visita anunciada por el alcalde de Haría, el ceremonioso don Mariano López Socas, para quejarse indignado —con mucha fineza— de la distribución de los ingresos que gravaban la importación de mercancías y que favorecían a Arrecife sobre su pueblo. Según le justificaba Pepín, se debía a las industrias que tenía Arrecife y de las que carecía Haría, a lo que contestó don Mariano, con evidente desprecio y haciendo gala de su proverbial ironía: “¡Ah! Las industrias a las que te refieres serán las fábricas de rapaduras que están en la carretera del norte”, en alusión a unas casas de prostitutas que se conocían como las Rapaduras. Y sin más, se marchó después de una ceremoniosa despedida.

La mejora de la recaudación surtió sus naturales efectos positivos en los servicios municipales y los vecinos empezaron a comprender que tenían un buen alcalde.

Un buen día recibimos un escrito totalmente inesperado. Los propietarios de una amplia finca rústica en la salida norte de Arrecife, antes de llegar a los cuarteles, ofrecían al Ayuntamiento una parcela de la misma de dos fanegadas (unos 27.000 metros cuadrados) por 25.000 pesetas. Se trataba de unos señores peninsulares que nadie conocía. El precio era bueno pero para qué quería el Ayuntamiento aquel solar, se preguntaban con razón algunos concejales, si ese dinero, además, podría destinarse a cosas más urgentes. Después de un cierto debate, Pepín nos convenció y se compró el terreno, y ya “se vería” para qué serviría. “Es sumamente barato y no se puede perder la oportunidad”, nos argumentó. Fue todo un acierto. Rápidamente, el Estado construyó trescientas viviendas sociales en ese solar cedido por el Ayuntamiento, todo un revulsivo para la economía insular. A mí me encargaron que buscara un nombre para aquel sitio “tan alejado” del centro de la ciudad, pues era costumbre en aquellos años que las viviendas construidas por el Estado llevaran el nombre de algún personaje vinculado al régimen político. Pepín negoció una excepción que se consiguió y Guillermo Topham *Guito* sugirió el nombre de “Tite-Roy-Gatra” con el que los aborígenes denominaban a la isla.

En el verano de 1956, encauzado el funcionamiento del Ayuntamiento siguiendo las directrices de Pepín, habíamos entrado en una cierta rutina en nuestras actividades municipales, que se centraban en la Comisión Permanente —integrada por el alcalde, los tres tenientes de alcaldes que he mencionado

más arriba y un cuarto Teniente de alcalde que era un joven Ginés de la Hoz, persona muy querida y popular en Arrecife, con quien tuve una entrañable amistad—. Ginés sustituyó a Pepín en la alcaldía cuando accedió al cargo de presidente del Cabildo Insular.

Seguramente, “envalentonados” con la buena imagen que empezaba a tener el Ayuntamiento, los cuatro tenientes de alcalde tomamos la iniciativa “extra municipal” —con la autorización tácita de Pepín, que no mostró demasiado entusiasmo por la idea— de mediar en el conflicto existente entre el párroco y el Casino, anquilosado desde hacía varios años, por el cual la imagen de San Ginés, patrono de la ciudad, había dejado de sacarse en procesión por sus calles cada 25 de agosto porque en esa misma fecha el Casino organizaba su tradicional baile social. El obispo de la Diócesis tenía una gran personalidad. Había sido diputado por el Partido Nacionalista Vasco durante la II República; en el año 1950 había tenido un claro enfrentamiento con los organizadores de la visita de Franco a Las Palmas; y venía realizando una valiente campaña a favor de los aparceros de tomates en el sur de Gran Canaria, que vivían casi en régimen de esclavitud. Con fama de santo entre sus feligreses, sin embargo, en cuanto a su forma de entender la moral cristiana era sumamente riguroso, pues consideraba que los bailes modernos eran una ocasión de pecado, por lo que la Iglesia no podía colaborar con una procesión en un lugar en el que se organizaban bailes. Creo que era el único sitio de toda España en donde se aplicaba este criterio. Pero el Casino de Arrecife también era una excepción: el único en toda la provincia que hizo caso omiso de este mandato, ante la gran consternación del resto de las autoridades civiles y militares, ansiosas de complacer al obispo. Los bailes continuaron y la procesión dejó de celebrarse.

Naturalmente, esta situación realmente esperpéntica —incomprensible para las generaciones actuales— merece ser recordada para poner de manifiesto la también fuerte personalidad de la gente de Arrecife y de su representativo Casino. No dudaron en enfrentarse, dentro de un sistema político represivo, a las autoridades civiles, militares y religiosas para mantener sus tradiciones.

Con esta intervención, nuestro empeño era realzar aún más las fiestas patronales, famosas en todo el Archipiélago, tratando de hacer posible la procesión con los bailes. El primer escollo lo constituía el propio párroco, representante natural del obispo —a quien profesaba absoluta lealtad—, don Lorenzo Aguiar, también con una gran personalidad, gran orador sagrado, que



compatibilizaba la parroquia con la dirección del único instituto de enseñanza media que había en Lanzarote. La verdad es que a mí me imponía un poco. Decidimos visitarle los cuatro concejales conjuntamente porque así “nos protegíamos mejor” unos a otros. Íbamos avalados por el hecho de que los cuatro éramos medianillos cumplidores con la Iglesia, desde luego por encima de la media de la población, que, como he comentado anteriormente, era escasamente devota en general. Pero, salvo Ginés, y eso era un hándicap, los tres restantes éramos forasteros.

Haciendo gala de su natural buena compostura, no le pareció mal nuestro intento, aunque nos advirtió que durante los quince días anteriores a la fiesta no podría haber bailes. Con estas limitaciones, con gran entusiasmo, preparamos nuestra estrategia ilusionados porque habíamos encontrado —¡al fin!— una solución. Proyectamos dos fiestas. Una “laica”, quince días antes de San Ginés —en la que se programaba el gran baile—, y el 25 de agosto, la fiesta religiosa. Conseguimos algo inaudito en aquella época: que la Inspección de Trabajo declarara festivo, a efectos laborales, el 9 de agosto, y hábil el 25 de agosto.

Cuando se conoció el programa, de nuevo don Eugenio Rijo me advirtió, discretamente, que sería un fracaso. No se podía ir contra las tradiciones de un pueblo, me sentenció. Y, en efecto, así ocurrió. Llegado el momento, fue un auténtico descalabro. El 9 de agosto siguieron abiertas todas las actividades laborales y no se organizaron bailes y, el 25 de agosto, aunque era lectivo, se suspendieron todas las actividades laborales y se celebraron los bailes. Naturalmente, no hubo procesión. Y la Inspección de Trabajo, que había amenazado con sancionar a los que no cumplieran el nuevo calendario, miró para otro sitio.

No escarmentados, al año siguiente lo intentamos de nuevo cambiando de estrategia. Pactamos con el párroco, don Lorenzo Aguiar, que ninguna sociedad —incluido el Casino, que era el que marcaba la pauta— haría bailes quince días antes de San Ginés, incluido el propio día 25, si la imagen del santo salía de procesión aquella tarde, como así se hizo. Sin embargo, a las doce en punto de la noche, todas las sociedades iniciaron sus bailes. Se había cumplido lo pactado, aunque era evidente que el espíritu de la norma del obispo había sido burlado. Tengo la certeza de que don Lorenzo sabía que eso iba a ocurrir, pero era lo suficientemente inteligente como para dejarse engañar. A Marcelino de Páiz, entonces presidente del Casino, no le costó trabajo alguno demorar el comienzo del baile un par de horas pues, de hecho, la fiesta no empezaba nunca

puntual, ya que cuando de verdad se animaba era ya de madrugada. El resto de las sociedades, como era habitual, siguió su ejemplo.

César, ausente por sus viajes, y Pepín, indiferente a todo lo que estaba ocurriendo —pues sus objetivos estaban muy por encima de estos escarceos pueblerinos, aunque nos había permitido provocarlos—, debieron simplemente sonreír al conocerlos.

Para compensar al atribulado párroco de la “mataperrería” que le había-mos hecho, el Ayuntamiento contrató un magnífico grupo musical de Las Palmas encargado de amenizar la misa solemne de la fiesta del santo patrón. Estaba encabezado por Alfredo Kraus, el famoso tenor lírico, e integrado por otros estupendos cantantes como Chano Ramírez, Juan Rodríguez Marrero, Tomaso Hernández Pulido, Manolín Artiles, y su propio hermano Paco. Los conocía a todos pues les había acompañado en sus actuaciones, como simple comparsa, cuando vivía en Las Palmas. Desde el punto de vista artístico, la actuación de este elenco en la iglesia de San Ginés fue todo un acontecimiento cultural que supo ser valorado en toda su extensión por los asistentes. No en vano, Lanzarote tiene una especial sensibilidad musical.

## **Pepín Ramírez, presidente del Cabildo de Lanzarote. Origen de los Centros Turísticos**

Entre los años 1958 y 1960, se produce un doble cambio en los dos organismos políticos entonces más importantes en Lanzarote. En 1958, Bonifacio Villalobos Guerrero cesa como delegado del Gobierno, después de nueve años de mandato bien ejercido, al trasladar su domicilio familiar a Las Palmas de Gran Canaria. Para que le sustituya propone a Santiago Alemán Lorenzo, propuesta que es aceptada por el gobernador civil. Poco después del cese de Villalobos, en 1960, también se ausenta de la isla Esteban Armas García, presidente del Cabildo, que se traslada con toda su familia a Santa Cruz de Tenerife, por lo que tiene que dimitir de la presidencia de la corporación insular.

A propuesta de Santiago Alemán, el gobernador civil designa a Pepín presidente del Cabildo de Lanzarote en sustitución de Esteban Armas. Me consta que Bonifacio Villalobos no estuvo ajeno a este nombramiento, pues, aunque apartado ya de la política activa, seguía teniendo predicamento en los ambientes políticos de Las Palmas.

El nombramiento de Pepín fue acogido con la mayor naturalidad sin que creara, ciertamente, mayores expectativas. No se esperaba de él nada especial, sino una gestión normal, como la que venía realizando en el Ayuntamiento, a pesar de la ejecución del parque municipal. Sin embargo, su debut en el Cabildo fue espectacular, como he explicado en las primeras páginas de esta narración. Su firmeza en el saneamiento económico del Cabildo le marcó para el resto de su vida como hombre honesto, firme en sus principios personales, valiente en la toma de decisiones, independiente con respecto a las presiones externas, y tremendamente eficaz. Naturalmente, se granjeó multitud de enemistades, pero al mismo tiempo el respeto y la admiración de la mayoría de sus conciudadanos y, de forma particular, de la clase política de las Islas, que era la que disponía de medios económicos para ayudarlo. Y sin embargo, todos ellos sabían que, desde el punto de vista ideológico, no compartía los mismos sentimientos, en un sistema político imperante donde coincidir en lo político era primordial. En este sentido, Pepín no perdió nunca el tiempo en rebatir las opiniones ajenas ni en defender las propias, sino se limitaba a gestionar. Paralelamente, ni explotó su popularidad ni se preocupó en buscar simpatías de nadie.

Ya he explicado que las carreteras fueron la obra prioritaria de Pepín. A ellas dedicó todos sus primeros esfuerzos, Por sí solo le hubiera valido para pasar a la historia como un gran presidente del Cabildo. Pero, lo que es indiscutible es que fueron los centros turísticos propiciados por César los que le dieron mayor aureola personal en aquellos momentos, que, como es lógico, con el transcurso del tiempo, ha ido decayendo en favor de César.

Dentro de las obras prioritarias de su primera etapa como presidente, habría que incluir la adecuación de la pista de aterrizaje del aeropuerto, y no para recibir el turismo masivo que pronosticaba César —toda una utopía— sino, sencillamente, para garantizar la comunicación con Gran Canaria y Tenerife de los propios habitantes de la isla, cada vez más proclives a viajar en avión para satisfacer algunas de sus necesidades más elementales, como el tratamiento hospitalario de enfermos, muy deficiente en Lanzarote.

La pista de aterrizaje existente, entonces de tierra, se cerraba continuamente, unas veces por el fuerte viento que levantaba nubes de polvo enormes que dificultaban la visibilidad, otras por unas pocas gotas de lluvia que la transformaban en un barrizal, inutilizándola durante varios días. Los llamados “vientos cruzados” eran otro motivo frecuente de cierre, argumento que nunca

supimos exactamente en qué consistía, aunque los términos eran aparentemente claros. La suspensión de un vuelo por este motivo daba lugar a la queja instantánea de Guito en la prensa, acusando a la compañía Iberia de utilizarlo como pretexto para no realizar el viaje porque había vendido pocos billetes, cuando en el aeropuerto no hacía viento alguno.

Otro motivo, este casero, que provocó un sonado artículo de Guito sobre la pista del aeropuerto, fue un invierno con una lluvia inusualmente abundante, que iba a suponer el cierre del aeropuerto por un largo período de días, hasta que la tierra se secase. Los responsables de entonces del aeropuerto, para tratar de acelerar el secado de los charcos que se habían formado, decidieron rellenarlos con rofe. Claro que “el remedio fue peor que la enfermedad”, como denunció inmediatamente Guito. Parecía mentira que se hubiera utilizado rofe para secar cuando todo el mundo sabía que en Lanzarote se empleaba para todo lo contrario, para mantener la humedad en la tierra.

Las gestiones iniciales de Pepín para que el Estado asfaltara la pista de tierra derivaron posteriormente en pedir que se hiciera una pista absolutamente nueva. El gobernador civil le anunció a Pepín que, para informar sobre su petición, le visitaría en Lanzarote un ingeniero del Ejército del Aire, pues todas las infraestructuras de los aeropuertos españoles dependían entonces del Ejército del Aire.

Este ingeniero militar —al que Pepín, tan parco en elogios, “me puso por la nubes”— le ayudó enormemente después no solo en conseguir sino en mejorar su primera petición, Arcadio García de Castro, fue el diseñador inicial de lo que es el aeropuerto actual. Su primer consejo fue renunciar al asfaltado de la pista y solicitar una nueva pista —con todas las consecuencias que esto conllevaba—, y así se hizo.

El Ministerio accedió a la petición, con gran alegría de todos. Sin embargo, en aquellas conversaciones, el amigo de Pepín sugirió para el nuevo aeropuerto las llanuras que van desde las salinas de Janubio hasta Playa Blanca, pues el espacio existente en Guacimeta no era suficiente para un gran aeropuerto, como al fin así ha resultado. La sugerencia nos sorprendió a todos, dando lugar a la consiguiente controversia ciudadana. Al fin, se decidió continuar con el emplazamiento actual. Playa Blanca estaba muy lejos. El único núcleo de población importante que utilizaba el aeropuerto era Arrecife y no se les iba a obligar a sus vecinos a un desplazamiento tan largo y costoso. Quizás se perdió la oportunidad de tener el gran aeropuerto que hoy necesita la isla, pero en

aquellos tiempos era impensable prever la masiva llegada de turistas que hoy nos invade. Privaba más la urgente necesidad de lo inmediato.

Cuando se adjudicó la obra de la nueva pista, en base a los planos elaborados por el propio Arcadio, este le hizo un nuevo favor a la isla. Ahora que ya han transcurrido más de cincuenta años se puede desvelar. Después de una de las muchas entrevistas que tuvo con Arcadio en Las Palmas, Pepín me contó, con la natural reserva, que este le había comentado que la dirección de la pista de aterrizaje que había proyectado él mismo y que había sido aprobada por sus superiores no terminaba de gustarle y que la iba a rectificar. Pero, para no mandarlo de nuevo a Madrid y evitar el retraso, pues se tardaría una eternidad de autorizarlo, él mismo iba a hacer la corrección —que no era mucha— para conseguir un trazado bastante más largo. Como él era el jefe de obras del Ministerio del Aire en Canarias, Madrid no tenía por qué enterarse de esta alteración. Desde luego, la modificación solapada se hizo bajo la supervisión de Arcadio, a quien Pepín no dejaba de elogiar por la buena disposición que había tenido en favor de Lanzarote durante todo el tiempo que duró la mejora del aeropuerto.

El proceso de creación de los Centros Turísticos fue lento y, en ningún caso, fue “la ocurrencia de un día”. Cuando inició su gestión en el Cabildo, en la mente de Pepín no figuraba ninguna referencia turística ni pensaba en el turismo como un objetivo inmediato. Lo que le obsesionaba era el adecentamiento de la isla por la dignidad de sus propios habitantes, que no tuvieran que avergonzarse ante los visitantes —a quienes todavía no se llamaba turistas, sino simples forasteros—. Los Jameos del Agua eran un desagradable vertedero de basura y el Islote de Hilario otro tanto, lleno de desperdicios que no se podía llevar el viento. Eso del turismo, del que le hablaba César, le parecía una utopía y, por lo tanto, no merecía de momento su atención. Lo que sí tenía claro era que ese adecentamiento, que entrañaba mover piedras, no lo haría sin escuchar la opinión de César —por motivos exclusivamente estéticos, no turísticos—. “¡No moveré una piedra sin contar con César!”, me repetía con su particular laconismo de vez en cuando.

Con ese planteamiento inicial, Pepín tenía claro un objetivo inmediato —salvado el de las carreteras— que era el Islote de Hilario en la Montaña del Fuego. Todavía no se había popularizado como Timanfaya, lugar prácticamente único al que llevábamos a los visitantes, o mejor dicho, al visitante, que casi siempre era único. Las aulagas para quemar las cogíamos nosotros mismos

por el camino —antes de que a don Andrés González se le ocurriera lo de vaporizar el agua—. Y si quedaba tiempo, lo llevábamos a los Jameos.

Una vez cumplido el impulso inicial de adecentar —que no era otra cosa que retirar la basura y prohibir nuevos vertidos—, se empezaron a mover algunas piedras. César comenzó a sentirse más participativo y Pepín esperaba sus decisiones. No había un proyecto concreto sino una voluntad firme de no quedarse con los brazos caídos, sin saber muy bien lo que se tenía que hacer. César no dejaba nada por escrito y, además, se ausentaba con mucha frecuencia. Por fortuna, entre la asombrosa serenidad de Pepín —absolutamente seguro de César— y la impaciencia del resto de observadores, existía un hábil e inteligente artesano que se llamaba y se sigue llamando Luis Morales. Salvo algunas vacilaciones iniciales propias del aprendiz que pronto se hace maestro, supo interpretar las genialidades y el buen gusto de César. Luis Morales formó un magnífico equipo de hombres a su estilo y semejanza que permitió llevar a cabo, de forma espectacular, la transformación de la isla que hoy disfrutamos. Luis Morales creó una escuela en la forma de manipular la piedra volcánica, tal y como podemos admirar en la manera de construir socos o paredes en la isla.

La cronología de los trabajos siguió el orden indicado bajo la supervisión periódica y entrecortada de César: las carreteras sin mojones artificiales; arce-nes naturales tal y como estaban antes de iniciarse las obras; indicadores de direcciones diseñados por César, sin carteles del MOP; ausencia de vallas publicitarias en todo el paisaje; y supresión fulminante del artilugio mecánico ideado por don Andrés González en el Islote de Hilario para el aprovechamiento de la energía geotérmica —encendía un bombillo—, ante mi particular disgusto que sí creía en ella... Y la construcción de un discreto lugar para almacenar aulaga, de modo que no se fuera expoliando indiscriminadamente la existente en el paisaje exterior.

El adecentamiento de los Jameos —salvo el desalojo del horrible vertedero que fue inmediato— fue mucho más lento. La primera visita de César a los Jameos fue una tarde del verano de 1960 siendo ya Pepín alcalde de Arrecife. Fuimos los tres juntos y no bajamos a la charca. Nos mantuvimos en la cabecera del único acceso que existía entonces, una escalera de mampostería, burdamente realizada y adaptada a lo que debió de ser un viejo sendero, cuya principal característica era la desproporción de los peldaños entre sí, algunos más altos que otros, y las huellas absurdamente irregulares. La había mandado construir, no hacía muchos años, el alcalde de Haría don Mariano

López Socas, en cuyo municipio se encuentran los Jameos. Habíamos llegado allí por un camino vereda, naturalmente de tierra, que salía de la carretera que subía a Haría, por el que escasamente cabía el ancho del taxi en el que íbamos. Sin embargo, se había tenido la buena ocurrencia de ampliar el camino cada cincuenta o sesenta metros para permitir el aparcamiento de cualquier vehículo que viniera en dirección contraria, cosa que debía de ocurrir cada tres meses, pues tal era la circulación por aquel lugar. Esta pista conducía a Órzola, atravesando todo el malpaís. En un punto determinado, había un pequeño camino lateral que permitía llegar enseguida a los Jameos.

César estaba entusiasmado con el paisaje mientras Pepín asentía parca- mente. Yo lo estaba redescubriendo, a pesar de tener la seguridad de haber recorrido aquel lugar más veces que ellos dos, pues, en mi condición de forastero, por razones de mi profesión, hacía de guía de otros forasteros frecuentemente. Tengo que admitir que, con sus palabras, César me hizo disfrutar de aquella naturaleza con una admiración inédita hasta aquel momento. Contemplé entonces el malpaís como una enorme sábana de lava volcánica que descendía del volcán de La Corona —que presidía majestuosamente todo el valle—, salpicada por una vegetación propia de veroles, cactus, tuneras y aulagas que trataban de subsistir en aquel territorio arrasado por la destructiva lava. Nada tenía que ver esta imagen con la del malpaís de la Montaña del Fuego. Aquí había vida. Allá, solo desolación. Los húmedos vientos alisios del cercano océano habían contribuido a este pequeño milagro. Se veían algunas cabras sueltas pastoreando en aquel lugar. César le pidió a Pepín que prohibiera pastorear en el malpaís —como así se hizo, no sin cierta protesta de los harianos— para proteger aquella incipiente vegetación. Como alcalde de Arrecife, Pepín era ya una autoridad en toda la isla. En fin, esa era la sensibilidad de César, el entendimiento de Pepín con su amigo, y mi suerte de haberlos contemplado en plena acción.

Mis futuras visitas a los Jameos dejaron de ser exclusivamente para ver el extraño lago subterráneo —que algunos creíamos inicialmente que era de agua dulce y a donde nos íbamos a bañar en alguna ocasión—, sino también para disfrutar del singular entorno que lo rodeaba.

Como he dicho, estábamos los tres contemplando la hondonada del terreno, desde lo alto. Se veía solo un poco el agua del lago. César estaba indignado con el abandono del lugar y el olor nauseabundo que de vez en cuando nos llegaba del vertedero de basuras que había en el fondo. Y yo, callado y avergonzado, porque

el día anterior había estado con Santiago Alemán y Tomás Lamamié, en la sombra de aquel fondo degustando un cabrito asado a las brasas, al estilo de la Pampa argentina. Nos había invitado un vecino de Haría, antiguo emigrante, muy amigo de Santiago. Con la mayor naturalidad y la mayor irresponsabilidad —era, en nuestra disculpa, el modelo de la época—, habíamos dejado allí las sobras de la comida, las botellas vacías de las bebidas y las brasas semi apagadas. Poco después de acabar la diatriba contra los culpables de aquel desaguizado, ante mi sorpresa, César afirmó rotundo: “¡Voy hacer aquí, la mejor sala de fiestas del mundo!”. Cuando lo escuché, dije para mis adentros: “Este César está loco”. Pero Pepín lo subrayó inmediatamente: “Seguro que sí, César”. “Otro loco”, pensé. “¡En qué mundo me he metido, entre dos chalados!”. La historia demostraría, a los pocos años, que el que estaba en otra órbita era yo.

Tras regresar a Arrecife y quedarnos solos, le pregunté a Pepín si creía de verdad en la transformación de los Jameos en una sala de fiestas. Me contestó convencido: “Tú déjalo hacer y ya verás”.

Como he repetido, la primera acción de Pepín en calidad de presidente del Cabildo fueron las carreteras con el trasfondo de la Montaña del Fuego y de los Jameos. Por cierto, entre las intervenciones en nuevas carreteras para acercar al visitante a lugares de interés paisajístico, estuvo el enlace directo de Punta Mujeres con Órzola. Me alegró particularmente pues con esta vía se accedía a la bonita y curiosa playa del Caletón Blanco que, en su día, me había recomendado el alcalde de Haría, don Mariano López Socas. Allí estuve bañándome, por primera y última vez el 24 de junio de 1957, día de San Juan Bautista, fecha muy fácil de recordar. En aquellos años, el 24 de junio era la fecha tradicional que marcaba el comienzo del verano en Lanzarote y, por lo tanto, el primer día del año para ir a la playa. El comercio cerraba en toda la isla y cesaban todas las actividades laborales. Una vez más, la Inspección de Trabajo del Estado hacía la vista gorda respetando las tradiciones conejeras. La normativa de entonces sancionaba la suspensión laboral sin autorización previa.

Por mi parte, dada mi gran afición entonces a disfrutar de la playa —vocación que hace ya muchos años he perdido—, se me había ocurrido reunir a un grupo de amigos y amigas en torno a mi madre, también gran playera, para ir cada año el 24 de junio a “descubrir” una nueva playa y pasar allí el día. Habíamos estado ya —absolutamente solos porque la gente de Arrecife se quedaba en El Reducto o en Las Caletas— en la playa de La Tiñosa; al sur, en Playa Blanca; y el año anterior, en la playa de arena negra de



El Golfo, junto al charco de Los Clicos. Mi madre tenía un fuerte argumento para que aceptaran su invitación, ya que era poseedora de una “caseta de playa de lona” con una estructura de madera para sostenerla en la arena —la única que había en Lanzarote entonces—, que servía para protegerse de las quemaduras del “primer sol del año” y del viento siempre dominante. Éramos un pequeño grupo de amigos.

Aquel 24 de junio de 1957 llegamos hasta Órzola atravesando en coche el malpaís de La Corona y desde allí, caminando hasta el Caletón Blanco, a través del marisco de la orilla del mar, con los diferentes bártulos playeros a cuestas, incluida la caseta desmontable de mi madre que me correspondía portar a mí. El grupo estaba integrado en aquella ocasión por la familia Cabrera Sastre con sus hijas mayores, Paco Cabrera Matallana y su novia Lola Panasco, la familia de Tomás Lamamié con algunos de sus numerosos hijos, Pepín y Conchita con su hijo José Juan de tres meses, mi madre con José María —mi hermano de nueve años—, y la familia Prats Cabrera con su hija Kety, que unos pocos días después sería mi novia y, durante cincuenta y seis años ha sido mi esposa. Ninguno de mis acompañantes, todos de Lanzarote, conocía aquella encantadora playa. Pasamos allí, un día espléndido.

## La Cueva de los Verdes

Aunque las obras de “adecentamiento” habían empezado bastante antes en la Montaña del Fuego y en los Jameos del Agua, habría que catalogar la Cueva de los Verdes como el primer centro turístico abierto al público de todos los lugares sugeridos por César —lo fue en el año 1964, todavía sin esta denominación—. Curiosamente, aquellos lugares, que eran los únicos entonces visitados por los forasteros, quedaron relegados en favor de un espacio hasta entonces desconocido por los propios habitantes de la isla, salvo algunos pocos pastores de Haría, entre los que incluyo al inefable alcalde don Mariano López Socas.

Desde hace bastantes años, he oído y leído en algunos medios que se le adjudica a Jesús Soto —majorero afincado en Lanzarote en aquellos años— la autoría del acondicionamiento de la Cueva de los Verdes para ser visitada. Es un tremendo error que resulta necesario corregir, sin demérito de Jesús Soto, que tuvo en aquella obra una intervención meritoria. Esta versión se

la escuché, asombrado, a un guía en la propia cueva hace unos años, cuando acompañaba a unos nietos míos a visitarla. Naturalmente, le interrumpí para que rectificara, cosa que hizo inmediatamente, aunque no sé si en visitas posteriores lo seguiría haciendo. Por fortuna, ante mi sorpresa, me reconoció momentos antes de iniciar su intervención, lo que permitió que mi testimonio sobre la autoría de César fuera rápidamente aceptado.

Aunque en los años sesenta yo vivía ya en Las Palmas, mis contactos con Pepín eran permanentes a través del teléfono o de mis frecuentes viajes profesionales o particulares a Lanzarote. Pepín incluso me anunciaba anticipadamente el día que llegaba César para coincidir con él. Esa costumbre de reunirnos los tres, prácticamente la pude mantener durante los primeros años sesenta. Después los encuentros se fueron espaciando, sobre todo porque mis actividades profesionales me obligaban a viajar más a Madrid. En uno de estos encuentros, Pepín me habló de “otro jameo”, pero sin charca de agua, en el malpaís, muy cerca del anterior, y que muy poca gente de Haría —municipio en el que estaban implantados— conocía. Me dijo que ya Luis Morales lo había recorrido y que le había dicho que parecía continuación del anterior. Todo esto ya se lo había comunicado a César, que estaba en Madrid.

Cuando, poco después, volví a coincidir en Arrecife con César y Pepín, ya César había recorrido la cueva —más que cueva, gruta— y Luis Morales y su equipo habían empezado a trabajar en ella. “El trabajo que hay que hacer es muy sencillo —nos explicó César—, lo de los Jameos del Agua es mucho más complicado. Aquí lo fundamental es limpiar y habilitar un camino, que en parte ya está hecho, pero corrigiéndolo de tal forma que se puedan contemplar las maravillas que contiene”. César estaba entusiasmado con este “descubrimiento”, que él consideraba de más categoría que las famosas Cuevas del Drach, en Mallorca, entonces muy populares en toda España. Pepín asentía, como siempre, a las valoraciones de César. Por mi parte, preferí reservarme, pues me costaba trabajo creer esta afirmación tan contundente, cuando todavía estaba por ver la belleza que encerraban los Jameos del Agua y que hasta entonces solo existía en la mente de César. Naturalmente, César ya había asumido la responsabilidad de dirigir las obras de la Cueva de los Verdes —como estaba haciendo con la estética de las carreteras— y con el mismo procedimiento de “dirección a distancia” desde Madrid: instrucciones verbales a Luis Morales que, con muy pocos diseños o dibujos impresos, sabía interpretar maravillosamente en su ausencia y que, generalmente, recibían el visto bueno de César a su regreso. Pero no

siempre. En alguna ocasión le hacía corregir el trabajo, algo que Luis aceptaba estoicamente y Pepín admitía sin más, seguro del éxito posterior.

Obviamente, César le encargó a Luis Morales la iluminación de los Verdes, sin entrar en más detalles. En aquellos años no existían en Lanzarote especialistas en instalaciones eléctricas, por razones lógicas. La precariedad de los servicios eléctricos era manifiesta. Había algunos electricistas, pocos, que estaban solo para cuestiones elementales y, generalmente, simultaneaban su trabajo con la “fábrica de la luz” de Antonio Armas o en Puerto Naos, como mecánicos electricistas en los barcos pesqueros a motor. Allí trabajaba también Jesús Soto, un mecánico electricista que gozaba de gran prestigio en su profesión, a quien Luis Morales acercó al Cabildo. Esa fue la razón para ser contratado para la iluminación de la Cueva de los Verdes.

En efecto, Jesús Soto fue quien realizó la primera instalación eléctrica de la gruta —mientras César estaba en Madrid—, instalación que César ordenó desmontar cuando en una visita rutinaria la conoció. No le gustaron ni los focos a la vista ni las luces de colores verbeneras, como las calificó entonces. Quería que toda la iluminación fuera indirecta y que diera la sensación de ser luz solar, como si fuera de día, para resaltar los diversos colores naturales del lugar. Le sugirió a Pepín que enviara a Soto a conocer la instalación de la Cueva de Nerja (Málaga) recién descubierta que entonces estaba muy de moda, como así se hizo. En la siguiente visita de César, la nueva instalación estaba terminada y César quedó totalmente satisfecho, felicitando a Soto por su buen trabajo. Jesús Soto evidenció entonces ser un buen profesional, con un notable buen gusto y suficiente sensibilidad artística para interpretar a César. César contaría en lo sucesivo con él y Pepín lo contratará para trabajar en el Cabildo, parece ser que con la denominación de “maestro artístico”, denominación de la que ahora me entero.

Con lo dicho, no se puede sostener a estas alturas que Jesús Soto fuera “el creador de la ruta turística de la Cueva de los Verdes”, aunque sí fue uno de sus ejecutores materiales en unión de Luis Morales, siguiendo ambos las directrices de César. Ni se puede afirmar que Agustín de la Hoz fuera el que incitara a Pepín a que la iluminara. Agustín de la Hoz Betancort, buen periodista y mejor escritor —me consta— no era precisamente la persona más indicada para animar a Pepín, por el propio carácter de Pepín, como tendré la oportunidad de comentar más adelante. El que sí “insistió” a Pepín en iluminar y hacer visitable la cueva —y sugirió cómo debía de hacerse— fue César Manrique, la

única persona “en el orbe” (por decirlo hiperbólicamente) capaz de doblegar la voluntad de Pepín. En este caso, como en otros muchos, lo consiguió sin ningún esfuerzo.

Un complemento esencial de aquella modélica instalación fue la música ambiental. César quería que fuera la adecuada al misterio que significaba la visita a la gruta y de corte moderno, como la que él escuchaba por entonces en Nueva York, cuyos discos traía a Lanzarote, donde constituían una absoluta novedad. Le encargó que se ocupara de la música a un joven Ildelfonso Aguilar, absolutamente desconocido para muchos de nosotros como creador —no como persona, pues era de la estirpe de una familia muy popular y querida en Lanzarote—. En aquel momento, el espaldarazo de César a Ildelfonso significó para él el comienzo de una carrera artística que lo ha llevado a ser considerado un pintor relevante en Canarias, además de un gran entendido en música visual.

Algunas declaraciones públicas de César sobre las obras que se estaban llevando a cabo en Lanzarote por parte del Cabildo de la isla, sobre todo en los primeros años, llevarían a pensar que César se limitaba simplemente a opinar sobre ellas y que el responsable de estas era un técnico al que no se mencionaba. Esta fue una estrategia preconcebida por César con la que trataba de eludir —ahora se puede decir— sus responsabilidades técnicas sobre dichas obras. Todo esto, que hoy suena mal, tuvo entonces una explicación razonable.

Aquella especie de abandono “oficial” en que se encontraba Lanzarote y el resto de las islas menores del Archipiélago respecto a la Administración central y a la provincial —justificada en parte, desde luego, por la falta de medios económicos de estas—, se compensaba con un *laissez faire, laissez passer* de las autoridades competentes, que se limitaban a supervisar a distancia la honestidad de la gestión, sin entrar en mayores detalles. A esto obedecía, por ejemplo, la “vista gorda” que hacían los inspectores de Trabajo con las infracciones laborales. Pepín —que gozaba de la máxima confianza de aquellas autoridades, ganada a pulso con sus cinco años de alcalde y su saneamiento económico en el Cabildo, en colaboración con el entonces Servicio de Inspección y Asesoramiento de las Administraciones Locales— pudo utilizar aquel *laissez faire* con toda libertad. Con esa cobertura se proyectaron y se ejecutaron sus obras. Todo en beneficio de la eficacia en la gestión, eficacia que, gracias a Pepín, a su honradez y a esta “circunstancia”, fue espectacular. Pepín hizo honor a un principio que le gustaba repetir a otro gran gestor coetáneo de

la Administración canaria, casualmente del mismo nombre, don José Ramírez Bethencourt, alcalde de Las Palmas: no hay política sin eficacia.

Naturalmente, no faltaron críticas a esta forma de hacer las cosas, siempre solapadas —lo cual ya era sospechoso de por sí— y ajenas a quienes por su responsabilidad podían hacerlas. A Pepín nunca le afectaron. Era imperturbable frente a estas críticas como también lo era a las que le favorecían. Sin embargo, César era más cuidadoso en la parte que le podía afectar a él, es decir, a su papel como “proyectista o director de obras”.

A partir de la inauguración de las visitas a la Cueva de los Verdes, en 1964, se sucedieron las del resto de los centros turísticos: dos años después, en 1966, los Jameos del Agua (Jameo Chico); en 1968, la escultura *Fecundidad* del Monumento al Campesino —por entonces en obras—, el Jameo Grande y la casa de César en las cinco burbujas volcánicas de Tahíche, hoy sede de su Fundación; el restaurante de la Montaña del Fuego con el original horno-asador, en 1970; en 1973, el Mirador del Río. Durante aquellos años, se acondicionaron además los accesos por carretera a El Golfo y Los Hervideros, y se gestaron otras importantísimas obras que serían inauguradas después del cese de Pepín como presidente en 1974, tales como el Museo Internacional de Arte Contemporáneo y restaurante en el Castillo de San José, en 1976; el auditorio de los Jameos del Agua, en 1977; el Jardín de Cactus, en 1990, además de la serie espectacular de sus esculturas móviles, que titulaba *Juguetes del viento*. Un proceso frenético de inauguraciones que son las que han configurado el original y sorprendente paisaje de Lanzarote.

Conviene recordar que estas extraordinarias actuaciones de César —firmes ejemplos de sus criterios y convicciones—, además de su propio comportamiento verbal, muy activo, contribuyeron a mentalizar a la gente de Lanzarote. Desde los estratos más sencillos a los más altos hicieron suyas las ideas de César, divulgándolas y defendiéndolas “a macha martillo”, un compromiso colectivo que desgraciadamente se ha ido deteriorando con el transcurso de los años. Pepín Ramírez, por su parte, arrojó este espíritu de César con su característico pragmatismo, diseñando el primer Plan Insular de Ordenación Territorial de la isla —regulación que tardaría años en establecerse en el resto de las islas del Archipiélago—, acompañado de una discreta pero eficaz vigilancia para que se cumpliera la normativa.

La denominación de Centros Turísticos también fue una sugerencia de César, que se cambió, más adelante, también por sugerencia suya, por

Centros de Arte, Cultura y Turismo al inaugurarse los Jameos del Agua, así como que se cobrara por visitarlos —cosa que Pepín aceptó inmediatamente—. Personalmente, comprendía que fuera así para la Cueva de los Verdes pero no para los Jameos, pues me parecía que era una barrera para el incipiente turismo. No entendía entonces que para “entrar” en una sala de fiestas o en un simple restaurante se tuviera que pagar previamente. “Verás que cuando los conozcan, lo pagarán con gusto”, me dijo César. Y así ocurrió. A partir de entonces, los importantes ingresos provenientes de los Centros, inesperados por mi parte, contribuyeron a mejorar sensiblemente la situación económica del Cabildo.

Un problema que no desatendió nunca Pepín fue el abastecimiento de agua de la isla, de difícilísima solución no solo en Lanzarote sino también en Gran Canaria y en Fuerteventura. Este problema no se resolvería para Arrecife hasta la aparición de la potabilizadora de los hermanos Díaz Rijo cuatro años después, que abrió el camino para resolver el abastecimiento de la isla de la mano del Cabildo de Pepín, con la creación del Consorcio de Aguas y de Inalsa. Mientras, los trabajos en las galerías de Famara se intensificaron, con muy poco éxito, y se construyó una presa en las montañas de Mala, lamentablemente con nulos resultados.

Las carreteras, los centros turísticos, el abastecimiento de agua, en definitiva, el lanzamiento de Lanzarote hacia el progreso tuvo como punto de partida la firme decisión inicial de Pepín Ramírez de sanear económicamente la institución que le habían puesto en sus manos. Desde el punto de vista financiero, en el año 1960, era una ruina total y, en 1974, cuando la dejó, el Cabildo más rico, proporcionalmente, de todo el Archipiélago. El único, además, con importantes ingresos propios derivados de los centros turísticos creados bajo su mandato.

Este desahogo económico le permitió a Pepín, en los últimos años de su mandato, tomar otras iniciativas en favor de la isla. Entre ellas, la creación de una Granja Agrícola Experimental en Maneje. En una de mis visitas a Lanzarote, me invitó a conocerla. El estado de la Granja me sorprendió. Pequeña pero coqueta y muy bien ordenada. Era un diminuto vergel, dentro de la aridez de aquella zona inhóspita y abandonada. Se estaba aprovechando el agua de la tubería de Famara que pasaba por allí y un artilugio para mecanizar el cultivo de cebollas, ideado por el consejero del Cabildo don Francisco Cabrera Matallana. La producción de semilleros de cebollinos tenía un gran éxito entre los agricultores. Salí con buenas impresiones de aquella visita.

Desde luego, la gestión de Pepín como presidente del Cabildo era mucho mejor valorada en la capital de la provincia y por las ocasionales autoridades madrileñas que visitaban las Islas que por sus propios paisanos. En los círculos políticos más afines al Régimen también se reconocía esta valía, pero se lamentaban discretamente de que no compartiera sus mismos sentimientos ideológicos, ante los que Pepín se mostraba absolutamente indiferente. Por bastante menos indiferencia, algunos alcaldes competentes habían dejado de serlo, pero el presidente del Cabildo de Lanzarote merecía un respeto especial.

Mi condición de haber sido jefe del Sindicato Español Universitario de Las Palmas me permitía estar al tanto de todos estos movimientos. Alguno de estos personajes tenía la ilusión de poder captar algún día la voluntad de Pepín para su causa. ¡Qué poco lo conocían! Por mi parte, nunca me preocupé en desilusionarlos. Creo que las grandes facilidades que Pepín encontró para que, con cargo al Estado, se construyera un pabellón deportivo en Arrecife obedecía a esta estrategia. Trataban de comprar su voluntad. Hubiera sido un gran fichaje político para el Régimen. Nada consiguieron, pero el pabellón se hizo.

La única concesión que hizo Pepín fue bautizar el nuevo pabellón con el nombre del gobernador civil Antonio Avendaño Porrúa, que era un político no profesional del sistema. Su vocación era la de juez y terminó como magistrado del Tribunal Supremo en Madrid, dedicación que Pepín respetaba enormemente. Entre Antonio y Pepín existió siempre un perfecto entendimiento y admiración mutua, que en el caso de Pepín era bien extraño. Pepín me comentó la lógica de su decisión y yo el mérito que tenía él de haber conseguido para Arrecife un pabellón deportivo que ni Las Palmas capital tenía.

En el transcurso de los catorce años que Pepín ejerció de presidente contó, naturalmente, con un equipo de colaboradores que, inicialmente, era muy reducido, pero que con el transcurso de los años fue creciendo, conforme mejoraba la economía de la corporación. Desde luego, el espíritu de César sobrevolaba a todos y la presencia de Luis Morales era la garantía de que habría siempre un trabajo bien hecho.

Para las relaciones políticas —campo en el que tan incómodo se sentía Pepín— contó con dos personas de perfiles muy parecidos. En su primera etapa, tuvo como vicepresidente a Antonio Álvarez y, en la última, a Paco Gómez, que luego lo sustituyó en la presidencia. Ambos le fueron sumamente leales y siguieron los mismos criterios en la forma y manera de administrar la corporación. Como consejeros más representativos conocí y traté a Paco Cabrera

Matallana, Carlos Lahora Arán, Panchito Spínola, Andrés Pallarés, Pepe Morales —de Tegui— y Pepe Cabrera —de Tinajo—; entre los funcionarios más destacados, a un joven ingeniero industrial —José Manuel Fiestas—, que le fue de extraordinaria utilidad para llevar a cabo la adquisición y posterior desaparición de Termolansa como suministradora de agua desalada, fundamentalmente para Arrecife, y, en definitiva, para que surgieran el Consorcio Insular del Agua y la empresa Inalsa, que garantizarían el agua desalada a toda la isla. Sin duda, este fue otro hito importantísimo de la gestión de Pepín como presidente del Cabildo.

Todos estos colaboradores políticos que acabo de mencionar llegaron al Cabildo impuestos y seleccionados previamente por el gobernador civil-delegado de Gobierno, según el procedimiento del régimen político entonces imperante. No ocurrió lo mismo con Antonio Álvarez, su principal colaborador político, nombre que fue sugerido por Pepín y aceptado por la autoridad correspondiente. Los funcionarios que empezaron a ocupar los puestos de trabajo que se iban creando en el Cabildo, conforme su economía iba mejorando, fueron seleccionados por Pepín que, como he dicho más arriba, tenía un particular talento para encontrar a los más competentes. Al Luis Morales inicial, se sumaron más tarde Jesús Soto y Domingo Ortega, este último para el departamento financiero, aunque por poco tiempo pues accedió poco después a la dirección de la Caja Insular de Ahorros de Arrecife. Más adelante, incorporó como encargado de las relaciones externas a Rafael Ángel Domínguez Hernández, un buen escritor y periodista. Al mismo tiempo, hizo una criba con el viejo personal, decisión que le granjeó enemistades para el resto de su vida, sin que ello le importara en absoluto. Pero también renovó su confianza en los que permanecieron: entre ellos, los hermanos Agustín y Marcelino Miranda; Domingo Suárez, en la Oficina Técnica; Alfredo Cabrera, responsable de los talleres y almacenes del Cabildo, extraordinario conocedor de la isla; y Antonio Millán, secretario general, perteneciente al Cuerpo Nacional de Secretarios.

## **En torno a Pepín Ramírez**

En el transcurso de esta narración he tratado de reflejar algunos rasgos fundamentales de la compleja personalidad de Pepín Ramírez —“el hombre eficacia” de la política conejera de aquellos años— que en nada se parecía al político tradicional. Estos rasgos se fueron poniendo de manifiesto en



el transcurso de su acción política: su dureza reordenando la economía del Cabildo, su desinterés por los halagos, su impasibilidad ante las críticas, su abstención en la discusión política, su valentía con los cambios, su respeto por la forma de pensar de los demás —aunque en este caso pudiera ser acusado de indiferente—, su alergia al populismo o su fe inquebrantable en César.

Poco más habría que añadir. En todo caso, concretar. Nada locuaz, en el mejor de los casos lacónico, circunstancia que no le favorecía para hablar en público, por lo que lo evitaba permanentemente. De buen aspecto físico, elegante, siempre de gesto serio pero con una sonrisa natural que, en las escasas circunstancias en que la utilizaba, debía de ser embaucadora para el sexo femenino, en tanto que para el masculino resultaba convincente y nada falsa. No trataba nunca de ganarse la amistad de su interlocutor. Las pocas amistades que tenía las seleccionaba él y después no las cultivaba especialmente. Sabíamos que eran amigos suyos, porque alguna que otra vez los mencionaba: el señor Félix, a quien nunca conocí, salinero en las lejanas salinas de la industria Rocar —en lo que hoy es Costa Tegui— donde Pepín se acercaba con su embarcación de pesca; obviamente César, Alfonso Zabaleta y Paco Mestres. En los últimos tiempos, Antonio López Suárez, con quien jugaba al ajedrez pero que tenía alma de poeta, un entrañable amigo mío de juventud y que me sustituyó como director de la sucursal de la Caja Insular de Ahorros en Arrecife. Y Alfonso Zapata, un joven funcionario a sus órdenes, en la oficina de Hacienda, que preparaba en los ratos libres oposiciones a notarías, que ganó, a quien alababa su enorme voluntad de opositor a la Administración del Estado.

Pero, entre todos esos amigos, había uno muy especial para Pepín —el único equiparable a la amistad con César—, que era su hermano Ginés, por quien sentía verdadera devoción. Hermano único, algo menor que Pepín, solo se parecían en lo corpulentos que eran, en la seriedad y rectitud en su trato y en la afición de ambos a la pesca deportiva, Ginés desde tierra y altura y Pepín desde su pequeña embarcación a motor —*El Boheme*—. Y allí acababa todo parecido. De carácter diametralmente diferente, Ginés era encantador en su trato y muy popular en toda la isla. Se limitaba a sonreír socarronamente, por ejemplo, cuando le preguntaban por la carnada que utilizaba para conseguir una enorme cantidad de peces —creo recordar que jureles— cuando iba a pescar. Era un secreto —añadía compungido— que no podía desvelar. Ginés era un acreditado comerciante mayorista del ramo de la ferretería, dedicado de lleno a su trabajo y a su familia numerosa. La pequeña mácula que Pepín tenía en un

ojo se la había causado su hermano accidentalmente, cuando de niños jugaban con una caña o palo.

Merece la pena detenernos algo más en la gran pasión de Pepín por la pesca y en su embarcación *El Boheme*, que era su segundo hogar. Con este mismo nombre la había adquirido en El Cotillo de Fuerteventura, en 1960, por 2.500 pesetas. Era entonces un barquillo a vela de dos proas, de 4,06 metros de eslora, obviamente de madera. Mi hermano José María, a quien le gustaba acompañar a Pepín en sus jornadas de pesca, cuando no lo hacía su compañero habitual, señor Marcial, me ha contado las peripecias que pasaron el primer día de navegación. Les acompañaban, además, Concha Teresa y otro niño —Emilio Cabrera García—, hoy ya veterano ingeniero industrial. Entre la poca destreza de Pepín en la navegación a vela y la total inexperiencia de sus tripulantes, aquella prueba fue un rotundo fracaso. Pepín desistió de la romántica vela y transformó el barquillo en motora. Sus amigos, los buenos carpinteros de ribera de Puerto Naos, sustituyeron una de las proas por una popa “culo de gallina” que permitía colocar un motor “fuera bordo”.

Aunque Pepín me invitaba a navegar en su barquillo, nunca lo acepté pues le tenía entonces verdadero pánico a la mar. Quien sí lo hacía era César, en una especie de paseo simbólico que repetían periódicamente por la bonita marina de Arrecife. Pepín tenía fondeado su barquillo en la bahía que existía enfrente de su casa y del Parador de Turismo y de allí partían hacia el Charco de San Ginés, necesariamente en marea alta para poder atravesar el Puente de Las Bolas y desde allí navegaban a la Isla del Amor, donde solían bañarse.

Nunca me consideré integrado en ese selecto y pequeño grupo de amigos de Pepín. Al fin y al cabo, yo solo era un forastero que a la vez era su cuñado. Y así, desde luego, me veía la gente del lugar. Sin embargo, sin yo saberlo, por lo visto, Pepín me consideraba su amigo. No lo supe hasta que pasaron muchos años.

Dado su carácter reservado e introvertido, la auténtica personalidad de Pepín era desconocida, salvo para aquellos pocos íntimos, y, por supuesto, infravalorada por sus propios colaboradores más cercanos y, desde luego, por el mundo político que lo rodeaba. Tuve la oportunidad de desentrañar su manera de ser en las numerosas tardes, noches y días de convivencia familiar. Diversas circunstancias, algunas de ellas dolorosas y otras absolutamente naturales, contribuyeron a esa íntima convivencia familiar. Entre las naturales, la presencia de mi hermana Concha —como siempre la llamé Pepín— sirvió

de catalizadora entre los dos. Para Pepín, en su vida, era su única novia y esposa. Para mí, mi única hermana —nuestro querido hermano José María, entonces muy niño, a dieciocho años de distancia, quedaba aún muy lejos de los dos para estos encuentros personales—, huérfanos de padre con pocos años de edad. Éramos pues, dos familias muy pequeñas. Además, una de las pocas cosas en que coincidíamos Pepín y yo al terminar la jornada laboral era en que no nos incorporábamos a las habituales tertulias del atardecer en el Casino o en los bares cercanos, que terminaban habitualmente cuando se cortaba la luz a las doce de la noche.

Entre las circunstancias tremendamente dolorosas que propiciaban nuestros encuentros personales en el ámbito familiar, fueron las penosas enfermedades que padecieron los dos hijos menores de Concha y Pepín, que los llevaron a una prematura desaparición.

En esos frecuentes encuentros familiares de solo cinco personas —Concha, nuestra madre viuda y joven que pasaba largas temporadas en Lanzarote, poco después, mi esposa Kety, Pepín y yo— teníamos tiempo más que suficiente para discutir entre nosotros, desde posturas diametralmente opuestas, de “todo lo divino y de lo humano”. Pepín como agnóstico y con un sentimiento descaradamente liberal, y yo como firme creyente y con un sentimiento netamente conservador. Y, entonces, tempranamente, descubrí al verdadero hombre. En aquellos encuentros, la introversión de Pepín no le sirvió de nada porque las circunstancias citadas, a veces tristes, le forzaron, sin espaviento alguno, a manifestar su manera de pensar, quizás como un soporte para aquellos momentos de soledad.

A la condición de universitario —en aquellos años de la posguerra un bien escaso—, Pepín añadía que era un buen lector. Y compartíamos nuestras lecturas. Yo le facilitaba novelas cortas de Somerset Maugham que, sorprendentemente, sacaba de la biblioteca del Casino de Arrecife, con la advertencia de que estaban prohibidas por el Régimen (¿?), pero que estaban allí desde antes del año 1936; y él, algunas de Lajos Zilahy, de difícil localización en Las Palmas. Más adelante, ya avanzados los años sesenta, un buen día me hizo llegar *La Guerra Civil Española*, de Hugh Thomas, que le había regalado desde Barcelona su amigo Paco Mestres. Y más adelante nada menos que *Cien años de soledad*, recién editada, con su comentario de que era “con el *Quijote*, la obra más importante que se había publicado en español”. Yo le proporcionaba también, como he dicho, mis lecturas, de las que recuerdo

ahora *Los cipreses creen en Dios*, de José María Gironella, y una versión literaria de la famosa película americana *La historia más grande jamás contada*, sobre la vida de Cristo.

Nuestros debates personales derivaban siempre sobre política o sobre religión. Nunca nos poníamos de acuerdo y terminábamos ambos más que acalorados, ante la mirada inquisidora de nuestras respectivas esposas y la de mi madre, con cara de circunstancias. Es decir, que el Pepín que conocí recién llegado a Lanzarote con fama de “niño bien”, el *playboy* del lugar, indiferente a las inquietudes ciudadanas, era portador en su vida interior de unas inquietudes vitales que, por cierto, nunca expresó públicamente y que nosotros, meros espectadores, desconocíamos por completo. De todas formas, no nos levantábamos sin jugar antes una partida de ajedrez, que nos sosegaba a ambos y que habitualmente perdía yo, pero que me consolaba a solas, pensando que, en los debates políticos y religiosos precedentes, el vencedor moral había sido yo. Seguramente me estaba engañando a mí mismo.

Este conocimiento tardío, por mi parte, de la auténtica personalidad de este hombre ejemplar para mí en muchas cosas esenciales, explica sobradamente la actitud que adoptó cuando aceptó comprometerse en la política administrativa de su pueblo y de su isla y en las decisiones que tomó en la última etapa de su vida.

Tuvieron que transcurrir muchos años más para que, al fin, todas mis elucubraciones mentales y mis conclusiones provisionales se confirmaran. En el mes de abril de 1982, recibí por correo un libro que me enviaba Pepín desde Lanzarote. Se trataba de un trabajo sobre Vladimir Lenin, del francés Henri Arvon. Me lo enviaba dedicado, de su puño y letra —cosa inconcebible pues era alérgico a la escritura—. Decía lo siguiente:

Juanín, recuerdo que por sugerencia tuya leí *La historia más grande jamás contada* (admitamos lo de más grande). Me fue instructivo e interesante, viendo, con realismo, parte de una vida ejemplar al servicio de la humanidad. Te ruego que también vayas leyendo a ratos otras vidas paralelas y encauzadas por el mismo sendero de amar al oprimido. Si tú quieres te pueden ser útiles. Los nombres de Jesús, Carlos o Vladimir no cuentan y sí mucho sus vidas, ideas y servicios prestados a esta sociedad viviente que denominamos la Tierra. Tu amigo, más que cuñado, Pepín.

Nota: Coincidencia: los tres judíos-semitas.

Creo que esta dedicatoria manuscrita es definitiva para definir al hombre que muchos no comprendieron. Para mí, en su momento representó el espadazo que necesitaba para considerarme incluido, con orgullo, en el pequeño grupo de los amigos de Pepín.

En la vida pública de Pepín, no reconocida y valorada suficientemente, a mi juicio, por sus propios paisanos, a pesar de que, junto con César, fue declarado Hijo Predilecto de Lanzarote en 1995, habría que distinguir tres etapas: la etapa que pudiéramos llamar indiferente, como funcionario del Ministerio de Hacienda en el puerto de Arrecife; la etapa activa, que se inició tímidamente como presidente del Casino de Arrecife, continuó como alcalde y alcanzó su máximo esplendor como presidente de Cabildo; y la etapa pasiva, como senador del Reino de España en Madrid.

Como he dicho más arriba, la inserción de Pepín en la política local fue una sorpresa para sus paisanos y para los que no lo éramos pero lo conocíamos. No parecía que aquella persona tan distante fuera capaz de ocuparse de los asuntos públicos. Ese pesimismo se derivaba del carácter reservado del propio Pepín que, sin embargo, supo desvelar el delegado del Gobierno que lo designó, Bonifacio Villalobos, con quien mantuve una larga y estrecha amistad. Nunca se me ocurrió comentar esta circunstancia con Villalobos, de quien solo me constaba que estaba tratando de desatascar la parálisis administrativa del Ayuntamiento buscando la persona adecuada para ello. Creo que el propio Villalobos se vio sorprendido por la eficacia de Pepín, que superó sus propias expectativas.

Pero es que Pepín debutaba en la política con una preparación mental básica que estaba por encima de las ideologías tan en boga en aquella época. Derivaba esa preparación de unas inquietudes vitales íntimas que había estado ocultando cuidadosamente hasta entonces. Y de esas inquietudes vino su sentido de la responsabilidad, en el más amplio sentido de la palabra. Todo esto le supuso un cambio radical en su forma de vivir, que de alguna forma le pasó factura al final de su vida.

Pepín y mi hermana Concha Teresa con sus tres hijos, después de casados en 1956, pasaban largas temporadas de verano en Las Caletas, en una vivienda separada del resto de las pocas casas existentes en aquel pequeño y desordenado barrio, sitio de “veraneo” de algunas familias conocidas de Arrecife, ya en el término municipal de Tegüise.

César era visitante permanente de aquel territorio. Allí se sentía a gusto, saltando de una casa a otra, para besar a doña Teresa o dialogar con Pepín

y Concha Teresa. Llegó un momento en que la amistad de César y Pepín se transformó en una relación auténticamente familiar, como si de sangre fuera, iniciativa tomada comprensiblemente por el solitario César y admitida como cosa natural por sus mejores amigos, que lo acogían con todo cariño. Las manifestaciones de César fueron siempre en este sentido.

En el año 1968, César inaugura lo que inicialmente fue su casa en Tahíche. Pepín fue el único en la isla que consideró correcta la decisión de César de hacerse su casa en Tahíche y precisamente en el volcán, aunque, por supuesto, no tenía ni idea de en qué iba a consistir. Tal era la fe que tenía en César. El resto de los mortales nos miramos a la cara con asombro. Tahíche era un lugar absolutamente inhóspito entre la aridez de la lava que cubría la mitad de su espacio y un terreno sumamente pedregoso como pocos en la isla. Solo tenía la ventaja de su ubicación como cruce de la carretera que conducía a la Villa de Teguíse y al pueblo de Haría por el norte. Media docena de casas, casi todas en ruinas, era su población. Cuando le comenté todo esto a Pepín, me contestó lacónico como otras veces: “Tú déjalo”.

César prohibió la visita a las obras que estaba realizando, incluido Pepín, que no mostró la menor molestia por la limitación que le imponía su gran amigo. Solo tenían acceso Luis Morales y su equipo que, a su vez, hacían de guardianes. Se acabó en un tiempo relativamente corto.

Un buen día de 1968, me llamó Pepín a Las Palmas para decirme que ya César había terminado su casa y que nos invitaba a cenar una noche para que la conociéramos —¡por fin!—. Y que también había invitado a Antonio Álvarez. Con la natural curiosidad e intriga, Kety y yo volamos rápidamente hacia Lanzarote. Y así fue. Por primera vez, seis personas ajenas a la obra (los tres fuimos con nuestras respectivas esposas) íbamos a desvelar el secreto que César había guardado tan bien.

La sorpresa fue mayúscula. En síntesis, allí estaba lo que César quería para el futuro de su querida isla: lujo y originalidad. Elegantemente vestido —también lo estábamos nosotros—, nos recibió acompañado de un también elegante mayordomo que nos atendió exquisitamente durante la cena. Como era natural, el guía de aquel primer recorrido previo a la cena fue el propio César que, exultante y dicharachero, nos explicaba cada rincón de su nuevo hogar. Nos fue descubriendo la belleza de una naturaleza que hasta entonces, por lo menos para mí y yo creo que para todos sus acompañantes, había pasado desapercibida.

Aquella cena inolvidable fue un gesto de agradecimiento de César a Pepín, sin decirlo expresamente —pues era un valor entendido por todos—, porque Pepín le había facilitado los medios para llevar a cabo la morada que lo iba a retener definitivamente en su isla. El matrimonio Álvarez y el matrimonio Marrero fuimos simples testigos.

Sin embargo, no todo fueron parabienes para las obras de la casa de Tahíche, pues surgieron voces críticas que censuraban que el Cabildo hubiera contribuido a construir aquella residencia para el disfrute de César. Desde que se iniciaron las obras, Pepín ya venía argumentado que lo menos que podía hacer el Cabildo era ayudar a César a hacer su casa, en compensación a los innumerables esfuerzos que venía haciendo el artista, desde hacía muchos años, a favor de la isla, sin haber cobrado nunca honorarios. Además, ya por entonces el Cabildo estaba recibiendo cuantiosos ingresos por la visitas a los Jameos y a la Cueva de los Verdes, obras precisamente propiciadas por César.

Como es natural, también a mí me preocuparon estas críticas que se las comenté a Pepín. “Tranquilo —me contestó— el Cabildo tiene la autorización tácita del Servicio de Inspección y Asesoramiento de las Corporaciones Locales”, organismo importantísimo al que ya me he referido. En efecto, la autorización tácita se transformó en expresa al ser aprobada por dicho Servicio la liquidación del Presupuesto relacionado con las obras de Tahíche, condición sin la cual no se hubieran aprobado los Presupuestos ordinarios para los ejercicios siguientes. Lamentablemente, dicho esto de paso, este servicio central de la Administración del Estado fue suprimido en 1978, en aras a respetar la independencia de las corporaciones locales, cuando se estableció en España el sistema político de libertades que disfrutamos en la actualidad. Por desgracia, y esto es una interpretación personal avalada por mi condición de haber sido auditor de cuentas de las administraciones públicas canarias durante muchos años, dicha supresión ha sido mal interpretada por muchas corporaciones de todo el país, lo que ha permitido casos de corrupción manifiesta.

Me parece necesario mencionar ahora, de forma particular, a Agustín de la Hoz —escritor y periodista al que me he referido en relación con las obras iniciales de la Cueva de los Verdes— porque, a su manera, contribuyó muy positivamente, en su momento, a partir de la década de los cincuenta, a conformar el formato histórico de lo que es la isla de Lanzarote en el día de hoy. Agustín retornó a su tierra en el año 1955, en un momento muy difícil para tener éxito en su profesión de periodista, circunstancia que, dado su fuerte carácter, no

soportó fácilmente. En aquel tiempo, obviamente, el mercado periodístico era muy pequeño y estaba copado desde hacía ya muchos años por Guillermo Topham *Guito*, muy popular ya, querido además y admirado por todos. Sus mejores amigos bromeaban con él diciéndole que, con tal de dar información permanente sobre Lanzarote, cuando no tenía noticias, las inventaba. Guito era por añadidura corresponsal de la Agencia EFE y del diario *Falange*, ambos órganos oficiales de entonces.

Agustín de la Hoz llegó a Lanzarote como corresponsal del *Diario de Las Palmas*, periódico privado, suspendido durante la Guerra Civil, y que un par de años antes había sido autorizado de nuevo. Como es natural, la competencia profesional surgió inmediatamente con Guito y el amplio entorno de amigos de éste. Fueron inevitables los roces y el carácter de Agustín se agrió bastante, lo que de alguna forma se evidenció en sus escritos periodísticos. Por esta forma de reflejar sus contrariedades, hubo lectores que le atribuyeron el papel de portavoz oficioso de la oposición. Algunas de sus noticias daban esta impresión. Por ejemplo, inició una campaña para que el nombre del nuevo barrio de Tite-Roy-Gatra, denominado así por la corporación municipal presidida por Pepín, fuera cambiado por el de Santa Coloma —nombre de los antiguos propietarios de los terrenos—. Y así sucedió cuando el Ayuntamiento estuvo presidido por Ginés de la Hoz.

Hay biógrafos que atribuyen a Agustín de la Hoz presiones sobre Pepín para que este ordenara la adecuación de la Cueva de los Verdes con la finalidad de ser visitada. No creo que Agustín, que era inteligente, se atreviera a ello dado el papel sumamente crítico que había asumido. Al menos, a mí, ni me consta ni me parece posible.

Agustín de la Hoz era un buen escritor, historiador y poeta, con grandes inquietudes literarias, pero, a mi juicio, como periodista le faltaba la vocación que le sobra a Guillermo Topham. Curiosamente, cuando, relativamente joven, dejó el periodismo activo en el *Diario de Las Palmas* y *La Provincia* fue sustituido por Guillermo Topham como corresponsal en Lanzarote, algo que el periódico anunció como un gran fichaje.

He reiterado que el gran mérito político de Pepín fue propiciar la vuelta de César a su isla y que se involucrara apasionadamente en la puesta en valor de su paisaje y de su naturaleza única. Pero esto no se hubiera consolidado sin que Pepín, con una intuición asombrosa, supiera respetar y admitir uno de los rasgos más característico de la personalidad de César: su egocentrismo,



justificado en un artista de su categoría. Así, le cedió la paternidad de los éxitos que una corporación pública le había financiado y que la inmensa mayoría de los políticos de turno no hubieran dudado en apropiárselos. Muchas relaciones rompió César con quienes habían tratado de suplantarle.

Pepín cesa como presidente del Cabildo en 1974. Por entonces se sentía ya enfermo y con falta de energía para la política activa, por lo que presentó su dimisión, coincidiendo con una rotación no regulada de alcaldes y presidentes de corporaciones de toda España, sistema *sui generis* del momento. Esta rotación que dependía en cada provincia de la voluntad del gobernador civil de turno, que valoraba (?), por supuesto subjetivamente, los méritos y fracasos de tales autoridades para que permanecieran o cesaran en los puestos o si el tiempo transcurrido era ya “suficiente” —como fue en el caso de Pepín—, para dar oportunidades a otros ciudadanos. Ceses “sonados” por este motivo, que coincidieron en el tiempo con la dimisión del presidente del Cabildo de Lanzarote, fueron el de Federico Díaz Bertrana —presidente del Cabildo de Gran Canaria, también con catorce años de gestión— y el de don José Ramírez Bethencourt —alcalde de Las Palmas de Gran Canaria con algunos años más—, todos grandes administradores públicos.

Los tres siguientes presidentes del Cabildo de Lanzarote, sobre todo Paco Gómez, siguieron contando con el consejo de Pepín después de su cese, y a él acudían con frecuencia.

Con la retirada de la política activa, César no solo continuó sus relaciones con Pepín, como era de esperar en quienes eran íntimos amigos desde niños, sino que incrementó sus manifestaciones de afecto, extendidas a Concha Teresa, a su hijo y a doña Teresa Cerdá, involucrándose definitivamente en la vida familiar.

En 1973, le regaló una de sus obras preferidas con la siguiente dedicatoria:

Para Pepín, el mejor amigo, el mejor hombre que he conocido, y para  
Conchita, su compañera perfecta.  
Con el más grande cariño y como recuerdo de nuestra estrecha colaboración  
para salvar nuestra isla.  
Taro de Tahiche  
Febrero 1973

Al volver a la actividad privada como delegado del Ministerio de Hacienda en Lanzarote, en su calidad de alto funcionario, Pepín recupera la vida reservada

que llevaba antes de involucrarse en la política: muy pocos amigos de verdad —naturalmente César, el que más, o su hermano Ginés—, largas partidas de ajedrez con Antonio López, intensas jornadas de pesca, mucha lectura —sobre todo biografías—. Se muestra alérgico al debate y a la discusión privados sobre temas políticos — imposible que fueran públicos—, introvertido como siempre...

Al amparo de una Ley de Asociaciones que el Gobierno había promulgado en aquellos años, Pepín se anima con el proyecto de crear una asociación con el nombre de Amigos de Lanzarote para salvaguardar el espíritu que había hecho posible la transformación de Lanzarote, que ya estaba dando sus frutos y que se mostraba al mundo como un ejemplo de desarrollo sostenible, obviamente de mano de César. Le obsesionaba plasmar en los estatutos, con una literatura concreta, ese espíritu que de palabra César explicaba perfectamente bien. “Que eso era difícil —me dijo— pero que más difícil era encontrar las personas que lo sostuvieran”. Ya intuía Pepín que, cuando faltara César, lo conseguido se iba deteriorar, como así ha ocurrido. Terminó desestimando esta idea, que no duró mucho tiempo, pues por aquellas fechas habían convenido la creación de una Fundación con su nombre y le había pedido que le redactara los estatutos correspondientes. A eso destinó su tiempo en lo sucesivo.

Personalmente, no llegué a intuir entonces la proyección que podría alcanzar la Fundación César Manrique aunque comprendí enseguida su razón de ser como museo permanente de su obra pictórica.

En octubre de 1982, se convocaron elecciones generales, en las que se elegía un senador por la isla de Lanzarote. Pepín no pertenecía a ningún partido. El PSOE le invitó a que participase como candidato independiente encabezando sus siglas. Aceptó y fue elegido por una aplastante mayoría. Sus paisanos tuvieron la oportunidad de demostrarle el agradecimiento por la ingente labor que había hecho como presidente del Cabildo, aunque hubieran pasado ocho años.

Como no podía ser de otra forma, César colaboró en la campaña electoral de Pepín elaborando un precioso cartel anunciador sin que nadie se lo pidiera. Fue la única vez que César se involucró en la política activa. Este cartel lo acompañó con la siguiente hermosa dedicatoria:

Para mi gran amigo y mi gran hermano, con el cariño que siempre nos ha unido realizando las obras que siempre han enriquecido a nuestra querida Lanzarote. Manrique.

Pepín nunca fue militante político. Era agnóstico con todas sus consecuencias, pero no era ateo. No simpatizaba con el sistema totalitario del franquismo. No era monárquico. Pero respetaba a todos los que no opinaban como él, en cualquier materia. No ejerció su carrera de Derecho como tal, pero sí como funcionario público y, ocasionalmente, sí lo hizo como asesor laboral de los sindicatos de entonces, dada la escasez de letrados que había en Arrecife. Sus pocos biógrafos lo califican de un “hombre de izquierdas” y, en el entorno en que le tocó vivir y en la terminología de la época, sí lo era. Pero hoy, hay muchos “hombres de derechas” que tienen este mismo perfil. En todo caso, en el hipotético caso de que me estuviera oyendo, desde el más allá en el que no creía, con esa encantadora sonrisa que tenía —jamás carcajeaba— me diría que me dejara de tonterías, que él no era ni de derechas ni de izquierdas, sino que era simplemente Pepín.

“Vas a ver el montón de cosas que voy a conseguir en Madrid para Lanzarote”, me dijo eufórico el día que fui al aeropuerto de Gando a despedirlo en el viaje que hacía a Madrid para tomar posesión como senador del Reino. Durante los cuatro años de su mandato, no volvimos hablar “del montón de cosas que iba a conseguir en Madrid para Lanzarote”. “¿Qué haces en Madrid?”, le pregunté en una ocasión. “Ultimando la redacción de los estatutos de la Fundación César Manrique. Madrid es el mejor sitio para asesorarse sobre cómo redactar el mejor texto”, me contestó. Lo que no sabíamos nadie, ni incluso él mismo, es que ya había empezado a caer en el profundo vacío del que no saldría jamás.

José Juan, el hijo mayor de Pepín, celebró en 1986 su boda civil en un acto absolutamente íntimo, solo para el entorno familiar —a sugerencia de César, que ya era de hecho considerado como un familiar más—, en la nave principal del Castillo de San José. A la abuela materna de José Juan, mi madre, no le gustaba ni la ceremonia ni el lugar, opinión que se reservó para sí y para su único confidente, que era yo.

A petición suya —era su regalo de bodas para el hijo de su mejor amigo—, César actuó de maestro de ceremonias y se encargó de la adecuación del salón hasta el más mínimo detalle. Ocupó un lugar preferente la abuela paterna, doña Teresa Cerdá, autoridad máxima consentida y querida por las familias Ramírez Cerdá —en la que estaba inserto César— y la familia Marrero Portugués. El acto, con la elegante sencillez con que César hacía las cosas, resultó perfecto. Su principal oponente, la abuela materna de José Juan, me dijo emocionada que

había quedado muy satisfecha y que había cambiado de opinión. “Incluso me santigué cuando entré en la salón de la boda —me confesó—, convencida de que era una capilla”.

Sin embargo, pasado aquel paréntesis de felicidad que fue la boda, muy pocos meses después, tuvimos que despedirnos de Pepín para siempre. Una horrorosa depresión nerviosa acabó con su vida prematuramente.

## En torno a César Manrique

Aunque parezca paradójico, me resultó más fácil comprender la difícil condición humana del reservado Pepín Ramírez que la aparentemente sencilla imagen del extrovertido César Manrique. Y es fácil de comprender. La relativa convivencia con Pepín me facilitó las cosas. A César solo lo trataba en sus esporádicas visitas a Lanzarote y, lógicamente, tardé más tiempo en merecer su confianza.

En el año 1966 hice mi primer viaje de carácter profesional a Nueva York. Kety, mi mujer, ya en el hotel, sin deshacer aún las maletas, se apresuró a coger el voluminoso listín telefónico, famoso en aquellos años por su grosor de páginas, y pedirme que le buscara el teléfono de César, pues estaba impaciente por saludar a su paisano. Le contesté con una carcajada: “No me hagas perder el tiempo. ¿Tú te crees que estás en Arrecife? Esta es una ciudad inmensa con más de ocho millones de habitantes. Aquí César es un perfecto desconocido”. Insistió y sencillamente por complacerla inicié la búsqueda. Pero, ante mi sorpresa, en aquel mamotreto difícil de manejar estaba en letra impresa *Manrique, César* y su correspondiente número telefónico. Era a última hora de la tarde, pero tuvimos la suerte de poder hablar con César y quedar para el día siguiente.

Antes de continuar el viaje a Filadelfia —en donde representaría a las Cajas de Ahorros españolas en una convención, con motivo del primer centenario de las Save Banks americanas—, estuvimos tres días viéndonos frecuentemente con César, para comer juntos después de terminar nuestras respectivas obligaciones. Mi primera pregunta fue cómo se las había arreglado para que le pusieran tan rápidamente un teléfono en su casa recién alquilada cuando en España, en aquellos años, se podía tardar dos años en conseguirlo. “Al día siguiente de pedirlo me lo pusieron —me contestó—, pero es que, a la semana, otra compañía me estaba ofreciendo un servicio mejor”. Personalmente me sorprendió

aún más que todos los meses se editara aquel enorme listín telefónico con las altas y bajas del mes anterior. Bueno, eso era lo grandioso de América.

César estaba contentísimo con su estancia en Nueva York. La famosa galería de arte Catherine Viviano le había garantizado la compra de todos los cuadros que pintara y ya estaba proyectando exponer en algunos otros estados, como así ocurrió. También nos contaba orgulloso que el Spanish Trade Center del Gobierno español, ubicado en el gran edificio de la Pan American, en Park Avenue, le había contratado para que le organizara exposiciones comerciales.

La cuestión del idioma, nos comentó con humor, le tenía sin cuidado. El problema era de ellos, que tendrían que entenderle, aunque se le quejaban continuamente de que hablaba muy deprisa. “Y qué quieren —nos decía— si es mi forma de decir las cosas”.

A estas alturas, no logro recordar el lugar exacto en donde estaba ubicada la casa de César, a la que le llevamos alguna vez en taxi. Era, eso sí, una zona de edificación baja, con viviendas adosadas, en un área ajardinada con una especie de gran plaza o rotonda en sus cercanías. Muchos años después, recordamos aquellos bonitos días.

Según me adentraba en el conocimiento de César como persona, fui atribuyéndole rasgos que me habían pasado desapercibidos hasta que, finalmente, logré valorar su extraordinaria personalidad, que se forjó por sus méritos propios, y que también se enriqueció con las aportaciones imperceptibles pero tenaces que le hacía Pepín y con las oportunidades que le ofreció. Para mí, César alcanza la plenitud de su forma, que mantuvo hasta su trágica desaparición, cuando decide en 1966 retornar definitivamente a Lanzarote. Es el César de los hechos, que es el mismo de la palabra.

Si importantes fueron los hechos —puestos de manifiesto en su fecunda obra artística de pinturas, dibujos, bocetos, esculturas o en su inigualable proyección paisajística—, tanto o más lo será para las presentes y futuras generaciones el contenido de sus palabras, de su mensaje, respecto a la conservación y regeneración de la naturaleza, del medio ambiente y de las tradiciones del ser humano. La interpretación y adaptación de este mensaje sublime a los tiempos modernos es el gran desafío de quienes están obligados a defenderlo.

César era, obviamente, un idealista en el más amplio sentido de la palabra, que predicaba permanentemente su ideario y que inspiraba respeto con sus palabras y con sus gestos, pero no un irracional testarudo. Terminó siendo una especie de consultoría en servicio permanente. Nadie que quisiera hacer algo

serio en Lanzarote dejaba de consultarle. Escuchaba pacientemente y tomaba decisiones o aconsejaba con un gran sentido práctico. Ahora no es fácil seguir sus pautas, porque mientras vivió su presencia física bastaba para tranquilizar a cualquier disidente.

De lo dicho, pudiera parecerle al lector que esté conociendo a César a través de esta primera lectura que era un personaje endiosado, atrincherado en su hábitat, esperando que se le acercara alguien para escuchar su dictamen decisorio, y debo apresurarme enseguida a aclararle que era todo lo contrario. Que convivía con sus vecinos y paisanos con la mayor naturalidad y sencillez y que su “consultoría”, además de permanente, era callejera pues podía ser abordado en cualquier lugar en el que estuviera. Algún promotor listillo abusaba de tantas facilidades para afirmar su “íntima amistad” con César y que sus obras contaban con el beneplácito del maestro.

Esta forma de ser, junto con la firmeza de sus convicciones, le granjeó una gran popularidad y cariño en toda la isla.

Después, en su intimidad, era sumamente discreto y defensor de su vida privada, de la que no hacía el menor alarde. Era un atleta que cuidaba con mimo de su físico. Utilizaba diariamente la barra horizontal instalada en la burbuja volcánica de Tahíche, junto a la piscina, para hacer ejercicio. Era un hombre serio y responsable.

Se tenía una gran autoestima y su vocación de pintor era absolutamente primordial para él. Todas sus otras grandes virtudes artísticas, incluida su “apostolado” por Lanzarote, que sus seguidores tanto admirábamos en él, las consideraba como cosas naturales, y como secundarias, respecto a su gran vocación de pintor. Lo mismo le ocurría con la política, tema en el que no se inmiscuía. Como es natural, tenía sus inquietudes, fundamentalmente —o mejor, exclusivamente— sociales y, así, se comportaba generosamente con los que convivía. Pero los grandes problemas los dejaba para otros. Como Pepín, era agnóstico e indiferente hacia los temas religiosos.

Como he dicho en su momento, tenía muy pocos amigos de verdad. Poquísimos. Pepín, Pepe Dámaso, Chichita y Fachico Rojas... Conocidos y amigos ocasionales, seguramente varios centenares o miles, entre los que modestamente nos incluimos Kety y yo. Muerto Pepín, Concha Teresa y José Juan ocuparon su lugar.

Mención especial merecen los largos años de convivencia con Luisa Hernández *Chichita* y Fachico Rojas, relaciones que no conocí por César ni por

Pepín sino por la propia Chichita que me lo comentó por casualidad en cierta ocasión. Esta, para mí, entrañable amiga y compañera desde niños en el mismo barrio de Las Palmas en donde convivimos y el mismo colegio y promoción que compartimos, me confesó entonces su admiración y cariño por César. Ella y su marido pasaban algunas temporadas en Tahíche y César les devolvía la visita en la casa que tenían en Agaete, en donde disfrutaba jugando con una colección de gatos que tenían mientras degustaba el típico “caldo de pescado” del lugar, que ella preparaba. No me extrañó lo más mínimo esta íntima amistad. Eran de un corte personal muy parecido. El matrimonio Rojas, en aquellos años, gozaba de una cierta popularidad en el entorno de Las Palmas: Fachico, como gran fotógrafo artístico (sus exposiciones eran famosas), y Chichita, Premio Extraordinario en el Examen de Estado del Bachillerato. Sin embargo, no hacían vida social alguna en la ciudad sino que vivían modestamente en el lejano pueblo de Agaete. Fachico fue colaborador de César en la publicación *Lanzarote, arquitectura inédita*, de cuya gestación inicial fui testigo presencial.

Pepe Dámaso fue, durante mucho tiempo, asimismo, uno de los amigos íntimos de César. Por César conocí a Pepe, el más representativo de los pintores grancanarios en la actualidad, bastante más joven que César, a quien siempre ha considerado como su mentor principal.

De la larga saga grancanaria de los hermanos Millares Sall —poetas, escritores, músicos o pintores—, que convivieron con César muy jóvenes todos en Lanzarote (1936-1939), me consta que mantuvo una buena amistad con José María y su mujer la poetisa Pino Betancor y que se frustró la intimidad con Manolo Millares. Ambos fueron, seguramente, los dos pintores más representativos de Canarias en la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, Juan Luis Millares Sall, exactamente de la misma edad que César, pero con mucha menos vocación artística que sus hermanos, fue con el que más contacto tuvo hasta su temprano fallecimiento en 1966, por ser el único de los Millares Sall que visitaba frecuentemente Lanzarote, junto a su esposa Adela Alonso, que aún lo sigue haciendo todos los años, todo un récord de fidelidad a Lanzarote.

De los muchos técnicos superiores que colaboraron con César, o César con ellos, que yo recuerde, mantuvo cierto grado de amistad con Juan Alfredo Amigó y José Luis Olcina Alemany, ambos ingenieros de Tenerife; una relación corta inicial con Manolo de la Peña, y una más larga y permanente con Juan Manuel Ruiz de la Prada, a quien recomendó para el complejo de La Santa; y una buena fructífera amistad con Fernando Higuera. Con Enrique Spínola,

el primer arquitecto natural de Lanzarote, no se entendió muy bien —salvo en el Arrecife Gran Hotel—, seguramente porque Enrique residía en Las Palmas. De ello hablaré más adelante. Sin embargo, sí quiero reseñar aquí la razón de ser del proyecto que César diseñó para la Isla del Amor, también llamado Islote de La Fermina, nombre de la embarcación de pesca de cierto calado que durante años estuvo varada en aquel lugar.

Este islote estuvo siempre presente en la mente de los responsables y promotores del Arrecife Gran Hotel, el Consejo de Administración de Protucasa, empresa filial de la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, de la que era yo consejero delegado. Desde que se empezaron las obras del hotel, se daba por sentado que de alguna forma el islote quedaría vinculado al hotel, sin saber exactamente qué destino podría dársele. Por lo pronto, se intercomunicaron ambos espacios mediante un relleno de piedra de escollera que permitió construir un camino de enlace. Esta escollera subsistió hasta que se substituyó por el puente de madera actual.

Asombra ahora recordar con qué impunidad podíamos decidir entonces sobre la utilización del espacio público de aquel lugar. Desde luego favorecía esta acción, en primer lugar, la carencia absoluta de valor económico de aquel espacio como de cualquier otro lugar de la empobrecida isla de Lanzarote y, después, la connivencia con las autoridades responsables, que estaban impacientes por que se hiciera algo en Lanzarote que sacara la isla de la atonía en la que se encontraba.

Mientras duraron las obras del hotel —que llevaban un considerable retraso—, acuciados por las prisas, nadie se volvió a ocupar seriamente del islote. Ya inaugurado, le pedí a Pepín que concertara una comida con César para consultarle lo que podíamos hacer en la Isla del Amor. En efecto, el encuentro se celebró entre los tres en el comedor del Arrecife Gran Hotel a la vista del islote. Quedó claro que cualquier cosa que se hiciera allí debía figurar como un anexo a los servicios del hotel, como así se hizo. César, sobre una servilleta de papel que le pidió a un camarero, con su clásico rotulador negro dibujó el perfil de lo que allí se debía hacer y que contendría un varadero, playa artificial, piscina estilo Jameos, restaurante, sala de estar... El dibujo en la servilleta era un clásico de Manrique, de trazo firme, sencillo y sin errores, que podría haber sido enmarcado. A mí me sirvió para enseñárselo al Consejo de Administración y persuadirle de que se hiciera la obra. Todos los consejeros, que eran de Las Palmas, ya sabían cómo era la forma



de trabajar de César y confiaban en él. Les bastaba su palabra, que era por sí misma una garantía de éxito. Las obras empezaron inmediatamente, en 1976, pero en los primeros meses del siguiente año se interrumpieron, por desgracia, bruscamente. Había cambiado el Consejo de Protucasa y con él, la forma de entender los problemas de Lanzarote. El resto de la historia del Islote del Amor ya pertenece a la actualidad. La servilleta con el dibujo de César deberá figurar en los archivos de Protucasa referidos al Consejo de Administración que he citado, pues así se lo pedí al secretario en aquella ocasión.

Los principales colaboradores de César en su tarea paisajística también fueron muy pocos. Luis Morales, como primero indiscutible, y después Jesús Soto, en segundo lugar.

Naturalmente, a partir de los años sesenta, la obra paisajística de César empezó a ser admirada y reconocida en el resto de las islas y, fuera, en la Península, donde recibió encargos. Uno de ellos, curiosamente, por el Ayuntamiento de Ceuta, que le encarga el proyecto del Parque Marítimo del Mediterráneo que inauguró en 1989.

César lo acogió con especial cariño, pues guardaba un entrañable recuerdo de su estancia en Ceuta en 1938, con diecinueve años, desde luego no por el servicio militar que allí estuvo haciendo, sino por haber coincidido en el mismo lugar con sus grandes amigos Pepín Ramírez, Juan Prats y Paco Mestres, todos paisanos y de la misma edad. Debió de ser una convivencia inolvidable entre ellos cuatro, en aquellos días tan dolorosos para todas las familias españolas, preparándolos para intervenir en una guerra civil que estaba asolando el país, aislados de sus gentes queridas, en su primera salida fuera de las Islas, instalados en un precario territorio africano. Estos sentidos recuerdos fueron los que le impulsaron a aceptar el encargo del Ayuntamiento de Ceuta.

Sus biógrafos señalan que la estancia en Ceuta fue consecuencia del cumplimiento del servicio militar obligatorio, seguramente para evitar la interpretación de que su presencia voluntaria en el ejército, al igual que la de sus tres amigos, significara su adhesión a los militares que se habían sublevado, como así ocurría con harta frecuencia en los dos bandos. En este caso, nunca hablé de esta hipótesis ni con Pepín ni con César y menos con Paco Mestres, a quién traté muy poco, pero sí con Juan Prats, que era un animado conversador y admirador de César. Lo cierto es que César y Pepín fueron enviados por sus padres como voluntarios al frente con el propósito de anticiparse a su alistamiento, por edad, y evitar que tuvieran que ir al frente.

Por fortuna, la guerra acabó pocos meses después, aunque los cuatro cruzaron desde Ceuta a la Península y estuvieron en el frente de Cataluña. Juan Prats me contaba con regocijo la cara de sorpresa del oficial de la batería de artillería en la que estaban destinados cuando, ya en Madrid, se preparaban para el desfile que iba a conmemorar el fin de la guerra. Este oficial les había encargado que repintaran de gris clásico los cuatro cañones con el propósito de que estuvieran perfectos para la parada militar. César se apresuró a ofrecerse como experto en pinturas y se encargó de dirigir el trabajo que hicieron entre todos. Al final, los cañones cambiaron de fisonomía en manos de César. Parecían más de juguete que de verdad. El oficial, pasada su sorpresa inicial y superadas sus dudas sobre si aquello era reglamentario o no, terminó dando su visto bueno con cierto orgullo de mandar en una unidad con indiscutible originalidad. ¡Ya los tiempos estaban para otra cosa! Lo que no sé es si, gracias a César, aquel oficial obtuvo un ascenso profesional.

Antes de finalizar su trabajo en Ceuta a finales de los ochenta del pasado siglo, recibió multitud de encargos de particulares y de distintos Ayuntamientos y Cabildos del resto de las Islas, obras espléndidas que están bien catalogadas por sus biógrafos. Echo de menos, sin embargo, un mural en los apartamentos Roca, en la playa de Las Canteras de Las Palmas de Gran Canaria.

Esta proyección pública de César, consustancial con su actividad artística, no la cultivaba en absoluto. César era discreto y reservado, aunque esto no significaba que fuera tímido, como lo era Pepín. Su opinión era buscada, y él no la rehuía, pero no solía tomar la iniciativa para pregonarla por las buenas. En ese mundo de relaciones públicas, oficiales y privadas, en el que César se veía obligado a moverse, era muy respetado, incluso en el mundo de las administraciones públicas entonces muy politizadas, en donde sus postulados ecológicos no solían sonar bien.

En su madurez fue querido y admirado por todos. Por supuesto, tenía sus desafectos, que nunca dieron la cara, aunque eran más abundantes en su propia isla los indiferentes a sus méritos y a sus valores personales por aquello de que quizás “nadie es profeta en su tierra”. Y, naturalmente, sufrió las consecuencias de las debilidades humanas de algunos de sus paisanos, que no le perdonaban el éxito, o comentaban maliciosamente sobre los invitados y las invitadas que recibía en su casa del Taro de Tahíche y de las fiestas que daba en la misma, acontecimientos, por cierto, que fueron escasos y muy contados.

Poco tiempo antes de su trágica desaparición en 1992, César tuvo un desprendimiento de retina en el ojo izquierdo que le ocasionó un enorme

disgusto. A pesar de su enorme vitalidad, temió seriamente que su vocación de pintor se viera truncada. Superó aquel trauma pero alguna limitación visual debió de quedar en su vista, según me comentó su cuñado Alfredo Matallana, que había sufrido la misma lesión en su día. Fue en un cambio de impresiones que tuvimos el mismo día del sepelio de César. Alfredo había perdido la visión lateral después de la operación sin que esto le hubiera afectado para hacer una vida normal. Pensaba que a César le había ocurrido lo mismo, aunque nadie recordaba haberle oído quejarse de este impedimento, como tampoco le daba importancia el propio Alfredo. Si fue así, en efecto, el infortunado César no debió de ver el vehículo que se le acercaba rápidamente por la izquierda y que le causó el trágico accidente.

Después del fallecimiento de Pepín, César acentuó sus relaciones con el entorno familiar de Concha Teresa, José Juan y su esposa Yeli y, desde luego, con doña Teresa Cerdá. La inauguración de la Fundación que lleva su nombre fue una ocasión que no desaprovechó César para demostrar su especial cariño.

Como era de esperar, la inauguración de la Fundación en el Taro de Tahíche despertó una gran expectación en todas las Islas. Al igual que en otros actos públicos en los que intervenía, más bien pocos, por cierto, César se ocupó de los detalles del protocolo. Doña Teresa Cerdá, la madre de su inolvidable Pepín, sentada en su silla de ruedas, así como sus hermanos tuvieron un lugar preferente entre los muchos asistentes de alto rango político y social que se encontraban aquella noche en el Taro.

Las Cámaras Oficiales de la Propiedad Urbana de Las Palmas y de Tenerife decidieron reconocer la labor de César y felicitarle por toda su trayectoria. Los directivos recibimos el encargo de hacerle entrega del acuerdo conjunto de ambas Cámaras. Durante el encuentro con César, advertí que tenía expuesto en la salita de la izquierda del vestíbulo principal de la entrada a su casa un *Sátiro del Valle de las Hespérides* un *gouache* del pintor grancanario Néstor Martín Fernández de la Torre. Al preguntarle, me confirmó que hacía poco que lo tenía en casa y que lo apreciaba no solo por su valor artístico sino porque sentía por Néstor una especial admiración, pues coincidía con él en la forma de entender el arte y en la forma que debe proyectarse la vida de un artista integral.

El *Sátiro del Valle de las Hespérides* fue para Néstor una especie de “marca personal”, que con pequeñas variantes repitió varias veces. Se tienen catalogados seis, pero alguno de sus biógrafos, aseguran que son nueve.

El paralelismo de la vida de César y Néstor, sin haberse conocido, es asombroso, partiendo sin embargo ambos de puntos distintos y finalizando también de forma diferente. Néstor nace y se cría en una familia culta y pudiente que le facilita el desarrollo de su vocación artística. César lo hace en una familia de clase media, con un padre honestamente pragmático que no le da facilidades para sus estudios vocacionales. A partir de ahí, comienzan las coincidencias. Ambos, en la plenitud de facultades y de éxitos, aproximadamente a la misma edad, cada uno en su época (Néstor, a finales de los veinte; César, a finales de los sesenta) abandonan su residencia profesional, Néstor deja París, César deja Nueva York, y se vienen a vivir definitivamente a sus respectivos lugares de origen. Néstor a Gran Canaria, César a Lanzarote. Sin dejar la pintura, inmediatamente tratan de persuadir a sus paisanos de la necesidad de revalorizar el paisaje, de conservar las costumbres propias y la arquitectura popular como base indispensable para la atracción del turismo, como riqueza del futuro. Néstor, más disciplinado con la palabra escrita, recogida en el periódico *Hoy* el 6 de diciembre de 1934 y en su conferencia del 18 de abril de 1936, en la llamada Junta de Turismo de Las Palmas y publicada en 1937 con el título “Habla Néstor” como su *manifiesto identitario*, según el cronista de la época. César más espontáneo y más cercano a la gente, en una prédica permanente y machacona.

Acciones con treinta o cuarenta años de separación, parecen ser llevadas a cabo por la misma persona: el Parador de Tejeda y el Mirador del Río, la parranda de Los Buches y el traje típico canario, el Pueblo Canario y el Taro de Tahíche, respetando siempre el hecho de cada lugar.

Como he dicho, el principio y final de ambos fue diferente. Néstor fallece con solo cincuenta y un años, en 1938, y César con setenta y tres, en 1992, ambos de dos estupideces: una apendicitis y un accidente.

La huella que han dejado ambos también ha sido diferente. Néstor reconocido cicateramente por su misma clase social, César querido y admirado por todos los canarios, con una proyección internacional indiscutible.

César no conoció ni trató a Néstor en vida pero me gusta imaginar que quizás se cruzaron en el parque de Santa Catalina de Las Palmas, un día de 1938, César, con diecinueve años, recién desembarcado del correílo de Lanzarote, y Néstor, con cincuenta y uno, camino de la bonita casita Fataga que estaba construyendo en el mismo lugar. Y si se cruzaron es que se vieron. Néstor diría para sí, “se ve que es un conejero recién llegado”. César pensaría, “qué persona

tan seria, no tiene aspecto de albañil”. No parece tan descabellada la idea pues el padre de César era la persona de confianza de don Luis Correa Medina, el más importante hombre de negocios de Las Palmas, que le alojó en su caserón de la calle Triana, 42. Perfectamente, en aquel 1938 pudieron haber coincidido en Las Palmas, sin conocerse.

Las relaciones de don Gumersindo, el padre de César, con la familia Correa, que inicialmente lo fueron seguramente por razones comerciales, terminaron en una amistad entrañable entre ambas familias, pues Pepe Correa conoció a su esposa Juanita Rijo, de singular belleza, hermana del famoso Moro Notable don Eugenio Rijo que he mencionado en varias ocasiones, cuando se hospedaba en casa de don Gumersindo, en la calle Fajardo, en sus visitas de negocios a Lanzarote. César vivió esos momentos y siguió cultivando esa amistad, incluso después del fallecimiento de su padre.

En enero de 1987, César visita el Museo Néstor en el Pueblo Canario de Las Palmas acompañado de Pedro Almeida, director entonces de este centro. En el libro de visitantes ilustres, dejó este bonito comentario:

En esta media hora rápida que paso por Las Palmas, he tenido la suerte de que Pedro Almeida estaba cerrando el Museo de este extraordinario modernista que pienso es un gran artista, no comprendido en su extensión: Néstor.

Mi única pena es no haber sido su contemporáneo para haberme comunicado con un ser tan lleno de fantasía y sensibilidad.

La riqueza que tiene Gran Canaria con un artista de esta talla internacional no ha sido atendida en la dimensión que se merece.

Gracias a Pedro por este cariño y admiración por Néstor.

Manrique, 29-1-87.

Las estancias de César en Gran Canaria eran cortas pero frecuentes, hasta tal punto que terminó adquiriendo un apartamento en el edificio del Banco Central, en la calle Franchy Roca de Las Palmas e incluso pensó en construirse una pequeña casa de campo en el municipio de Valsequillo, en una pequeña urbanización muy exclusiva —Los Almendros— lindando con un condominio de mi propiedad en el mismo lugar.

Se comentaba entonces en Lanzarote, cuando César ya había saltado a la fama, que Tenerife lo había acogido mucho mejor que Gran Canaria. No fue así en absoluto. Ni César jamás lo comentó. El número de actuaciones en una

u otra isla (murales, exposiciones o encargos privados) fueron prácticamente iguales. Lo que sí ocurre es que la playa de Martiánez, en el Puerto de la Cruz de Tenerife —un encargo privado que se terminó después con financiación municipal— fue espectacular. Por el contrario, el encargo del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria sobre El Confital de Las Canteras se quedó en solo una maqueta, interrumpida su ejecución por el accidente de César. A ello hay que añadir una posible actuación suya en el paraje natural de La Laguna, en el término de Valleseco, por sugerencia de su alcalde —un buen amigo mío—, lugar de no fácil acceso, que quedó en la memoria de César, pues me pidió tiempo para reflexionar sobre cómo tratar uno de los lugares más frondosos, húmedos y bellos de Gran Canaria.

Naturalmente, el comentario de algún sector conejero sobre el supuesto mejor trato recibido por César en Tenerife que en Gran Canaria obedecía más a la tradicional queja de la gente de la isla, que acusaban a las autoridades de Las Palmas de no atender como era debido las aspiraciones de Lanzarote, pues echaban de menos las atenciones que habían tenido de las autoridades de Tenerife en la ya lejana fecha de la unidad provincial. Con estos antecedentes, daban por supuesto que César era mejor apreciado en Tenerife que en Las Palmas, asunto que a César le era absolutamente indiferente pues nunca se sintió discriminado por esta cuestión.

Coincidió casualmente con César en el verano de 1991, en la playa de Los Pocillos mientras yo paseaba por la orilla en bañador. César estaba rodeado de una multitud de gente joven, formando una cadena humana para oponerse a una construcción turística en la parte alta de la propia playa, que la invadía impunemente. Cuando me vio, me pidió que me incorporara a la cadena, lo que hice inmediatamente, contra mi costumbre de participar en actos públicos de esta clase, pero César era César y no podía defraudarle. En aquella ocasión, sin embargo solo obtuvo una victoria parcial que no logró calmarle su indignación, pues el tal edificio terminó construyéndose, solo con algún retranqueo.

Ya en Las Palmas, aquel mismo año, mi sobrino José Juan Ramírez, que ya había sido designado director de la Fundación, me llamó para que tratara de conseguirle un cachorro de perro gran danés, nacido en Gran Canaria. César era un gran aficionado a esta raza canina y había adquirido algunos ejemplares en Barcelona, pero se morían muy jóvenes cuando estaban ya en Lanzarote. Por lo visto, esta raza de perros llevados desde Barcelona no se

adaptaba a nuestro clima. El veterinario le había recomendado que adquiriera un cachorro que ya estuviera aclimatado. No me costó trabajo conseguir uno en Maspalomas —aunque hubo que esperar a que naciera—. Cuando llegó el momento, el propietario tuvo la amabilidad de regalárselo a Jorge Luis, mi hijo más pequeño, entonces de diez años. Estuvo unos días con nosotros en los jardines de mi casa, donde convivió con un cachorro pastor alemán exactamente de la misma edad, raza que era la preferida de mis hijos, nacido con otros siete en nuestro hogar. La diferencia del tamaño de ambos cachorros, en favor del gran danés, era espectacular. A los pocos días César vino a buscarlo y mi hijo Jorge se lo regaló. César quedó encantado y me anunció que le pondría como nombre *Palme*. El pobre *Palme* no sabía que pocos meses después, con su gigantesco cuerpo ya desarrollado, se quedaría un día esperando a César hasta la eternidad.

La última vez que hablé distendidamente con César, cinco meses antes de su mortal accidente, fue la noche del 10 de abril de 1992. Kety y yo asistíamos al acto de la solemne investidura como Doctores Honoris Causa de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, en el Teatro Pérez Galdós, de Alfredo Kraus, el gran tenor lírico, y de Juan Manuel Díaz Rodríguez, gran impulsor de la creación de la Universidad de Las Palmas tres años antes. Al finalizar el acto, cuando acudíamos a felicitar personalmente a los amigos galardonados, coincidimos con César, curiosamente solo. Le invitamos a cenar al Rías Bajas, un restaurante de Las Palmas. Como siempre que estábamos con él, pasamos una noche encantadora. En un momento determinado le pregunté —jironías del destino!— cómo le gustaría morir cuando le llegara su hora. De acuerdo con su estilo, nos contestó fulminantemente: “Completamente desnudo, disfrutando del paisaje dantesco de una gran erupción de lava volcánica en la isla de Lanzarote”.

Como he repetido, César vivió esta última etapa de su vida totalmente integrado en la vida familiar de los Ramírez Marrero. En agosto de 1988, nace la primera hija de José Juan a la que le regala un hermoso *collage*, con la siguiente significativa dedicatoria:

Hoy viernes 12 de agosto de 1988 y a las once de esta mañana llena de un sol caliente y luminoso, ha nacido una preciosa flor con corazón.

A esta flor le pondremos el nombre de Paula, y ya desde hoy ha comenzado tu vibración en el maravilloso espectáculo de la vida.

Con todo mi cariño te deseo el más largo final de tu tiempo, llenos de armonía y amor todos tus espacios.

Tu simbólico padre César, que ya ha comenzado a quererte.

César centró aún más su afecto en Concha Teresa y en su hijo José Juan, y después en sus nietos. Al varón, al que también llamaba Pepín y tuvo en sus brazos al nacer antes que su propio padre, le dedicó otro bonito *collage* el 24 de septiembre de 1992 con el siguiente texto:

Estaba escrito en el tiempo tu aparición con mi presencia para darle a Pepín la bienvenida recogéndote entre mis brazos.

Tu destino estaba claro en mi pensamiento creando la metamorfosis de un pez por saber el engranaje de felicidad que suponía para tu abuelo y tu padre, el estar inmerso en el Atlántico con mares en calma y en contacto directo con la fauna atlántica.

Tu corazón seguirá el ritmo de tu herencia maravillosa.

Estaré siempre contigo.

A las pocas horas de haber dejado en manos de Concha Teresa el *collage* con la sentida dedicatoria, exactamente el día 25 de septiembre de 1992, como si se tratara del argumento de una tragedia griega, César moría en un absurdo y patético accidente. Era inevitable que el hijo de Pepín Ramírez, José Juan, fuera su heredero universal y presidente de la Fundación que lleva su nombre.

Aquella misma tarde, en Las Palmas, conocía la noticia, muy poco después de haberse producido. Sobre la marcha, mi esposa Kety y yo nos trasladamos a Lanzarote. Llegamos a la capilla del viejo Hospital Insular de Arrecife, que hacía de tanatorio, cuando colocaban el féretro con el cuerpo presente de César. Las crónicas de aquella época narran lo que ocurrió desde aquel momento hasta su enterramiento en el cementerio de Haría, al día siguiente, pueblo en el que había fijado su residencia definitiva. Por mi parte, retengo en mi memoria cuatro momentos que me impactaron, en distinta medida, profundamente.

Era de esperar que acudiera “toda Lanzarote” al sepelio, pero lo que me sorprendió, en primer lugar, fue la enorme proporción de gente joven que estaba presente respecto a la gente mayor y madura que en estos casos acude normalmente a un entierro. Grupos de muchachos y muchachas se movían tristes y silenciosos para arrebatar el ataúd a sus portadores, tan pronto



apareció en el umbral de la capilla, y llevarlo en hombros hasta la Iglesia, atravesando en silencio el Charco de San Ginés. Eran chicos y chicas desconocidos, imposible de encuadrarlos en alguno de los círculos habituales de César. Me emocionó deducir que aquello era una muestra del grado de adhesión y cariño popular que había logrado César ganarse con su mensaje regenerador de la isla.

Esta inesperada decisión debió de coger por sorpresa al párroco de San Ginés, don Miguel Lantigua, que dada la condición de no creyente de César no tenía prevista ceremonia alguna por su alma, sin embargo, muy inteligentemente, reaccionó extraordinariamente bien. Abrió la iglesia, se revistió con los ornamentos correspondientes, recibió al cadáver en la misma puerta, lo acompañó hasta un lateral del altar mayor, la nave del evangelio, rezó el responso ceremonial y lo despidió de nuevo en la puerta principal de la iglesia, abierta para la ocasión, como hubiera hecho con la más beata de sus feligresas. Pero hubo una variante en el procedimiento que nunca comenté. El féretro no lo condujo a la nave central del altar mayor, lugar del máximo honor reservado a los creyentes que se lo habían ganado con su fidelidad a la Iglesia, sino discretamente a un lateral muy próximo. Creo que fue un gesto conciliador para calmar la protesta, quizás de algún devoto parroquiano que estuviera escandalizado con el atrevimiento del párroco de recibir con tantos honores a un descreído, tales eran los sentimientos religiosos en aquella época.

Don Miguel Lantigua —entonces un joven sacerdote, hoy un veterano canónigo de la catedral de Las Palmas— pronunció en aquella ocasión una breve homilía, intercalada en la ceremonia como era y es habitual, que me llegó a lo más profundo de mi corazón, anticipándose en veinte años a la prédica del Papa actual. Dirigiéndose a César como si viviera, le dijo con firmeza: “César, cuando llegues al cielo te recibirá Padre Dios que te dirá que te sientes a la diestra de Dios Padre Todopoderoso —el lugar destinado a los santos— porque tú has sido capaz de mejorar la naturaleza que yo he creado”. Estaba muy cerca de mí en la iglesia, en aquel momento, Jerónimo Saavedra, presidente del Gobierno de Canarias, a quien le comenté este pasaje, coincidiendo conmigo en la grandeza de espíritu del sacerdote. Desde luego, en ese último momento en el que César se había despedido de la vida no pudo recibir mejor elogio a su obra artística, mejor que cualquier otro del más afín de sus críticos.

Algunos años más tarde, rememorando esta escena que no me he cansado de repetir en cuantas ocasiones se me han presentado, me atreví a

escribir un cuentito corto que publicó el periódico *La Provincia*. Recreaba allí el supuesto de que este hecho hubiera ocurrido en el siglo XVI, que la rigurosa Inquisición Española hubiera tenido que intervenir acusando de hereje a don Miguel Lantigua, pues de una herejía se trataba, afirmando que César fue capaz de superar al Supremo Creador de la naturaleza. En el cuento, don Miguel es condenado a morir en la hoguera y —como cómplices suyos— también César y Pepín. El texto de este cuentito figura como epílogo a esta obra.

Una tercera vivencia experimentada durante aquellas horas tristes fue la actitud personal de Ildfonso Aguilar. Con la discreción que le caracteriza, se limitó a permanecer sentado solo en un banco de la capilla del hospital habilitada como tanatorio, con un gesto reflexivo junto al féretro de César y en esa postura permaneció un larguísimo tiempo. En algún momento de la madrugada, solo él permanecía en la capilla.

Por último, el enterramiento de César en el cementerio de Haría. Fue su voluntad. Según me contó José Juan, fue un comentario premonitorio del propio César, solo tres meses antes, cuando volaban de Barcelona a Lanzarote donde había realizado su última exposición. El lugar no era el más adecuado, pero así ocurrió.

Entonces debatieron ambos si incineración o inhumación, sosteniendo César que prefería la inhumación, que era más ecológica, si se enterraba en tierra como él quería, y no en un nicho, que lo aterrorizaba. Que fuera en tierra y con una palmera que recogiera en su sabia los restos de su naturaleza material y, desde luego, en el cementerio de Haría, que era pequeño pero muy bonito.

Sin conocer este hecho, a mí me pareció, en aquel momento, absolutamente lógica la decisión de Haría, que iba más con su sencillez y su modestia y su cariño por el pueblo que había escogido para su vivienda definitiva. Una joven palmera trasplantada desde su jardín, como fue su deseo expreso, le acompaña en su última morada. El aparejador Esteban Armas Matallana diseñó el marco sencillo de la tumba.

Causó una cierta desilusión en Arrecife que César no se quedara en el lugar que lo vio nacer, y en el entorno capitalino que él se merecía, pero solo fue una sensación pasajera. No me cabe duda de que Pepín lo hubiera querido tener cerca, pero no llegaron a tiempo de ponerse de acuerdo.

Espero que a alguna nueva generación de prohombres en la isla de Lanzarote se les ocurra levantar un monumento a ambos juntos como responsables primordiales de la prosperidad de la isla, inspirado en el acertado comentario

de Antonio López Suárez, el poeta-ajedrecista amigo de Pepín, cuando tuvo conocimiento de que el Cabildo de Lanzarote les había nombrado Hijos Predilectos de Lanzarote. “Más que hijos —dijo— son los Padres Predilectos de la isla de Lanzarote”.

La última despedida fue una réplica del entierro en Arrecife. Una multitud de gente joven con la misma pinta, arremolinada alrededor de la tumba abierta, que pronto se cubrió de flores con muchísimos más ramos que coronas, estas más “oficiales”, y aquellos más espontáneos. ¿Habían subido desde Arrecife o era un nuevo grupo de Haría? No lo sé. Con mucho, Kety y yo éramos los mayores. Algunos nos miraban de reojo, como si desentonáramos. Eché de menos al párroco de Haría, aunque aquí era más comprensible. Eché de menos unas pocas palabras de alguien, aunque tuvo de positivo que demostraba que aquella masiva y espontánea presencia no estaba organizada. Al final, Kety y yo rezamos un padrenuestro en voz alta y muchos nos acompañaron.

## **En torno a Lanzarote**

En esta síntesis de mis recuerdos del Lanzarote de los años cincuenta del pasado siglo XX, he tenido la oportunidad de mencionar a bastantes personajes que, de una u otra forma, estaban relacionados con los hechos que estaba narrando, pero, obviamente, hay muchas otras que contribuyeron a dar forma a la peculiar sociedad lanzaroteña y que, por una u otra razón, no he tenido la oportunidad de ser más explícitos con ellas.

Se me ocurre, en primer lugar, sin que esto signifique establecer un orden de prelación, recordar a don Román León Villaverde, teniente coronel del Batallón de Infantería que estaba acuartelado en Arrecife. El régimen político que imperaba en España en aquellos años, era de origen militar. Esta circunstancia, unida a su fuerte y autoritaria personalidad, hizo de don Román la auténtica autoridad suprema de Lanzarote sin que realmente nunca la ejerciera, pues todos sabíamos que nada se movía en la isla sin su conocimiento. Hacía poca vida social aunque sí sus numerosos hijos, algunos de los cuales siguieron casados en la isla después de que se marchara su padre. Desde luego era respetado por unos y, seguramente, temido por otros, pero nunca se supo de hecho concreto alguno que lo justificara. Alguna vez lo vi vestido de paisano, cosa poco frecuente, de tertulia con los Moros Notables.

Los oficiales que le sustituyeron en años sucesivos fueron de otro talante, mucho más respetuosos con la autoridad civil, en particular don Andrés González, que, después de su jubilación se radicó definitivamente con sus hijos en Lanzarote. Fue un buen amigo de Pepín, con quien negoció en su momento, como he dicho más arriba, el experimento de demostrar el aprovechamiento de la energía térmica de la Montaña del Fuego.

Otro figura destacada fue Ginés de la Hoz, para muchos, inmerecidamente, el más olvidado de los políticos de Lanzarote. Fue, como he dicho, quien sustituyó a Pepín en la alcaldía de Arrecife cuando este accedió a la presidencia del Cabildo de Lanzarote. Seguramente esa misma circunstancia contribuyó a que las siguientes generaciones se olvidaran de él, pues Pepín y César acapararon entonces todos los titulares. Los medios lo eclipsaron totalmente, pero Ginés merece ser rehabilitado por estas nuevas generaciones.

Tiene en su haber muchos méritos propios. Accedió a la política activa como simple concejal en la corporación que presidió Federico Coll, para continuar como primer teniente de alcalde con Pepín. Todo lo que tenía de alto (seguramente entonces la persona más alta de la isla) lo tenía de sencillo y modesto. Con tesón, empeño y no muchas palabras, durante su gobierno Arrecife dio un importante paso hacia adelante empezando a configurarse lo que es hoy. No es este el lugar más apropiado para analizar las causas por las que disponiendo de la marina, con mucho, más bonita de todo el Archipiélago, desde Los Mármoles hasta pasado El Reducto, se haya configurado una ciudad tan caótica y siempre pendiente de hacerse. Dentro de aquel caos, Ginés trató de poner cierto orden y lo consiguió en una zona concreta: desde el actual Club Náutico hasta la playa de El Reducto, que amplió considerablemente, haciendo desaparecer el pequeño barrio pesquero de La Destila, que poco valor añadía a la ciudad que empezaba a crecer.

Cuando tomó posesión del cargo, él comentó que su objetivo inmediato era el saneamiento del Charco de San Ginés y que ya le había pedido a César, que de la misma forma que había aconsejado para el parque municipal, lo hiciera con el Charco, encargo que César había aceptado encantado. Y así lo hizo. En uno de mis viajes a Lanzarote me llevó al Charco, por encima del cine Atlántida, donde estaban los talleres del Cabildo, para enseñarme una de las primeras acciones de César: agrandar el Charco y acercarlo a la Calle Real.

Le tocó a Ginés lidiar con todo el largo proceso administrativo de la instalación en Arrecife de la primera potabilizadora de agua del mar de Europa,

hito importantísimo, que hizo posible que la utopía turística que César venía predicando fuera posible. Más adelante trataré de dar algún detalle sobre este trascendental proceso, según mis recuerdos.

Ginés tuvo un protagonismo decisivo en la construcción del Arrecife Gran Hotel, con todo lo que supuso después para la transformación de Arrecife, pues fue él quien advirtió formalmente a las autoridades provinciales del grave deterioro del Parador Nacional y del colapso alojativo que podría producirse en Arrecife si este tuviera que cerrarse, como así ocurrió. Y fue Ginés quien ofreció un olvidado solar que tenía el Ayuntamiento en la lejana playa de El Reducto, génesis del Gran Hotel.

Ginés y Pepín Ramírez siempre se entendieron muy bien. Muy parecidos en su forma de ser, Ginés era más popular, Pepín más respetado.

Aunque fue alcalde con posterioridad a Ginés de la Hoz, Rogelio Tenorio de Páiz y su hermano Pepe, que fue consejero del Cabildo, —ambos farmacéuticos— o José Manuel Fiestas —ingeniero industrial—, vinieron a representar en aquella década de los sesenta la incorporación a la vida social de Lanzarote de una nueva generación de jóvenes universitarios que, con sus carreras recién concluidas, iban a influir decididamente en el cambio generacional. Antonio Lorenzo Martín, el hoy cronista oficial de Arrecife, fue otro de los nuevos valores que llegaron en aquellas fechas, del que todos esperábamos una pronta incorporación a la vida activa del pueblo, como así ocurrió, pues fue presidente del Cabildo de Lanzarote con la UCD. A ese mismo grupo habría que añadir las parejas de hermanos Matallana Hernández Lorenzo, Francisco y Alfredo, farmacéutico y médico respectivamente; a Esteban y Miguel Ángel Armas, aparejador y arquitecto; Manolo y Pedro Medina Voltes, farmacéutico y médico.

Junto a estos jóvenes farmacéuticos que ahora llegaban, a finales de los años cincuenta se había abierto la cuarta farmacia en Arrecife (poco después se abriría la primera del interior de la isla en Haría) en La Vega, regentada por Ildelfonso Valls, cuñado de Enrique Quintana Sáenz, perito agrícola que gozaba de gran popularidad en la isla, al igual que varios hermanos. Manolo, que vivía en Tenerife, era nada menos que marqués de Villanueva del Prado, uno de los títulos nobiliarios más antiguos de Canarias y único en Lanzarote. Su otro hermano, Antonio, que creo recordar era de los mayores, nos sorprendió a todos en unas fiestas de San Ginés ganando un concurso de tiro al plato con una magnífica puntuación. Su modesto comportamiento en la vida diaria ocultaba un gran tirador, producto de ser un famoso cazador en toda la isla.

Félix Quintana, que he mencionado como uno de mis amigos más cercanos en aquellos momentos, por nuestra edad, era de la misma saga.

Entre los más jóvenes, pero integrados en la veterana sociedad que encabezaban los Moros Notables, aparte de los mencionados don Rafael y don Pedro Medina, Guillermo Topham, Agustín de la Hoz, Santiago Alemán, don Pedro Hernández Cerdeña, Paco Matallana, la saga de los de Páiz —José María, Marcelino y Bienvenido—, hay que añadir a Andrés Cabrera Velázquez, juez municipal, la autoridad judicial permanente de Lanzarote, respetado y querido por todos, pues los jueces de Instrucción entonces duraban muy poco en sus cargos; Fernando Cerdeña, profesor de Historia del único instituto; Juan Martínez Melgarejo, profesor de Matemáticas del mismo instituto, querido amigo desde Las Palmas, pero oriundo de los Melgarejo de Haría; Emilio Sáenz, abogado y gran conocedor de la historiografía de Lanzarote; Alfredo Matallana, aparejador y gran genealogista; y Agustina Ayala, profesora y escritora, desde luego en aquellos años, la única mujer que expresaba sus inquietudes intelectuales por escrito, por cierto, con mucha valentía y claridad en toda Lanzarote, en una sociedad absolutamente machista. Y no me puedo olvidar de don Domingo Lasso, uno de los comerciantes más queridos de Arrecife. Ante su aparente cachaza, era un personaje activo e inquieto. Su comercio fue uno de los primeros que intentó modernizarse y, como presidente del Círculo Mercantil —La Democracia—, para sorpresa de la vecindad, mientras el Casino debatía sobre su futuro sin tomar decisiones ante un inminente desahucio, don Domingo Lasso, con un caso idéntico en La Democracia, hacía un nuevo edificio en el barrio cercano a La Destila. Junto a don Manuel Arencibia y a don Eugenio Rijo, formó parte de una propuesta de posible Consejo Asesor de la Caja Insular de Ahorros para Lanzarote, que hice en su momento a mis superiores en Las Palmas y que nunca llegó a confirmarse.

El asociacionismo mercantil ha sido siempre la asignatura pendiente de los canarios, y Lanzarote no podía ser una excepción, aunque tampoco en aquellos tiempos, precisamente, las circunstancias fueran muy propicias para ello. He mencionados a Betancort y Coll, que tantas aportaciones positivas hizo a Lanzarote —servicios bancarios, salinas, fábrica de hielo— y ahora recuerdo Afersa —Aquilino Fernández, S.A.—, posterior en el tiempo a aquella, pero que supuso una valiente iniciativa como fábrica de conservas de pescado, para romper el monopolio que ejercían las tres fábricas foráneas existentes hasta

entonces. Aquilino Fernández era un importante armador residente en Las Palmas con fuertes vínculos con los empresarios canariones. Su cuñado y socio en Afersa, también armador, Antonio Márquez —seguramente el más respetado y querido de todos los armadores de la época— rozaba su incorporación a los Moros Notables, con quienes compartía la tertulia con frecuencia, pero seguramente su actividad profesional y una edad todavía temprana, le impedían su completa integración.

La tercera asociación formal era Díaz y Lorenzo S.L., que la menciono solo con un propósito testimonial, por la extrañeza que me produjo que ninguno de sus dos socios fueran profesionales de la actividad que realizaba la sociedad, la construcción en general. Existía cuando yo llegué a Lanzarote y desapareció antes de que me marchara definitivamente. Obviamente, Domingo Lorenzo, uno de los participantes, era el socio capitalista, uno de los terratenientes jóvenes más importantes de la isla. El socio industrial, Enrique Díaz Bethencourt, transitario del puerto comercial, actuaba como director. Enrique era sumamente activo y eficaz. Padre de una familia muy numerosa, tomó la valerosa decisión, frecuente en muchas familias numerosas de entonces, de abandonar Arrecife y empezar de cero en Las Palmas para facilitar los estudios de sus hijos.

Punto y aparte merece don José María Gil, al que recuerdo no sin cierta emoción. Bajito y giboso, tan frecuente en aquellos años, como consecuencia de traumas infantiles mal curados, como era su caso. Ágil, parlanchín, de mirada sumamente inteligente, me sorprendió un día en mi oficina rogándome que le hiciera el favor de redactarle un contrato de compraventa. Traté de disuadirlo diciéndole que yo no era abogado, pero insistió, diciéndome que no le importaba. Por lo visto quedó muy contento con lo que improvisé. Era la primera vez que hablaba conmigo. Ese grado de inesperada confianza en mí, me dejó impactado.

Ya era entonces querido y respetado en toda la isla por su seriedad. Su popularidad era grande por haber sido capaz de organizar, con escasísimos medios, en San Bartolomé —en donde vivía—, el grupo folclórico Ajei de canto y, lo que era más difícil de entender, de baile. Es cierto que en la isla ya existía una gran tradición de música popular y muy buenos intérpretes individuales. Por ejemplo, Guillermo Topham *Guito* lo era con el timple; y, con la guitarra, un Gregorio Medina solterón, que vivía solitario en Yaiza en el cortijo de Muyay, hermano de don Rafael y de don Pedro. Era famoso en todo el Archipiélago el maestro Simón, de la Villa de Teguisse, como fabricante de timples. Grupos

también existían, pero ocasionales y poco numerosos, que se reunían para los carnavales y para los *sangineles*. Recuerdo, recién llegado, que la gente joven de mi generación —Guillermo Morales, Pedro Schwartz, Antonio Arencibia, Rafael Cabrera Cullen...— fue a un baile al aire libre en el muelle de Arrieta amenizado por una “orquesta” compuesta por dos guitarras, una bandurria y un timple. Como era de esperar, no duró mucho. Entre el viento, el escaso ritmo musical, la desconfianza de las niñas de Arrieta —que en realidad eran de Haría— hacia los señoritos de Arrecife, aquello acabó enseguida.

Don José María superó aquella dispersión de aficionados y logró agruparlos en la Ajei, que no tenía grandes figuras individuales, pero sí un disciplinado grupo de muchachos y muchachas que crearon toda una escuela, aportando personalmente algunas novedades musicales recogidas de la tradición popular, como fue el caso del “sorondongo”, o como el baile de las “malagueñas”, con peculiar estilo conejero.

Por mi parte, le profesaba una auténtica admiración. ¿Cómo aquel hombre, con un aspecto físico tan poco afortunado, había logrado liderar un numeroso grupo de aficionados con tendencias tradicionalmente anárquicas en su forma de actuar? Para añadir una nueva dificultad, era un forastero, procedente de la ciudad de Gáldar en Gran Canaria, que había llegado joven a Lanzarote de la mano de un hermano suyo sacerdote. ¿Sería don Antonio Gil, colindante a su derecha, con el “hotelito” de don Luis Ramírez en la Caleta de Famara?

Alguien que lo conoció más íntimamente, vecino como él de San Bartolomé, me dio las posibles claves: don José María era sumamente bondadoso y servicial. Cristiano practicante, sin afección alguna —cosa importante entonces “para ser tenido en cuenta”—, un “manitas” con cualquier clase de artilugio, que se prestaba a reparar sin objeción alguna, explotaba una tienda que “tenía de todo” y hasta hacía de botica. También era propietario de un molino de gofio. Con ese currículo, se entiende mejor su liderazgo.

Claro que esa posición económica que tenía cuando lo conocí —debía de tener ya unos sesenta y cinco años— no la había heredado, sino que se la había ganado a pulso luchando desde muy joven. Él mismo decía que había tenido hasta diez profesiones distintas: vinatero, esterero, hojalatero, platero, fabricante de sifones, chófer, molinero comerciante, sochantre y organista. Vivió hasta los noventa y tres años.

Su gran benefactor fue don Fermín Rodríguez, médico en Arrecife, prestamista y terrateniente importante en la isla, que lo empleó como peón en



las bodegas de su propiedad —en lo que es hoy El Grifo, en La Florida de San Bartolomé—. Algo debió de ver en este este muchacho, que lo envió a Barcelona ¡para que aprendiera a conducir! Lo tuvo como chófer particular durante seis años consecutivos, para terminar asociándose con él en la explotación de un molino de gofio de su propiedad, con maquinaria averiada y que don José María arregló, para, pasado un tiempo, comprárselo. Hoy sigue funcionando con el nombre de don José María.

Se comprenderá mi particular devoción con este hombre excepcional. Obvio es decir la admiración de César con la Ajei y el respeto que le tenía a don José María.

## **Algunos hitos en el desarrollo de Arrecife**

La mejora de las instalaciones del aeropuerto y la construcción del primer dique del muelle de Los Mármoles marcaron el comienzo de la revitalización de Arrecife. En este último caso, la expectativa de su construcción se estuvo esperando impacientemente durante los últimos años de la década de los cincuenta. La solución estaba en buenas manos pues el director del organismo del que dependía su construcción, la Junta de Obras de Puertos Menores, era el ingeniero don Ruperto González Negrín, oriundo de Lanzarote y muy querido en esta isla, con residencia desde hacía años en Las Palmas. El comienzo de las obras fue todo un acontecimiento que Guillermo Topham *Guito* se encargó de transmitir a toda España.

Pero el gran hito de aquellos años, primero para Arrecife y poco después para toda la isla, fue la decisión de Manuel Díaz Rijo —ingeniero naval— de montar una potabilizadora o desaladora —como se dice ahora— en Arrecife, que, anticipadamente y de forma inesperada, resolvió otro de los problemas graves de la ciudad: la escasez de energía eléctrica. En efecto, el procedimiento inicial que se empezó a utilizar entonces para obtener agua potable era el aprovechamiento del vapor de agua, que impulsaba las turbinas para mover los generadores que producían electricidad. Ese vapor condensado era el agua potable. El esquema era muy simple y sencillo. Consecuentemente, el planteamiento de Manuel Díaz Rijo no pudo ser más lógico aunque a todos nos sorprendió de entrada. De pronto, un día anunció que había llegado a un acuerdo con don Antonio Armas para quedarse con la central eléctrica de Arrecife.

Aquella instalación era ya anticuada, pues producía energía consumiendo gasoil, mientras la futura utilizaría vapor de agua, que produciría, a su vez, agua potable al condensar el vapor! Esto permitió mejorar el suministro eléctrico de forma considerable, algunos años antes de disponer de agua potable suficiente. Este fue el primer hito de Manuel Díaz Rijo en Arrecife, del que comúnmente no se habla nada. No obstante, la potabilizadora, fue su obra definitiva.

No tuve ni tengo relación personal con Rijo, con el que he mantenido una conversación larga en una sola ocasión. Lo demás han sido saludos protocolarios. El caso es que Rijo empezó a pasar largas temporadas en Arrecife a partir del año 1957, fecha en la que yo me volvía a Las Palmas. Curiosamente sí tuve más relaciones con su padre, don José, afincado ya en Madrid antes de mi llegada a Arrecife, adonde se había trasladado para dar carreras a sus hijos.

Don José era abogado, secretario del Cabildo de Lanzarote, del Cuerpo Nacional de Secretarios. Con una gran personalidad, fue uno de los Moros Notables de su época. Tenía fama de haber sido un sonado cacique en su tiempo. Era un terrateniente importante en la isla y su padre había sido el promotor y dueño del primer cine-teatro de Lanzarote, el Díaz Pérez.

Supongo que no debía de tener buenas relaciones personales con el delegado de Gobierno en aquella época, Bonifacio Villalobos, pues en las primeras gestiones que empezaron hacer los Díaz Rijo en los años 1958 y 1959 sobre la viabilidad de una potabilizadora, no encontraron el apoyo gubernamental que ellos esperaban, situación que supieron siempre eludir con gran discreción.

Como he dicho, solo tuve una conversación distendida con Manuel Díaz Rijo. Fue en el verano de 1957. Una tarde, temprano, cuando me dirigía desde mi casa al Ayuntamiento en la Avenida Marítima, fue él quien me abordó. Mantuvimos una larga conversación, los dos de pie. Éramos jóvenes. La conversación giró sobre la técnica para desalar el agua del mar, que me explicó de forma sencilla y que yo entendí perfectamente, pues de algo habían de servirme los estudios que había hecho para perito industrial. Me ilustró que esta desalación había dejado de ser una pura teoría y que ya se estaba llevando a la práctica a nivel industrial. En efecto, me enseñó un recorte de una revista con los textos en inglés en la que se informaba de que en Aruba —una isla del Caribe perteneciente a Holanda, aunque ahora como región autónoma— una refinería de petróleo estaba potabilizando el agua del mar para atender las necesidades de la propia factoría, pues la isla carecía de ella. “Si se puede potabilizar para las necesidades de agua de una refinería —me añadió Díaz Rijo— lo mismo

se puede hacer para atender las necesidades de una población civil como es Arrecife”. Y me dio una fotocopia de aquel artículo, que he debido de guardar tan bien —para mí, una auténtica reliquia— que hace años que no me aparece.

Siguió informándome con detalle del bajo coste del agua que se obtuviera con ese procedimiento pues, en definitiva, se trataba de aprovechar el vapor de agua que hasta ahora se perdía en la atmósfera. Este mismo razonamiento lo oiría diez años más tarde en Las Palmas, cuando, con evidente retraso respecto a Arrecife, aquel Ayuntamiento, del que yo era teniente de alcalde, iniciaba el mismo proyecto. Después, en la realidad no fue así, hasta tal punto que la tecnología actual usa otros procedimientos.

Termolansa fue el nombre de la empresa creada por los hermanos Díaz Rijo —Manuel y Pepe, abogado— para llevar a cabo su proyecto, que, inicialmente, como he dicho, se hizo cargo del suministro eléctrico de Arrecife y años después, en 1965, inició la producción de agua potable. Termolansa supuso inmediatamente la apertura del mercado turístico de Lanzarote para los grandes inversores, que ponían como primera objeción la escasez de agua potable. Fue tal el incremento de obras, que la propia Termolansa se vio desbordada al poco tiempo de su funcionamiento, lo que obligó al Cabildo, como entidad pública más representativa de la isla, a intervenir rápidamente para tratar de que no se “viniera al traste” lo que tanto había costado conseguir. Curiosamente, se produjo un cambio de papeles entre el Ayuntamiento y el Cabildo. Hasta entonces había sido el Ayuntamiento de Arrecife quien había llevado el protagonismo en la instalación de Termolansa —bajo el mandato de Ginés de la Hoz que, como he dicho, fue uno de sus grandes aciertos— mientras que el Cabildo se mantenía al margen. Termolansa, proyectada en el municipio de Arrecife, sin embargo, suministraba agua y electricidad a toda la isla. Pero el Cabildo en aquella década, con Pepín Ramírez, había ganado en prestigio y en capacidad económica y ya estaba en disposición de afrontar el problema, sustituyendo al Ayuntamiento de Arrecife.

Pepín se tomó con el máximo interés la situación creada, reaccionando de una forma muy típica, en consonancia con su carácter. De la aparente indiferencia con los problemas de Termolansa hasta aquel momento, que estaban en manos de Ginés, a comprometerse intensamente en la cuestión. Tuvo para ello un magnífico colaborador: el joven ingeniero José Manuel Fiestas.

Me habló de la creación del Consorcio Insular de Agua, iniciativa absolutamente suya, con la que se encontraba entusiasmado (dentro de la parquedad

de su forma de ser). Sería el órgano encargado en lo sucesivo de ocuparse de todos los problemas relacionados con el agua. Inalsa se ocuparía exclusivamente de producir agua potable. Con este Consorcio, Pepín se adelantó en muchos años —como lo había hecho con la ordenación territorial— a los Consejos Insulares de Agua que se establecieron como entes dependientes de cada uno de los Cabildos insulares, impulsados por el Gobierno de Canarias.

Fue un momento delicado y de cierta incertidumbre por parte de los inversores turísticos, que en muchos casos montaron sus propias plantas potabilizadoras, ante el temor de que no lo pudiera hacer Termolansa, pero pronto se superó la crisis con la intervención del Cabildo.

Otro hito muy importante para la modernización de Arrecife fue la construcción del Gran Hotel, en el que Ginés de la Hoz, como he dicho, tuvo especial protagonismo aunque la persona decisoria fuera Federico Díaz Bertrana, presidente del Cabildo de Gran Canaria. La forma en que estaban organizadas las competencias de las Administraciones públicas locales e insulares en aquellos años permitían estas operaciones.

La Mancomunidad de Cabildos de la Provincia de Las Palmas, órgano hoy inoperante, pero que desde el punto de vista jurídico aún sigue existiendo, integrada por los tres Cabildos de la provincia, tenía por objeto auxiliar económicamente las necesidades puntuales que se pudieran presentar en cualquiera de las tres islas. De hecho, estas necesidades estaban centradas en Lanzarote o en Fuerteventura, cuyos Cabildos tenían escasos medios económicos, y era el de Gran Canaria, el que, con cargo a sus ingresos, tampoco demasiados, afrontaba el gasto.

Periódicamente, cuando el Cabildo de Gran Canaria disponía de algún remanente de dinero, el presidente organizaba un viaje con todos sus consejeros a las otras islas, en donde eran esperados como los Reyes Magos, para conocer personalmente sus necesidades y entonces atenderlas en la medida que lo permitieran sus limitadas posibilidades. Por este procedimiento consiguió Pepín financiar algunas de sus carreteras. Merece la pena comentar el estado tan subdesarrollado y precario en que se encontraba Fuerteventura entonces, hasta el punto de que sus autoridades —me comentaba Federico Díaz Bertrana—, resignadas y desmoralizadas con este estado secular tan miserable, no pedían nada. “A lo mejor —me decía Federico— son más felices que nosotros”.

En Lanzarote, las cosas eran distintas. En 1963, se reunió la Mancomunidad en Arrecife. Asistió Ginés de la Hoz, que planteó la urgente necesidad de

sustituir el Parador de Turismo por una nueva instalación más moderna y con mayor capacidad, pues el actual parador estaba en ruinas, y el Ministerio se negaba a repararlo a corto plazo, a pesar de su insistencia. El Parador de Turismo era, desde luego, la única instalación alojativa decente de Lanzarote en aquellos momentos. Era todo un icono en la ciudad. Con escasa capacidad, estaba todo el año ocupado no por turistas —que nos lo había— sino por el movimiento natural de una isla que empezaba a tener cierta actividad económica, además de ser el alojamiento de muchos altos funcionarios que por razones de su trabajo visitaban Lanzarote. Los consejeros de la propia Mancomunidad habían tenido problemas para conseguir alojamiento.

Ginés temía que esta falta de alojamiento rutinario impidiera el ya difícil desarrollo de la ciudad. Federico Díaz Bertrana fue muy receptivo a esta petición pero fue aún más lejos. Ya se había percatado del fabuloso porvenir turístico que podía tener Lanzarote. Conocía bien la isla, como también Fuerteventura, a la que le auguraba que a la larga sería la de mayor desarrollo turístico. Mantenía una buena amistad con Pepín y, consecuentemente, con César y, desde luego, también con Ginés. El alcalde le comentó la imposibilidad de utilizar el emplazamiento del parador aunque consideraba ideal esa opción, pero debía seguir funcionando como alojamiento hasta que se dispusiera de otro mejor. El Ayuntamiento disponía de un solar de 2.000 metros cuadrados en El Reducto que, aunque estaba lejos y a trasmano, tenía la ventaja de poder ser utilizado inmediatamente. Federico, que era muy resolutivo, le dijo que encargara el proyecto arquitectónico para el nuevo parador.

Realmente, de todo este proceso me enteré posteriormente, aunque ya conocía las dificultades por las que estaba pasando la vieja instalación. Entré de lleno en esta operación cuando, un buen día, estando en mi despacho en Las Palmas, me llamó Federico en su calidad de presidente de la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria para decirme que se había comprometido con el alcalde de Arrecife a construir un nuevo hotel en sustitución del viejo parador —que se iba a llamar hotel Mancomunidad como homenaje al organismo en el que había surgido la idea—, pero que ni la Mancomunidad ni el Cabildo de Gran Canaria, que era en definitiva el que financiaba, tenía dinero para ejecutar dicho proyecto por lo que me pedía, en mi condición de director general de la Caja Insular de Ahorros, que le aconsejara alguna solución. “Que se lleve a cabo la construcción de este hotel es muy importante —me añadió— pues puede

ser el modo de que comience en la isla de Lanzarote su desarrollo turístico, única vía para que salga de sus penurias económicas”.

El proyecto había sido encargado por Ginés de la Hoz, con muy buen criterio, a Enrique Spínola —el primer arquitecto natural de Lanzarote—, quien a su vez incorporó para que le ayudara en el trabajo a Jesús Trapero —otro buen arquitecto de Las Palmas— con quien tenía un despacho en común.

Como es natural, acogí el proyecto con la máxima atención por razones fáciles de entender, aparte de mi deber de asumirlo. A Federico le movían razones políticas, pues su deber era promover la prosperidad del territorio que estaba bajo su responsabilidad. A mí, razones mucho más personales, porque había vivido aquellas penurias íntimamente, conocía el esfuerzo que allí se estaba haciendo para superarlas y ahora tenía la oportunidad de ayudar en esa tarea como una forma de demostrar mi agradecimiento a una tierra que me había catapultado hacia el éxito profesional. El destino había puesto en mis manos ser el ejecutor de quienes estaban diseñando el futuro de Lanzarote. Creo no haber desaprovechado la oportunidad.

Como consecuencia del encargo que me había hecho el presidente de la Caja Insular de Ahorros, decidí consultar con algún experto en hostelería sobre si el proyecto que me habían entregado era correcto bajo el punto de vista exclusivamente profesional. Recurrí a Casimiro Mathias Gil, director entonces del hotel Santa Catalina de Las Palmas de Gran Canaria, que gozaba de gran prestigio en toda la ciudad —por algo era el máximo responsable del emblemático Santa Catalina—. Sus consejos fueron definitivos para lo que fue el Arrecife Gran Hotel.

Si se trataba de proyectar un hotel para promocionar la isla de Lanzarote, me dijo, no podía construirse uno convencional por muy moderno que fuera, sino que tenía que edificarse un hotel excepcional, para que los primeros turistas de alto poder fueran atraídos por la novedad del equipamiento, porque no esperábamos que fueran a ver un lugar desconocido. Que una vez en el hotel, ya conocerían las sorpresas de Lanzarote, que se retrasarían al mundo entero por el boca a boca de unos clientes selectos. Que el nombre del hotel tenía que estar acorde con su propósito y que, desde luego, la capacidad del hotel para que fuera medianamente rentable no debía de tener menos de 400 habitaciones.

Con estos consejos, empecé a tener encaminado mi trabajo. Pero me faltaba la cuestión más complicada, que era la financiación de este nuevo

proyecto, con el que yo estaba totalmente de acuerdo, pendiente, como es natural, de la conformidad de instancias superiores, enfoque del que no quería dar cuenta hasta que no estuviera todo terminado. De entrada deseché la posibilidad de que la Caja Insular afrontara sola el tema. En aquellos comienzos, la entidad no estaba muy sobrada de recursos aunque ya estaba creciendo de forma espectacular.

De acuerdo con Casimiro, los arquitectos prepararon un anteproyecto que tenía que alcanzar una altura de 24 plantas para lograr la capacidad deseada —condicionada por disponer de un solar muy reducido— pues lo que no se podía ganar en superficie se ganaba en altura. La cifra que me dieron entre los arquitectos y el propio Casimiro Mathias para el nuevo edificio fue de unos cien millones de pesetas de entonces, totalmente terminado y equipado. El coste final, después, resultó ser muy superior. La cantidad era descomunal. Cuatro años antes, cuando me nombraron director general, esa cifra era el total de recursos de los que disponía la Caja Insular.

¿En dónde se podría conseguir ese capital? Obviamente, había que constituir una sociedad en la que La Caja tuviera una participación mayoritaria para asegurar la ejecución del proyecto. Esto significaba que se tendrían que aportar al menos cincuenta millones —cosa que de inmediato no era posible— pero, dado el ritmo de crecimiento que estaba experimentando, era un compromiso que se podía asumir y en el peor de los casos se podía renunciar a la mayoría y cubrirlo con otras aportaciones ajenas. ¿Pero en dónde estaban esas aportaciones ajenas?

Tuve que ir renunciando a las diferentes posibilidades que podían existir. Que el Cabildo de Lanzarote y los Ayuntamientos de la isla hicieran alguna aportación era una quimera. Yo conocía perfectamente la situación ruinosa en la que se encontraban y la clara imposibilidad que tenían de hacerlo. El Cabildo de Gran Canaria estaba descartado de entrada. Los pocos inversores privados en Gran Canaria, con posibilidad de comprometerlos, me sonrieron con indulgencia. No era un negocio para ellos, pues no se les aseguraba un beneficio sino la promoción de la isla de Lanzarote y eso era una cuestión de las corporaciones públicas y no de los particulares. Descarté un posible crédito, por puro sentido común. ¿En dónde estaban las garantías suficientes que se pudieran ofrecer? ¿Y cómo se pagaban los intereses y las amortizaciones?

Fue entonces cuando se me ocurrió la fórmula inédita en España de “capitalismo popular”. Me la sugirió la lectura en *El Economista* —una modesta

revista periódica que se publicaba en aquellas fechas—, de un amplio comentario sobre el origen de la Volkswagen alemana. ¿Por qué no intentarlo aquí?

Con todos los datos que entonces tenía disponibles y explicándole las dificultades que había tenido y como había tratado de resolverlas, despaché el asunto con Federico Díaz Bertrana indicándole que esta era mi respuesta al consejo que me había pedido. “Es una solución atrevida —me dijo— pero merece la pena intentarlo. Si funciona, se hará el hotel y si fracasa, que lo intenten otros”. El Consejo Directivo de la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria aceptó por unanimidad mi propuesta y me facultó para llevarla a cabo.

Con la natural ilusión, empecé a trabajar con mis colaboradores inmediatos en el desarrollo de la idea. Ginés de la Hoz y Pepín Ramírez, la aceptaron con cierto escepticismo pero, “qué remedio les quedaba”, me dijeron unánimemente.

Se crea así Promociones Turísticas Canarias, S.A. (PROTUCASA) —cuyo nombre inicial fue Actividades Turísticas Canarias, al que tuvimos que renunciar pues esta denominación ya estaba inscrita en el Registro Mercantil—. El objetivo social lógicamente se amplió pues, nacida inicialmente para financiar el Arrecife Gran Hotel, pensamos que si servía el procedimiento para Lanzarote también serviría para el resto de las islas, como así ocurrió.

En la campaña realizada para la captación de socios no se garantizaban ganancias inmediatas sino un futuro seguro que haría posible que hasta la persona más modesta pudiera beneficiarse de la riqueza que se iba a generar en los años venideros en toda Canarias, para que no quedara en manos de unos pocos. El valor de cada acción fue de 10.000 pesetas y se daba, además, cierto plazo para pagarlas.

Finalizado el plazo para suscribir acciones, el resultado fue un fracaso porque se trataba conseguir dinero con carácter urgente. Sin embargo, hubo elementos positivos que impulsaron al Consejo Directivo de La Caja a seguir con el proyecto —que terminó consolidándose a los pocos años de su creación— haciendo posible que existiera el Arrecife Gran Hotel y otros importantísimos establecimientos en la Playa del Inglés, en Gran Canaria, y en Tarajalejo, Fuerteventura.

Se obtuvieron diez millones de pesetas, de los cincuenta como mínimo programados. Este fue el fracaso. Sin embargo, en los pocos meses que habían transcurrido desde que surgió la idea y fue posible llevarla a cabo, el crecimiento de La Caja había sido tan grande que le permitió sumar los cuarenta



millones no suscritos y los cincuenta propios, con lo que la configuración definitiva de la sociedad quedó en diez millones de particulares y noventa de la entidad de ahorros.

Aspecto positivo de aquella suscripción, obviamente original y de gran contenido social, es que la popularidad de la Caja Insular se incrementó notablemente. Los diez millones fueron suscritos por ciento cuarenta socios, todos de Gran Canaria, salvo uno de Lanzarote. Dos empresarios de Las Palmas, poco conocidos, suscribieron dos millones cada uno —con lo que quedaron incorporados inmediatamente al Consejo de Administración de Protucasa—. Y a los pocos meses otro grupo de profesionales de Las Palmas adquirió catorce millones.

Por desgracia para esta bonita idea, a partir de 1977, cambió el equipo directivo de la Caja Insular de Ahorros, que introdujo una nueva forma de entender los fines de la entidad y que concluyó con la desaparición de Protucasa. Fue una ocasión perdida para Canarias, y quizás para España, de introducir una forma novedosa de asociar los intereses de toda una clase media.

Pero volviendo a lo que realmente importa en este escrito —la génesis del Arrecife Gran Hotel y lo que supuso para Arrecife—, como ejecutor de este proyecto, mi trabajo no había hecho nada más que empezar.

De todas estas incidencias teníamos perfectamente informados a Ginés y a Pepín, aunque este, siguiendo su forma de actuar, se mantuvo siempre al margen. Era un asunto exclusivamente municipal.

Se adjudicaron las obras a la empresa Obrascon, vinculada al Banco de Bilbao, y cuando estábamos a punto de iniciarlas Ginés de la Hoz me llamó alarmado porque se había levantado una ola de protestas en Arrecife contra el volumen que iba a tener el hotel —al que calificaban de mamotreto—, y que el principal instigador de esta “revuelta” era un joven abogado de Arrecife que se llamaba Paco Gómez —como he dicho más arriba, sustituyó a Pepín como presidente del Cabildo—, a quien yo entonces conocía de referencias y nada más —aunque años después hice una muy buena amistad con él—. Estaba al tanto de la opinión negativa de César, por el mismo motivo, pero aún no lo había comentado seriamente con él pues cuando había salido el tema en nuestras conversaciones ocasionales, yo no le había dado nunca seguridad de que el proyecto saliera adelante, por las enormes dificultades que tenía. Pero la verdad era que yo mismo estaba buscando pretextos para eludir el encuentro, que algún día ocurriría, por las dificultades que seguro iba a tener con él.

Lo de Paco Gómez fue inesperado. Le pedí que me recibiera. Lo hizo enseguida. Inmediatamente me desplazé a Arrecife. La entrevista fue muy dura. La tomé como un entrenamiento para la que iba a tener con César. Paco Gómez era de pocas palabras pero muy conciso y racional. Yo le expuse nuestros argumentos: los de Ginés, Pepín, Federico Díaz Bertrana, Casimiro Mathias, los miembros del Consejo Directivo de la Caja Insular y la confianza que habían puesto en el porvenir de Lanzarote ciento cuarenta modestos accionistas de Protucasa. Añadí, naturalmente, los míos propios, derivados de mi experiencia y conocimiento de Lanzarote, y de la ilusión que nos había contagiado a todos el predicamento de César sobre el porvenir turístico de Lanzarote. Concluí insistiendo en que la desmesurada altura no era una decisión arbitraria con fines especulativos ni en beneficio personal de algunas personas, sino una necesidad si queríamos que Arrecife tuviera un alojamiento decente que pudiera sostenerse por sí mismo en un largo futuro y si queríamos que el Lanzarote turístico que todos queríamos se promocionara eficazmente en el exterior. A regañadientes accedió a no seguir su campaña en contra de la altura del Arrecife Gran Hotel —que aún no tenía ese nombre— con una condición: que César diera también su visto bueno. Me quedé sumamente satisfecho. Habíamos superado uno de los últimos escollos aunque todavía nos quedaba el principal.

Paco Gómez había actuado en solitario. No tenía relaciones con César ni, hasta aquel momento, prácticamente con sectores significativos de la sociedad de Lanzarote, pero era un líder natural que a pesar de su juventud era respetado por todos, seguramente porque dedicaba todo su tiempo a su despacho de nuevo abogado en Arrecife sin entrometerse en otras cuestiones. Su intervención fue sonada.

Y llegó el momento de abordar a César. Aquí, como es natural, tuve un buen aliado en Pepín Ramírez a efectos de concertar una entrevista formal, porque, por lo demás, Pepín, siguiendo su costumbre, fue un “invitado de piedra”.

La entrevista fue mucho más corta en lo referido al tema principal, pero para mí mucho más tensa. César estaba al tanto por Pepín, y ocasionalmente por mí, de todo el argumentario que había utilizado con Paco Gómez, por lo que pronto llegamos “al sí o al no de la altura”. César era muy pragmático y seguramente se lo traía pensado, pues me dijo rápidamente que la única forma que podría justificarse esa altura, es que las instalaciones fueran de superlujo,

como se merecía Lanzarote. No me fue difícil darle mi conformidad, que en todo caso iba en la línea del hotel excepcional que había sugerido Casimiro Mathias, y le añadí que le rogaba que aceptara supervisar personalmente la marcha de las obras y de sus instalaciones, para que todo se hiciera de acuerdo con su criterio. César aceptó el desafío.

Se contrató a unos decoradores catalanes que nos recomendó César y que fueron sus colaboradores durante toda la obra. Por mi parte, me permití sugerir que, dentro de lo posible, se utilizara a los carpinteros de la isla para todos los trabajos en madera, pues recordaba que eran unos magníficos artesanos, como así se hizo.

Las pinturas que figuraban en todas las dependencias y habitaciones del hotel eran originales de autores contemporáneos escogidos por César, quien prohibió tajantemente utilizar litografías o copias por muy famosos que fueran sus originales. Aparte de los murales que le encargamos, hoy desaparecidos, César aportó una lámpara gigante que colgaba del gran hueco del vestíbulo central, también desaparecida.

Todos estábamos obsesionados con el perfeccionismo que tenía que tener el hotel, lo que retrasó enormemente su inauguración. Proyectado mucho antes que el hotel Los Fariones, por ejemplo, se abrió al público mucho después.

Una de las razones que demoraron las obras, cosa que hoy en día sería inconcebible, fue la instalación del aire acondicionado, que no había sido proyectado inicialmente. En aquellos años, muy pocos establecimientos lo tenían en España e incluso en Europa. Era una extravagancia americana. El Arrecife Gran Hotel lo incorporó, pero tuvo que superar enormes dificultades técnicas por la novedad de su montaje.

En definitiva, se logró el hotel emblemático que todos habíamos soñado y que no hubiera sido posible sin la participación de una institución sin ánimo de lucro, como fue la desgraciadamente extinguida Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria. La Caja lideró el entendimiento entre todas las autoridades y personalidades implicadas en el proyecto, entre las que debemos incluir algunas hasta ahora no nombradas, como las relacionadas con el derecho del Estado en la costa marítima o en la ahora llamada Autoridad Portuaria. El instrumento que utilizó la Caja Insular fue Protucasa.

Sin embargo, honestamente, hay que reconocer que no cumplió plenamente los objetivos para los que fue proyectado, debido a la tardanza en su inauguración, el 14 de septiembre de 1970. Como alojamiento en sustitución

del parador, se abrieron antes el hotel Miramar y el Lancelot. Como promoción del turismo, el hotel Las Salinas y, especialmente, el hotel Los Fariones.

Cumplió, sin embargo, otro objetivo no programado especialmente al principio: el adecentamiento de la zona urbana de El Reducto y de La Destila, que marcaría el Arrecife moderno. Ginés de la Hoz llevó a cabo una ampliación muy importante de la modestita caleta de lo que era entonces la playa de El Reducto, acondicionándola con jable procedente de las dunas de Soo. La llevó prácticamente hasta su dimensión actual. Federico Díaz Bertrana, como presidente de la Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, institución iniciadora de lo que después fue el Arrecife Gran Hotel, para el “que no tenía dinero”, sí lo consiguió, sin embargo, para asfaltar desde la Delegación hasta la avenida Mancomunidad y financió el cerramiento de la costa desde el Casino Club Náutico —hoy Real Club Náutico de Arrecife— hasta el nuevo hotel, lo que permitió la aparición del nuevo parque Islas Canarias. El Cabildo de Lanzarote asfaltó el enlace desde la carretera del aeropuerto hasta el flamante hotel. Protucasa adquirió en obras el hotel Lancelot y lo amplió inmediatamente —para que entrara en servicio lo antes posible— construyendo en su parte posterior una residencia para empleados del hotel, que tuvieron que contratarse en otras islas por no existir profesionales cualificados en Lanzarote. En la planta baja se instaló una lavandería industrial para uso de los dos nuevos hoteles. La Caja Insular, a través de su filial inmobiliaria Tagor, edificó treinta y ocho viviendas, junto al propio Lancelot. El cambio del paisaje urbano en aquel lugar, para mejor, fue espectacular. La Caja Insular, por su parte, y en las mismas fechas, construyó el edificio emblemático que nominó México, en la calle de La Inés, y otro en las Dos Esquinas —en la casa de los Sáenz—, a la vez que montaba una planta de investigación experimental para cultivos hidropónicos en un invernadero de cristal en Maneje.

Nunca en Lanzarote se habían coordinado entre sí tantas instituciones —Mancomunidad de Cabildos, Cabildo de Lanzarote, Ayuntamiento de Arrecife, Demarcación de Costas y Puertos, Caja Insular de Ahorros y Protucasa— para el objetivo común de tratar de mejorar la pequeña y vetusta ciudad de Arrecife.

Como anécdota final de esta historia centrada en el Arrecife Gran Hotel, recuerdo que, cuando se intentaba encontrar un nombre más adecuado que sustituyera al de hotel Mancomunidad, surgió el de Arrecife Palace, que se

intentó registrar pero que no fue posible por la oposición legal del hotel Palace de Madrid, que tenía la exclusiva entonces de ese nombre en el territorio nacional.

## **Algunos hitos en el desarrollo de Lanzarote**

Inicialmente, el desarrollo de Lanzarote estuvo ligado al desarrollo del propio Arrecife, del que siempre había dependido. Obviamente, cuando Arrecife dispuso de agua y energía eléctrica era tanto como decir que ya lo tenía toda la isla. Cuando mejoraron sus comunicaciones, a través de la ampliación del aeropuerto o del nuevo puerto de Los Mármoles, la mejora repercutió en toda la isla. Pero, poco a poco, esa dependencia fue cambiando de signo hasta llegar al momento actual en el que la vida económica y social de la isla es autónoma con respecto a la de Arrecife.

Fue el hotel Los Fariones el indiscutible pionero del despegue hotelero y turístico de Lanzarote, seguido inmediatamente por el hotel Salinas de Costa Tegui, propiedad de la empresa Río Tinto, que puso su espléndida ejecución en manos de César y de su amigo el arquitecto Fernando Higuera.

La adquisición por la empresa multinacional Río Tinto de la inmensa finca de La Maleza de don Abraham y su urbanización, al norte de Arrecife, fue el espaldarazo definitivo para asegurar el porvenir turístico de toda la isla. Muchos nos preguntábamos entonces qué encanto tenían aquellas tierras áridas, secas y ventosas, sin playas significativas, para que fuera adquirida por una cifra que nunca se había escuchado en todo el Archipiélago. Todo aquello solo tenía un significado: César Manrique no estaba solo promocionando con su palabra a su isla, sino que unos forasteros sin sentimentalismos patrioterios habían entendido el mensaje y, de las palabras pasaron a los hechos. Fue un acto de fe en Lanzarote que pronto contagió a una multitud de nuevos inversores de toda Europa.

Protucasa trató de seguir su ejemplo. Las responsabilidades de mi cargo como consejero delegado me obligaron a ello. Terminada la operación “quijotesca” del Arrecife Gran Hotel, el Consejo de Administración me pidió que les propusiera algunas operaciones que generaran beneficios inmediatos para los accionistas que habían confiado en la idea de una sociedad anónima con participación popular, pero todos estábamos aprendiendo en aquellos momentos

cómo el turismo podía generar riqueza y no era obviamente fácil encontrar una solución. Lo que parecía claro a primera vista era seguir el camino que en su día había iniciado en Lanzarote el belga Van Dhal, al que imitaron algunos pequeños inversores de la propia isla y cuyos pasos acababa de culminar Río Tinto con la adquisición de grandes fincas. Es decir, se trataba de adquirir terrenos con perspectivas de ser utilizados para fines turísticos en el futuro, al más bajo precio posible, para ser vendidos más tarde a operadores turísticos que los necesitaban para sus actividades naturales. Obviamente era una operación especulativa, en el mejor sentido que tiene esta palabra, que goza de tan mala prensa, pero que es la esencia de esta clase de negocios. Protucasa estaba contribuyendo a incrementar estas perspectivas, pues con su importante inversión en el Arrecife Gran Hotel y en el Lancelot Playa, estaba evidenciando que creía en el futuro turístico de la isla, originando una plusvalía generalizada de los terrenos de la que se estaban beneficiando otros.

Propuse al Consejo de Administración de Protucasa, por tanto, que también nuestra sociedad debía de entrar en este juego, pues carecía por completo de esta clase de patrimonio, como así se acordó. Con esta autorización me dediqué a localizar algún terreno —que tenía que ser costero— que sirviera para este fin. Tenía a mi favor la ventaja de conocer muy bien la geografía de toda la isla, desde luego mejor que muchos hijos de aquella tierra, propiciada en parte por mi particular curiosidad y en parte también, por disfrutar de un medio de transporte muy adecuado para las malas comunicaciones existentes —un jeep del delegado de la compañía Iberia— durante los primeros años de mi estancia en Arrecife.

De todas formas, para la búsqueda de estos terrenos llegábamos tarde. Entre Van Dhal y Río Tinto habían copado todo el espacio disponible. Aquí habría que recordar que aparte del fabuloso beneficio que obtuvo para sí el belga Van Dhal, prestó sin embargo un importante servicio a la isla, pues ofertó, correctamente agrupadas en escrituras públicas, propiedades que procedían de un sinfín de documentos privados y de insignificantes fincas fragmentadas, labor a la que dedicó mucho tiempo. Esta circunstancia facilitó enormemente a los nuevos inversores el inicio de sus operaciones.

Alguien me sugirió la zona de Playa Blanca, pero se trataba de bienes comunales, procedentes del desaparecido Ayuntamiento de Femés, que el entonces alcalde de Yaiza, que los había absorbido, prefería, con muy buen criterio, gestionarlos él mismo. Cerrada esta posibilidad fue cuando caí en la

cuenta de La Santa, lugar prácticamente desconocido entonces por los habitantes de Lanzarote.

Se accedía desde Tinajo o Soo, por caminos de tierra. No era lugar de paso para nadie. Estaba en la costa norte, violentamente castigada por el mar y por los alisios dominantes, pero tenía a mi juicio tres o cuatro atractivos. El propio mar —la otra cara de Lanzarote—, un contraste visual quizás atractivo para cierta clase de turistas. Un pequeño lago interior de agua de mar tranquila y sin olas, susceptible de ser ampliado y mejorado con arena de playa. Una isla o isleta redonda adosada a la costa, llana y con una superficie de un millón de metros cuadrados y unas típicas y fotogénicas salinas. Llevé a César Manrique, que también le encontró muchas posibilidades. El Consejo de Administración de Protucasa lo visitó en pleno y dio su visto bueno para que se iniciaran las gestiones para su adquisición.

A partir de ese momento mi postura fue incómoda pues iba a ser juez y parte ya que aquellos terrenos eran de mi familia política. El Consejo conocía la situación y se limitó a indicarme que presentara una propuesta, que ellos decidirían. La operación terminó cerrándose con un pacto de asociación, no de venta. Al cambiar el Consejo de Administración de Protucasa y cesar mi cometido, el nuevo Consejo terminó comprando a mi familia política su parte en la sociedad.

Parte de la opinión pública de Lanzarote y de Las Palmas criticó duramente aquella operación, por razones espurias y por considerar además que el lugar no era adecuado para una instalación turística. Hoy es uno de los centros turísticos más representativos de Lanzarote y, en su momento, uno de los hitos importantes que marcaron el desarrollo turístico de la isla.

En aquella ocasión, César nos recomendó al famoso arquitecto madrileño Juan Manuel Ruiz de la Prada para que ejecutara el proyecto de la urbanización de La Santa, quien lo haría bajo su supervisión. Le comenté entonces que tenía la ocasión de desquitarse —poniendo las alturas que él creyera conveniente en la nueva obra— de la altura que excepcionalmente yo le había pedido para el Arrecife Gran Hotel.

Creo también que como hito habría que señalar, en aquellas fechas, el cambio en la mentalidad de un par de bodegueros de Lanzarote que arrastraron tras de sí, con su ejemplo, al resto de sus vecinos. Merece la pena subrayar esta cuestión aparentemente baladí para algunos, pero al menos para los que éramos forasteros, la principal seña de identidad de Lanzarote en aquellos años

lejanos, incluso superior al accidente geológico de la Montaña de Fuego, eran las uvas de La Geria y, en particular, sus moscateles como frutas de mesa. Los vinos que entonces se elaboraban con aquella exquisitez, según los entendidos, eran de lamentable calidad, impropia de la materia prima. Por eso nos sorprendió gratamente cuando, de forma inesperada, en el despertar turístico de la isla se empezaron a degustar unos magníficos vinos elaborados por la bodega Mozaga, propiedad del doctor don Manuel Rodríguez-Bethencourt —médico ejerciente en Madrid, hijo del famoso médico y terrateniente de Arrecife don Fermín Rodríguez—, que había introducido una modernísima maquinaria para elaborar los vinos y contratado a un experto enólogo.

Poco después, en la misma línea de utilizar esa nueva tecnología, unos sobrinos suyos —la familia Otamendi Rodríguez-Bethencourt—, en una vieja bodega de La Florida, probablemente la más antigua de la isla, herencia también de don Fermín, embotellaron nuevos vinos, denominados El Grifo, con una etiqueta diseñada por Manrique. César quiso colaborar con una iniciativa que él mismo comprendió enseguida que era un añadido de calidad en el entorno del nuevo Lanzarote.

En muy corto período de tiempo, todos los bodegueros de la isla siguieron el mismo camino. Lanzarote había dado un paso más en su rehabilitación. Sus magníficas uvas tenían ahora una digna continuidad.

Ahora, cuando Lanzarote disfruta de indudable prosperidad, sus hijos más preclaros no deben nunca olvidar, por un elemental principio de agradecimiento, que todo ese bienestar ha sido posible gracias a unos antepasados recientes que se llamaron César Manrique y Pepín Ramírez, que contaron en su entorno con unos pocos más que confiaron entonces en su forma visionaria de ver el futuro, entre los que yo me atrevo a recordar como fundamentales a Ginés de la Hoz, a Manuel Díaz Rijo, y a los canariones Virgilio Suárez Almeida, Federico Díaz Bertrana y a —su sustituto en la Mancomunidad de Cabildos, Cabildo de Gran Canaria, Caja Insular de Ahorros y Protucasa— Juan Pulido Castro.

Es la Fundación César Manrique la depositaria de aquel maravilloso legado que dejaron César y Pepín para sus paisanos. Ahora, es la propia Fundación la que ha asumido la delicada responsabilidad de interpretarlo para las presentes y futuras generaciones.





## **A modo de epílogo**



## Aclaraciones del autor

Aquel 26 de septiembre de 1992, de forma espontánea, pues no estaba programado, el grupo de jóvenes que portaban a hombros el féretro con el cadáver de César Manrique lo introdujeron en la Iglesia de San Ginés de Arrecife, siendo recibido en la puerta principal por el cura párroco don Miguel Lantigua. La numerosa comitiva que acompañaba al féretro, entre los que me encontraba con mi esposa, fuimos conducidos hasta un lateral del altar mayor, lugar en el que se rezó el tradicional responso.

Terminado el mismo, que fue seguido con respetuoso silencio por todos los que allí estábamos, don Miguel pronunció unas palabras esperanzadoras para el alma inmortal de César, pero que me impactaron fuertemente: “César, cuando llegues al cielo te recibirá Padre Dios diciéndote que te sentará a su diestra porque tú has sido capaz de mejorar la naturaleza que Él ha creado”.

Para mí, como creyente, era el mejor elogio que había recibido César en toda su tristemente truncada vida, con el añadido que provenía de un sacerdote católico dirigiéndose a un agnóstico reconocido. Este gesto de auténtico cristiano de don Miguel me emocionó.

Desde luego, tuve entonces la certeza de que aquel justo elogio debió de pasar desapercibido a casi todos los presentes. Nunca oí comentario alguno al respecto. Por mi parte, no he cesado de repetirlo en cuantas ocasiones me

han invitado a que hable de César, pero siempre me pareció que este recuerdo entrañable no podía quedar exclusivamente reseñado en mi memoria, sino que debía de permanecer por escrito al alcance de las futuras generaciones. Fue cuando, hace unos años, se me ocurrió escribir un cuento corto —publicado por el periódico *La Provincia* de Las Palmas de Gran Canaria— que recogiera esta bonita anécdota.

Ahora me ha parecido que este cuento, que he actualizado en la forma permaneciendo el fondo igual, pudiera ser un buen final para rematar estos recuerdos de aquel extraordinario tándem que fueron César Manrique y Pepín Ramírez.

Se trata, naturalmente, de una broma con matices irónicos sobre algunos personajes que he querido y admirado sinceramente y, a su vez, un pretexto para recrear con breves pinceladas las circunstancias y lugares que tanto han significado en mis recuerdos. Por eso le he dado una breve vida al convento de Santo Domingo o a los Castillos de Guanapay y San José, o he saltado desde el Islote del Francés a la Isla del Amor con *La Fermina* que yo conocí, o he enfrentado la poderosa Villa con el minúsculo Puerto de Arrecife. O he relacionado algunos de los sorprendentes y variados productos de una isla tan sumamente árida.

Creo que todos los personajes son fácilmente identificables con los reales que figuran en *Dos líderes canarios en su contexto histórico* aunque hay algún “colado” como es el caso de Heraclio Niz o los dominicos Torquemada, Deza y Arbués, figuras históricas de la Inquisición española. Pero todo girando en torno al merecido piropo que recibió César Manrique de un cura valiente que se llama don Miguel Lantigua.

## **César Manrique y la Inquisición española (cuento)**

En el claustro del convento de Santo Domingo en la Villa de Teguisse, capital de la isla de Lanzarote, un 25 de agosto del año del Señor 1730, se reunía el Tribunal de la Inquisición de aquella demarcación, en sesión extraordinaria, para debatir la causa iniciada en el Puerto de Arrecife contra el ecónomo de la pequeña ermita de aquella parroquia, consagrada a San Ginés Obispo.

La denuncia contra el cura ecónomo don Miguel de la Antigua había sido presentada por las diecisiete familias de pescadores que entonces constituían la totalidad de los habitantes del Puerto. La causa era que este cura había

afirmado durante un sermón en la misa del domingo que, cuando un tal César Manrique muriera, Padre Dios lo llamaría y le diría: “César siéntate a la diestra de Dios Padre, porque tú has sido capaz de mejorar la naturaleza que Yo he creado”.

¿Cómo era posible que un sacerdote afirmara que un simple ser humano, aunque se llamara César Manrique, fuera capaz de mejorar, de tener más poder que el Supremo Creador que era nada menos que Dios?, se preguntaban escandalizados los buenos feligreses. Esa afirmación era una horrorosa herejía que debía ser castigada por la Inquisición.

En efecto, aquella era la causa por la que se reunía el Tribunal de la Inquisición en aquella calurosa mañana de agosto.

El Tribunal estaba constituido por tres frailes de la Orden de Predicadores de los Dominicos, famosos por su sabiduría y santidad. Lo presidía el Inquisidor General Fray Tomás de Torquemada, entonces un joven presbítero, que en el transcurso de los años llegaría a ser inquisidor general de Castilla y Aragón. Actuaba como acusador el Procurador Fiscal Fray Diego de Deza, extraordinario predicador sagrado que arrastraba con su oratoria a una multitud de seguidores inquebrantables de toda la isla. El tercer miembro del Tribunal, era el Nuncio Fray Guito, responsable de difundir por todo el arciprestazgo las resoluciones del Alto Tribunal. Actuaba como alguacil un subdiácono de la Orden de los Dominicos, que auxiliaba al Tribunal, sin intervenir en sus deliberaciones. Se trataba del Hermano Heraclio Niz, conocido por *El Pollo* por su enorme fortaleza física.

En la convocatoria de la reunión, el Inquisidor General había dejado perfectamente claro que el objeto de la misma era dictar el veredicto correspondiente, habida cuenta de que en reuniones anteriores ya se había dictaminado la culpabilidad de los reos no sin un largo y acalorado debate, puesto que Fray Guito, que, por cierto, era el único que utilizaba espejuelos fijos, ante la sorpresa de los asistentes, se había convertido en defensor del acusado. El Inquisidor se vio obligado a recordarle severamente, con el apoyo firme del Procurador Fiscal, que en las normas seculares del Tribunal no estaba autorizada la figura de un defensor por lo que de continuar con esa actitud se vería obligado a calificarle también de hereje. Ante esta dura reprimenda, Fray Guito, refunfuñando para sus adentros, apaciguó sus intervenciones. Se consoló un poco votando finalmente en contra de que las palabras del cura De la Antigua fueran una herejía. Pero de nada le valió, pues Fray Tomás de

Torquemada y Fray Diego de Deza lo hicieron a favor, ganando por mayoría. Ahora, en esta nueva reunión, había que decidir la pena que había que imponer a los imputados.

En su convocatoria, el Inquisidor General recordaba algunas de las sanciones que podrían imponerse: desde vestirlos de “sambenitos” hasta morir ardiendo en una hoguera.

Resultó ser que, además del ecónomo don Miguel de la Antigua, también resultaron encausados César Manrique, como transgresor causante de la herejía, y Pepín Ramírez, vecino de Las Caletas, como íntimo colaborador del tal César.

Fue el Hermano Heraclio, en tanto que alguacil de la Inquisición, quien procedió a la detención de los tres, que no opusieron resistencia alguna, ante la alegría del apesadumbrado Hermano Heraclio, que era amigo íntimo de ellos, al que no le quedaba más remedio que cumplir con su deber.

Con suma delicadeza los condujo en tres camellos —el Hermano prefirió ir a pie, como correspondía a su humilde condición— hasta el Castillo de Guanapay, calabozo exclusivo de la Inquisición, en el que figuraba como Alcaide Mayor Luis el del Moral, famoso encargado de Obras, que había sido designado Alcaide por su fama de competente y eficaz. Este Luis el del Moral había sido la mano ejecutora del condenado César y, milagrosamente, había pasado desapercibido como acólito suyo, seguramente por la modestia de su carácter.

El tal Luis, contagiado del espíritu naturalista de su maestro, había plantado, cuidado y mimado un extraño arbusto en la isla llamado moral, que tenía como frutos unas exquisitas moras, de ahí el sobrenombre por el que se le conocía. Con los años, aquel bonito árbol se reprodujo en un conjunto de hijuelos que se conocían como los morales de Los Valles, lugar en donde fueron plantados, y de ahí el apellido Morales que adoptaron los descendientes del Alcaide del Castillo de Guanapay.

El Castillo carecía de mazmorra, donde era obligatorio que residieran los reos de la Inquisición, pero el habilidoso Luis del Moral, de acuerdo con su antigua profesión, improvisó un aljibe en desuso como “residencia” de sus amigos, que vivieron allí varios meses, si no con comodidad, al menos sin demasiado calor.

El Alcaide era un buen tertuliano por lo que todos los días se reunía con sus tres detenidos para hacerles más llevadero su encarcelamiento, naturalmente,

sin el conocimiento del Inquisidor General ni del Procurador Fiscal, que no lo hubieran admitido.

Con cierta frecuencia se unían a la tertulia Fray Guito y el Hermano Heraclio, ocasión que aprovechaba el Alcaide Luis del Moral para sacar su guitarra, pues era un buen tocador y organizar un tenderete con Fray Guito, experto timplista, y con la buena voz del Hermano Heraclio. En estos casos, César y don Miguel acompañaban con sus palmas mientras Pepín hacía de experto espectador. Un buen día descubrieron que don Miguel de la Antigua tenía una buena voz educada en el mejor gregoriano, por lo que todos insistieron en que se arrancara con una isa. Se resistió durante algún tiempo, pero al fin accedió con la condición de que cantarías las isas en latín, para estar más acorde con su condición sacerdotal. Todos lo aprobaron por unanimidad. Nunca el castillo de Guanapay estuvo más cerca del cielo que en aquella ocasión. Pero aquella buena vida iba a durar poco.

El 25 de agosto de 1730 empezó la reunión del Tribunal con la acostumbrada puntualidad. El presidente Inquisidor General Fray Tomás de Torquemada cedió la palabra al Procurador Fiscal Fray Diego de Deza quien, con su espectacular y brillante oratoria, relató con precisión todo el proceso de lo ocurrido, proponiendo como única forma de exterminar tan horrorosa herejía que el culpable de la misma y sus dos secuaces fueran condenados a morir en el fuego de una hoguera que tenía que ser monumental.

El presidente Inquisidor General manifestó inmediatamente su conformidad con la propuesta que ratificó con su proverbial elegancia y sobriedad, haciendo esfuerzos por disimular su alegría, que no pasó desapercibida ni para Fray Guito ni para el Hermano Heraclio, que estaba discretamente sentado en un rincón del recinto.

Fray Guito trató de argumentar en contra de la propuesta de Fray Diego, pero Fray Tomás de Torquemada lo interrumpió tajantemente con la autoridad que se le había conferido, advirtiéndole que solo podía manifestar su conformidad u oposición a la propuesta del Fiscal. Resignado y apesadumbrado, Fray Guito se limitó a exclamar un rotundo “¡NO!”. La sesión había acabado. La temida condena a la hoguera se había confirmado por un acuerdo mayoritario del Tribunal. A aquel corpachón de hombre que era el Hermano Heraclio se le saltaron las lágrimas. A Fray Guito se le desajustaron los espejuelos de la cara.

El Inquisidor General, recuperada su compostura y distinción habitual, se ocupó inmediatamente de organizar el auto de fe que tenía que ser



ejecutado por el brazo secular, es decir, por los representantes del Rey, pues la Iglesia, para ser consecuente con el quinto mandamiento, no ejecutaba por sí misma las sentencias de muerte. A estos efectos ordenó a Fray Guito, como nuncio del Tribunal, que comunicara al representante real en Lanzarote el veredicto acordado, para que ejecutara inmediatamente la sentencia, y al Hermano Heraclio, que trasladara a los reos desde el Castillo de Guanapay al de San Gabriel en el Puerto de Arrecife. Ese era el lugar más indicado para la ejecución pues en aquel sitio se había cometido la herejía.

Don Román Verde de la Villa del León, marqués de Herrera, era el Comendador de la isla, nombrado representante del Rey por la Audiencia Territorial de Las Palmas, máxima autoridad en todas las Islas Canarias. Había participado en las guerras de Flandes, comandando una compañía de aguerridos guanches de Gran Canaria, famosos por su fiereza y que durante cinco años habían mantenido a raya a los castellanos que trataban de conquistar aquella isla. Algunos de estos se los había traído consigo para defender Lanzarote.

El encargo recibido a través de Fray Guito de llevar a cabo la ejecución le encantó a don Román, pues tenía gran experiencia en ello. En Flandes ya había tenido la oportunidad de acabar de la misma forma con varios herejes flamencos. Ordenó enseguida a cuatro canariones de su guardia personal que requisaran madera suficiente para una gran hoguera, cuestión ardua por los pocos árboles que había en toda la isla.

Afortunadamente la encontraron en los restos de una embarcación pesquera llamada *La Fermina*, abandonada en la Isla del Amor por tener sus amuras de babor y estribor devoradas por la carcoma. No fue fácil de conseguir porque su armador le tenía un gran cariño ya que llevaba el nombre de su mujer doña Fermina, una buena mujer propietaria de grandes terrenos en Playa Honda. La amenaza de los canariones, que habían aprendido la lección de los hábitos mandones de su jefe, de que lo denunciarían a la Inquisición, pues podría incurrir en obstrucción a la justicia, terminó con la resistencia del pobre hombre.

El Comendador decretó que el auto de fe se celebraría el siguiente miércoles al mediodía coincidiendo con la llegada del velero *Diana*, de Antonio Armas Curbelo, que congregaba en el Puerto de Arrecife a toda la isla y no solo a las diecisiete familias que entonces vivían allí.

El espectáculo era impresionante pues la aridez de la zona quedaba disimulada por la variedad de mercancías que se apilaban en el lugar para ser

trasladadas por el velero *Diana* a la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria: unas hermosas ánforas romanas o cartaginesas, abandonadas por algunos ocasionales visitantes cartagineses o romanos hacía 1.600 ó 1.700 años, que se habían conservado cuidadosamente y se reutilizaban periódicamente para trasladar los productos más exquisitos de la tierra. Como ya quedaban muy pocas, el gremio de agricultores había acordado distribuir las en tres tercios, entre el vino moscatel, la malvasía de La Geria y los “burgados en vinagre” de La Graciosa. No faltaban sacos de cebollas de Tinajo, batatas del jable de San Bartolomé, chícharos y garbanzas de Yaiza, brevas de Los Valles, tunos de Guatiza, dátiles de Haría, quesos de Femés, “viejas jareadas” de La Tiñosa, incluso un bonito estuche con seis tipples fabricados por Maestro Simón en la Villa de Teguisse.

Esta concentración de productos atraía todos los miércoles al Puerto a una multitud de toda la isla, que en esta ocasión se había incrementado considerablemente con el anuncio de la ejecución en el fuego de una hoguera de tres condenados por la Inquisición. Era un espectáculo que nadie se quería perder, con el valor añadido de tratarse de tres personajes muy populares y queridos por todos, pero el morbo de verlos arder en medio del fuego superaba el afecto que les tenían. Además, se decían unos a otros, las leyes de la Inquisición tenían que cumplirse. Los camellos, más de doscientos, quedaron amarrados al norte del emplazamiento de la hoguera, para que no se espantaran con el previsible humo de la misma.

En la explanada delante del Castillo de San Gabriel se había levantado un cadalso de piedras, primorosamente colocadas siguiendo las instrucciones del propio César Manrique, que había dicho que si tenía que ser ejecutado tenía que hacerse en un escenario digno y elegante a tenor con la excepcional naturaleza de isla de Lanzarote, y que las maderas que tenían que arder en la hoguera fueran colocadas con un cierto orden y no amontonadas de cualquier forma, por respeto a la naturaleza de la que habían nacido. Los soldados canariones, encargados del trabajo por el Comendador, se miraban entre sí asombrados, sin saber qué hacer ante aquel extraño personaje que iba a dejar de existir dentro de poco. Don Román Verde de la Villa del León, Marqués de Herrera, que observaba la escena desde un inmenso trono colocado en lugar preferente, ordenó severamente a sus atónitos subordinados que siguieran sin rechistar las instrucciones del reo César. Fray Tomás de Torquemada, el Inquisidor General, que también estaba en el acto, en lugar más modesto,

estuvo a punto de intervenir en sentido contrario, pero la firmeza de don Román lo dejó sin palabras. Por cierto, Fray Tomás había sentado a su lado a otro de sus discípulos preferidos, el Hermano Pedro Arbués, asimismo dominico, al que le había encomendado la reevangelización de Fuerteventura y a quien hizo viajar a Lanzarote en aquellos días para que contemplara el gran espectáculo de la quema de herejes. Como decía el dicho popular, “todo lo que se planta alrededor de Fray Tomás, crece”, porque, en efecto, también, con el tiempo, Fray Pedro Arbués llegó a ser Inquisidor General de Zaragoza.

César observaba y corregía el trabajo de los soldados. Para sus adentros, echaba de menos a pie de obra a Luis del Moral, ahora alcaide de Guanapay. No obstante, éste, desde una segunda fila de los asistentes, con disimulados gestos que solo César entendía, iba dando también su visto bueno al trabajo de aquellos ocasionales peones.

Cuando se dio por terminada la colocación de los materiales y unos soldados se acercaban con unos cubos llenos de brea negra que habían requisado en Puerto Naos, donde se utilizaba para calafatear los barcos, y ahora la consideraban propicia por su condición de altamente inflamable para avivar en su momento el fuego de la hoguera, César le arrebató a uno de ellos el mayor de los baldes, ordenando a los demás que se pararan. Sacando una brocha, como por arte de magia, de algún lugar de su indumentaria, empapándola en la brea, comenzó a dar unos largos brochazos a los diferentes maderos y tablones e incluso a las largas astillas colocadas en los lugares indicados por él mismo. Y cuando acabó, exclamó tranquilamente: “Bueno, esto ya está terminado. Nos pueden quemar desde que quieran”.

Se oyó entonces un largo “¡Ooooh!” espontáneo de sorpresa y de admiración, exclamado por toda la multitud presente, provocado por aquel extraordinario y bello túmulo que se había levantado, seguido de un atronador aplauso. Don Román inició un gesto como para impedir que se quemara aquella obra de arte, pero una mirada penetrante del Inquisidor General, que había adivinado su propósito, le hizo retraerse inmediatamente.

La multitud, resignada, se arremolinó alrededor, a una prudente distancia para que no les salpicaran las chispas del fuego, impulsadas por el permanente viento del alisio conejero, pero a la vez controlada por una cadena de robustos soldados canariones.

En un impresionante silencio, observaron cómo los condenados eran atados a un robusto tronco central, que no era otra cosa que el mástil prin-

cipal de *La Fermina*. Un reducido grupo de pescadores del Puerto, parte de los denunciantes que en su día dieron cuenta a la Inquisición, que asistían con el propósito de jalearse la escena, no se atrevió a abrir el pico, ante el respetuoso mutismo que se había producido. Un listillo entre el público trató de apropiarse de uno de los baldes de brea que no se habían utilizado, pero una mirada fulminante de Pepín Ramírez, que parecía indiferente a todo, le hizo retroceder rápidamente.

Siguiendo instrucciones del Comendador, el brigadier, con una antorcha que había traído del interior del Castillo de San Gabriel, encendió la hoguera por su parte externa para que fuera avanzando poco a poco el fuego hacia el interior y así hacer sufrir más a los herejes encadenados, tal y como le había explicado don Román que hacían los españoles con los flamencos rebeldes de los Países Bajos. Las llamas prendieron rápidamente y las reacciones de los tres encausados fueron diametralmente distintas.

César, dirigiéndose a sus compañeros y a toda la multitud con voz firme y convincente, gritaba entusiasmado que aquel fuego no era el de una hoguera para quemar herejes, sino que procedía del volcán que iba a cambiar el paisaje de Lanzarote para asombro y admiración de todo el mundo, y que, en esas condiciones, él entregaba su vida con toda alegría.

Pepín se limitó a darle la razón, como hacía siempre, continuando con su absoluta indiferencia hacia lo que estaba ocurriendo.

Don Miguel de la Antigua no cesaba de rezar con toda devoción y entereza. Le pedía a Padre Dios, insistentemente, que para sí no quería nada, que se hiciera sencillamente Su Voluntad, pero se ratificaba en pedir que César se sentara en la otra vida en la que estaba a punto de entrar a la diestra de Dios Padre Todopoderoso y junto a él que también se sentara Pepín Ramírez, sin cuya colaboración César no hubiera podido mejorar la naturaleza que Padre Dios había creado.

Cuando las llamas empezaron a alcanzar cierta altura, unos vecinos del Charco San Ginés llegaron apresurados gritando que unos piratas berberiscos, dirigidos por el famoso corsario Barbarroja, estaban desembarcando por el Islote del Francés y se dirigían rápidamente hacia el lugar en donde estaba encendida la hoguera.

La desbandada histérica de la multitud fue general. Los soldados canario-nes cogieron el trono en donde estaba don Román y, sin bajarlo del mismo, lo metieron precipitadamente en el Castillo de San Gabriel. A codazos entre sí,

le siguieron Fray Tomás, el Hermano Pedro y los presidentes de las cofradías de agricultores y pescadores, cerrando a cal y canto el acceso a la fortaleza.

La multitud se dividió entre quienes corrieron hacia los camellos y los que se dirigieron hacia la playa de El Reducto. El único que mantuvo cierta calma fue el alcaide de Guanapay, Luis del Moral, que, con ademanes y palabras enérgicas, pidió urgentemente voluntarios para apagar el fuego de la hoguera, sin importarle la cercanía de los piratas. Lo que urgía ahora era salvar las vidas de César, Pepín y don Miguel. No había terminado de pronunciarlas cuando ya tenía a su lado a Fray Guito y al Hermano Heraclio y, pocos momentos después, al grupo de pescadores del Puerto que habían denunciado al cura y ocasionado el comienzo de aquella tragedia.

Las órdenes tajantes de Luis fueron obedecidas sin rechistar. Mientras unos guindaban agua del mar desde el Puente de Las Bolas con los baldes abandonados de la brea, otros en cadena la lanzaban contra el fuego de la inmensa hoguera y unos terceros corrían con los baldes vacíos de vuelta al Puente para que volvieran a llenarse de agua. En muy pocos minutos el fuego quedó apagado. Luis comprobó, con su aguda vista, que los reos no habían sufrido daño alguno y ordenó a sus colaboradores que huyeran con él rápidamente hacia El Reducto. Los piratas, con sus enormes catanas desenvainadas, los persiguieron a muy corta distancia, pero se pararon, ipso facto, cuando al llegar al Muelle de Las Cebollas observaron admirados el hermoso muestrario de mercancías preparadas para ser enviadas a Las Palmas.

Barbarroja lanzó una atronadora carcajada que sus esbirros nunca sabían interpretar, ya que lo mismo podía significar que iba a degollar a un presunto enemigo o a enamorarse de una hermosa esclava. En este caso, sin embargo, él mismo lo aclaró enseguida: “Estos estúpidos isleños me han ahorrado tener que saquear toda la isla —dijo sin dejar de carcajearse—. Han puesto aquí a mi disposición lo mejor de cada casa”. Abandonaron la persecución de los aterrados isleños y se dedicaron enseguida a seleccionar lo mejor del muestrario para embarcarlo en sus bajeles.

Empezaron con las ánforas romanas, cuya calidad e importancia Barbarroja apreció enseguida, acostumbrado como estaba a distinguir entre lo valioso y lo corriente, y terminaron con las selectas batatas cultivadas en el jable.

Abarrotaados ya los barcos con tan preciado botín, Barbarroja se dirigió hacia el patíbulo en donde estaban encadenados aquellos extraños personajes a los que ordenó liberar para poderlos evaluar como posibles esclavos.

No tardó en calificarlos de “material inservible”. El más gritón protestaba airado porque le habían apagado su volcán. Sin la menor duda, estaba loco. El segundo, exageradamente delgado, con unas piernas que parecían palillos, permanentemente ensismado en sí mismo, parecía imposible que pudiera ocuparse de algo. Y el tercero era un santo varón. Ya tenían ellos demasiados imanes en la mahometana Berbería. Los desechó inmediatamente pues era más valioso cargar con tres sacos más de batatas que ocupar un espacio en sus barcos con aquellos tres miserables.

Barbarroja ordenó, satisfecho con tan provechoso pillaje, la vuelta a sus bajeles y la inmediata partida temeroso de que con la bajada del mar sus barcos quedaran encallados en las bajas del Islote del Francés.

Desde la torre del Castillo de San Gabriel, don Román Verde de la Villa del León, Marqués de Herrera, Comendador de Lanzarote, había contemplado toda la escena comprendida entre la llegada hasta la partida de los piratas. Imposibilitado de participar en defensa de la isla por su escasa tropa, hizo una rápida evaluación de los hechos. Los daños, sin una sola víctima humana, habían sido mínimos comparado con lo que podía haber ocurrido. Mientras hacía estas reflexiones, la multitud había vuelto rápidamente a la explanada y empezaba a vitorear a los supervivientes de la hoguera gritando que lo que había ocurrido era un milagro.

“¡Milagro! ¡Milagro!”, era un clamor unánime. Un milagro había salvado la vida de los condenados por la Inquisición. Los tres fueron levantados a hombros de unos fornidos pescadores que los trasladaron a la Plaza de la Iglesia, en donde estaba la parroquia del Puerto, seguidos por la multitud, a la que se incorporaron, también contagiados por el entusiasmo de la gente, don Román, Fray Tomás, Fray Diego, el Hermano Pedro, y encabezando la manifestación Fray Guito, Luis del Moral y el Hermano Heraclio.

Ya en la ermita, después de que en la misa, para agradecer a Padre Dios el milagro que había ocurrido de salvar la vida de unos inocentes condenados, don Miguel de la Antigua confirmara que César y ahora también Pepín se sentarían a la diestra de Dios Padre con la aquiescencia unánime del Tribunal de la Inquisición, Fray Diego de Deza pronunció el más ardoroso de sus sermones alabando la extraordinaria labor a favor de la naturaleza de César, y aprovechó la oportunidad para anunciar que el próximo año habría elecciones y que él presentaría su candidatura en defensa de Lanzarote, para renovarse como Procurador Fiscal de la isla. Fray Tomás de Torquemada, como máxima

autoridad eclesiástica presente, proclamó a San Ginés Patrono del Puerto de Arrecife. Añadió que para conmemorar este acontecimiento se celebraría una misa solemne en la que cantarían el *Gloria in excelsis Deo* Alfredo Kraus, el famoso tenor grancanario, que se desplazaría desde Las Palmas.

Acabado el acto religioso, ya en la Plaza de la Iglesia, don Román, como representante supremo de la autoridad civil, se vio también obligado a contribuir a aquel jolgorio popular. Lo hizo con mucho gusto, comunicando a todos los presentes que partir de aquel mismo año en el Muelle de Las Cebollas, coincidiendo con la fecha del patrón religioso, se celebrarían los *sangineles*, fiestas populares que perdurarían por los siglos de los siglos.

César y Pepín se despidieron de don Miguel con un fuerte abrazo y este, con una bendición apostólica, recordándoles que, a pesar de ser ateos, algún día, Dios Padre, por su misericordia infinita los sentaría a su derecha, machacona idea que no se le quitaba de la cabeza.

Ambos, ya en Las Caletas, embarcaron en *El Boheme* rumbo al pescadero que les había señalado señor Félix *El salinero*, cerca de “los callaos rosas”, en donde tendrían una segura buena pesca.

Ya en el Muelle de Las Cebollas, se empezaron a organizar los primeros *sangineles*. El Hermano Heraclio, que había anunciado a los Dominicos que dejaría la orden religiosa pues su verdadera vocación era la de guardia municipal, empezó a ordenar la distribución de la feria. Luis del Moral, sentado en un banco de piedra del fondo, proponía la creación de una parranda con el nombre de Los Buches a un grupo de pescadores y agricultores que se irían a la zafra de la corvina la siguiente semana.

Fray Guito, en su cargo vitalicio de Nuncio, había preparado en un papel de pergamino, ya muy escaso, que reservaba solo para casos solemnes, una comunicación escrita para todas islas del Archipiélago relatando los extraordinarios acontecimientos que habían ocurrido aquel día en el Puerto de Arrecife, único lugar de mundo, en donde podían ocurrir estas cosas.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

## **Apéndice**





## A propósito de don Luis Ramírez

Por pura casualidad, con fecha de 29 de agosto de 2010, llegó a mis manos una información elaborada por María Dolores Rodríguez Armas, directora del Archivo Histórico de Teguiise, titulada *El gran filántropo desconocido*, refiriéndose al don Luis Ramírez que yo había tratado de conocer en 1953, sin conseguirlo. Han tenido que transcurrir casi sesenta años para al fin descubrir quién era tan misterioso personaje, fallecido un 30 de mayo de 1950 en Barcelona. Mi alegría al encontrar esta información fue enorme. Desde entonces, la he guardado como oro en paño. Ahora, tengo la oportunidad de airearla.

Me he permitido completar la espléndida información escrita de María Dolores Rodríguez, *Maruchi*, con la que ahora me ha hecho verbalmente ella misma y, además, con la que me ha facilitado, a su vez, con suma diligencia y eficacia, la directora del Archivo Histórico de San Bartolomé, Margarita Machín Rocío, *Marita*. Son dos grandes profesionales.

Don Luis era otra de las excepcionalidades del Lanzarote yerno de aquellos años, como lo fue don Tomás Perdomo, ingeniero industrial. No era casado —como yo me lo había supuesto—, sino soltero, huérfano de padre y madre desde muy pequeño, hijo único de unos ricos propietarios de San Bartolomé. Fue educado por su abuela paterna. Hombre muy culto, “con grandes inquietudes intelectuales y artísticas”, viajero empedernido. Fue sumamente generoso

con sus empleados y aparceros. Tras su fallecimiento favoreció a catorce de ellos con diversos legados. Vive todavía quien fue una especie de mayordomo-peón hasta su muerte, Gregorio Parrilla, que recibió un legado de 270 pesetas de entonces, muy superior a la de los aparceros. Gregorio recuerda a don Luis como todo un caballero, a quien le gustaba, por cierto, hacerse su propia comida. Y recuerda también que la matrícula de su coche era GC 979.

Don Luis murió en Barcelona a los sesenta y seis años, inesperadamente, de una peritonitis. Por lo visto portaba una colección de joyas que pensaba donar al Vaticano, desaparecidas en aquel viaje. Cuenta Gregorio Parrilla que en San Bartolomé, cuando conocieron la noticia con la natural tristeza, los responsables de su testamento tuvieron que forzar una caja fuerte que tenía don Luis en su casa, en donde no había dinero sino muchos papeles. Viajaba como integrante de un grupo de personas de todas las islas, entre las que figuraban don Segundo Perdomo Ramírez y su hermano don Tomás, el ingeniero industrial, importantes terratenientes de Lanzarote, probablemente, y esto que digo continuación es de mi cosecha, como integrantes de un peregrinaje a Roma organizado por la Iglesia católica con motivo del Año Santo que se celebraba justamente en aquellas fechas.

Por las dos fotografías que he conocido ahora, el aspecto físico de don Luis era espléndido. De estatura mediana, esbelto, delgado, pero no flaco, con un gesto muy sencillo y natural y una mirada penetrante. En una de las fotos aparece sentado en una silla con apoyabrazos, como en una sala ajardinada, muy bien vestido con botines brillantes de la época, con traje oscuro, con chaqueta, chaleco y corbata, y los dedos de la mano derecha apoyados en la cara. En la otra, en un viaje a Granada, a tenor con aquel hermoso entorno arábigo de la ciudad, disfrazado de jeque contemporáneo, con una espingarda en la mano derecha, típica arma utilizada en Marruecos a finales del siglo XIX y principios del XX, en un bonito patio del lugar. Por el bigote que utilizaba entonces, tenía un cierto aire al rey Alfonso XIII. En ambas fotos aparenta estar sobre los cuarenta años de edad.

En 1913, con solo veintinueve años, fue nombrado Caballero de la Orden Civil del Mérito Agrícola por Alfonso XIII, como consecuencia de su afán por la repoblación forestal de Lanzarote, desgraciadamente no continuada por sus inmediatos sucesores. Como recuerdo simbólico de aquel trabajo juvenil está el eucalipto que sobrevive en la actualidad delante de la fachada de la iglesia parroquial de San Bartolomé.

Juez municipal de Paz en 1922, consejero del Cabildo de Lanzarote, fue elegido alcalde de San Bartolomé en 1930, a los cuarenta y seis años, hasta el advenimiento de la II República en 1931, por lo que es lógico suponer, además de por sus antecedentes personales, que era monárquico. Todavía dio un paso más en la política pues, en septiembre de 1932, figura como representante del Comité de San Bartolomé del Partido Republicano Radical del que era presidente nacional don Alejandro Lerroux y su portavoz en el Congreso, el grancañario don Rafael Guerra del Río.

En 1925 había conseguido de la Comandancia de Ingenieros de Las Palmas el usufructo gratuito para su conservación, con cargo a su patrimonio personal, del Castillo de Guanapay de Teguiise y, en 1939, del Castillo del Águila o de Las Coloradas en Playa Blanca, después de que se lo denegaran en 1933. Hacia 1928, procedió a la limpieza de la famosa Mareta de la Villa y a la mejora del entorno urbano de Teguiise haciéndolo a su cargo. Seguramente por todas estas acciones, en 1930 se rotula la calle de Correos de la Villa con el nombre de Luis Ramírez González.

En 1923 proyecta un Museo de Historia y Antigüedades en Teguiise, en un buen edificio propiedad de don Antonio Santos Negrín —primer alcalde del siglo XX del Ayuntamiento de Tinajo, armador y terrateniente—, en el número 6 de la calle José Betancort, bajo el nombre de Museo Marqués Agustín de Herrera y Rojas. Lo compra en los años cuarenta y, debidamente adecentado y “repleto de piezas”, se lo cede al Cabildo de Lanzarote el 28 de marzo de 1944. De este museo figuró como director el propio don Luis, aunque nunca fue abierto al público.

En este mismo hermoso edificio, arrendado por su propietario don Antonio Santos a la abuela de don Luis —que fue su educadora—, vivió este antes de transformarse en museo. El joven don Luis, que tenía su casa particular en San Bartolomé, pudo así disfrutar de temporadas en Teguiise, pueblo al que siempre amó, y colaborar en sus actividades sociales.

En julio de 1946, durante la celebración de las fiestas de la Virgen del Carmen en Teguiise —a las que contribuye generosamente con un serie de iniciativas por lo que se deduce de un acta del pleno del Ayuntamiento de fecha 18 de julio—, los propios vecinos de la Villa le tributan un “merecido homenaje” a don Luis. Se adhiere el Ayuntamiento, que tres días después lo nombra Hijo Adoptivo a propuesta del alcalde pues “el gran afecto e interés que don Luis Ramírez González siente por esta Villa en la que, a pesar de no ser vecino

pasa y ha pasado en ella la mayor parte de su vida y la mira como su propio pueblo, altamente demostrado en todos sus actos y singularmente en la última festividad de Nuestra Señora del Carmen en la que puso el gran empeño que le caracteriza, en que dicha festividad fuera celebrada con toda solemnidad, resaltando, en primer lugar, la exposición de obras de arte debidas a artistas insulares en la que figuraban retratos de altas personalidades antiguas de esta Villa y de otras de nuestras islas; así como la traída de la comparsa o rondalla que tan admirablemente nos recuerdan nuestros antiguos e incomparables bailes y cantos regionales, por todo lo que propone a sus compañeros la adopción de acuerdo de dar las gracias a estos dos señores —simultáneamente estaban también distinguiendo al vecino don Lorenzo Betancort Cabrera— por sus beneméritas actuaciones en favor de esta Villa demostrándoles el agradecimiento de esta Corporación y vecindario, nombrándoles”. Me atrevo afirmar, que la “comparsa y rondalla” que figura en el acuerdo tuvo que ser la Agrupación Ajei de San Bartolomé de don José María Gil, pues era la única organizada seriamente en la isla e inconfundible por su cuerpo de baile, que este sí que era único en aquella época.

Me imagino cómo sería este personaje en 1935, trasladándose de un lugar a otro, en ese trajinar entre San Bartolomé y Teguiise, en su coche Citroën de cinco caballos, uno de los escasísimos que entonces existían —cuatro años después, en 1939, en Arrecife solo había doce coches particulares y siete públicos—, atravesando la corriente de jable, por en medio de la isla.

Tuve siempre mis dudas si, después de desalojado el edificio del viejo Casino, los Salesianos habían creado las becas para las que don Luis Ramírez había cedido aquel inmueble. Ahora, gracias a la nueva información obtenida, he podido confirmar que así se hizo: dos para hijos de Arrecife, otras dos para Teguiise y una para cada uno de los pueblos de Haría, San Bartolomé, Tinajo, Tías y Yaiza. En total nueve. El legado de don Luis destinado a crear estas becas ascendió finalmente a un millón quinientas veinte y ocho mil pesetas de aquella época, según liquidación de los albaceas testamentarios presentada el 12 de marzo de 1954. Don Luis había previsto incluso una beca “para un niño de la isla de La Graciosa” si el importe del legado alcanzaba para ello, pero no he podido comprobar si finalmente también fue creada.

Por mi parte, sigo sin comprender cómo una persona tan singular era tan poco conocida en el Arrecife de mi tiempo, salvo, y ahora aventuro una nueva hipótesis, que fuera “ignorado a propósito”, por esa conciencia colectiva que

utilizan todos los pueblos como autodefensa y que consiste en que “si no puedo vencer a un extraño, mejor es olvidarlo”.

Y es posible que don Luis fuera un “extraño” para la gente culta del floreciente Puerto de Arrecife, muy clasista en aquella época, y que, para su menoscabo, residía en el pequeño pueblo de San Bartolomé, bien avenida, por lo visto, con la “decadente” Villa de Teguisse. Parece evidente que don Luis no se integró en la vida cultural de Arrecife, por propia voluntad o porque no lo admitieron. Me inclino más a creer que fue por su propia voluntad, pues los mismos sentimientos “clasistas” que tenía la gente de Arrecife con sus vecinos de afuera, los tenían los adeptos a la Villa de Teguisse respecto a los advenedizos porteños. Tampoco esta tesis es demasiado sólida ya que en su testamento, otorgado en Santa Cruz de Tenerife en 1935, legó los 850 volúmenes de su biblioteca a la Biblioteca Municipal de Arrecife, aunque, dada su generosidad, no tiene esto nada de extraño.

Como ahora he tenido acceso al testamento de don Luis y a su liquidación gracias a Marita, la archivera de San Bartolomé, he podido saber de este último legado y otros interesantísimos pormenores. Me ha emocionado, en particular, conocer que don Luis denominara “hotelito” a aquella peculiar casa de la Caleta de Famara que tanto me había llamado la atención cuando la conocí hace más de sesenta años y que fue realmente la que despertó en mí el interés por tratar de descubrir quién era su misterioso propietario. Como el testamento es de 1935, este “hotelito” fue construido antes de esa fecha, por tanto, César —que veraneaba con sus padres y hermanos en Famara, en donde también tenía una casa— debió de conocer a don Luis. Su hermano Carlos solo me ha podido confirmar que era muy amigo de su padre, una persona muy rara pero todo un caballero y que siempre vivía solo en aquel curioso lugar. Juana, la hermana de Carlos y de César, me ha ratificado lo mismo, añadiendo que en el interior de la misma, con los pisos de mármol, en un pasillo había una lápida, también de mármol, en la que figuraba el nombre y la fecha de fallecimiento de un perro enterrado allí: *Sabanquillo*. La propia Juana me contaba que, siendo ella muy niña, su madre la enviaba a casa de don Luis con un buen cacharro de comida que éste recogía con una cuerda desde la terraza del segundo piso, sin abrirle la puerta de la planta baja.

Un tercer testigo viviente de aquellos años, a quien he entrevistado personalmente, es Rogelio Morales Morales, un viejo pescador jubilado, natural de aquel mismo lugar, ahora de ochenta y seis años, y que convivió entonces con

don Luis y con César Manrique. Rogelio, bajo de estatura, pero de complexión fornida, ojos pequeños, claros y penetrantes, con los dorsos de los pies y de las manos llamativamente ennegrecidos por la acción del sol, me señaló la casa en donde vivían los padres de César, en la misma alineación frente al mar que la casa de don Luis, a escasos cuarenta o cincuenta metros, en la hoy llamada pomposamente “avenida de los Bajos”, que no es sino un espacio ganado a la orilla del mar, de escasos cuatro metros de ancho. A las casas, ahora sin numerar, podría haberles correspondido el número 4 a la de don Luis y el número 14 a la de César.

Rogelio me aseguró que César, con quien se trataba mucho, lo había dibujado varias veces, cosa absolutamente factible dada la buena pinta marinera que debió de tener de joven y que pudo ser el modelo del pescador que figura en los murales del ex Parador Nacional de Turismo de Arrecife, aunque hay también quien identifica esa figura con el propio César.

“Don Luis era millonario pero era un gorrón”, me aseguró con un claro gesto de desprecio a pesar de haber pasado tantísimos años, para justificarlo enseguida contándome que en una ocasión fue a pedirle a don Luis un balde de agua por encargo de su madre y que éste se lo negó diciéndole: “si tu madre quiere agua, que se haga un aljibe”. Desde luego, parece evidente que el tal don Luis era bastante raro, pero este caso de “gorronería”, dándolo por cierto, no encaja en su perfil generoso, sobradamente documentado.

No me extrañó que en nuestra conversación introdujera el episodio, reiteradamente repetido por otras fuentes similares, del asesinato de don Luis en su viaje a Roma, y del robo del oro y joyas del que fue objeto cuando era portador de las mismas para regalárselas al Papa.

Teniendo en cuenta que don Luis era una persona tan culta, durante mis indagaciones abrigué la esperanza de que siendo vecinos muy bien avenidos, se hubiera percatado de las cualidades artísticas de César y que por lo tanto llegaran a conocerse, pero Juana y Carlos me aseguran que no fue así. Por otra parte, tampoco César pasaba entonces largas temporadas en la Caleta, pues aquellos años transcurrieron entre el servicio militar y sus estudios en La Laguna y Madrid.

Conociendo las inquietudes culturales de don Luis, me parece difícil que se le pasara desapercibida, por ejemplo, la primera exposición individual en 1942 de César en Arrecife, el hijo de su buen amigo. Creo que lo razonable es suponer que se conocieron, que debieron tratarse sin profundizar en sus

relaciones. César, que tenía su mente puesta en aquel momento en otros objetivos, no supo valorar la dimensión histórica de aquel señor, y don Luis no pudo imaginarse que tenía ante sí a quien iba a llevar cabo en Lanzarote con éxito el plan regeneracionista que él había planeado para su isla.

El “hotelito”, valorado entonces en 5.000 pesetas, fue legado “a perpetuidad a la parroquia de la Villa de Teguisse y con el exclusivo fin de que lo habiten los coadjutores que lo sean en la citada parroquia y, en su defecto el Párroco, Regente o Ecónomo de aquella”. Hoy se encuentra en un lamentable abandono. Lindaba al poniente con la propiedad de don Severino Bethencourt, mi consejero oficioso mencionado en el capítulo 2. Está claro que don Luis le tenía especial cariño a este “hotelito” pues añade en su testamento una recomendación a los beneficiarios de su donación en los siguientes términos: “Desea y ordena al testador que el referido hotel sea conservado en buen estado ya que en él ha puesto todo o más de lo que era dable dotarlo. Si por algún concepto o abandono de sus dueños, dicho hotel tendiese a derruirse, pasará íntegro y con cuanto le sea anexo y perteneciente al Hospital de Dolores de Arrecife, para que haga de él lo que crea conveniente”.

Sobre este “hotelito”, he logrado ahora, afortunadamente, una valiosa información que me ha valido para refrescar mis propios añorados recuerdos sobre el mismo.

En mis indagaciones para averiguar quién era don Mario Ferrer Rijo, que figura como albacea de don Luis en su testamento y que vivía en el número 46 de la Calle Real de Arrecife —de quien, desde luego, no tuve noticia durante mi estancia en la isla—, he tenido la oportunidad de conocer a su hijo Miguel Ángel Ferrer Bermúdez, ya jubilado después de más de cuarenta años de trabajo como profesor de Historia en el Instituto de Arrecife, formación académica que me ha venido como anillo al dedo para entenderme con él sobre las actividades de don Luis Ramírez.

Aunque solo tendría unos siete años, en efecto, recuerda a don Luis como alguien muy amigo de su padre, pero sobre todo, por coincidir con él en la Caleta de la Villa en verano. Inmediatamente me habló de la extraña casa que existía en aquel lugar, el “hotelito” como la mencionaba don Luis, denominación que nunca escuché a la gente de Lanzarote. Me recordó el remate de la casa, con una especie de cimborrio —del que me acuerdo perfectamente y que añadía un adorno incomprensible en aquel lugar—, que debía cubrir un patio interior, ahora desaparecido por el estado ruinoso del edificio. En este



cimborrio, su autor había incrustado unas boyas de colores, me aclaró Miguel Ángel, de las que se utilizan en las redes de los pescadores y que reflejaban los rayos del sol en distintos colores. En la fachada, en relieve, diversos elementos de la fauna marina, como algún pulpo, cangrejo o mero, hoy también todo desaparecido. Miguel Ángel me calificó el conjunto de un estilo modernista de los años veinte-treinta del pasado siglo y a su propietario, como un personaje extraño y solitario, denominador común con otros testigos de la época. En el frontispicio de la fachada, en un estilo heráldico, figuran dos letras superpuestas —“L” y “R”, las iniciales de su nombre—. Los chiquillos del lugar —me puntualizaba entre carcajadas Miguel Ángel Ferrer—, entre ellos él mismo, traducían dichas siglas como “Loco Rematado”. Como he dicho fue, para mí, una conversación sumamente enriquecedora.

No me ha extrañado lo más mínimo que el letrado partidario del testamento fuera el Moro Notable don Eugenio Rijo ni que sus albaceas fueran tres destacadas personalidades de aquella época: don Estanislao Salazar Carrasco, alcalde que fue de San Bartolomé en 1929 y 1934, padre de Estanislao Carrasco, compañero mío en los años cuarenta en el Colegio Viera y Clavijo de Las Palmas; don Francisco Spínola Ramírez, el único agrimensor que entonces había en Lanzarote, a quien sí conocí y traté, padre del arquitecto Enrique Spínola y de la saga de Panchito Spínola, quizás el más importante empresario lanzaroteño de los años sesenta del pasado siglo; y don Mario Ferrer Rijo, padre de Miguel Ángel Ferrer, que antes he mencionado. Estos dos últimos, vecinos de Arrecife, pero con casas en San Bartolomé.

Desde luego, don Luis no debió de ser una “persona rica” en los términos en que hoy lo entendemos, pues nadie en aquellos años de penuria en Lanzarote podía ser calificado de tal. En todo caso, era una “persona pudiente”, como se decía entonces, que había heredado un importante patrimonio. Según el testamento, cinco grandes inmuebles, sin contar el Museo de Historia, que había cedido al Cabildo, seguramente generado durante aquel corto período de florecimiento económico ocasionado por la cochinilla, a finales del siglo XIX. Su vivienda en La Florida tenía veinte habitaciones, aparte del lagar, bodega y gañanía. Hoy es una importante bodega tradicional. La hermosa casona en donde estaba el Casino de Arrecife debió de ser construida en aquellas fechas. El edificio del Casino La Unión de San Bartolomé también era de su propiedad. En la fecha de su fallecimiento tenía, además, veintiséis fincas rústicas en explotación, pero de escasa superficie cada una de ellas.

El calificativo de “gran filántropo” por el que se le conoce quizás no fuera el más indicado, pero sí el de ser un intelectual comprometido, generoso, con espíritu filantrópico y consciente de la riqueza histórica de Lanzarote. Méritos estos más que suficientes para que merezca ser recordado por las futuras generaciones.

Su condición de masón, si realmente lo era, pues su conducta adelantada a su tiempo podría haber inducido a algunos a confundirlo como tal, no tiene la menor importancia en ningún sentido. Lo que realmente interesa en aquellos años tristes y anodinos es la presencia de un ser humano inquieto que se salía claramente de la rutina de lo común. Y tampoco tiene importancia la aparente incompatibilidad entre la religiosidad manifiesta de don Luis —reiterada en su testamento, adornada con la parafernalia de aquella época—, y su calificativo de masón, puesto que entre las innumerables ramas de la masonería alguna lo hace posible. Acaso un signo de su supuesta masonería sean sus instrucciones testamentarias sobre su enterramiento en el panteón personal que poseía en el cementerio de la Villa de Teguisse, con detalles tan precisos como que “al acaecer el fallecimiento en la isla de Lanzarote, se pase aviso para que sea enviado el coche fúnebre de la ciudad de Arrecife para que sea conducido el cadáver del testador al cementerio de Teguisse” y las instrucciones que “le tiene ya dado al Maestro Albañil Juan Martín Armas, quien construirá un bloque en forma de pirámide” para la clausura definitiva del sepulcro, en el que no se enterrará a nadie más. Alguien puede interpretar, lógicamente, que la pirámide, en definitiva el triángulo, es un símbolo masónico.

Es curioso observar el espacio que don Luis destina en su testamento al momento de su fallecimiento, quince años antes de ocurrir. Ordena que ni para el traslado de su cadáver ni para su funeral —que debe ser de segunda—, se hagan invitaciones de ninguna clase y que no se doblen las campanas en señal de duelo. Y que “en cuanto a los sufragios por el eterno descanso de su alma los deja a la libre voluntad sin compromiso ni cargo de conciencia de todos los que de alguna forma, directa o indirectamente reciban algún beneficio después del fallecimiento del testador”. Y todavía más curioso cuando añade, “si dicho traslado (el de su cadáver) resultase difícil a juicio de sus albaceas o se hiciera imposible por cualquier causa, se trasladarán sus restos, cuando la ley lo consienta”.

En mis primeros pasos en la búsqueda de las circunstancias personales de don Luis, los informadores me llegaron a comentar que, muerto en Barcelona,

“su cuerpo había desaparecido con sus joyas”, según se decía en aquella época, comentario que venía muy bien para redondear una figura tan misteriosa. Sin embargo, posteriormente he podido verificar que no fue así, aunque se tardaron cinco años en repatriarlo. Su peón de confianza Gregorio Parrilla, que como he dicho aún vive, lo ha confirmado. Recuerda haber visto el triple “ataúd alargado” en el que llegó, “cinco años después de su fallecimiento”, una caja metálica que decidieron no abrir, encerrada en dos de madera superpuestas una a la otra. Este recuerdo puntual coincide exactamente con la fecha de la liquidación testamentaria, “cinco años después de su muerte”, en la que los albaceas consignaron nada menos que 25.000 pesetas —cifra altísima para aquellos tiempos—, “importe calculado de gastos para el traslado de los restos de don Luis Ramírez González desde Barcelona al Cementerio de Teguisse, en esta isla”, aparte de 3.944,30 pesetas para “gastos de enfermedad, entierro y funerales”.

Durante años, fue para mí un misterio cómo, en aquellos años de mi estancia en la isla y a pesar de mis preguntas, nadie supo darme información concreta sobre don Luis Ramírez González —salvo algunas vaguedades que no me conducían a ningún sitio—, una persona que tuvo que ser sumamente conocida en Lanzarote.

Ahora, con más conocimientos sobre este curioso personaje he podido completar la explicación que yo mismo me había elaborado para entender la incomprensible razón por la que nadie me diera noticias sobre él. Aventuré más arriba la hipótesis de que este señor había sido “ignorado a propósito” y, en efecto, he comprobado que así fue. Me explicaré.

Dos testimonios diferentes —uno de ellos más cercano al personaje—, sin haberlo yo preguntado previamente, y un tercero coetáneo a don Luis, que me contestó afirmativamente, acompañado de un “hum...” muy significativo, aludieron a la condición de homosexual de don Luis, un tema tabú en aquellos tenebrosos años, que explica por sí solo el olvido al que fue sometido. Es obvio que si a su aparente condición de homosexual añadimos la sospecha de que fuera masón, otro tabú de la época, la triste marginación del recuerdo de don Luis estaba asegurada. Ya lo dije en su momento, si no puedes vencer lo mejor es olvidarlo. Y eso fue lo que hicieron los que convivieron con él en aquellos años, siguiendo el procedimiento rutinario de entonces, para casos como este. Cuando se hace la recapitulación de su vida, este hecho es vano, y —hay que decirlo para algunas mentes residuales— no menoscaba lo más mínimo los méritos de un ser excepcional a favor de su isla.

Para terminar de perfilar la personalidad de don Luis Ramírez, hasta donde yo he podido llegar, creo que debo comentar una probable actividad suya como prestamista, actividad que en Lanzarote no tenía las connotaciones de usurero o de avaro o de tacaño que tenía, por ejemplo, en Gran Canaria. Por mi propia actividad profesional, me interesé por este tema nada más llegar a Lanzarote. Así me lo aclararon enseguida algunos Moros Notables. Era una actividad absolutamente lícita y hasta necesaria, ejercida por muchos propietarios, comerciantes o profesionales de la isla, que facilitaba el tráfico comercial entre los agricultores o pescadores de la zona. No había bancos que los suplieran. La llegada del Banco Hispano Americano hacía muy pocos años había supuesto la desaparición definitiva de esta actividad. Subsistió uno solo de ellos, don Segundo Perdomo Ramírez, a quien yo llegué a conocer, que gozaba de la mejor consideración de todos sus conciudadanos. Por cierto, don Segundo construyó para vivienda personal suya en la Calle Real, esquina Inspector Luis Martín, enfrente del viejo Cabildo, un bonito edificio de dos plantas, años cincuenta, estilo “canario” con balcón de madera y marcos de piedra natural de Arucas, obra característica del arquitecto tinerfeño José Enrique Marrero Regalado, muy en boga entonces en Gran Canaria y en Tenerife. Este edificio, totalmente inesperado, propio del carácter reservado de don Segundo, supuso en aquel momento un gesto positivo hacia la mejora urbana del viejo Arrecife. Durante los casi cinco años de mi estancia en Lanzarote, no vi construir o renovar edificio alguno en el viejo casco.

En la planta baja de este edificio se instaló una cafetería-bar —el Janubio— hoy desaparecida, pero que fue muy popular durante muchos años. A las pocas semanas de su inauguración, se hizo allí una comida de homenaje popular a Guillermo Topham *Guito* —que tuvo un éxito espectacular— por su constante labor periodística en favor de la difusión del nombre de Lanzarote por todo el ámbito nacional, en cuya organización tuve el honor de participar activamente.

La posible condición de don Luis como prestamista me fue apuntada cuando me narraron la manera en que adquirió el edificio de Teguiise —que después destinaría a Museo de Historia, a mediados de la década de los cuarenta del pasado siglo XX— como dación en pago de un préstamo de su anterior propietario, aunque me advirtieron que este dato no estaba documentado. No parece que fuera así porque, muy poco tiempo después, lo cedió al Cabildo de Lanzarote para que lo destinara a museo histórico, comportamiento que no suele ser la forma de actuar de un prestamista profesional.

Parece definitivamente claro que don Luis no ejercía de tal sino justamente de todo lo contrario, pues en su testamento reconoce en dos ocasiones ser avalista de dos individuos diferentes quienes le “prometieron bajo palabra de honor saldar esa cantidad y espera de su caballerosidad cumpla lo prometido con el señor prestamista”, algo propio de su carácter generoso.

Durante todo este proceso de averiguaciones sobre la compleja personalidad de don Luis, he tenido la suerte de haber localizado —después de casi setenta años— a algunas personas que lo conocieron y lo trataron personalmente, entre las que merece especial mención Pepe Ferrer Perdomo, propietario y director del Museo Etnográfico Tanit de San Bartolomé. Pepe, con su profundo conocimiento de la historiografía de su pueblo, me ha venido a confirmar algunas de mis hipótesis sobre la compleja personalidad de este singular personaje. Pero también he tenido que desdecirme de otras precipitadamente realizadas, entre ellas que don Luis fuera enterrado en Teguisse porque no había cementerio en San Bartolomé, que sí lo había, o que fuera distinguido por el Ayuntamiento de su pueblo como hijo predilecto, que no lo fue.

El padre de Pepe Ferrer fue vecino colindante de don Luis, en una casa adosada a la derecha del famoso “hotelito” en la Caleta de la Villa, copropiedad también de don José María Gil, fundador de la Agrupación Ajei y coetáneo de don Luis, con el que tuvo que relacionarse por su vocación artística, y del que volveremos a tratar más adelante.

Por lo que me ha dicho Pepe Ferrer, don Luis iba con frecuencia a la Caleta pero por corto espacio de tiempo, nunca más de quince días y, según decían, por prescripción médica, “para tomar los aires del mar”, por lo que se pasaba largas horas de la mañana y de la tarde en la terraza de la segunda planta, en una mecedora, dedicado a la lectura.

Por lo visto, era bastante olvidadizo pues con frecuencia se olvidaba de la llave de la casa, lo que obligaba a Pepe —niño entonces— a saltar por la azotea y abrirle por dentro, cosa que, en su ausencia, realizaba un muchachillo hijo de un pescador encaramándose por una duna de jable que se había acumulado junto a una pared del “hotelito”, fenómeno corriente en aquella época que ahora parece haber desaparecido. Este muchacho llamado Mariano, el propio Pepe Ferrer, su primo Mario Ferrer y Cristín Bethencourt, ya fallecido, pero que formaba una popular pareja de amigos con Polo Díaz, el ex director de la sucursal del Banco Hispano Americano en el Arrecife de estos últimos años, suministraban periódicamente a don Luis, en “una gran cesta que tenían que

llevar entre dos”, mariscos que recogían en la playa y acantilados de Famara y “papas crías” de las laderas de la montaña, por los que don Luis les pagaba una peseta a cada uno, importe entonces muy generoso. Igual de generosa era la propina que les daba a los cuatro estudiantes —entre ellos Pepe Ferrer— que coincidían con él en la camioneta que, con tres filas de asientos y el resto para carga, hacía de guagua en los años cuarenta entre San Bartolomé y Arrecife, si le reservaban el primer asiento más adelantado. Consistía en “dos reales”, muy superior al coste del pasaje. Era indiscutible su generosidad. Le regaló al padre de Pepe Ferrer, que era el maestro de San Bartolomé, un “pantógrafo” que había adquirido en un viaje a Madrid.

En la Caleta, enfrente del “hotelito”, don Luis había construido a su costa un pequeño trampolín en la playa, hoy desaparecido, al que se accedía por tres escalones, que disfrutaban los niños del pueblo ante la complacencia del propio don Luis.

En efecto, César coincidía con ellos, aunque era algunos años mayor, pero nunca le vio tratarse con don Luis.

En mi lectura del testamento de don Luis, me llamó la atención que tras las cinco cláusulas introductorias, destinadas según la costumbre de la época a cuestiones puramente formales —filiación, profesión de fe, sepultura, entierro, sufragios—, la primera cláusula de las veinte que contiene el documento, “ordena: que si al fallecimiento del otorgante no estuviese ya vendida la casa que en San Bartolomé tiene alquilada actualmente la Sociedad La Unión, sea entregada dicha casa en concepto de legado sin ningún gravamen, a las tres hermanas Rosa, Francisca e Inocencia Alayón Martín que residen en Gran Canaria, la primera en Sardina del Sur y las otras dos en los Llanos de Telde”.

Ni por los apellidos ni por el lugar de residencia ya de por sí extraños, únicos datos que figuran en el testamento, pude hacerme cargo de la razón de este raro legado. Ahora, por la información que me ha dado Pepe Ferrer, puedo comprender los motivos de don Luis para este legado.

Don Tobías Alayón Pérez llegó a San Bartolomé en el año 1910 para hacerse cargo de la Secretaría del Ayuntamiento y del Juzgado de Paz. En 1914 cesa como juez de paz y es nombrado como tal don Luis Ramírez. Por este motivo debió de iniciarse una gran amistad entre ambos, seguramente acrecentada por el propio matrimonio Alayón Pérez y sus hijas, que debieron arropar con cariño a un joven Luis Ramírez solitario, huérfano, huraño con la gente de su pueblo, carácter que me esboza en su informe

Pepe Ferrer y al que se añade el de “raro” con el que otros testigos lo han calificado. Parece lógico que don Luis, en el momento de confeccionar su testamento repleto de legados, se acordara de la familia con la que había mantenido una segura entrañable amistad a través de veinticinco años y que ahora vivía en Gran Canaria. Las beneficiadas fueron las tres hermanas citadas, con quinientas pesetas cada una, según los liquidadores del testamento en el año 1955, pues la casa alquilada al Casino La Unión se había vendido para dotar las becas de los Salesianos. Pepe Ferrer me ha confirmado este hecho, pues un nieto de doña Inocencia, compañero suyo de carrera, le había confirmado que su abuela había recibido un legado, sin determinar cantidad, de un don Luis Ramírez de Lanzarote.

Del difícil carácter de don Luis, Pepe Ferrer me relata algunas muestras. Por ejemplo, era muy piadoso con la Iglesia, pero en una ocasión debió de tener un grave altercado con el párroco. Aprovechando un viaje de éste a Las Palmas, don Luis apareció en la iglesia con un camello y un peón de servicio y se llevó para su casa todos los objetos de culto que había regalado, entre ellos una imagen de San Rafael, que terminó devolviendo al cabo de unos días, después de que aclarara sus diferencias con el párroco.

Asistía puntualmente a todas las misas de las doce, de los domingos y días festivos, sentándose en el mismo sitio, pero con la misma puntualidad que llegaba se marchaba, eludiendo tropezarse con la gente para hablar con ella. Iba y volvía caminando a su cortijo de La Florida, que estaba a dos kilómetros, apoyado en un paraguas que utilizaba como bastón o para guardar entre sus pliegues los frutos que compraba, colocándose después sobre el hombro.

“Don Luis tenía por costumbre —me dice Pepe Ferrer— prepararse la comida”, hábito que también me había comentado su peón de confianza Gregorio Parrilla, porque se comentaba que tenía temor a un posible envenenamiento. Este hábito y otras manías motivaron que llegaran a colgarle el sambenito de persona estafalaria, extravagante y maniática.

Lo que parece evidente es que debió de tener pocas simpatías en el pueblo de San Bartolomé, a lo que él correspondió volcándose en la Villa de Tegui, en donde, como he dicho, fue distinguido como Hijo Adoptivo y en el que pidió, seguramente por el mismo motivo, ser enterrado.

Entre sus pocos amigos estuvo don José Ferrer Parrilla, tío abuelo de Pepe Ferrer, fiscal y juez, que lo fue en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, bastante mayor en años que don Luis. Parece estar también claro que escogió a sus amigos

entre personas cultas, sin importarle la edad, como en el caso del citado don José Ferrer Parrilla y de don Tobías Alayón.

Cuando ya daba por terminada esta investigación general sobre tan singular figura, inesperadamente vuelve a caer en mis manos un amplio trabajo también sobre don Luis, aparecido en el *blog* personal de Arminda Arteta, una joven lanzaroteña licenciada en Historia del Arte, entusiasta del acervo cultural de la isla, según he podido constatar. Con gran tranquilidad y satisfacción por mi parte, he podido comprobar que el perfil que yo me había imaginado de don Luis coincide con el que a su vez describe Arminda, que me ha proporcionado un importante dato que yo desconocía, pero que no me ha causado sorpresa, y que viene a confirmar el talante culto de don Luis. Se trata de su relación con Pancho Lasso, el famoso escultor vanguardista lanzaroteño de aquella época, que había regresado de Madrid, con el que César Manrique compartió en la década de los cuarenta su interés por la pintura y el arte abstracto. Pancho Lasso, por encargo de don Luis, ejecutó en piedra de Arucas el escudo del marqués de Herrera y adaptó el portalón de tea de su palacio con el marco de piedra restaurado. Asegura Arminda que este edificio fue adquirido por don Luis en los años veinte, pero debió de ser en los cuarenta, pues no figura en la relación de propiedades de su testamento del año 1935.

También confirma en su *blog* el enterramiento, bajo una lápida, de una perrita en el “hotelito” de Famara con una dedicatoria —“*Florinda*, la mejor amiga del hombre”—, como me había dicho Juana Manrique aunque esta me dio el nombre de *Sabanquillo*. La afición de don Luis a los perros y su encariñamiento con ellos debió de ser notoria pues, según cuenta Arminda, dos perritos más fueron enterrados nada menos que en el Castillo de Guanapay, bajo los nombres de *Tula* y *Azabache*. El nombre de la perra *Florinda*, me decía Pepe Ferrer, debió de ser en recuerdo de su casa solariega en La Florida.

Respecto a esa joya arquitectónica que es el “hotelito” de la Caleta de la Villa, siempre me ha quedado la duda de conocer quién fue el técnico redactor del proyecto, dando por sentado que la iniciativa de construir un edificio de estilo modernista fuera del propio don Luis Ramírez, pues su espíritu de viajero culto y avanzado en su época, le permitió conocer de primera mano las tendencias artísticas de su tiempo. ¿Fue un encargo a algún arquitecto de Las Palmas, en cuyo barrio de Triana hay ejemplos paradigmáticos de edificios modernistas? ¿O alguien de Barcelona, modelo nacional de las nuevas



formas? Y, por qué no, dándole a la imaginación, del propio Gaudí, con quien tenía en común su gran vocación religiosa. Lo que sí parece más posible es que Pancho Lasso conociera el proyecto y le echara una mano, lo que no sabemos si hasta el punto de confeccionarlo técnicamente, cosa esta, dada su formación, muy poco probable. Ha sido por la lectura del *blog* de Arminda Arteta por lo que he considerado esa posibilidad. La obra fue ejecutada, casi con certeza, en la década de los años veinte, antes de 1935, fechas en las que Pancho Lasso, muy joven, ya gozaba de cierto prestigio y ya había estado residiendo en Madrid. Con veintiún años fue profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Arrecife.

Avalan mi hipótesis las relaciones que tenía con él don Luis a través del proyecto del Museo Histórico de Teguiise. Por cierto, entre el escudo del marqués de Herrera confeccionado por Lasso y las iniciales del frontispicio del “hotelito”, para mi gusto, hay bastante similitud. Por otra parte, la ejecución del proyecto, confeccionado seguramente por un técnico no residente en la isla, con muchos elementos plásticos en su fachada, precisaba de alguien que supiera interpretarlos y orientar a los artesanos que debían de ejecutarlos y, para ello, nadie mejor que Pacho Lasso. Lo único que he podido averiguar respecto al técnico cierto que intervino en la construcción del “hotelito” es que fue edificado por el maestro albañil Juan Martín Armas, persona que debía de ser de la absoluta confianza de don Luis, pues a este mismo profesional le encargó la construcción de su mausoleo en el cementerio de Teguiise.

Estas modestas indagaciones me han permitido completar, dentro de lo que me ha sido posible, la valiosa primera iniciativa de Maruchi Rodríguez Armas, directora del Archivo de Teguiise, de desempolvar la figura de don Luis Ramírez González. Un personaje que fue un gran filántropo en la isla de Lanzarote, entre las décadas de los veinte y cincuenta del pasado siglo, desconocido por las actuales generaciones. Me emociona imaginar que don Luis Ramírez fuera, en cierta forma, un precursor histórico de César Manrique y Pepín Ramírez en cuanto conservacionista de la imagen de Lanzarote, una tarea culminada con brillantez por ambos. Don Luis Ramírez, por ejemplo, se ocupó de los Castillos de Guanapay y de Las Coloradas; César y Pepín, de los de San José y San Gabriel.

No conocí entonces el edificio destinado a Museo de Historia, hoy ocupado por el Ayuntamiento de Teguiise para su Oficina Técnica, pero sí acom-

pañé a Pepín y a César cuando este, por primera vez —y yo también—, visitó el hermoso palacio de los Spínola de Teguisse. Iba con nosotros Luis Morales. El estado del mismo era lamentable.

La reacción de César fue la típica en él. Indignado, se preguntaba cómo era posible que se hubiera llegado a un estado tan horroroso de abandono. Enseguida empezó a darle instrucciones a Luis Morales de lo que tenía que hacer, que en definitiva era respetar con sumo cuidado todo lo que estaba hecho. No quería nada nuevo, solo reconstruir lo ejecutado, que de por sí ya era maravilloso. Y limpiar, limpiar y limpiar. Seguro que si don Luis Ramírez hubiera estado con nosotros habría coincidido cien por cien con César.



## **Índice analítico**



Aaiún, El: 97  
Actividades Turísticas Canarias: 175  
Aeropuerto de Guacimeta: 50, 72, 73, 122, 123, 124, 168, 179, 180  
Afersa (Aquilino Fernández S.A.): 165, 166  
Agreda, Jesús: 52  
Aguiar, Familia: 55  
Aguiar, Lorenzo: 119, 120  
Aguilar, Ildefonso: 131, 161  
Ajedrez, Partidas de: 46, 65, 136, 139, 145  
Ajei, Agrupación: 166, 167, 168, 204, 212  
Alayón Martín (Francisca, Inocencia, Rosa): 213  
Alayón Pérez, Tobías: 213, 215  
Alemán Lorenzo, Santiago: 100, 121, 127, 165  
Almeida, Pedro: 156  
Alonso, Adela: 150  
Álvarez, Antonio: 134, 135, 141  
Álvarez, Arturo: 53  
Álvarez, Matías: 53  
Amigó, Juan Alfredo: 150  
Amigos de Lanzarote: 145  
Antena: 61, 73, 79  
Antoñito María: 51  
Arecibia, Abraham: 60, 180  
Arecibia, Antonio: 167  
Arecibia Suárez, Manuel: 37, 50, 51, 53, 58, 59, 63, 74, 99, 101, 165  
Arecibia, Pepe: 62, 74  
Armas, Antonio: 96, 97, 98, 99, 130, 168  
Armas García, Esteban: 37, 93, 121  
Armas Matallana, Esteban: 161, 164  
Armas Matallana, Miguel Ángel: 164  
Armas Panasco, Manolo: 94  
Armas, Naviera: 97  
Arrecife: *passim*  
Arrecife Gran Hotel: 151, 164, 172, 173, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182  
Arrieta: 37, 167

Arroyo, Laureano: 46  
Arroyo, Paquita: 74  
Arteta, Arminda: 215, 216  
Artiles, Manolín: 121  
Astelena: 97  
Autoridad Portuaria: 178  
Avedaño Porrúa, Antonio: 134  
Ayala, Agustina: 165

Baile de los balandristas: 88, 89  
Baile de los chalanistas: 88  
Banca Betancort y Coll: 43, 165  
Barreto Feo, Familia: 42  
Basilio: 87  
Batallón de Infantería: 89, 100, 109, 113, 162  
Belga, Manolo González *El*: 103, 104  
Betancor, Pino: 150  
Betancort, Juan: 42, 75  
Betancort, Rafael: 42  
Betancort Cabrera, Lorenzo: 204  
Betancort López, Juan: 43  
Bethencourt, Cristín: 212  
Bethencourt, Severino: 41, 207  
Bethencourt Massieu, José: 93, 94  
Bodegas El Grifo: 168, 183  
Bodegas Mozaga: 183  
*Boheme, El*: 88, 136, 137  
Bordes Claverie, Augusto: 81, 82  
Bordes Claverie, Félix: 82  
Buches, Parranda de Los: 86, 155

Cabildo de Gran Canaria: 47, 53, 75, 81, 113, 144, 171, 174, 183  
Cabildo de Lanzarote: *passim*

Cabrera, Alfredo: 135  
Cabrera, Juan: 75  
Cabrera, Pepe: 135  
Cabrera Cullen, Emilio: 101  
Cabrera Cullen, Rafael: 74, 167  
Cabrera García, Emilio: 137  
Cabrera Matallana, Miguel: 101  
Cabrera Matallana, Paco: 128, 133, 134  
Cabrera Sastre, Familia: 55, 128  
Cabrera Velázquez, Andrés: 165  
Caja de Ahorros: 36, 41, 50, 51, 53, 54, 55, 62, 75, 77, 83, 99, 104, 106, 107, 113, 135, 136, 151, 165, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179  
Calderón, Vicente: 104  
Caletas, Las: 102, 110, 127, 140  
Caletón Blanco: 43, 127, 128  
Calle Real: 51, 102, 109, 163  
Cañadulce, Pepe: 87  
*Capitán Pírez: 97*  
Carnavales: 85, 86, 167  
Carrasco, Estanislao: 208  
Casa del Campesino: 132  
Casa del Miedo: 87  
Casa de los Arroyo: 74  
Casa de los Sáenz: 179  
Casa de los Spínola: 38, 39, 217  
Casino de Arrecife: 33, 43, 51, 52, 58, 59, 60, 62, 63, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 81, 82, 83, 84, 85, 88, 90, 101, 102, 103, 104, 115, 117, 119, 120, 138, 140, 165  
Casino Club Náutico de Arrecife: 63, 80, 113, 115, 163, 179  
Casino La Unión de San Bartolomé: 208, 213, 214  
Castillo del Águila: 203  
Castillo de Guanapay: 39, 203, 215, 216  
Castillo de Las Coloradas: 60, 208, 216  
Castillo de San José: 33, 49, 66, 132, 146  
Catherine Viviano, Galería de arte: 148  
Cebolla, Zafra de la: 94, 95, 96, 97, 133



Centros de Arte, Cultura y Turismo: 121, 122, 124, 132, 133, 182  
Cerdá, Teresa: 140, 144, 146, 154  
Cerdeña, Fernando: 60, 101  
Cine Atlántida: 79, 163  
Cine-teatro Díaz Pérez: 169  
Cipriano: 89  
Circo Toty: 87  
Círculo Mercantil: 51, 79, 165  
Colegio Viera y Clavijo: 208  
Coll Cerdá, Eduardo: 64  
Coll Díaz, Eduardo: 43, 109  
Coll Díaz, Federico: 78, 109, 111, 113, 114, 163  
Coloradas, Las: 36  
*Concepción Aparisi*: 97, 98  
Confital, El: 157  
Congregación Religiosa Salesiana: 74, 75, 76, 77, 79, 81  
Consortio de Aguas: 133, 135, 170, 171  
Corona, Volcán de La: 126  
Correa, Pepe: 156  
Correa Medina, Luis: 156  
Correillos: 50  
Costa Tegui: 60, 136, 180  
Cuatro Esquinas: 102, 109  
Cuervo de Tinguatón: 56, 58  
Cueva de los Verdes: 112, 128, 129, 130, 132, 133, 142, 143  
Cueva de Nerja: 130  
Cuevas del Drach: 129  
Curbelo, Emilio: 42

Chafariz, El: 44  
Chamorro: 56, 58  
Charco de Los Clicos: 128  
Charco de San Ginés: 55, 109, 137, 160, 163  
Chichita (Luisa Hernández): 33, 149, 150

Dámaso, Pepe: 33, 81, 149, 150  
Democracia, La: 51, 52, 79, 85, 165  
Destila, La: 110, 163, 165, 179  
Dhal, Guy van: 103, 104, 105, 181  
*Diana*: 97, 98  
*Diario de Las Palmas*: 143  
Díaz, Ginés: 60  
Díaz Bertrana, Federico: 113, 144, 171, 172, 175, 177, 179, 183  
Díaz Bethencourt, Enrique: 166  
Díaz y Lorenzo, S.L.: 166  
Díaz Rijo, Hermanos: 133, 169, 170  
Díaz Rijo, Manuel: 168, 169, 183  
Díaz Rodríguez, Juan Manuel: 158  
Díaz Suárez, Polo: 60  
Domínguez Hernández, Rafael Ángel: 135  
Dos Esquinas: 109, 179

Echadero de Camellos: 102  
Edificio México: 179  
Escuela de Artes y Oficios de Arrecife: 216  
Escuela de Bellas Artes de Madrid: 71  
Eutimio: 50

Fábrica de electricidad: 52, 97, 130  
Fábregas, Narciso: 79  
Fachico (Francisco Rojas Fariña): 33, 149, 150  
Fajardo, Andrés: 60  
Fajardo, Luis: 60  
*Falange*: 55, 143  
Famara: 82, 92, 133, 167  
*Fecundidad*, Escultura: 132  
Federación de Ajedrez: 64  
Femés: 36, 106, 181

Fernández, Aquilino: 165, 166  
Ferrer Bermúdez, Miguel Ángel: 207, 208  
Ferrer Parrilla, José: 214, 215  
Ferrer Perdomo, Pepe: 212, 213, 214, 215  
Ferrer Rijo, Mario: 207, 208, 212  
Fiestas, José Manuel: 135, 164, 170  
Fiestas, Rafael: 46, 63, 65, 101  
Fiestas de la Virgen del Carmen en Tegui: 203  
Fiestas de San Ginés: 55, 79, 85, 87, 88, 119, 120, 164, 167  
Florida, La: 168, 183  
Franco, Francisco: 44, 57, 119  
Fuentes, Eufemiano: 94, 95  
Fundación César Manrique: 132, 145, 146, 154, 157, 159, 183

Gabriel: 60  
Gallos, Peleas de: 52  
García de Castro, Arcadio: 123  
García Hernández, José: 107, 114  
García Panasco, Jesús: 101  
Geria, La: 93, 117, 183  
Gil, Antonio: 167  
Gil, José María: 166  
Gildez: 100  
Gobierno Civil: 47  
Golfo, El: 128, 132  
Gómez, Paco (Francisco Gómez Ruiz): 134, 144, 176, 177  
Gómez, Pepi: 33, 72  
Gómez Aguilera, Fernando: 33, 73  
Gómez Borrero, Paloma: 72  
González, Andrés: 56, 125, 163  
González Bermúdez, Manolo: 105  
González Negrín, Ruperto: 168  
Graciosa, La: 106, 107, 108  
Granja Agrícola Experimental: 133

Guacimeta: 66, 123  
Guatiza: 37, 94  
Guerra, Hermanos: 51, 86  
Guerra, Vicente: 86, 110  
Guerra del Río, Rafael: 208

*Halcón*: 89, 90

Haría: 36, 37, 38, 42, 43, 44, 87, 118, 125, 126, 127, 128, 129, 141, 159, 161, 162, 164,  
165, 167

Hernández Cerdeña, Pedro (*Perico Fierro*): 46, 65, 165

Hernández Cruz, Gabino: 43

Hernández Pulido, Tomaso: 121

Hernández Santana, Andrés: 101

Hernández Spínola, Francisco: 65

Hervideros, Los: 132

Hidalgo, José: 38

Higuera, Fernando: 150, 180

Hospital de Dolores de Arrecife: 207

Hospital Insular de Arrecife: 98, 159, 161

Hotel Lancelot: 179

Hotel Las Salinas: 106, 179, 180

Hotel Los Fariones: 105, 106, 178, 179, 180

Hotel Miramar: 179

Hoz, Ginés de la: 110, 119, 120, 143, 163, 164, 170, 171, 172, 173, 175, 176, 177, 179, 183

Hoz Betancort, Agustín de la: 55, 73, 130, 142, 143, 165

*Hoy*: 155

Huarte y Cía.: 107

Iglesia de San Ginés: 117, 121

Inalsa: 133, 135, 171

Indianos, Los: 86

Isla del Amor: 137, 151

Islote de La Fermina: 151

Islote del Francés: 68

Islote de Hilario: 57, 124, 125

Jameos del Agua: 48, 49, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 132, 133, 142, 151

Janubio, Bar: 211

Jardín de Cactus: 94, 132

Jiménez, José: 41

*Juguetes del viento*: 132

Junta de Carreteras: 47

Junta de Obras de Puertos Menores: 168

Junta de Turismo de Las Palmas: 155

Kraus, Alfredo: 121, 158

Kraus, Paco: 121

Lahora Arán, Carlos: 135

Lamamié de Clairac, Tomás: 101, 127, 128

Lantigua, Miguel: 160, 161

*Lanzarote, arquitectura inédita*: 150

*La Provincia*: 55, 143, 161

Lasso, Domingo: 165

Lasso, Pancho: 215, 216

León, José Manuel de: 65, 66

León Villaverde, Román: 100, 162

Lerroux, Alejandro: 203

Lezcano, Pedro: 79

Limiñana López, Antonio: 75

Lleó, Jaime: 36

Lloret y Llinares: 104

Lomo, El: 83, 84, 87, 102, 109

López Socas, Antonio: 42

López Socas, Hermanos: 42

López Socas, Isidro: 60, 101  
López Socas, Jesús: 105  
López Socas, Luis María: 68  
López Socas, Mariano: 42, 118, 125, 126, 127, 128  
López Suárez, Antonio: 136, 145, 162  
Lorenzo, Domingo: 166  
Lorenzo Martín, Antonio: 164

Machín, Juan: 44, 99  
Machín Rocío, Margarita *Marita*: 201, 205  
Madero, Benjamín: 109, 113  
Maestro Simón: 166  
Mala: 37, 93, 94, 133  
Maleza, La: 180  
Malpaís de La Corona: 128  
Malpaso: 44  
Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas: 47, 54, 113, 171, 172, 179, 183  
Manchado, Antonio: 109  
Manchado, Segundo: 89  
Mando Económico de Canarias: 57  
Maneje: 133, 179  
Manrique, Carlos: 205, 206  
Manrique, César: *passim*  
Manrique, Gumersindo: 156  
Manrique, Juana: 205, 206, 215  
Marcial: 76  
Mareta de la Villa: 39, 92, 116  
Marqués de Villanueva del Prado: 164  
Márquez, Antonio: 166  
Marrero Portugués, Concha Teresa: 72, 79, 137, 138, 140, 141, 144, 149, 154, 159  
Marrero Portugués, Familia: 146  
Marrero Portugués, José María: 87, 128, 137, 138  
Marrero Prats, Jorge Luis: 158  
Marrero Regalado, José Enrique: 211

Martel, Juan: 79  
Martíáñez, Playa de: 157  
Martín Armas, Juan: 209, 216  
Martínez Melgarejo, Juan: 165  
Martinón, Andrés: 89  
Martinón, Eduardo: 39  
Matagorda: 104  
Matallana, Alfredo: 62, 74, 154  
Matallana, Paco: 62, 78, 80, 92, 93, 165  
Matallana Hernández Lorenzo (Alfredo y Francisco): 164  
Mathias Gil, Casimiro: 173, 174, 177, 178  
Medina, Antonio: 61  
Medina, Gregorio: 166  
Medina, Pedro: 61, 68, 165  
Medina, Rafael: 61, 165  
Medina Ortega, Manolo: 61  
Medina Voltes, Manolo: 164  
Medina Voltes, Pedro: 164  
Medina Voltes, Pepe: 89  
Mestres Díaz, Paco: 64, 136, 138, 152  
Millán, Antonio: 135  
Millares Sall (José María, Juan Luis, Manolo): 150  
Mirador del Río: 132, 155  
Miranda (Agustín y Marcelino): 135  
Molina Orosa, José: 101  
Montaña del Fuego: 56, 70, 124, 126, 127, 128, 132, 163  
Monumento al Campesino: 86, 132  
Morales, Alfredo: 89  
Morales, Antonio: 41  
Morales, Guillermo: 167  
Morales, José Antonio: 89  
Morales, Luis: 48, 125, 129, 130, 134, 135, 141, 152, 217  
Morales, Manuel: 48  
Morales, Pepe: 41, 135  
Morales Morales, Rogelio: 205

Moros Notables: 43, 45, 46, 50, 55, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 76, 81, 82, 85, 86, 96, 97,  
114, 117, 118, 162, 165, 166, 169

Muela, Marcelino de la: 103

Muelle Chico: 50, 66, 70, 87, 88, 99, 101

Muelle de La Pescadería: 63, 79, 113

Muelle de Las Cebollas: 69, 70, 87, 95, 96, 113, 114

Muelle de Los Mármoles: 163, 168, 180

Museo de Historia y Antigüedades de Tegui: 203, 208, 211, 216

Museo Etnográfico Tanit: 212

Museo Internacional de Arte Contemporáneo: 132

Museo Marqués Agustín de Herrera y Rojas: 203

Museo Néstor: 156

Muyay: 36, 166

Negrín Armas (Aureliano, Domingo y Pepe): 110

Néstor (Néstor Martín Fernández de la Torre): 117, 154, 155, 156

Nueva York: 49, 56, 131, 147, 148, 155

Obrascon: 176

Olcina Alemany, José Luis: 150

Orquesta Mejías: 85

Ortega González, Domingo: 101, 102, 110, 135

Órzola: 126, 127, 128

Otamendi Rodríguez-Bethencourt, Familia: 183

Padrón Quevedo, Manuel: 104

Páiz, Bienvenido de: 66, 69, 165

Páiz, José de: 62, 66

Páiz, José María de: 165

Páiz, Nicolás de: 77

Páiz García, Bienvenido de: 76, 77

Páiz García, Marcelino de: 76, 77



Páiz Perera, José de: 101  
Pallarés, Andrés: 135  
Palmas de Gran Canaria, Las: 32, 34, 36, 38, 42, 43, 45, 46, 49, 50, 51, 52, 53, 55, 56, 57, 60, 64, 65, 66, 68, 70, 74, 78, 79, 80, 81, 83, 85, 88, 89, 90, 93, 96, 97, 98, 99, 100, 103, 104, 106, 107, 109, 113, 115, 116, 117, 119, 121, 124, 129, 132, 134, 138, 141, 144, 150, 151, 153, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 165, 166, 168, 169, 170, 172, 173, 176, 182  
Pan American: 148  
Panasco, Lola: 128  
Parador Nacional de Arrecife: 57, 70, 73, 113, 114, 115, 117, 137, 164, 172, 179  
Parque Islas Canarias: 110, 179  
Parque Marítimo del Mediterráneo: 152  
Parque Municipal José Ramírez Cerdá: 71, 111, 113, 114, 115, 116, 117, 122, 163  
Parque Nacional de Timanfaya: 57  
Parrilla, Gregorio: 202, 210, 214  
Pechiguera: 36  
Pensión La Vasca: 51  
Peña, Manolo de la: 80, 81, 106, 150  
Peña Zacarías: 81  
Peñas del Chache: 44  
Perdomo Ramírez, Segundo: 202, 211  
Perdomo Ramírez, Tomás: 41, 201, 202  
Petromax: 88, 98  
Pildáin, Monseñor: 51, 75  
Pírez, Germán: 64  
Pírez, Óscar: 64  
Playa Bastián: 110  
Playa Blanca: 36, 123, 127, 181  
Playa Chica: 104  
Playa Grande: 104  
Playa Honda: 66, 104  
Pocillos, Playa de Los: 157  
Póquer, Partidas de: 66, 69, 76, 84  
Prats, Juan: 62, 152, 153  
Prats Armas, Gregorio: 115, 116, 117

Prats Armas, Juan: 74  
Prats Cabrera, Familia: 128  
Prats Cabrera, Kety (Enriqueta Prats Cabrera): 31, 74, 76, 115, 116, 128, 138, 141, 147, 149, 158, 159, 162  
Prats Hernández, José: 61, 101, 115  
Presa de Mala: 93, 133  
Protucasa (Promociones Turísticas Canarias): 151, 152, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183  
PSOE (Partido Socialista Obrero Español): 145  
Puente de Las Bolas: 115, 137  
Puerto del Carmen: 104  
Puerto Naos: 86, 89, 99, 130, 137  
Pulido Castro, Juan: 183  
Punta Mujeres: 127

Quintana, Félix: 165  
Quintana Sáenz (Antonio, Enrique, Manolo): 164

Rakar: 96  
Ramírez, Chano: 121  
Ramírez, Ginés: 80, 136, 145  
Ramírez, Rafael: 89  
Ramírez Bethencourt, José: 132, 144  
Ramírez Cerdá, José Pepín: *passim*  
Ramírez Curbelo, Nievitas: 105  
Ramírez Curbelo, Rafael *Cartucho*: 101  
Ramírez Ferrera, José: 42, 60  
Ramírez Ferrera, Rafael: 101  
Ramírez González, Luis: 74, 201-217  
Ramírez Marrero, José Juan: 128, 146, 149, 154, 157, 158, 159, 161  
Rapaduras, Las: 118  
*Rápido*: 97  
Rocar: 62, 68, 136

Recova: 55, 102  
Reducto, El: 66, 127, 163, 164, 172, 179  
Regata de San Ginés: 89  
Rijo, Eugenio: 61, 78, 80, 117, 120, 156, 165  
Rijo, Juanita: 156  
Río Tinto: 106, 180, 181  
Roca, Fidel: 61  
Rocha, Pepe: 61, 101  
Rodríguez, Fermín: 101, 167, 183  
Rodríguez Armas, María Dolores *Maruchi*: 201, 213, 216  
Rodríguez Bethencourt, Manuel: 183  
Rodríguez Marichal, Pepe: 74  
Rodríguez Marrero, Juan: 121  
Romero Mellado, Antonio: 108, 113  
Rosa, Anselmo: 99  
Rosa, Juan: 99, 105  
*Rosita Soler*: 97  
Rubicón, El: 36  
Ruiz de la Prada, Juan Manuel: 150, 182

Sáenz, Emilio: 165  
Sáenz, Tito: 89  
Sáenz Infante, Francisco: 101  
Salazar Carrasco, Estanislao: 208  
Salesianos, Sillones: 58, 75, 76  
Salinas de Janubio: 123  
San Bartolomé: 74, 81, 82, 86, 91, 102, 166, 167, 168  
Sanginés, Leandro: 83, 84, 85  
Santa, La: 106, 150, 182  
Santos Negrín, Antonio: 203  
*Sátiro del Valle de las Hespérides*: 154  
Schwartz, Pedro: 62, 167  
Señor Félix: 136  
Señor Marcial: 137

Sindicato de Estudiantes Universitarios de Las Palmas: 36, 54, 57, 134  
Soo: 179, 182  
Soto, Jesús: 128, 130, 135, 152  
Spanish Trade Center: 148  
Spínola, Enrique: 150, 151, 173, 208  
Spínola, Panchito: 135, 208  
Spínola Ramírez, Francisco: 208  
Suárez, Domingo: 135  
Suárez Almeida, Virgilio: 104, 106, 113, 183

Tabaco, Cultivo de: 94, 95  
Tagor, Inmobiliaria: 179  
Tahíche: 37, 141  
Taro de Tahíche: 132, 141, 142, 144, 149, 150, 153, 154, 155  
Teguise: 37, 38, 39, 40, 41, 42, 92, 106, 107, 110, 116, 135, 140, 141, 166, 201, 203, 204, 205, 207, 209, 210, 211, 212, 214, 216, 217  
Temisa: 44  
Tenorio, Rogelio: 61, 110, 164  
Tenorio de Páiz, Pepe: 110  
Termolansa: 135, 170, 171  
Tesequite: 94  
Teus, Eduardo: 79  
Tías: 103  
Timanfaya: 36, 124  
*Time sharing*: 105  
Tinajo: 94, 104, 135, 182  
Tiñosa, La: 104, 127  
*Tirma*: 90  
Tite-Roy-Gatra, Barrio de: 118, 143  
Topham, Adolfo: 60  
Topham, Guillermo *Guito*: 43, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 65, 73, 79, 92, 93, 96, 98, 110, 118, 123, 143, 165, 166, 168  
Torrelavega, Sociedad: 88  
Transmediterránea: 50

Trapero, Jesús: 173  
Trompeteros: 38, 39

UCD (Unión de Centro Democrático): 164

Valls, Ildefonso: 164  
Vega, La: 76, 108, 109, 114, 164  
Vega Guerra, Matías: 53, 54, 55  
Velázquez, Chano: 74  
Vicente: 67, 69, 70, 76, 84  
Villalobos Guerrero, Bonifacio: 54, 59, 100, 109, 121, 140, 169

Yaiza: 36, 57, 106, 166, 181  
Yeli Luengo Merino: 154

Zabaleta, Alfonso: 64, 136  
Zabaleta, Hermanos: 64  
Zapata, Alfonso: 136

César Manrique y Pepín Ramírez. Dos líderes canarios  
en su contexto histórico, de Juan Marrero Portugués,  
es el número catorce de la colección TORCUSA,  
editada por la Fundación César Manrique.  
Esta segunda edición se acabó de imprimir  
el día 29 de noviembre de 2017  
en los talleres de ROAL,  
en Madrid









José Ramírez Cerdá (Lanzarote, 1919-1987), licenciado en Derecho, fue delegado insular de la Administración de Hacienda, alcalde de Arrecife (1955-1960), presidente del Cabildo (1960-1974) y senador del PSOE (1982-1986).

Durante su etapa como presidente del Cabildo, emprende la transformación moderna de Lanzarote a través del saneamiento económico de la institución, la mejora de las infraestructuras públicas (red de comunicaciones terrestres y aéreas, agua y electricidad) y la creación de la red de Centros de Arte, Cultura y Turismo, con lo que esto significa de incorporación de Lanzarote a la economía del turismo.

Su amistad desde la infancia y su confianza con el artista César Manrique fueron determinantes para llevar a cabo los equipamientos públicos que supusieron la puesta en marcha de un singular modelo turístico y dotaron a la isla de un patrimonio cultural moderno.

César Manrique Cabrera (Lanzarote, 1919-1992) estudió Bellas Artes en Madrid, donde se trasladó a vivir en 1945. Allí se forma como pintor abstracto informalista (1959) y realiza sus primeras exposiciones. En 1964 se trasladó a Nueva York, ciudad en la que consolida su trabajo pictórico, con un lenguaje matérico característico que remite a las texturas de los paisajes volcánicos. Regresa definitivamente a Lanzarote en 1966. En su isla natal promueve un modelo de intervención en el territorio en el que procura salvaguardar el patrimonio natural y cultural insular, al tiempo que lo pone en valor en el contexto de un original modelo turístico.

En sus intervenciones espaciales —ejemplo singular de arte público y paisajismo en España—, defiende el concepto de arte total en el que pintura, escultura y arquitectura se integran en emplazamientos seleccionados de la naturaleza. A este carácter se adecuan obras como los Jameos del Agua, el Mirador del Río o el Jardín de Cactus, entre otras.

Juan Marrero Portugués aporta en estas páginas el testimonio de un actor y un observador privilegiados. Cercano a los protagonistas del libro, hace memoria sobre unos años cruciales para Lanzarote, las décadas de los cincuenta y sesenta. En esa época se producen los grandes cambios contemporáneos que transforman radicalmente la isla. Sin las aportaciones de César Manrique y de Pepín Ramírez que aquí se desentrañan, no podrían entenderse. Marrero Portugués se adentra en la personalidad y en las contribuciones de ambas figuras, a la vez que reconstruye un vigoroso friso de la vida local de entonces. Sus recuerdos precisos, la rica información que maneja, la fuerza de su expresión y la posición privilegiada desde la que se asoció a aquella etapa, le permiten dibujar un paisaje elocuente poblado de singulares personajes que rescata del olvido. En primer plano, destaca siempre el camino que traza sobre los pasos de César y Pepín.

Espacio  
reservado para  
código de barras